

Leopoldo Trenor

* * *

Juan de Yepes

Medio Fraile y Doctor de la Iglesia



Grabado en madera de ABAD

I

Por tierras castellanas



Exclusivas de venta de
«Editorial Voluntad», S. A.

— MADRID —

1850



JUAN DE YEPES

DATVS EST EI DE-
COR CARMELI,
& Saron.



Dum flu et vnda maris curretq̄ per æthera Phebus,
Viuet CARMELI candidus ordo mihi.

*Alauado sea el santissimo Sacramento,
Amen.*

JUAN DE YEPES

MEDIO FRAILE Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Una peregrinación por los paisajes
de San Juan de la Cruz

HECHA EN SU CENTENARIO POR

Leopoldo Trenor Palavicino



I

POR TIERRAS CASTELLANAS

Exclusivas de venta de «EDITORIAL VOLUNTAD», S. A.

MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que marca
la Ley.

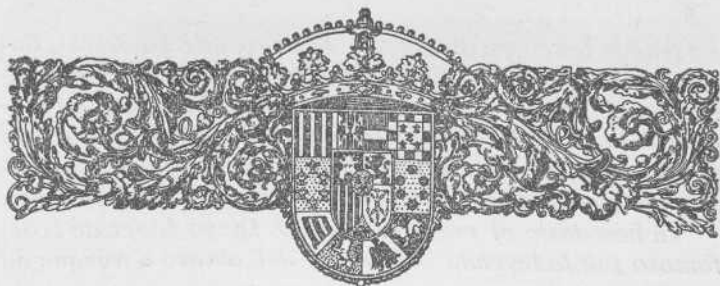
Tipografía Moderna.—Valencia

MCMXXVII



Dib. y lith. de A. Guesdon.

VISTA DE SEGOVIA.—A la izquierda la ermita y ciprés de San Juan de la Cruz.



A Juan de Contreras

Marqués de Lozoya



ARDIENDO en fe, y casi con las fatigas de los peregrinos de antaño, peregriné por los paisajes y los papeles teresianos y sanjuanistas tras esos dos gloriosos lumináres de la raza española.

Debí llevar en la esclavina las estrellas del Carmen, en lugar de las conchas.

Deambulé por tierras de Segovia y de Avila, tierras románticas de prez caballeresca y excelso misticismo. En aldeas y villas hallé frecuentemente blasones de los Contreras, labrados en granitos y calizas de todas sus parameras y sierras. ¡Tan hondas raíces tiene el secular linaje!

Linda con Fontiveros, Collado de Contreras: en la llanura en que se asienta el solar pobre de Juan de Yepes, duerme en la soledad y en el silencio el despoblado de Contreras, solo y callado como tu alma.

Uno de los primeros comentarios de la doctrina de San Juan de la Cruz fué el «Epítome de la Subida del Carmelo»,

en lengua latina escrito por D. Francisco de Contreras, Comendador Mayor de León en la Orden de Santiago y Presidente del Consejo Supremo de Castilla. El místico D. Francisco fué uno de los juzgadores del célebre D. Rodrigo, cuyo orgullo en la horca quedó por símbolo de la castellana altivez, aunque no murió ahorcado y quizá finó humildemente.

Tú heredaste el mayorazgo de D. Diego López de Losa, famoso por la leyenda segoviana del abrazo a trueque de una casa.

Por esa raigambre ancestral, por llevar y honrar en tu nombre, en tu vida y en tus versos, tan castellanos, el dulce patronímico de San Juan de la Cruz, debiste ser el que escribiera este libro.

Contigo, en dos románticas noches de plenilunio, hice dos de mis primeras etapas de peregrinación sanjuanista.

Juntos, reposamos al pie del místico ciprés del Santo en las Peñas Grajeras segovianas.

De ti recibí alientos para trazar mis notas de lectura y viaje, pobres notas sentimentales, incoherentes y un tanto atrabiliarias.

Están escritas a retazos, en leves y ¡ay! muy entrecortados remansos de paz claustral y castellana, al apartarme algunas horas de la vorágine de recias amarguras y violentas turbaciones.

Quizá por ser sinceras y piadosas y conservar un poco del aroma de los senderos recorridos, puedan llevar algún solaz espiritual a las dulces, puras y santas almas que moran en las místicas celdas del Carmelo y a las que, entre el tráfago del mundo, sienten ansias de volar hacia arriba.

Quizá ayuden a conocer y a amar a ese dulce y tan insignificante santico, desconocido y olvidado por su misma grandeza, que deslumbra y asusta.

Leopoldo Trenor.



Mañanita de otoño

Perque l'obre de la vida
allà dalt treu la florida
quant así 's consum l' arrel.

Maragall.



ALUOSA mañanita de otoño, de un otoño sin lluvias, de ardores estivales que marchitan los campos: siento, a la par, las sequedades de la aridez del alma.

Vino a casa muy tempranito la mandadera del convento de San José, del *Portal Nòu*. Trajo la triste nueva de que murió la Madre Carmen.

Por el portón de la claustro, medio abierto para que entren unos Padres Descalzos rezagados, vemos cómo la llevan, cruzando claustro y huerta, hacia la cripta del coro bajo.¶

Van las novicias con sus velos; las Madres y los Padres, hermanos del jardín del Carmelo, llevan sus capas blancas de estameña.

Viémenos a la memoria cómo relata Santa Teresa su llegada al Desierto de Nuestra Señora del Socorro, camino de Villanueva de la Jara.

«Como llegamos cerca, salieron los frailes a recibir a su Prior con mucho concierto. Como iban descalzos y con sus capas pobres de sayal, hiciéronnos a todos devoción, y a mí me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros Santos Padres. Parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas,

y así creo yo lo son a Dios, porque, a mi parecer, es allí servido muy a las veras.»

Miramos las pequeñas arcadas del claustro humilde: alza el vuelo, asustada por los cánticos, una bandada de palomas. El marco, pintado de rojo oscuro, de un portalico, encuadra un trozo de la huerta flameante de la luz mañanega.

Cierran el portón de la claustro; chirrían las viejas cerraduras: fué todo como una visión blanca, entrevista un instante.

Las campanitas de la pobre espadaña quieren doblar a muerto, pero no pueden. Tocan a gloria, argentinas y puras: cuanto más brega con la cuerda el sacristán, entristecido, resuenan más alegres.

Caen en la modorra del alma yerma sus notas jubilosas, como las gotas de la primera lluvia después de la sequía: siento en el fondo de mi espíritu el aroma de la tierra mojada.

Envuelta en su capa blanca, voló el alma de la Madre Carmen desde el seto de espinas de largos años de enfermedades y congostas. La rosa mística, coronada en la tierra de espinas de dolor y penitencia, debe abrir ya sus pétalos gloriosos sobre el Corazón del Amado.

Pensamos, admirados, cuántas palomas como ésta volaron hacia el cielo desde los ventanucos de los *palomaricos* de Teresa; cuántas subieron cantando las estrofas angélicas de Juan de la Cruz por las ásperas sendas de la «Subida del Monte Carmelo», a través de la «Noche oscura del sentido y del espíritu».

Mañanita de otoño, reseca y caldeante, esas almas dichosas «llegaron ya al collado—do mana el agua pura:—la fuente cristalina,—en esos sus semblantes plateados,—les formó de repente—los ojos deseados».

Salimos a la plaza: las campanitas siguen tocando a Gloria. El sol es una hoguera; los adoquines, brasas; el poniente ardoroso alza nubes de polvo, cual humo de las brasas.

Trepidan los camiones, atestados de cajas y de sacos: por el puente, que en honor del convento lleva el nombre del Santo Patriarca, suben raudos los autos de turismo. Todos corren, ebrios de sol, sin recatarse de que van ciegos, tras sus afanes de riqueza o de dicha, envueltos en la más tenebrosa de las noches de los sentidos y del espíritu.

En la iglesia, ligeras tallas barrocas templan la desnudez severa

del humilde Renacimiento de las iglesias de Teresa. En los altares prenden también las guirnaldas barrocas sus dorados contornos. En los bancos y las sillitas se posan conmovidas esas almas que revolotean en torno de los *palomaricos* teresianos, atraídas por el perfume de virtudes y los fulgores místicos que nimbaban el Carmelo.

Alrededor del paño mortuorio se agrupan las capas blancas de los Padres descalzos, las sotanicas pardas con las fajas de tinte de azucenas de los infantes teresianos.

También, como en el son de las campanas, el ritmo de los cánticos litúrgicos se trueca en las gargantas infantiles en cantos de alegría: es el gozoso epitalamio del alma y del Amado.

En los dos brazos del crucero minúsculo, frente a frente, tienen su altar la Santa Madre Fundadora y el Santo Padre Juan de la Cruz.

El santo es pequeñito; sin duda el escultor hizo memoria de lo del *medio fraile*: lleva un libro enorme en un brazo; el manto, de pliegues ampulosos, se refuerce en revuelos barrocos.

Al pie, en jarrones de Manises, hay dos ramos de rosas: quien las puso, supo del alma de rosa tierna y fragante de Juan de Yepes, encerrada entre espinas de austeridad que asustan a las gentes.

Quisiéramos hincar la mano en la madera y hallar su corazón vivo, su corazón de hombre.

Al pie de aquel altarcito barroco, ante el paño mortuorio de una azucena del Carmelo, tronchada aquí en la tierra para florecer en la gloria, surgió la idea de este libro.

Pobre y humilde libro, que sólo aspira a recoger algunas florecillas en los caminos de Fray Juan de la Cruz.

Aquella mañanita de otoño fué la primera etapa de nuestra peregrinación por sus paisajes morales.

Como esa virtuosa Madre Carmen Cruz de San Alberto, que descansó ayer en la paz del Señor a los setenta y cuatro años de edad y cincuenta y ocho de vida religiosa, ¡cuántos lirios se consumieron en místicos amores en los vergeles del Carmelo!

A través de la noche oscura y tormentosa de los tiempos, como una estela virginal de blancura, van esos lirios trazando un sendero de luz maravillosa.

Por él caminan almas puras y humildes. Cantaron en el coro, rezaron en las celdas: el bullicio del mundo no percibió los cánticos ni las dulces plegarias.

Pasaron por la tierra desconocidas y olvidadas.

Y sin embargo, basta su paso para que el malo sienta un anhelo de bondad, para que el bueno se haga santo.

Es la inocencia que pasa, la inocencia, tan contagiosa como el mal; el mundo corrompido aspira con delicia el hálito de azucenas, y a su paso le sobrecogen nostalgias de pureza, ansias de sacudir sus alas enlodadas de cieno de pasiones y de fango sangriento.

Dice Cristina de Arteaga que «un apasionado de los místicos ha llamado a Juan de la Cruz lirio candente al rojo, forjado en hierro, como la lis heráldica que sellaba de antiguo los miembros de los condenados a galeras. Pero, ¡cuán suave es la miel que dejaron las abejas en una grieta de la roca! ¡Qué ternura la que descubre el corazón del gran contemplativo cuando el amor le arranca uno de esos gemidos que traicionan!»

No hay que subir a las rocas del monte abrupto para coger la miel de sus panales, ni espiar los gemidos de sus momentos de pasión sublime: fué siempre amor y efusión de ternuras.

Sólo a su propio corazón quemó en la fragua y golpeó en el yunque.

Como el glorioso leguifto franciscano Pascual Bailón, vivió la fórmula sublime de perfección.

Para Dios, tuvo corazón de hijo; para su prójimo, corazón de madre; para sí mismo, corazón de verdugo.



Un santo de madera

Et homo factus est.



En su vuelta de Toledo, se detuvo en Madrid la Madre Teresa, en su viaje para la fundación de Pastrana.

Posó, como otras veces, en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, fundado por D.^a Leonor Mascareñas, con monjas Franciscas, traídas de las *Gordillas* de Avila.

Instóla la princesa D.^a Juana, hermana de Felipe II y viuda del Rey D. Juan de Portugal, a que se hospedara unos días en las Descalzas Reales, fundación suya, donde vivía retirada.

Era a la sazón Abadesa del convento la Madre Juana de la Cruz, hermana de Francisco de Borja: ella y las primeras Descalzas vinieron de las Clarisas de Gandía.

Holgáronse sobremanera la princesa y las monjas de tratarla.

Llenas de admiración decían: «Bendito sea Dios que nos ha dejado ver a una Santa a quien todas podemos imitar; que come, duerme y habla como nosotras, y habla sin cirimonias».

Fué entonces cuando la Madre conoció a Mariano de Azaro y a Juan de la Miseria, los fundadores de los Descalzos de Pastrana, y cuando por mediación de la princesa, envió a D. Felipe, «su amigo el Rey», con santa libertad, unos avisos de cosas del espíritu.

Sabido es que, en su estancia anterior, quisieron verla las damas principales de Madrid. De ella esperaban cosas de alta oración o arrobamientos, y quedaron estupefactas cuando, tras las obligadas cortesías, lanzó aquella donosa frase: «¡Oh, qué buenas calles tiene Madrid!»

Decepcionadas, no se guardaron de decir que la Madre Teresa no tenía nada de extraordinario y «que era una de tantas monjas, buena, sin duda, pero muy simple y muy casera».

¡Tal es el falso concepto que de la santidad tienen las gentes!

Pocos santos han parecido tan altos en los altares, tan hieráticos, tan inasequibles, tan poco humanos como Fr. Juan de la Cruz.

Santa Teresa, su Madre espiritual y compañera, por aparecer más humana, incluso en sus debilidades, que la acercan más a nosotros, por su vivacidad de ingenio, por la donosura de su carácter, atrae todas las miradas, hasta las de los tibios en religión y los heterodoxos.

En cambio, las gentes juzgo que han llegado a creer que Juan de Yepes no fué de carne humana, que fué labrado en madera vieja, como se tallan las imágenes, a golpes de gubia, que descortezarían todo lo fisiológico, que es un sublime ejemplo sin ejemplaridad eficiente, por ser inimitable: un maestro sin discípulos por lo ininteligible de sus enseñanzas angélicas.

Sus biógrafos, hasta algunos de sus propios hijos, nos le presentan tan impávidamente superior, tan heroicamente austero y penitente, que se sale del marco de humanidad. Ni un instante de debilidad ni de flaqueza en la serenidad de su camino, aun en las cuestas más pedregosas y en las contiendas exaltadas.

Sus doctrinas deslumbran por lo elevadas, y aun las gentes piadosas recelan de estudiarlas, sobrecogidas de respeto.

Y sin embargo, miles de almas carmelitanas han bebido su sublime frescura, y han florecido, a la suave caricia de sus místicas auras, en florecillas de sencillez de espíritu.

En pleno siglo XIX, una de ellas, una joven profesora, Sor Teresita, abre con las doctrinas de Fr. Juan, tachadas de extrahumanas, el caminito de perfección de las almas pequeñas y roba materialmente el decreto de Canonización en breves años, con asombro del mundo y de la Historia de la Iglesia.

Su vida, sus escritos, sus dichos, son una traducción casi infantil, a veces, pero literal en espíritu y casi en el estilo: una vulgari-

zación deliciosamente sintética de tan alta didáctica, y a cada paso se esmaltan y perfuman con las flores de sus estrofas inmortales. Prueban cómo aquellas *Nadas* de la Subida del Carmelo, que semejan los tajos del verdugo en la naturaleza humana, no son inabordable inmolación del martirio, sino que pueden realizarse prácticamente en flores pequeñas de humildad, dentro y fuera del claustro.

Por la cuesta, tan temerosa y dura para todos, ella subió jugando, subió cantando alegre y jubilosa las estrofas ardientes del «Cántico espiritual» de Juan de Yepes.

La prodigiosa «lluvia de rosas» que derraman sobre este siglo estupefacto las manos exangües de la santa monjita, parece que ha venido a alfombrar los umbrales del Centenario de San Juan de la Cruz y las gradas de la sublime cátedra de su glorioso Doctorado.

Son rosas de sus rosales y de las huertas teresianas; más bien quizá, de aquéllos.

Y es mayor el asombro del mundo cuando en sus inquietantes angustias en pos de la perfección humana, con sus audaces teorías, con sus revoluciones, sus soberbias y embriaguez de ciencia, sólo llega a una desoladora bancarrota.

No vió, ni pudo ver en su ceguera, en la epilepsia de un dinamismo turbulento, que tras los pobres tapias de los conventos carmelitas alquitaraban almas sencillas el perfume de la perfección de la vida, siguiendo las huellas luminosas de Juan de Yepes y de Teresa de Ahumada.

Aquel santito, inmóvil y empolvado en los nichos de los altares, que fuera de los claustros carmelitanos sólo vivía entre las hojas de las Crónicas de sus hijos, como flor de recuerdo, en libros doctos o en unas líneas frías e inexpresivas del Santoral, se acercó de improviso a nosotros, viviendo en Sor Teresita, y vibró en el ritmo de los tiempos modernos.

Jesús se hizo humano para vivir como hombre entre nosotros: jugó con los niños, se extasió ante las flores, tuvo amigos, compartió sus gozos y sus duelos, lloró con ellos.

Vivió nuestra vida para que pudiéramos seguirle: lo mismo son sus santos; porque si la santidad, en distintas modalidades, no fuera algo muy humano, aunque sublimado por la Gracia santificante, sería una crueldad y una tortura esa ansia de perfección que,

más o menos dormida o desviada, duerme en todo pecho de hombre.

Bajemos, pues, a Juan de la Cruz del alto nicho de sus altares: procuremos peregrinar por las sendas que recorrió, contemplar sus paisajes, vivir el ritmo de su tiempo para apreciar sus rasgos fisiognómicos, oír a los compañeros de su vida.

Veamos al frailecito viviendo entre nosotros, entre nuestras pasiones y afanes, apasionándonos con sus nobles pasiones y sus gloriosos ideales.

Y cuando hallemos al hombre vivo a través de su altísimo simbolismo y de sus penitencias espantables, sentiremos cómo la madera de las imágenes palpita y los renglones del Santoral se agitan vibradores como un esfigmograma de las pulsaciones humanas de su sangre viril y generosa.

Y entonces le amaremos, humilde y glorioso Santo, asaz olvidado, y entonces comprenderemos al Maestro que baja de su cátedra para enseñarnos la ciencia sublime de perfección, que es la única ciencia de la vida. Y podremos aplicarla como guía en nuestro pobre caminito de almas entecas y pequeñas, pese a cierta clase de literatura hagiográfica que nos induce al desmayo y al pesimismo.

Porque nos pinta a los santos, por más honrarlos, con virtudes heroicas e inimitables en sus inmolaciones sublimes, en las ásperas cuestas de su vida gloriosa.

Así ciegan a nuestros ojos y a nuestro espíritu como los faros de un automóvil en noche oscura, cuando con el pobre faralito de sus pequeñas virtudes alumbrarían nuestra humilde sendita.

Ellos fueron capitanes gloriosos; pero todos podemos, en seguimiento de sus gestas, ser soldados y lograr la victoria.

Alzan las águilas su vuelo sublime hacia lo alto; pero también los gorriones pueden volar, *el pico al aire*, como el glorioso *pájaro solitario* del Desierto de la Peñuela, símbolo del alma alada de Fray Juan de la Cruz.



Gonzalo de Yepes

In vulnere decor.



JUNTO al portón de la huerta permanece el joven hidalguelo pensativo y sombrío.

Sobre el jubón de negro veludillo raído desplégase en anchos fruncimientos la gorgueruela de alechugado lienzo, que aviva, por el contraste, lo cetrino de su ovalado rostro.

Sus ojos negros, velados por las lágrimas, se clavan en la cinta parda de la vereda de Toledo, que serpea, entre viñedos y olivares, por la llanada de la Mesa de Ocaña, cruza los despoblados de Cinco-Yugos y trepa, allá a lo lejos, por las menudas cordilleras de los calcinantes *Quemados*.

Paisaje austero, sin vegas ni arboledas, cuya amplitud recógese en la arista sinuosa y abrupta de los estériles alcoves.

Plásmanse los de Yepes en la austeridad del paisaje: son sobrios y laboriosos, serios y recogidos, curtido y ensarmentado el cuerpo, recia la voluntad.

En cambio burbujea, confortador y picaresco, el vinillo de Yepes por ventas y mesones, en las novelas y narraciones de los clásicos.

Por la vereda cabalgan en bien cebadas mulas, con arneses de terciopelo rojo, claveteados de oro, el Arcipreste de Toledo, los

dos Canónigos y el Capellán Mayor de la capilla mozárabe. Son tíos del hidalguelo: con ellos, en mansa yegua blanca, va el hermano del Arcipreste, mercader opulento.

Detrás caminan, como espoliques de dos acémilas, tres fámulos con ropillas de luto.

Vinieron al sepelio del padre de Gonzalo: con sus restos, enflaquecidos por los pesares y el ayuno forzado, cayeron en la fosa los últimos y apolillados oropeles del solar de los Yepes. Fué glorioso solar: en la iglesia del Hospital aún se leía, ha años, en una losa el nombre del bisabuelo, el «muy noble, hidalgo D. Francisco García de Yepes, hombre de armas del Rey D. Juan II.»

Clávanse ansiosos los ojos negros del hidalguelo en la vereda, que humea ahora en nubecillas polvorientas: deben trofar las mulas de los Canónigos y la yegua del mercader, porque las sombras de la noche se les vienen encima. Otea esa vereda con angustia inquietante: pasados los nueve días de riguroso duelo, ella será comienzo de nueva rufa para su vida incierta.

Todos los Yepes salieron de la villa; los Canónigos de Toledo, el Jerónimo Fray Diego, prior primero de la Sisa y luego de El Escorial, confesor del Rey D. Felipe y más tarde Obispo de Tarazona, y el Benito Fray Antonio, cronista celebrado.

Del primero corre una «Vida de la Madre Teresa de Jesús» (1599): fué de ella gran protector y amigo; confesóla en Toledo, con lances misteriosos. El P. Gracián afirma que sólo prestó el nombre, y que la compusieron unos Padres Descalzos: si ello es cierto, demuestra la autoridad de aval tan notorio su admiración por la Santa en tiempos bien poco exentos de riesgos para escribir sobre estas cosas.

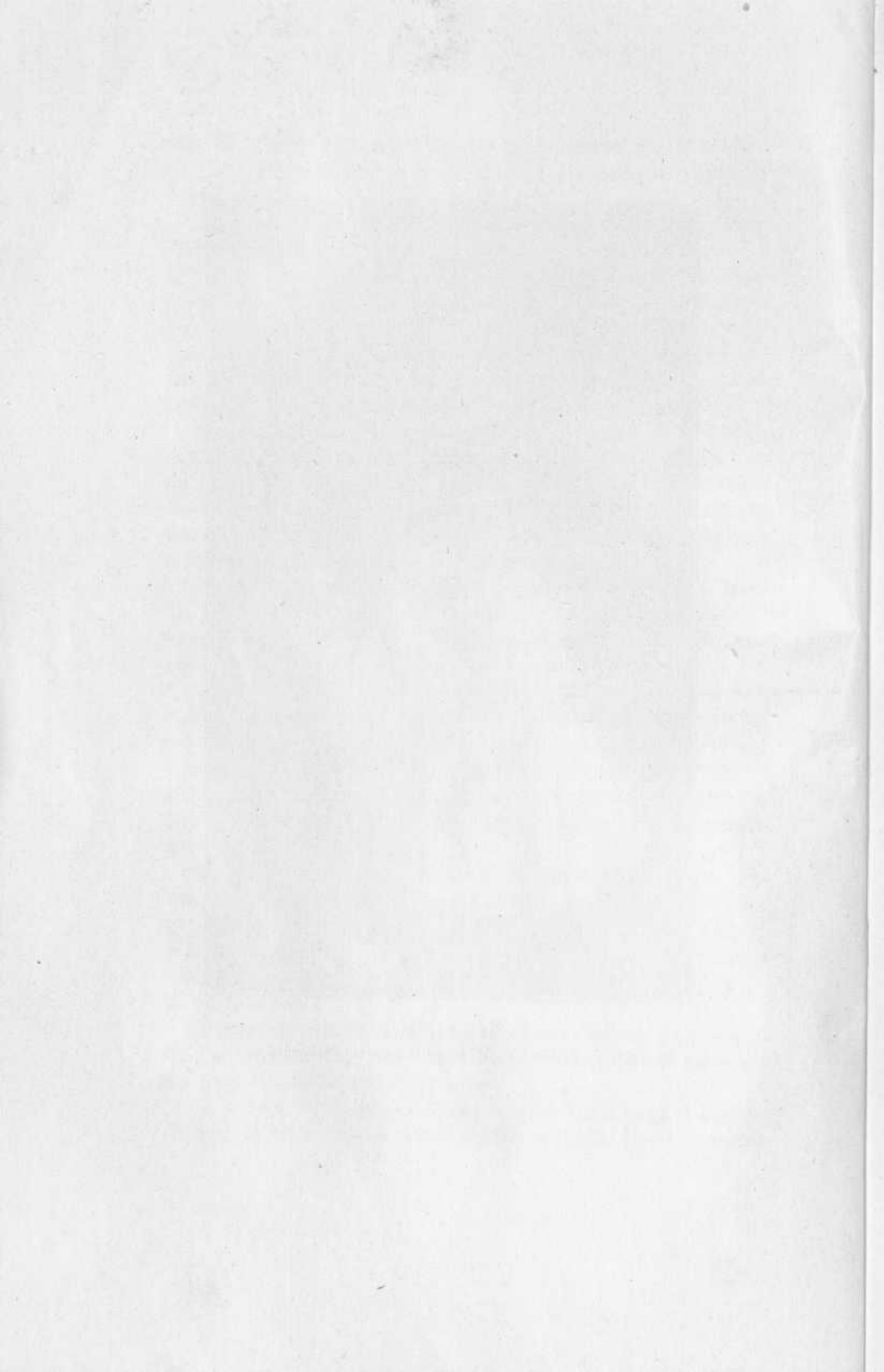
Hunde Gonzalo la mirada en el paisaje, cual si sorberlo pretendiera: recorre los viejos olivares, de copas plateadas, que fueron de su padre, la «Viña grande», los majuelos alegres que verdean sobre la tierra parda. Todo se lo llevaron, poco a poco, usureros y pleitos: desmorónase la casona bajo la pesadumbre de los años y de las hipotecas.

Tiempo ha que los alarifes no cuidaron de grietas y goteras, ni aderezaron las lacras y desconchados de los muros, ni sujetaron los grandes ladrillos rojos del solado.

Es la hora de la oración: lentas y graves vibran en el silencio de la tarde las campanas de San Benito: contestan las de los frailes



San Juan de la Cruz.
(Cuadro de Murillo, del English Convent de Brujas).



Franciscos y Dominicos con son pausado, y el esquillón de las Bernardas, nervioso y puro cual refozona campanilla de plata.

Gonzalo, el hidalguéelo, se persigna: murmura una plegaria. Cruza espaciosamente y meditabundo la triste huerta abandonada. Hay hondas brechas en las tapias; en los arriates no sonrien las flores desde que su madre muriera; quedan tan sólo, desdibujadas y rebeldes, unas matas de boj de los antiguos y perfilados setos, unos matojos polvorientos y un rosal que se enrosca en un ciprés negruzco, medio calvo por el lado del cierzo y tronchada la guía... Tan sólo está algo libre de gramas y de cardos un cachín mal labrado de patatas y arrugados repollos junto a una parra que se apoya sobre desvencijados palos.

Son las parras como las almas recias: sacan de la sequedad y la dureza verdura y frutos: la vieja parra se engalana de pámpanos frondosos, de ubérrimos racimos: ella y el vetusto ciruelo damasceno de amacenas jugosas endulzaron los míseros yantares de los pobres hidalgos.

Las abejas runrunean en torno: algún enjambre que vino de la Alcarria.

En la cocina, la vieja dueña, que vió nacer a D. Gonzalo, puso en la mesa carcomida, de enmohecidos hierros, una escudilla esportillada con restos de la comida de después del entierro, que afaná codiciosa cuando los fámulos de Toledo recogieron apresurados manteles y vajillas, argenterías y cristales. Trujeron los Cañónigos viandas y adminículos: debía honrarse por vez postrera al honrado linaje.

Gonzalo prueba apenas bocado: el mozuelo, que sirve de criado, conforta el miedo nuevo y el hambre vieja engullendo guloso: quizá nunca, cual hoy, pudo más la abundancia insólita que su apetito de chico y de aldeano.

De cuando en cuando lanza furtivas miradas hacia el sillón frailerero, que está vacío, y en el que el triste heredero no osará más sentarse por amor y respeto.

Vacila la luz humosa del velón: no hay puerta ni ventana por donde no se cuele el ábrego con su lastimero quejido. Responden al quejido esos mil ruidos temerosos de las casonas viejas en la noche que sigue al velatorio, cuando se fueron todos y solos quedan los de casa con el desolado vacío. Esas mansiones hidalgas tienen alma, que siente y llora los duelos de sus amos: corren es-

calofríos por los desnudos muros; laten sus envigados con extraños crujidos; los húmedos manchones del solado parece que rezuman sudores de agonía.

Noches largas, muy largas; noches oscuras para los ojos y el espíritu, sudario de los vivos, que a las veces alargan su sombra congojosa para siempre sobre el camino doliente e inseguro de los que quedan en desamparo de amores y de bienes.

Nueve días después, en desmedrado caballejo, con un mísero ható, cabalga triste, pero sereno, Gonzalo de Yepes, camino de Toledo.

Desde una esquina de la calleja espía su partida el nuevo dueño de la casona: su sangre de escudero, quizá híbrida de judío, golpea en sus sienes con hipertensión de victoria. Se ve señor y dueño del solar de los Yepes.

En el dolor, en la humillación resignada, en la pobreza del joven hidalguelo, su sobrino, no pudieron sospechar nunca el Arcipreste, los dos Canónigos y el Capellán Mayor de la capilla mozárabe, que se fraguaba, en germen, por ley del atavismo, el alma heroica de un Doctor de la Iglesia.

Al llorar, irritado el mercader de sedas, el caimiento del linaje, no le era posible imaginar que, gracias a la ruina de ese solar, el nombre de Juan de Yepes, el hijo de Gonzalo, será pronunciado, a través de los siglos, con admiración fervorosa, mientras haya un corazón humano que sienta la poesía y un alma que, en ansias de perfección, aspire a Dios por la purgación del sentido, la desnudez del espíritu y las supremas dulzuras de la mística.

De otra suerte hubiera habido quizá un hidalgo más, engorgueñado en su soberbia, un soldado valiente o un caballero aventurero que se hubiera eclipsado entre la pléyade gigante de los hidalgos, de los soldados, de los aventureros que en el Siglo de Oro de las grandezas españolas tuvieron por campo de batalla a toda Europa y aún precisaron de un mundo nuevo para sus heroicas hazañas.

De él quedaría a lo más sólo una lápida medio borrada, carcomida, en la iglesia parroquial de San Benito de Yepes, o uno de esos cuadros del «Greco» que, en manos de chamarileros y preñderas, conservan la faz de un caballero, pero han perdido el nombre del hidalgo.

Misteriosos caminos los de la humildad y la soberbia.

Juan de la Cruz, hablando de los siete daños en que se puede

caer poniendo el gozo en los bienes morales, nos dice («Subida del Carmelo», III-XXVII) que muchos «no hallarán galardón en Dios habiéndose ellos querido hallar en esta vida de gozo o consuelo o interés de honra. Hay tanta miseria acerca de este daño en los hijos de los hombres, que tengo para mí que las más de las obras que hacen públicas, o son viciosas, o no les valdrán nada, o son imperfectas y mancas delante de Dios, por no ir desasidos de estos intereses y respetos. Porque, qué otra cosa se puede juzgar de algunas obras y memorias que algunos hacen e instituyen, cuando no las quieren hacer sin que vayan envueltas en honras y respetos humanos de la vanidad de la vida o perpetuando en ellas su nombre, linaje o señoríos, hasta poner de esto sus señales y blasones en los templos, como si ellos se quisiesen poner allí en lugar de imagen, donde todos hincan la rodilla. En lo cual dice el Señor que en aquello recibieron la paga».

Y sin embargo, aquel humilde frailecillo, tan despreciador de sí mismo y de sus obras, no pudo columbrar que en el centro de la nave de la parroquial de Fontiveros, bajo las alfargías mudéjares, hay un pequeño fúmulo de mármol con una lápida, dos veces renovada ya, que nos dice que allí yacen los restos de D. Gonzalo de Yepes, padre de San Juan de la Cruz, y los de D. Luis, su hermano.

Y a través de los siglos, las multitudes reverencian al linaje de Yepes.

Por la calzada polvorienta, por los «Quemados» berroqueños, en las huellas dolientes de Gonzalo de Yepes, iban trazando los designios de Dios, el senderito de la «Subida del Carmelo».

Por aquellos días del duelo de Gonzalo quedaba también desamparada de amores y de bienes en Toledo una doncella hermosa y honestísima, a la que, en la desnudez de las cosas humanas, preparaba la Providencia para amamantar a un gran Santo.

En uno de los claustros del convento de San José de Medina, entre la puerta reglar y la entrada del coro bajo, hay en el muro una gran piedra sepulcral partida por molduras en dos tableros.

El superior ostenta el escudo coronado del Carmen campando sobre una cruz, cuyos brazos finan en flores de lis: es el blasón de Juan de Yepes.

En el de abajo, una cartela bombeada, ceñida por dos palmas triunfales, tiene grabada esta inscripción: «Aquí iace la Venerable

Señora Catalina Alvarez, Madre de nuestro Padre S. J.º de la Cruz.»

Así, las místicas Carmelitas glorificaron el linaje de aquella pobre doncella abandonada.

Y cuantos honren al Doctor de la Iglesia, al místico sublime, al penitente austero, al dulcísimo Santo, han de rememorar con veneración y con respeto a Catalina Alvarez y a Gonzalo de Yepes.

¿Quién se acuerda de sus nobles y acaudalados deudos?

Los biógrafos de Juan de la Cruz citan tan sólo como datos genealógicos al ya nombrado «hombre de armas» D. Francisco, al noble caballero Francisco de Yepes, Inquisidor de Toledo en la época de las Comunidades; a Alonso y a los dos Gonzalos de Yepes (padre y abuelo del progenitor del Santo), y a los tres Canónigos de la catedral de Toledo, Sebastián de Soto Yepes, Pedro de Robles Yepes y el licenciado Francisco Fernández de Yepes, coetáneos de Gonzalo, como el primer Capellán de la capilla mozárabe Alonso Martínez de Yepes y el Arcipreste de Torrijos.

Del opulento mercader de sedas, ni el nombre se recuerda.

Sólo perdura la memoria de los dos frailes ilustres, Fray Diego y Fray Antonio.

Un casamiento desigual le granjeó a Gonzalo tal aborrecimiento de esos nobles parientes, que nunca más quisieron verle ni socorrerle: juzgáronlo por mengua de la ilustre ascendencia.

Y le olvidaron de tal modo, que, muerto el buen Gonzalo, se negaron a amparar a sus huérfanos.

Escrito estaba que Juan de Yepes, desde su tierna infancia, supiera la amargura del desamparo y la pobreza; que de sus padres «deprendiera a vivir con *grande paz* en los mayores trabajos.»

La *grande paz*, que había de envolver, como un manto, la vida entera de Juan de Yepes entre la turbadora agitación de las borrascas violentas.



Fray Alonso

Sic vos non vobis.

VIRGILIO.



ESTAMOS en la casona del Marqués de Lozoya leyendo un libro viejo.

El Licenciado Diego de Colmenares, cura párroco de la iglesia de San Juan de los Caballeros, acaba de descubrirnos en ese libro un secreto de humildad carmelita.

Está escribiendo su *Historia de Segovia*.

Un lego del convento de los Descalzos vino, de parte del Prior, a decirle que Fray Alonso de la Madre de Dios ha descansado en el Señor.

Fueron el Licenciado y el Descalzo grandes amigos: investigadores pacientes, cronistas minuciosos.

Uno, narró grandezas de Reyes, convulsiones del pueblo, fiestas y duelos; el otro, las virtudes humildes y gloriosas de los Padres del Carmen.

Suspende el Licenciado su escritura.

Y la amistad, llorosa, engarza en su *Historia* seguidamente unos sentidos párrafos:

«Fué el primer Novicio que en Segovia recibió abito nuestro venerable amigo Frai Alonso de la Madre de Dios, natural de Astorga, que, después de Provincial y Procurador General en las informaciones de la canonizacion de Santa Teresa y de la Beatifica-

ción de su gran Fundador y Maestro Frai Juan de la Cruz, escribió en el retiro de sí mismo un *Chrónico* de su Religión, un Santoral Carmelitano y la vida de su beato Padre, y todo *consigo mismo lo a escondido* hasta que, con sus virtudes, salgan a luz con su muerte, que a sucedido hoy martes, 28 de Agosto, fiesta de San Agustín de 1635, en sesenta y ocho de su edad y cuarenta y ocho de Religión. Esta agradecida memoria dedicamos a la veneración de su amistad. Ai en este Convento, Colegio y estudio de Artes, y comunmente de cinquenta a sesenta religiosos.»

¡Cómo puntualiza Colmenares la fecha de esa muerte!

En las altas armariadas de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional duerme, bajo la signatura 13.460, un voluminoso Códice, en 4.º, sin foliar, esmeradamente escrito de mano del autor, con una letrita española vertical, un poco inclinada hacia la izquierda, perfectamente reglada y marginada.

Titúlase: «*Vida, virtudes i milagros del Sancto padre Fray Joan de la Cruz, Maestro i Padre de la reforma de la Orden de los Descalzos de nuestra Señora del Monte Carmelo. Tomo quinto, por el padre Fray Alonso de la Madre de Dios, Asturicense, de la mesma Orden.*»

En la portada, que perfilan primores caligráficos, hay pegada una estampa de San Juan ante el Crucifijo. El Espíritu Santo le ilumina desde lo alto con sus rayos: en el mismo plano del Santo está la Virgen con el Niño: éste le acaricia la frente.

Muerto Fray Alonso, quedó archivado el Códice en Segovia: nos lo dicen unas notas del mismo:

«Este tomo es del convento de Carmelitas Descalzas de Segovia.—Fray Pedro de la Madre de Dios, Prior». Y en la segunda se añade: «Este tomo aplicó el Definit.º gen.º en la junta q̄ tuvo en Madrid a 14 de Set.º de 1635 al Archivo gen.º de la Orden, q̄ está en Madrid.»

Y del Archivo de la Orden pasó, por suerte, a la Biblioteca Nacional.

En el prólogo esa humildad, «que todo lo ha escondido consigo», ya nos advierte:

«No me ha pasado por el pensamiento apuntar esto en orden a limarlo para sacarlo a luz, porque fuera pensar hacer dos agravios a quien yo deseo no hacer ninguno. Y fuera el primero, quitar de su vida una gran parte, la qual ha averiguado (según he oído)

en las últimas *Informaciones* que del Santo se han hecho para su canonización por orden del Sumo Pontífice, las cuales yo no he visto. El segundo, fuera el escribirse por persona tan corta lo que pide caudal mayor. Contentéme con apuntar *estas memorias* de su santidad y ponerlas en este borrador para que no se pierdan.»

Se refiere a la *Vida*, del P. Jerónimo de San José.

Realizó, por orden del General, las informaciones para la Beatificación, hizo un resumen de las mismas y por fin la *Vida*, y no sólo lo guarda todo inédito, sino que, según una serie de cartas conservadas en el Manuscrito 8.568 y dirigidas a Fray Jerónimo de San José en el convento de Carmelitas Descalzos de Madrid (folios 1.481 al 93), le impulsa a escribir pronto su *Vida*; le ayuda mandándole textos, fijando fechas y enmendando otros datos. Sólo se le escapa decir (folio 1.485) que, tanto el P. Jerónimo como Fray Joseph de Jesús María Quiroga (el primer historiógrafo del Santo), «tuvieron por original las informaciones que yo hice.»

¿Puede darse más humildad y más modestia?

Sic vos non vobis melificatis apes.

Pero esa miel, recogida «de lo que vi y supe, viviendo el Santo, i de lo que después de su muerte averigüé en las informaciones», conserva la dulzura y perfume del alma de Fray Juan, la lozania de flores recién cortadas, una espontaneidad en el relato encantadora y una naturalidad en el estilo no alterada por comentarios ni retóricas.

Parécenos que el Manuscrito 8.568 es, en su mayor parte, de la misma letra, aunque algo más menuda, de Fray Alonso, que fué anotando en él datos entresacados de los procesos informativos, dirigidos por él, como preparación de su inédita vida del Santo.

Es un tomo en 8.º de 575 páginas foliadas, comenzando por la 61, que lleva el epígrafe: «Fragmentos historiales para la vida de Nro. St.º p.º Ju.º de la Cruz». Desde el folio 225 copia, clasificados por procedencias, papeles y documentos informativos. Al margen hay notas con títulos y resúmenes de las materias contenidas en el cuerpo del texto.

La misma letra de Fray Alonso, con varias cartas suyas, aparece en una serie de documentos la del importante manuscrito 12.738.

¿Será este manuscrito, colección un tanto desordenada de papeles y cartas, documentos e informaciones, también obra del propio Fray Alonso de la Madre de Dios, el Asturicense, como primera

base de su biografía del Santo, al ejecutar la comisión de recoger informaciones para el proceso de beatificación?

Es un tomo de 1.497 páginas en folio, que tiene a guisa de frontis un hermoso grabado en madera.

De la boca del Santo sale una cinta que se enrosca en una cruz de madera con la siguiente inscripción: «*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini Nostri Iesu Xti.*»

El Santo está completamente descalzo ante una mesa con libros: «La llama de amor», «La subida del Monte Carmelo» y «La noche oscura.»

Orlan la estampa medallones reproduciendo las milagrosas visiones que aparecieron en su reliquia de un trocito de carne.

Al pie nos dice la inscripción: «El Venerable Padre Fray Juan de la Cruz, primogénito de Santa Teresa de Jesús. Fué dotado de virtudes heróicas. Murió en Úbeda el día de Sta. Lucía, año de 1591.»

Tenemos, sin embargo, la duda de que el coleccionador fuera el Fray Jerónimo, por el hecho de estar en el tomo las cartas a él dirigidas por Fray Alonso, con observaciones sobre la *Vida* que aquél estaba escribiendo y otros documentos análogos.

¡Con qué emoción leemos algunas de las declaraciones, como la de Ana de Jesús, de puño y letra suya, y la de las monjas de Toledo, que firma con sus compañeras el insigne *Letradillo* de la Madre Teresa, María de Jesús!

Entre los folios amarillentos vaga, como un perfume de tomillos y flor de jara y de cantuesos de los Desiertos del Carmelo, ¡algo de aquella fragancia que despedían los venerandos restos de Fray Juan y sus hábitos viejos!

¡Qué deliciosas horas las hurtadas a otras ocupaciones, en rápidos viajes a la corte, deletreando embebecidos esos preciosos documentos, viviendo un poco entre los compañeros del Santo la vida de Fray Juan de la Cruz, de los Descalzos y de las Hijas de la Madre Teresa!

¡Tanto más dulces cuanto remansaban las turbulencias de nuestro espíritu, agitado en las horas restantes de jornadas amargas entre papeles y cosas no tan del todo avenidas con la pobreza y humildad y dulzura del insigne Padre de los Descalzos!

Dijimos que aquellos Manuscritos duermen en la paz recoleta del palacio de Bibliotecas y Museos.

Debimos decir *dormian*: los hábitos pardos carmelitanos se

inclinan sobre ellos horas y horas buscando sus secretos de mística dulzura, de ciencia subida y los datos inéditos de su vida admirable.

Andamos, para lograrlos, en competencia con el ilustrado Fray Florencio del Niño Jesús, esperando las horas en que la Regla le llama a su convento.

Guiánnos bondadosamente en la rebusca y signatura de esos papeles Fray Arcadio del Espiritu Santo y Fray Luis de San José, los dos colaboradores del ilustre P. Silverio de Santa Teresa.

A ellos, al digno bibliotecario D. Juan Bonel y Conde-Villavicencio, a su hijo, a todo el personal de la Sección de Manuscritos, tan servicial y afable como ilustrado, nuestra ferviente gratitud.

Las notas que hemos tomado de esos papeles viejos han hecho brotar a nuestros ojos flores maravillosas entre los ásperos guijarros de los senderos recorridos a través de los paisajes de San Juan de la Cruz.

Como un ladrón tomamos esas notas, con la zozobra de contados momentos disponibles para coger al azar gemas preciosas en una joyería.

¡Dichosos los que tienen calma y tiempo para escoger y ensartar una a una las perlas que se esconden entre las hojas amarillentas de esos inestimables manuscritos!

Sin esos y otros papeles, tentados estuvimos de abandonar varias veces nuestra modesta labor.

Pero las voces de los festigos presenciales de los hechos y dichos de Fray Juan de la Cruz nos hablaban de sus ternuras, de su sensibilidad exquisita, de su amor para el prójimo, y diéronnos alientos para seguir al hombre por sus senderos y encontrar entre las espinas de su austera aspereza frescas flores vívidas y fragantes.

Sobre el ciprés erguido y solitario se enroscan con frecuencia frescas guirnaldas de rosas blancas y carmesíes.

En el áspero caminito del Monte vemos cómo se detiene Fray Juan para alzar, compasivo, a las almas que vacilan y caen.

Por los renglones de tinta, ya pardusca, de esos librotos viejos corren trazos de luz maravillosa.

A su fulgor, parece que entramos en una cámara mortuoria abandonada largos años.

Se asustaron los deudos, y cerraron las ventanas y puertas.

El polvo del olvido, en la tiniebla mohosa de la estancia, cubrió la imagen del santico y sepultó sus libros.

Abramos la puerta al aire, perfumado por las últimas rosas de una tarde de otoño.

Sacudamos el polvo, y sentiremos la maravilla de un conjuro.

Los retratos recobrarán la vida, los muebles sus dorados, los brocateles su morbidez brillante.

Sobre una mesa hallaremos los libros favoritos: quizá tengan aún la señal de la última lectura: de las gavetas sacaremos paquetitos de cartas con rosas y violetas secas y con recuerdos vivos.

En unos dulces, misteriosos instantes, viviremos la vida que se apagó en la estancia.

Y esa vida es con frecuencia muy distinta de la tristeza fosca con que nos la pintaron unos deudos lejanos o unos vecinos que oyeron contar a sus abuelos las rarezas de un ser extraño y solitario.

Y si en lugar de sala vestida de damascos es una celda blanqueada y desnuda, con un tosco banquillo y una pobre mesuca, quizá hallemos al pie de un crucifijo unas disciplinas oxidadas de sangre; pero también sobre la mesa un pliego de papel de hilo con una carta comenzada para las monjitas de Beas, para doña Ana de Peñalosa o para D.^a Juana de Pedraza, Señora de Granada.

Y la carta rebotará de santas ternuras.

Y en el quicio del ventanuco de la celda encontraremos un nido de calandrias.



El blasón de los Yepes

Lo lleó dauret en lo camp de blau
ab la orla verda, e en ella escudets
daurats, ab la banda que de roig hi jan,
es la insgnia antiga que per honra treu
Alonso de Yepes, e per les parets
fixa de sa casa...

MOSÉN JAUME FEBRER.
(*Troba 539*).



ALONSO de Yepes pintaba por empresa en su escudo un león rampante dorado, coronado con corona de oro sobre campo azul, y en la orla verde cinco escudos de oro con una banda encarnada, insignia antigua que heredó de sus ascendientes y tenía por las paredes de su casa.

«Los del apellido Yepes—nos dice Rizo (*Historia de la ciudad de Cuenca*)—, tienen su descendencia de la villa de Yepes, cuya familia es de las más principales de ella, y tan antigua, que fueron los primeros que la ganaron, por cuya razón recibieron el nombre de la misma villa que, a fuerza de armas, restauraron de los bárbaros de Africa y entregaron a sus verdaderos dueños los Reyes Católicos, y en satisfacción de sus hazañas, la villa honró a sus hijos con sus propias armas e insignias de nobleza.

Ha habido hombres insignes de este apellido, en particular Alonso de Yepes, que trasladó su casa a la ciudad de Cuenca: sirvió en Flandes, Italia y Armada del mar Océano, y en la Secretaría de Estado tuvo a su cargo la cifra (clave) con que S. M. se corres-

ponde con todos sus ministros, ejercicio de gran confianza. El, pues, no sólo con sus virtudes dió lustre a su antigua descendencia, mas dilató y conservó la nobleza que había heredado, y no sabré decir a quién se le sigue más honra, a Alonso de Yepes, por ser uno de los principales caballeros de Cuenca, o a la misma ciudad con sus heroicas virtudes.»

Háblanos Piferrer (Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España) de Alfonso, de Luis Alfonso y Luis de Yepes, valientes soldados que ocuparon muy altos cargos.

Esos autores olvidan al más ilustre de todos ellos, a Juan de Yepes.

Y cuando ningún Yepes «fija ya en los muros de su casa», reposteros con el blasón altivo del león rampante, coronado con corona de oro, brillan gloriosas las armas del linaje en la arcada de la capilla segoviana, donde yacen los restos venerandos de Juan de Yepes.

¿Conservó Gonzalo de Yepes, como reliquia familiar, una de esas bellas ejecutorias de nobleza, extendidas en nítidas vitelas, que aún se encuentran en los archivos linajudos y, ¡ay!, en hartas más ocasiones, entre los tomos apilados de los marchantes de libros viejos?

Imaginamos a Francisco, a Luis y a Juan de Yepes, los hijos de Gonzalo, contemplando, curiosos y asombrados, el noble escudo, iluminado en vivos colores y oros brillantes, las letras capitales, miniadas con airosas lazadas, santos ingenuos, animales fantásticos, diminutos románticos paisajes, arboledas o flores.

Sobre los pobres muros encalados se fijaban policromos reflejos del escudo, a la luz dorada del bruñido velón, con vaguedades desvaídas.

Se empañaban los dulces ojos de Catalina con un velo de inquietud y de angustia.

¿Añoraría Gonzalo el tejedor los esplendores de sus gloriosos ascendientes?

¿Recordaría los doblones, los censos y los juros de aquella rica-hembra toledana que quiso darle su amor y sus riquezas?

Mas no: los ojos negros de Gonzalo no decían de pesadumbre de recuerdos, ni de arrepentimientos, ni añoranzas.

Decían sólo amor y amor cumplido: fulgían en santa y tierna paz.

Más que al león rampante, atendían al corderuelo recién nacido que balaba en los brazos de Juan, el tierno benjamín de la casa.

Pero al servir el pobre yantar nocturno en la escudilla azul de Talavera, aún le temblaban a Catalina las bellas manos, sonrosadas por la lumbre del llar humilde castellano.

El santo y firme amor conyugal de Gonzalo de Yepes, como el amor a Dios del futuro Juan de la Cruz, no saben de esa resaca traidora de las nostalgias de los renunciamientos pasados.

Aman simple y totalmente: abejas incansables, sacan mieles y perfumes y cera del cáliz de la flor de sacrificio para el altar de sus amores.

En su humildad profunda, en su desprecio de las vanidades humanas, ¿olvidó Fray Juan de la Cruz las impresiones infantiles de Juan de Yepes ante el blasón de su apellido?

Una impresión personal, que recelamos tomen algunos por artificio retorcido, nos induce a negarlo.

La Providencia, que en sus empresas se adelanta a las objeciones de los hombres, dió a los Padres de la Reforma el carácter más antitético en su actividad y en sus escritos, y sin embargo, coinciden.

Santa Teresa, en vida, y hoy, después de cuatro siglos, tanto o más, ejerce una fascinación personal: San Juan de la Cruz eclipsa y oculta siempre su personalidad física, tan chica y flaca, y su gigante personalidad moral e intelectual.

En él todo es impersonal; mas sus escritos, fruto, como los de la Madre Teresa, de una gloriosa experiencia íntima en los senderos de la mística, transparentan esa experiencia personal, y aún en fugaces rasgos nos dibujan algo de su fisonomía psicológica.

Es un guía que por las altas montañas nos orienta y cuyo nombre nos es desconocido muchas veces.

Pero que en los recovecos del áspero sendero nos deja, en frases sueltas, adivinar destellos de su carácter y de su propia vida.

¿Fué una evocación involuntaria de las sombras misteriosas del subconsciente o un recuerdo viviente de esas impresiones de niño?

Ni lo negamos, ni osamos afirmarlo: ya dijimos que se trata de una de esas extrañas impresiones que no sabemos explicarnos.

En la canción XXIV del «Cántico Espiritual», habla la enamora-

da Esposa mística y nos describe la unión del alma con Dios en el desposorio espiritual:

Nuestro lecho florido
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado...

Simbolismo fantástico que nos descifran las admirables glosas de Fray Juan, y que en este caso nos rememoran el sentido heráldico del blasón de los Yepes.

En la del verso segundo nos aparece la fortaleza y osadía del altanero león rampante, divisa en este caso del terror del demonio ante el alma perfecta, como lo fué del rendimiento de los moros ante las espadas de los Yepes guerradores y triunfantes.

«Entendiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en este estado de unión con Dios. La razón es, porque las cuevas de los leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque temiendo ellos la fortaleza y osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven a entrar, mas ni aun junto a ella osan parar. Y así, cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de leones para ella, en la cual mora y asiste el Esposo Cristo unido con el alma en aquella virtud y en cada una de las demás, como fuerte león. Y la misma alma, unida con él en esas mismas virtudes, está también como fuerte león, porque allí recibe las propiedades de Dios, y así en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada una de las virtudes, y en todas ellas juntas recostada en este florido lecho de la unión con su Dios, que no sólo no se atreven los demonios a acometer a la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella por el gran temor que le tienen viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida en transformación de unión, tanto la temen como a él mismo, y ni la osan aun mirar, porque teme mucho el demonio al alma que tiene perfección.»

La púrpura nos recuerda las bandas rojas de los cinco escudos, y éstos se embrazan en el comento del postrer verso de la estrofa, con la corona de oro que corona al león.

«Los cuales escudos son aquí las virtudes y dones del alma, que aunque, como habemos dicho, son las flores, etc., de este lecho, también le sirven de corona y premio de su trabajo en haberlas ganado. Y no sólo eso, sino también de defensa como fuertes escudos contra los vicios que con el ejercicio de ellas venció, y por eso este lecho florido de la Esposa, que son las virtudes, la corona y la defensa, está coronado de ellas en premio de la Esposa, amparado con ellas como con escudo. Y dice que son de oro, para denotar el valor grande de las virtudes. Esto mismo dijo en los *Cantares* la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel...: uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos*. Esto es, mirad el lecho de Salomón, que le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, cada uno la espada sobre su muslo, para la defensa de los temores nocturnos (III, 7). § Y dice que son mil, para denotar la multitud de las virtudes, gracias y dones de que Dios dotó al alma en este estado; porque para significar también el innumerable número de las virtudes de la Esposa usó del mismo término en los *Cantares*, diciendo: Como la torre de David es tu cuello, la cual está edificada con defensa; mil escudos cuelgan de ella y todas las armas de los fuertes (IV, 4).»

Allí, en el blasón, fueron hazañas gloriosas, pero humanas: *aquí*, son las virtudes.

En esos versos y en las glosas parece que se repite el tema heráldico, pero en un acorde más alto y victorioso.

Es el blasón de Yepes, «vuelto a lo divino», como nos dice el Santo que hizo con el metro de las liras de Garcí-Lasso de la Vega.

No vestía la brillante loriga de los tiempos heroicos; pero su alma, al igual que el pecho de sus abuelos, seguía cubierta por coraza de hierro sin mancilla.

No esquivó nunca los golpes enemigos ni torció su camino: jamás hizo desertión de su puesto, nunca sintió linaje de flaqueza.

Sufrió y calló con victoriosa mansedumbre; pero su voz osada vibró con serena firmeza cuando de defender la verdad y el espíritu de su empresa gloriosa se trataba.

Bajo el tosco sayal del frailecillo late siempre el corazón altivo y prócer de su raza.

Como los caballeros antiguos, desmonta de su trofón de guerra para auxiliar a los heridos de la vida; destócase su casco para

llenarle del agua refrigeradora de la fuente y acercarla con gesto maternal a los labios ardorosos de sed.

No hay caridad más tierna ni compasión más dulce que las suyas: de su dulzura, de su incomparable ternura, se impregnan los papeles de sus canónicos procesos, sus cartas, sus palabras y sus hechos.

Lleva a las almas fatigadas a la calma sedante y confortadora de encantados oasis; pero el León rampante de los Yepes ruge solitario y potente en medio del desierto o en la confusión de la lucha y cuando se trata de asaltar la cima enhiesta de su Monte ideal.

Como el caballeresco San Jorge levantino, ataca, lanza en ristre, domeña y vence al Dragón infernal.

Su vocecilla de calandria tiene entonces acentos de clamores heroicos.

De tal modo imponía su entereza, que nos dice (M. 8.568, folio 68) una monjita del convento de Medina del Campo: «La Santa Madre le veneraba de manera que, cuando él reprendía algo, se prosternava».

¡Ella, la gran dominadora de las almas y de los corazones, que se atrevía a dirigir avisos de conciencia al propio Rey!

Más de una vez, en sus escritos, se rebela, con su sinceridad encantadora, contra el brazo de hierro de ese gran caballero andante del Ideal Divino.

Es cierto que en el blasón de los Cepedas y los Ahumadas hay igualmente en dos cuarteles el altivo león rampante.



Damascos y buratos

Quisiera ser gusano, hacer encaje,
dar mi capullo a las dentadas ruedas...

SANTOS CHOCANO.



OLVIENDO a lo divino, la profanidad amorosa del vate americano, leamos en las «Moradas», de la Madre Teresa (M. V, cap. 2), las altas lecciones místicas que la sugiere el gusano de seda: «Cómo brota de una simiente, que es a manera de granos de pimienta pequeños, con el calor, cual las almas pequeñas a la calor de amores del Espíritu Santo; cómo de su propia sustancia labra afanoso su morada, y quitando, a imagen suya, de lo nuestro, debemos hacer esa labor y fejer nuestro capuchillo para llegar a la oración de unión.

Cómo muere el gusano grande y feo, y sale del mismo capullo una mariposica blanca muy graciosa, tal como al alma purificada le nacen alas y no sosiega ni busca asiento en las cosas de la tierra.»

Confiésanos la Madre que no lo ha visto nunca, sino oído, «y así, si es algo torcido, no es mía la culpa.»

No lo ha oído en Toledo, donde pudiera fácilmente rectificar lo torcido en la deliciosa descripción.

Y fuera de Toledo, sólo pudo saber de ello de los labios de

Fray Juan de la Cruz. Gonzalo, su buen padre, fué por tierras de Murcia y de Valencia en compra de seda cruda en rama para los tratos de sus tíos, y es natural que en las veladas del invierno relatará a sus hijos las maravillas de la crianza del capullo.

Como de nuestro padre las oímos cuando florecían aún las hilaturas valencianas.

Fué el arte de la seda en Toledo la aristocracia de la industria: por ello no repugnaron de ejercerle los Yepes, que, según los testigos nos afirman, fueron de pensamientos altos en achaques de rango y jerarquía.

Leemos en las «Memorias políticas y económicas», de Eugenio Larruga (Madrid, 1790), «que en sus «Ordenanzas» (art. X) juraban los mercaderes de sedería, como los caballeros y doctores, defender el misterio de la Purísima Concepción; que los factores o manebos debían ser hijos de cristianos viejos, limpios de toda mala raza, y que en uno de los capítulos de los torcedores de seda se ordena y manda que ningún morisco, cristiano nuevo, ni negro, ni esclavo, pueda ser admitido por maestro, ni por aprendiz, ni oficial de dicho arte.»

El mismo pleito de limpieza de sangre que originó contiendas hartas en la catedral toledana para la provisión de prebendas.

Según relación del gremio de 1695, aún tenían telares de seda Cristóbal y Miguel de Yepes en la imperial ciudad.

Para seguir los pasos de Gonzalo, nos guiará el ilustre patricio toledano D. Jerónimo López de Ayala y Alvarez de Toledo, Vizconde de Palazuelos y Conde de Cedillo (Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia).

En las dos Alcanás y en las sederías de Santa Justa, se agrupaban los tenderos del arte; en la calle de Las Armas y cercanías, los célebres espaderos, cuyas espadas y estoques, alabardas y picas vencieron en Otumba y Pavía, en Mühleberg y San Quintín; en la calle Ancha, los mercaderes de lienzos; en las Cuatro Calles, los de paños, y en la Chapinería, los joyeros.

Fué el río Tajo parlador y agorero: en rima nos lo dice el insigne Fray Luis.

Cuando hablaba, era su locución limpia y sonora, de «polidéz y claridad» notables, como aprendida de labios toledanos, que presumían de que la villa era así como el «metro de la lengua castellana.»

En clase de agorero, sus profecías eran nuncios de aterradores pesimismo.

Ducho en temprar espadas, era belicoso en extremo; ved cómo increpa al desgraciado D. Rodrigo en esa estrofa que corre todos los libros de Retórica:

«Acude, corre, vuela,
traspasa el alta sierra; ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.»

Si tuvieron sus aguas el misterioso sortilegio del temple del acero, también gozaron de la fama de fijar, cual ninguno, los coloridos de los tintes.

Con ellas, las cochinillas de Nueva España daban los flameantes escarlatas, el índigo sus maravillosos visos azules, la coscoja sus granas, el palo del Brasil sus encarnados de brasa ardiente, la rubia y las simientes los amarillos-oro. Y esos colores conservan, a través de los siglos, sus cálidas tonalidades brillantes, como se conservan los papeles de hilo y las tintas de agalla. Hogaño brillan anilinas y pastas de madera, y se consumen y se apagan presto: símbolo deleznable de la flojedad de estos tiempos, en que el cemento a molde reemplaza a los sillares y esculturas, las planchas troqueladas imitan a los hierros forjados y el algodón mercerizado falsifica las hebras de la seda.

Quisiéramos que nos acompañaran por las callejas toledanas esos espíritus imbuidos, como dice Menéndez y Pelayo, «por las mentiras de tres generaciones: la protestante, la enciclopedista y la ecléctica o doctrinaria.»

Ante Castilla, exhausta, «porque del lago inmenso de sus energías se quiso sacar demasiada agua», tienen la necia sonrisa depreciativa del viajante de comercio, que no sabe ver en las ruinas de las ciudades muertas los escombros de una industria que fué en el siglo xvi la más potente de Europa entera.

Como los paños en Segovia, las sedas en Toledo tuvieron un florecimiento inaudito y ocultado con mala fe por aquella serie de mentirosos enemigos.

Cerca de 20.000 telares hacen sonar sus premíderas por los

ámbitos de la opulenta urbe. En ellos y en sus labores auxiliares trabajan unos 50.000 obreros. Las mujeres, en filatores y tornillos, tuercen las hebras y devanan las madejas de seda.

En los telares de tejidos anchos, de lo angosto y de plata se fabricaban damascos e imperiales, tapices y espolines, gorgoranes, grisetas y lustrinas, piñuelas y tafetanes, tercianelas y felpas, terciopelos, fondos y rizos, rasos altos y bajos, mantos de peso y lustre.

Las fábricas de Medrano poseen telares que fabrican ternos y capas de una pieza con sus cenefas y ricas guarniciones.

Como nos asombramos nosotros, deslumbrados por la gama policroma de las maravillosas sederías, debió asombrarse el hidalgo de Yepes al recorrer las lonjas y almacenes de sus acaudalados parientes. Eran éstos lo que a la sazón se llamaba «mercader de escritorio.»

Compraban seda en rama en las provincias de Levante: la fiaban a torcedores, tintoreros, a tejedores y medieros. Llevaban telares por su cuenta, y traficaban con las Indias y las naciones extranjeras.

Porteaban sus géneros a las grandes ferias del reino, especialmente a las de Medina del Campo.

Del boato de estos ricos y considerados marchantes, del lujo y mimos con que se criaban sus hijos, nos da idea Mateo Alemán, poniendo en boca del pícaro Guzmán de Alfarache estas palabras:

«Era yo un muchacho vicioso y regalado, criado en Sevilla, la madre viuda, cebado a torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado más que *hijo de mercader de Toledo* o tanto.»

Fuélo, sin duda, Gonzalo de Yepes en el *escritorio* de sus deudos y en la casona de romántico patio, severo como los patios castellanos, lleno de plantas y de flores, como los patios andaluces.

Pequeño de estatura, mas lindo como un paje y como paje ricamente vestido, pasearía por el Zocodever, por los amenos Cigarrales, en compañía de los Yepes canónigos.

Cabalgaría trotones arrogantes para sus correrías por mercados y ferias.

Tras de la filigrana de las rejas espiarían el paso de Gonzalo los ojos negros de aquellas toledanas, que gozaban, entre las mu-

jeros de España, de ser las más discretas, y en que a la par andaban la discreción y la hermosura, el honesto recato y gentilísimo donaire.

Viviría aquella vida refinada de cultura y grandeza, de aristocracia esplendorosa, de espiritualidad sublime, de riqueza ostentosa, de misticismo prodigioso de la imperial Toledo, *taller de la discreción, escuela del bien hablar, Ciudad Santa, Roma segunda, Emperatriz de Europa, gloria y corazón de España, fortaleza de toda ella y luz de sus ciudades*. Corona de alabanzas que nuestro guía, D. Jerónimo, enguirnalda con flores de Mariana y de Cervantes, de Tirso de Molina y Gracián.

Se postraría ante la Custodia de Arfe, labrada con el primer oro traído de Indias, glorioso monumento de fe de aquella raza de gigantes, que los nietos de sus biznietos no pueden comprender por pigmeos.

Debió sentir el mágico perfume que nigromantes de cinco civilizaciones distintas alquitararon en las retortas misteriosas de sus cuevas: el que hechizó al candiota dominico Theotocopuli, haciéndole olvidar los esplendores ostentosos de Roma y de Venecia, y plasmando su espíritu y su vida en la austera grandeza del alma y de la vida castellana.

Todo debió gozarlo D. Gonzalo con gozo del presente opulento, con esperanzas de un porvenir mejor y más honrado.

Precursor, en lo humano, de su hijo el glorioso Juan de Yepes, lo trocó todo por la casta sonrisa de una doncella pobre; por la luz de unos ojos negros puros y enamorados; por la dicha tranquila del hogar de una casuca miserable, en una villa perdida entre los yermos de la llanura castellana; por el telar en que, acuciado de pobrezas, fejió buratos tristes y focas de aldeana; por el humilde asnillo cargado de unas piezas de tosca sedería, con que corrió el domingo los mercados de la Moraña alta.

Bella estampa la que nos traza Fray Alonso, el Asturicense, del idilio amoroso de Juan de Yepes y Catalina Alvarez.

Nos recuerda ciertas estampas iluminadas en suaves tonos, que el tiempo patinaba con tintas desvaídas.

Estaban encuadradas en marcos lisos de caoba, con rosetones de cobre sobredorado en los ángulos.

De niños las contemplábamos, curiosos, en el salón de la casona de una vieja parienta.

Era la romántica historia de un príncipe gentil, enamorado de una hermosa pastora.

Disfrazábase de pastor, un gallardo pastor, que traicionaba ingenuamente a su disfraz de opereta.

En la postrera estampa se sentaba en un trono con la pastora, vestida de princesa.

Leamos a Fray Alonso:

«Venía algunas veces Gonzalo de Yepes a Hontiveros a cosas de su trato, y agradado de la modestia y demás que vía en Catalina, pidió a esta señora se la diese por mujer: procuró ella estorvarle el casamiento, diciéndole no le estar bien por ser la doncella pobre, y que él, según los pensamientos altos de sus tíos (a quien ella bien conocía) y según el punto en que le trahían, tenía cierto un rico y noble casamiento. Mas como esto estava de Dios, ninguna razón le apartó de su intento, y así se hizo el casamiento.

Por lo qual, ofendidos los tíos del sobrino (en quien ellos pensavan hacer mucho), le olvidaron y no le quisieron ver ni ayudar.

Y él, viéndose así desamparado, comenzó a ocuparse en lo de su mujer, de texer sedas y buratos. Viviendo los dos virtuosamente con *grande paz* del trabajo de sus manos.»

Al revés de las estampas de la casona de nuestra tía, el príncipe gentil se viste para siempre de tejedor de aldea, y trueca sus galas de galán caballero por las pobres ropillas de humilde veludillo.

Naturaleza ardiente y serena a un tiempo, que por amor lo pierde todo; que, con amor, halla la paz en una vida obscura y trabajosa, en un ambiente de rural mezquindad, sin llorar las grandezas, de que se desnudó sin titubeo.

Y la pastora sigue con sus telares, mientras en uno de aquellos sugestivos patios toledanos, una doncella, noble y rica, suspira por el galán perdido, y los tíos lloran, airados, el nuevo caimiento del linaje glorioso de los Yepes.

Sacrificio, renunciación, humildad, duras labores flotan en el ambiente de santa paz del pobre hogar de Fontiveros, gérmenes vigorosos de un alma prodigiosa.



Catalina Alvarez

Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo: su candela no se apagó de noche; puso sus manos en la tortera, y sus dedos tomaron el huso.

SALOMÓN.



RES madres tuvo la Reforma de los Descalzos: Nuestra Señora de la Capa Blanca, la Reina del Carmelo, que desde niño cobijó a Juan de Yepes entre los pliegues de su manto de armiño.

La Madre Teresa de Jesús, que le prohió en el locutorio del convento de Medina del Campo.

Y Catalina Alvarez, que con la sangre de sus venas nutrió la savia generosa de aquel corazón ardiente, con la leche de sus pechos le infundió castidad de ángel, y con sus lecciones y ejemplos formó el alma gloriosa del primogénito del conventillo de Duruelo.

Fray Inocencio de San Andrés nos dice (M. 8.568, f. 543): «El P. Fray Juan de la Cruz era hijo de personas bien nacidas: yo conocí a su madre y a un hermano suyo.»

Ya sabemos lo que en aquellos tiempos se estimaba por «bien nacido»: limpieza de sangre de taras moriscas o hebraizantes y nobleza de abolengo.

Fray Alonso de la Madre de Dios, el Asturicense, nos dice

(M. 13.460): «Fué Catalina Alvarez una doncella virtuosa, pobre, nacida de honestos padres; pero de tal disposición, hermosura y modestia como las que más de su tiempo.»

Honesto, del radical latino *honor*, no adjetivaba sólo de castidad y de recato; calificaba en equivalencia de *honrado*, en el sentido genealógico de la palabra, es decir, de nobleza.

Tal significación le presta la bella hoja biográfica del Santo (M. 12.738, f. 1.193), cuando en admirable latín epigráfico comienza:

«*Venerabilis Pater Fr. Joannes a Cruce: natione Hispanus; patria Hontiverensis: sæculo honestus; sed cælestis vitæ nobilitate clarior.*»

«El Venerable Padre Fray Juan de la Cruz, de nación español, de patria Fontiverense; honesto en el siglo, pero más preclaro con la nobleza de la vida celeste.»

«Agradóse de ella en Toledo—sigue diciendo Fray Alonso—una señora viuda de Hontiveros, que tenía telares de seda en su casa, y por razón de su trato iba algunas becas a Toledo; la cual, viendo entrar en su posada á esta doncella y savido de su huésped mucho de su virtud, y como eran muertos sus padres, ofrecióle ella su amparo, la trajo consigo a su casa de Hontiveros, donde ocupándola en los telares aprendió a texer sedas.»

La escena en la posada—quizá el mismo y famoso Mesón del Sevillano—nos la traza Cervantes en «La ilustre fregona.»

¿Venía Catalina a la posada por ver a Constancia? Ello no fuere extraño, pues cotejando la loa de una y otra, hechas por el Asturicense y por el Manco insigne, eran como hermanas gemelas en virtud y en belleza.

Huyendo del tráfico del mesón, la viuda debió ampararse en la sala del amo, en compañía de la ilustre fregona y de la huésped.

Quizá, cuando entró la doncella, se hallaba Gonzalo de Yepes con la viuda, ya que ella estaba en Toledo por cosas de su trato, y que Fray Alonso nos dice luego que conocía bien a los tíos de Gonzalo, y que éste, por dicho trato de las sedas, la visitaba en Fontiveros, de paso para las ferias de Medina del Campo.

Preguntada la huésped, narró los duelos que dejaron a Catalina huérfana y sin amparo.

«Resta aora, señor—debió añadir—, dezir a vuessa merced, si

es possible que yo sepa dezirlas, las bondades y las virtudes de Catalina. Ella, lo primero y principal es devotissima de nuestra Señora: confiessa y comulga cada mes: sabe escribir y leer: no ay mayor randera en Toledo, si no fuere Costanzica: canta a la almohadilla como unos Angeles. En ser honesta no hay quien le iguale. Pues en lo que toca a ser hermosa, ya vuessa merced lo ha visto.»

Fuera en el mesón toledano o en la casuca de la señora viuda en Fontiveros, cierto es que Gonzalo de Yepes quedó suspenso y atónito de su hermosura y no acertó a decir nada: tal era su suspensión y embelesamiento.

«Quando salió (Catalina) de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen de nuestra Señora que en una de las paredes del patio estava colgada.

Su vestido era una saya y corpiños de paño negro, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran baxos; pero la camisa alta, plegado el cuello, con un cabezón labrado de seda negra: iba ceñida con un cordón de San Francisco. Traía trenzados los cabellos con unas cintas negras de hiladillo; pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le passava de la cintura: el color salía de castaño y tocava en rubio; pero al parecer tan limpio, tan ygual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.»

De lejos siguióla, al salir, Gonzalo, ya prendido en amores.

¿Subió ella por la Sangre de Cristo hacia Zocodever?

¿Tomó la vuelta del río por la cuesta del Carmen, pasando por el monasterio de los Padres Calzados?

Huyendo de ese monasterio de Nuestra Señora del Carmen, por aquella cuesta, por la subida de la Sangre de Cristo, por el mismo Zocodever, corrió en una noche de agosto, angustiado y maltrecho, años más tarde, Juan de Yepes, flor gloriosa de aquel idilio de amor, que alboreaba ante una imagen de Nuestra Señora, colgada del muro del patio del Mesón del Sevillano, y de que eran devotissimas la gentil y misteriosa fregona y Catalina Alvarez.

Viuda, harto moza y hermosa, su honestidad y el amor a sus hijos admiraron a todos.

Mujer fuerte, en medio de sus trabajos «se ubo con mucha virtud y recio ánimo», hasta criar a sus hijos con la labor de sus manos y grandes privaciones.

Un solo rasgo basta para burilar un aguafuerte de esa mujer heroica, en cuyo brío generoso se templó el alma de San Juan.

Nos lo cuenta (M. 8.568, f. 68) la Madre María de San Francisco, monja de Medina del Campo:

«La Madre de nuestro venerable Padre era muy buena cristiana, devota de nuestra Señora, y caritativa y tanto, que, siendo ella muy pobre, recogió un niño abandonado de la puerta de la iglesia y le crió como si fuera su hijo. Por su gran virtud la enterraron en esta iglesia de nuestras monjas: se decía entre ellas que la enterraban allí por tener un cuerpo santo.»

Bajo la dulce mirada de la Virgen del Carmen fueron grandes amigos la Madre fundadora y Catalina Alvarez.

Lo testifican las «Memorias históricas» (I, n. 45):

«Fray Alonso de la Madre de Dios supo de personas que conocían a la madre de nuestro Santo que, demás de ser esta señora hermosa, su mesura, honestidad, retiro y apacibilidad con las de su calidad, y en que era envidiada y amada de ellas, y su término noble, mostraba ser bien nacida; las monjas de Medina le afirmaron la estimaba mucho nuestra santa Madre, y que gustaba mucho de su conversación por su mucha virtud.»

Mandó, nos dicen varios testimonios, que las monjas la atendiesen y socorriesen siempre, y que la diesen sepultura dentro del convento como persona tan de la Orden.

Sugerencia emotiva la de las pláticas de la Madre Teresa y de Catalina sobre el futuro San Juan de la Cruz, hijo, según la carne, de la segunda, y tan hijo espiritual de esas dos mujeres gloriosas, de arrestos tan varoniles y de tan fiero corazón.

Santa Teresa, con su apasionado entusiasmo, alababa las virtudes y ánimo de aquel su primogénito.

Holgábase, embebecida, Catalina de los encomios de aquel su tercer hijo, que, como dice Fray Joseph de Santa Teresa, algo aficionado a los chistes retóricos, fué mejorado en tercio y quinto por el Señor.

Grandes esperanzas fiaba en él la Fundadora para la obra de la Reforma: eran fundadas en las palabras del Señor a la Madre.

A Catalina, poderosa auxiliar y colaboradora de la empresa, «se le encendía la color del rostro», de gozo y de consuelo al oír a la Madre.

Sobre la cuna de la naciente Descalcez se inclinaban los bellos

rostros de aquellas singulares mujeres, contemplando sus ojos, negros y brillantes, a aquel, para su amor tierno infante, heredero del linaje de Elías y de los Padres del Desierto.

Sus almas de querubines extenderían las alas de oro sobre esa cuna, arquilla de futuras grandezas.

Había nacido ya la Descalcez en el Portalico de Duruelo, y allá va Catalina, ansiosa de ver al hijo y de prestar su ayuda.

«Después fué allí (M. 8.568, f. 371) un hermano suyo con su muger y madre, por servir los frailes y traer lo que fuere menester: su muger, para labar los paños; la madre, para guisar la comida. Después que estuvo allí algunos días, volviéronse todos a Medina, en el cual tiempo el Hermano se ocupaba en hacer la cama a los frailes y varrer.»

Catalina Alvarez, Francisco de Yepes y Ana Izquierdo, quisieron ser humildes servidores de aquellos humildísimos frailes.

Eran almas que habían descalzado sus humanos propósitos, que habían vestido el áspero hábito de abnegación y sacrificio.

Como las rosas de un mismo rosal en primaveras alejadas, se semejan las almas de Catalina Alvarez y Juan de Yepes en belleza, en donaire, en atractivo, en sosiego, en honestidad, en recogimiento, en discreción y en heroico valor. Ambas vivieron entre espinas.

Sólo que el alma de rosa de Juan de Yepes nació en la cima de la rama más alta, dando florido que vibraba hacia el cielo.

¡Venturosas las madres que en el rosal de sus hijos ven florecer las mismas rosas de sus virtudes, sin que surja algún tallo espinoso y estéril, brote del escaramujo silvestre que, con el barro original, todos llevamos en el fondo de nuestro pobre corazón de carne!

Francisco de Yepes fué el hijo mayor de Catalina y de Gonzalo.

Como sus padres, fué tejedor de sedas. Al par tejó una vida tan santa como humilde, que le mereció el título de *Venerable* en ese callado plebiscito de las personas de su tiempo.

El P. José de Velasco escribió (1615) la «Vida y virtudes del Venerable Varón Francisco de Yepes.»

Las Carmelitas estimaban mucho sus dotes del espíritu.

Nos lo dice la Venerable Madre Catalina de Cristo (M. 12.738, f. 831): «Era ombre casado de admirables birtudes y santidad y de grandes mercedes de Dios...; tan gran santo es Francisco como su ermano». Insiste en otra declaración (M. ibíd., f. 1.011) en afirmar

que era «tan bien gran santo baron, aunque seglar, de admirables virtudes y de altísima contemplacion este santo que ansi le llamaban todos.»

La pintoresca ortografía de la Madre Catalina nos evoca una anécdota que relata el P. Gracián en sus «Adiciones»:

«Tratándose de quién llevaríamos por priora de Soria, díjome la Madre que pensaba llevar a Catalina de Cristo, que a la sazón era tornera en el Monasterio de Medina del Campo. Yo me espanté mucho de su determinación, y le dije: «¡Jesús, Madre! ¿Cómo quiere hacer tal cosa? ¿No sabe que Catalina no sabe escribir y leer muy poco, y ninguna cosa sabe de negocios, ni es dispuesta para poder entrar en cosas de gobierno?» Respondióme: «Calle, mi Padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y es muy gran santa y tiene un espíritu muy alto, y no ha menester más para gobierno: ella será tan buena priora como cuantas hay.

Y así salió, como se experimentó después en muchos negocios.»

Refiere en una nota el P. Silverio de Santa Teresa (Obras) que los padres de Catalina no habían querido que sus hijas aprendiesen a leer y escribir por temor a los alumbrados que, en libros y hojas clandestinas, hacían gran propaganda entre las mujeres piadosas de Castilla.

La Madre Catalina fundó los conventos de Pamplona (1583) y de Barcelona (1588), confirmando plenamente los augurios de la Santa Fundadora.

En 14 de enero de 1679 se trasladaron los restos venerables de Catalina Alvarez de la iglesia primitiva del convento, que es hoy el locutorio, al claustro, y al renovarse en 1900 el pavimento de éste, se colocaron en el muro, debajo de un arco, junto con los de la Venerable Inés de Jesús, la prima de la Madre Teresa.

La clausura del segundo palomarcito de Teresa conserva el rico tesoro de la gloriosa Madre de Juan de Yepes, y en él, Madre también de los Descalzos.

Está guardada en lo más íntimo del corazón carmelitano.



Camino de Avila

[Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas]
[Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros]
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
la huella de los santos y de los caballeros.

EL MARQUÉS DE LOZOYA.



ECIAS contradicciones nos abaten: sople de donde sople, sacude el viento al arbolillo de nuestras deprimidas energías.

Quien busque holguras y prósperos sucesos, fallos favorables de pleitos, premios de loterías, gozos humanos por intercesión de los santos, que no camine por los senderos de Fray Juan de la Cruz.

Avisados estábamos. Nos lo escribía un ilustrado Carmelita: «que demasiado sé que, en poniéndose en contacto con él, no le sufre el corazón dejar de regalar con el precioso tesoro de la Cruz a quienes de corazón le quieren.»

Nos lo decía el insigne P. Silverio de Santa Teresa días después; en sus andanzas para allegar los datos de su «Edición crítica de las obras del Santo», postróle en cama una peligrosa dolencia.

Hoy mismo sentimos en la Corte un descorazonamiento profundo. Nos hablaron de un importante libro de Juan Baruzi: Araujo-Costa nos dijo en una bibliografía que en él se halla la vida definitiva de San Juan de la Cruz.

Le buscamos afanosamente por todas las librerías, sin hallarle: sólo hay curiosidad por las novelas.

Estamos en vísperas del Centenario: la Iglesia le ha elevado a la cátedra de sus preclarísimos Doctores.

Creímos hallar en todas partes hogueras de entusiasmo por esa gloria tan señalada para España: sólo hallamos las chispitas de amor filial en las revistas Carmelitas.

Algún artículo suelto en un sector pequeño de la prensa española: los corresponsales de los grandes rotativos hispanoamericanos se olvidan de este gran lumínar de la raza.

El sectarismo puede más siempre que el patrio amor.

Ha poco leíamos la reseña de las Fiestas de la Canonización en Madrid en 1727: ¡607 páginas en folio!

Hacemos escrupulosamente el presupuesto de esta etapa de peregrinación.

¡La pobreza actual, cosas del Santo, es muy sabrosa para el alma, cuanto a la carne dura!

Recordamos una curiosísima carta de Fray Manuel de Santa María que recorrió Castilla en busca de documentos teresianos.

Escribió el 16 de febrero de 1761, desde Alba de Tormes, a su compañero Fray Andrés de la Concepción, dándole cuenta, en el seno de la amistad, de sus investigaciones y de los apuros en que se hallaba. Dicele que con *doscientos reales* podría hacer las diligencias necesarias para las copias e informaciones jurídicas en Salamanca, Peñaranda, Avila, Duruelo y Mancera. Y para hacer frente a todos estos gastos no tenía más que *¡cien reales!*, y pedía que le enviasen otros ciento. ¡Tal era la escasez y pobreza con que tenían que hacer operaciones tan importantes los Religiosos Descalzos en aquella época! ¡Pobre y santo religioso que con ¡DOSCIEN-TOS REALES!, con una bolsa de escapularios y medallas, y un gran caudal de resignación y de paciente constancia, teniendo que ir desde Alba de Tormes a aquellos lugares, viendo malas caras, sufriendo desprecios y contrariedades, mal comido, peor calzado, calculaba que podría subvenir a tantos gastos y llevar a cabo una obra tan piadosa, al par que literaria y tan interesante, pidiendo sólo, por recompensa, que le dejaran ir a morir al Desierto carmelitano de las Batuecas!

¡No mucho más llevamos de los *doscientos reales*, porque las pesetas de hoy valen menos que los reales de entonces, y no

podemos aspirar al descanso en el deleitoso retiro, quizá el más solitario de ellos, donde Maurice Legendre escribía un día de Todos Santos que «España descubre al peregrino las dos soledades en las que ella acaba con el mundo: el profundo valle del Desierto de San José y la cima radiante del Santuario de la Peña de Francia, imágenes hermanas del paraíso de la tierra y del paraíso celeste!»

Salimos de Madrid: tarde tristonja; celajes cenicientos borronean el verde opaco de la lejana perspectiva.

Nubarrones sombríos encapuchan las cimas de la Sierra.

Amarillean los follajes de la Casa de Campo: pardean los rastrojos en las tierras paniegas.

Los encinares velan de gris a las austeras lomas.

A través de las nubes, de cuando en cuando, brotan unas llamadas de sol.

Y entonces el horama se ahoga en luz: una luz cárdena y escarlata que combina hoscas tonalidades con pardos y ocre, grises y bermellones.

Ved cómo Barrés («El Greco o el Secreto de Toledo», traducido por Insúa) otea en la retina y en la paleta de los grandes artistas las vibraciones luminosas del alma castellana en esta misma visión que nos fascina con un extraño encanto:

«El paisaje despliega en lontananza un color fiero: una niebla verdosa sobre un suelo rojizo. Y encontramos la razón de la pintura española. Esta tierra, despojada, sorprende igual que un Velázquez o un Greco: el mismo color y la misma soberbia dignidad. Todo manifiesta una voluntad implacable de constituir belleza.

Es algo característico: para encontrar vivientes los colores de las salas españolas del Prado, basta con mirar desde los soporfales de la plaza de la Armería, por encima de los jardines de Palacio, el valle del Manzanares y la sierra de Guadarrama. Las lomas graves e inmutables; la tierra, noble como Zurbarán e inquietante como el Greco; la vega, rica como Velázquez, del valle de Manzanares, contiene también los colores de nuestro Manet.»

No hay notas de cromatismo desvaído, ni vaguedades de medias tintas: todo es sobrio y austero y vigoroso, hasta la manse dumbre risueña de huertas y vergeles.

Perfiles y conformos acusan entereza y aplomo.

En la ribera verde de un arroyo asoman los bloques de granito: sonrisa de agua y prado, y corazón de piedra.

Junto a la vía, chilla la nota barnizada, agresiva, de petulantes hotelitos y de exóticas *villas*: a veces, pocas, algún afortunado y sugestivo acorde con el ambiente del paisaje.

La locomotora jadea por la ruda pendiente.

Los pinos nos envuelven en aromas de colofonias y resinas, cual las heridas de las almas recias en el cáliz de los santos dolores destilan las sangrías de sus troncos, gota a gota, sus esencias en las menudas cazoletas.

Surge de pronto en una espléndida ladera la augusta mole de El Escorial: parece que ha brotado del suelo en una convulsión geológica, como los mismos montes.

Tanto armoniza, en grandiosidad y colorido, con esa sierra de granito: creyérase que hombres ciclópeos elevaron esas peñas y cumbres para que sirvieran de marco al monasterio de San Lorenzo el Real.

El académico francés Luis Bertrand se detiene asombrado ante esa obra gigantesca.

Leed su hermosa obra *Sainte Thérèse*.

Para él, es la expresión en granito del pensamiento de Felipe II; «representa a la monarquía católica de todos los tiempos; no tiene edad ni forma particular: es impersonal y abstracto, como los monumentos hieráticos del antiguo Egipto.»

Bertrand comenta la más o menos legendaria entrevista en El Escorial de Felipe II con la Madre Teresa: piensa que ese formidable palacio, en cuyo centro mora el Dios Eucarístico, pudo bien sugerirla la idea material del Castillo de las Siete Moradas.

Y como vió al grandioso edificio, al venir de Avila, «con el pensamiento aún lleno de Santa Teresa», a la luz del alba, «cual la aparición virginal y casi milagrosa de una inmensa basilica, blanqueada y purificada por la luz naciente», se le convierte el macizo Monasterio de Felipe II «en una mansión aérea, toda violeta y blanca, con sus flechas, sus campaniles y sus cúpulas, como una procesión que avanza en medio de cruces, cirios y banderas entre un lejano rumorear de cánticos. Y en ese momento, delante del edificio penitencial, transfigurado por la luz celeste, experimenta el sentimiento que el sueño ascético del constructor de El Escorial se une allí al sueño seráfico de la Carmelita de Avila.»

Juzgamos que es en piedra, algo así como el alma de Juan de Yepes.

En este instante nuestro, la gloria del crepúsculo le convierte en una hoguera triunfal de escarlatas y púrpuras, como si se encendieran luminarias por la nueva, recién llegada, de la victoria de San Quintín. En medio de este paisaje, que es todo fortaleza, es una estrofa de la epopeya de la España, domeñadora del árabe y del turco, y paladín entonces de la Iglesia católica contra la Reforma protestante.

Tras de esos muros fríos y desnudos late el alma española con su cultura, con su fe, con su austeridad y su ardimiento.

Sigue subiendo el tren: el aire sutil de la meseta castellana orea los pulmones: los pinares se exaltan cada vez más en vaho ardiente de olorosas resinas.

En las paradas, en ventrudos y oscuros cantarillos nos ofrecen muchachas aldeanas agua pura y helada, leche de las ovejas de Las Navas.

El fondo de los valles se aduerme entre neblinas de penumbra.

Sobre las crestas de las sierras de Gredos y de Avila enciende ya el crepúsculo trágica epifanía de púrpuras sangrientas: en el alto horizonte, sobre las aristas amoratadas de las cimas, vibra ardiente y gloriosa una aeluya de oro.

En las crestas se amortiguan púrpuras y escarlatas, como el reflejo de un incendio lejano.

Sobre el llano se alargan fantasmales las sombras de la noche.

¡Tierra bendita de Santos y de cantos, Avila de los Caballeros!
El corazón del peregrino murmura una plegaria.

Una estación pequeña sumergida en soledad y negruras. Junto al reloj, la luz rojiza de un friste reverbero.

Suena un chirrido de carreta: pensamos en las carretas de la Madre Teresa. ¡Y aún nos parece lento el caminar del tren ligero!

Nuestro vagón se encuentra ya desierto: la obscuridad nos nubla el ánimo.

Pensamos con tristeza en un libro, que hojeábamos esta mañana misma, en la rebusca afanosa de la obra de Baruzi.

Ante una incomprensión rencorosa, no nos extraña que no se vendan libros que hagan justicia a España.

Un andaluz, José Mas, ha escrito una novela descriptiva: «La locura de un erudito.»

El *erudito*, ante la torre de D. Fadrique, de Sevilla, explaya iracundo los sentimientos, prejuicios e incomprensiones del autor.

«Inconscientemente, y por una curiosa asociación de ideas, se pensaba en la llanura inhóspita y calcinada de Castilla, con sus hombres consumidos por la avaricia o por el misticismo.

Era un símbolo en medio de la riente ciudad andaluza de la Castilla torva, vengativa y depauperada por sus deseos insaciables de rapiña y dominación.

En el silencio de su llanura inacabable se consumía, alimentándose de sus pasiones insanas...»

¡Avila! Descendemos apresurados, como si huir quisiéramos de esa siniestra invocación de odio.

La indispensable camioneta *Ford* nos transporta, en directa, a la ciudad murada.

No sé qué ocurre con estos artilugios: suplantaron a los desvencijados ómnibus y parecen aún más viejos y sórdidos que aquéllos.

Llegamos al recinto; sobre el portalón de una puerta se lanza, de torre a torre, un arco de osado atrevimiento.

Parece que la noche tiende en el hueco de ese arco un reposero inmenso de damasco amaranto, recamado de estrellas de oro.

¡El pendón de Castilla!

La refina guarda aún del día una visión de púrpuras...



A las infantas mis hijas

Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores, que hogaño no los he oído por estar esta casa lejos del campo.

FELIPE II.



UBARRONES tan densos ha acumulado la triple mentira de odio, de que habla Menéndez y Pelayo, sobre el Rey Felipe II, que hasta en nuestras aulas de Escuela y de Colegio se nos apareció su figura como un fantasma terrible y tenebroso, iluminado por la hoguera de los autos de Fe.

Le conocíamos como al gran Rey Prudente, que con un gesto de su dedo artrítico hacía temblar a Europa; como al Rey poderoso, por poderoso y grande, tan odiado; como al Rey católico, paladín de la Fe contra la Reforma protestante; como al Rey amante de la cultura y de las letras, de la arquitectura y todas las Bellas Artes...

Sabíamos que sus Embajadores tenían el encargo de comprar para él los libros más notables.

Su figura nos inspiraba, desde el primer Epítome de Historia, que devoramos con afán, una profunda admiración, pero también un respeto temeroso.

Veíamos siempre al Rey terrible que con una mirada o una palabra hacía morir a un hombre; al Rey fríste encerrado en aquel

Escorial, panteón de vivos y de muertos, *Misa perpetua de difuntos*, según la frase de Bertrand.

Hombre de hierro con corazón de granito: lo que en calidad de fraile fué, según la opinión general, Juan de la Cruz.

Con la visión sombría del Rey y del Fraile, se ensombrecía nuestra idea sentimental de aquel momento grandioso de la Raza española.

Donde aparecen la realidad del carácter, el hondo y sutil perfume de las almas, la sensibilidad afectiva, las pequeñas cosas que forman el paisaje favorito en el huerto cerrado de las predilecciones y los gustos, es en las cartas íntimas.

Con el grato recuerdo de esos días, marcados con piedrecitas blancas, en que topamos con un alma-bondad, con una acción noble o exquisita, con un buen libro, conservamos la memoria de la tarde en que abrimos en el pupitre de estudiante la Antología del P. Vicente Agustí (Modelos de Literatura Española), y en ella hallamos las dos conmovedoras cartas de Felipe II a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina.

Halló el autógrafo de estas cartas Mr. Gachard en el Archivo Real de Turín, y al publicarlas (1884) se inició la gran obra de reparación histórica del falseado carácter del Rey Felipe.

«A las infantas mis hijas.—Lisboa, a 15 de enero 1582.—Muy buenas nuevas son para mí saber que todos lo estáis, y paréceme que se da mucha prisa vuestra hermanica en salirle los colmillos: deben de ser en lugar de dos que se me andan por caer, y bien creo que los llevaré menos cuando vaya ahí; y como no sea más que esto, se podrá pasar.

Estoy espantado de no saberse nada de mi hermana, y aun con mucho cuidado, porque desde otro día que se embarcó no he sabido más de ella, y no sé qué pueda ser. No puedo creer sino que se ha ahogado algún correo. También es terrible el tiempo que hace aquí y lo que llueve, y algunas veces con muy grandes truenos y relámpagos, que en este tiempo no los he visto. Y esto sería bueno para vos, la mayor, si no les habéis perdido el miedo. No hace frío, que todo es llover, y ahora ha gran rato que parece que cae el cielo de agua; y ha habido grandes tormentas, mas no se han perdido tantas naos como Luis Tristán os escribe, ni aun creo que ningunas, sino algunas varias pequeñas y no muchas.

El correo pasado, que llevaba una carta mía para vosotras, creo que tardaría en llegar, porque por andar el río tan bravo no pudo partir el correo el martes de mañana, que suele partir, sino el miércoles, y así no creo que llegaría ahí antes que partiese el ordinario de hoy.

Creo bien que D.^a Ana de Mendoza debe servir también a vuestros hermanos chicos, como vos, la menor, me lo escribís. Diéronme el otro día lo que va en esa caja, y dijéronme que era lima dulce; y aunque no creo que es sino limón, os la he querido enviar, porque si fuera lima dulce, no he visto ninguna tan grande. No sé si llegará allá buena. Si llegare, probadla y avisadme lo que fuere, porque no puedo creer que es lima dulce por ser tan grande, y así holgaré de saber lo que es y que me lo escribáis. Y un limoncillo que va allí no es sino para henchir la caja. También van allí unas rosas y azahar, porque veáis lo que hay acá; y así es que todos estos días me trae el Calabrés ramilletes de lo uno y lo otro, y muchos días ha que los hay de violetas. Junquillo no hay acá, que si lo hubiera, creo que ya hubiera salido, pues hay estas otras cosas. Según lo que llueve, creo que le habrá ahí presto, y para cuando venga ahí mi hermana, o poco después. Y Dios os guarde como deseo.

De Lisboa a XV de enero de 1582.

Ayer fuimos a misa a una iglesia que se llama Concepción, y es de clérigos de la orden de Cristo.

Vuestro buen padre,—FELIPE.

A las infantas mis hijas.—Lisboa, a 16 de abril 1582.—Mucho holgué con vuestras cartas y con las nuevas que me dais de Aranjuez. Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores, que hogaño no les he oído, como esta casa es lejos del campo. No sé si los oiré por el camino, porque después de mañana pienso pasar este río e ir a dormir al Barrero y esotro a Setúbal, por ver aquel puerto y el fuerte que allí se hace. Y de allí irá mi sobrino a recibir a mi hermana, creo que a la raya de Castilla, y yo a esperarla a Almeyrín. Y de allí nos vendremos, creo que luego aquí.

Y volviendo luego a Aranjuez, muy grandes ballesteras creo que debéis estar entrambas, pues tan bien matasteis los gamos y tantos conejos. Y decisme, vos la mayor, que vuestro hermano cobró mu-

cha fama (y creo lo decís por vuestra hermana, y es así según lo que decís adelante, sino que por la *a* pusisteis *o*, y otra palabra que se os olvidó). Creo que debisteis de escribir la carta apriesa.

También aquí hubo truenos los otros días, y tres o cuatro muy grandes, y que se oía bien que eran de rayos; y paréceme que eran tan grandes como el del rayo de San Lorenzo; y así dicen que cayeron aquí no sé cuántos y que mataron dos o tres hombres.

La casa nueva debe de estar buena, y la fuente no sé si correría agua en ella: decídmelo y también si la capilla está acabada y puesto el retablo, que no lo he sabido, y si andaba bien el reloj.

He miedo que deben de haber dado mano al pescado del estanque de Hontigola, pues no se pescó ninguno; y buenas fueron las cazas de las zorras y más por vuestro hermano, que espero le dará Dios salud para verlas otras veces, pues no son más que tercianas las que tiene, según lo he visto por las cartas del conde de Barajas: todavía estaré con cuidado hasta saber que esté bueno.

Bien podréis poner oro con lo negro cuando se case doña Dietristán, con que sea moderado.

Del auto no vine muy cansado, que no dura tanto como suelen durar allá, a lo menos los que yo he visto, que no duró cuatro horas. Esta semana santa la he pasado bien, y en esta casa, con las ventanas que tiene a la capilla, adonde he estado a los oficios, sino al encerrar y desencerrar el santísimo Sacramento, que bajé a la capilla por una escalera que hay allí, y hubo muchos disciplinarios y penitentes, y más de día que de noche, aunque la procesión de la Misericordia, que aquí no hay otra, vino a la capilla mientras las tinieblas, entre los maitines y laudes; y yo la vi desde una ventana muy bien. Dicen que no fué tan concertada como las de ahí, que yo no he visto. Hanme dicho que hubo muy buenos monumentos en muchas iglesias y monasterios. Y porque es tarde, y he tenido y tengo mucho que hacer para partir, no puedo decir más. Y Dios os guarde como deseo.

Vuestro buen padre,—FELIPE.»

En una visión parcial, maliciosamente escogida, miráronle sus enemigos y hasta algunos amigos, en los postreros años, crispado por los dolores de la gota, llagado el cuerpo y aún más llagada el alma por tantos duelos como enlutaron su corazón, y sobre todo por el del hijo—un desdichado anormal—, tan amado como hijo y

como heredero de su trono, y le pintaron, como pintarían al hombre más alegre del mundo, en los momentos que sufriera un acceso de hipercloridria, en la octava de enterrar a su esposa y a su hijo.

Vemos al Calabrés poniendo en la mesa de su despacho, todos los días, ramos de azahar, de violetas y de rosas; al padre amante preocupado por la dentición de la hija y por las tercianas del Príncipe; enviando dulces y frutas; corrigiendo burlescamente faltas de ortografía, añorando ver correr una fuente nueva y saber si marcha bien un reloj; atendiendo al deseo de vanidad juvenil de las hijas de aliviar algo el luto en un día de bodas...

El tirano impasible escribe—según dice Pérez Mínguez («Psicología de Felipe II»)—líneas como éstas, verdaderamente virgilianas: «Las albérechigas vinieron de manera que, si no lo escribiéran, no se pudieran conocer, y así no las pude probar; de que me pesó mucho, *que por ser del jardincillo de vuestra ventana, me supieran muy bien.*»

La dulce figura de la futura archiduquesa Isabel Clara Luz Eugenia, tiene para nosotros especial atractivo.

Dependió de su padre a amar a los Descalzos y, devotísima de Fray Juan de la Cruz, mandó en Bruselas (1628) al Maestro Fray Crisóstomo Enriquez, cronista de la Orden de San Bernardo, hiciese imprimir, a sus expensas, la primera «Vida del Santo», la del Venerable Fray José de Jesús-María.

Sin Felipe II, la Reforma carmelitana hubiera naufragado en las tormentas que suscitó la empresa. Supo que así ensanchaba los dominios de la espiritualidad española.

Quien ame a la Madre Teresa y a Fray Juan, no dejará de depositar unas flores de gratitud en su tumba del panteón de El Escorial.

Otra sorpresa, análoga a la de las cartas, diónos, años después, el ilustre Jerónimo Fray José de Sigüenza en la «Historia» de su Orden.

En nuestra humilde vida tuvimos la fortuna de topar con un gran Maestro espiritual: algún día, si Dios nos da vida y alientos, nos ocuparemos de su obra fecunda.

Mucho pudimos de él aprender, si nuestras pobres fuerzas y nuestra flaca voluntad ayudaran: de ellas, no fué la menos provechosa la de saber leer el Evangelio en su honda psicología y en

sus matices morales y literarios. Gracias a sus lecciones, cada palabra, cada frase, nos daban su hondo sentido: la sobriedad majestuosa del estilo se nos aparecía sembrada de rayos de luz maravillosa. Y, sobre todo, tres parábolas...

El Evangelista San Lucas, hombre de ciencia, letras y artes, fué pintor: atribúyete la tradición varios cuadros de la Virgen, entre ellos el de la Basílica romana de Santa María la Mayor.

Como pintor, recogió de los labios divinos del Maestro el triple autorretrato del Corazón de Cristo en las parábolas de la oveja y la dracma perdidas y el Hijo Pródigo, y las engarzó en el admirable capítulo XV de su Evangelio.

El Rey austero y penitente supo apreciar la sublime espiritualidad emotiva, la exquisita ternura, la delicadeza amorosa de esos autorretratos, y fueron su lectura predilecta en vida y agonía.

Al tratar de ésta, nos lo refiere el ilustre Jerónimo:

«Mandaua que le leyessen lugares del Euangelio, que él tenía aduertidos a su propósito, como la parábola del hijo Pródigo, a quien, después de desperdiciada la hacienda, rescibió el padre entre sus braços por solo que se boluio a él arrepentido, y dixo: Padre, pequé en el ciclo y contra ti.

Y la de la oueja perdida, que, después de buscada con tanto trabajo, la lleuó el Buen Pastor sobre sus hombros; y la de la dracma perdida, que buscó aquella muger trastornando todas las alajas de su casa y barriendo los rincones. En lo uno y lo otro hallaua el sieruo de Dios, en sus santas consideraciones, grande aliuio en sus males, singular consuelo para el alma, reconociéndose, con profunda humildad, por oueja abarrancada, hijo desperdiciador, pobre sueldo perdido, y por otra parte se hechaua en los braços de un amor de Dios tan inefable, cobrando allí grandes esperanzas de salud eterna.»

Contra las apariencias de aspereza y tortura piadosas, de rigurosas prácticas y sombríos criterios, fué la espiritualidad religiosa del Rey Católico un acorde de confiada ternura con aquellas parábolas.

Conoció y amó a Cristo clavado y atormentado en la Cruz, pero supo entrar en la llaga de su amoroso Costado.

Así pudo comprender a Teresa y a la Reforma Descalza del Carmelo.



Avila de los Santos

Angulus ridet.
HORACIO.



UMO de rosas y azucenas, batidas y maceradas en almireces de granito. Un corazón de madre latiendo bajo de la loriga de acero de Ximena Blázquez. Libros de Caballería andante en las manos liliales de Teresa de Ahumada.

Dulzura y fortaleza; gestas heroicas y flor de misticismo: alma de Avila de los Santos y de los Caballeros, alma gloriosa y épica de Castilla la Vieja, corazón de Teresa.

Sus torres y murallas tienen la fuerza altiva de una armadura; pero a la luz del sol fulgen como una diadema de oro viejo.

Enérgicas, desnudas y concentradas, nos dicen que tienen que defender un tesoro. El tesoro es el espíritu de heroísmo, de santidad y de belleza, que subsiste como un legado de los tiempos antiguos.

Espíritu forjado por recuerdos sagrados, por oscuros sacrificios y gloriosos renunciamientos, por resignaciones grandiosas y sangrientas hazañas.

En las ciudades muertas, y singularmente en Avila, sienten algunos la opresión trágica de una lapidación violenta.

Les abruman los muros recios, las casonas abandonadas, el silencio de las callejas, el empedrado salpicado de hierba.

Y, sin embargo, las ciudades van ganando, al envejecer, más y más su alma propia: tienen algo así como la belleza madura, dorada y lacerada de esas frutas de otoño, y que quedan olvidadas en lo alto de una rama.

Su sabor se acentúa y dulcifica con las heridas del pico de los pájaros: en las heridas de los sillares carcomidos hacen nido los sueños, que nos evocan el pasado. Se aspira su perfume, como al abrir un viejo armario se percibe el de los blancos lienzos que aromaron antaño espliegos y membrillos, violetas y pomas.

El chorrillo del agua de una fuente en la plazuela romántica y desierta, sosiega la sed neurótica, como una gota del pasado refresca y atempera las fiebres del presente.

Lucía Félix-Faure-Goyan escribió un delicioso libro sobre el reflejo del alma de los niños, de los paisajes y de los Santos.

Nos dijo en él cómo desde su humilde claustro se reflejó en el mundo entero el alma de Teresa.

¿Reflejó sus destellos peculiares el alma de granito de Avila sobre el carácter de Teresa?

Algunos hallan tal antinomia entre su vida y sus escritos, y el paisaje de la ciudad y sus contornos, que juzgan que la «linda vista» de la ventana de su celda, en Toledo, fué la que empapó su alma de luminosas y cálidas dulzuras.

Esos no saben de la belleza extraña de un árbol solitario en el yermo, de la frescura de una fuente en la estepa: Horacio canta la sonrisa del rinconcito nuestro.

A la Madre Teresa le sonríen la huerta «que había en casa, donde procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, puniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían», las arboledas del deleitoso convento de la Encarnación, los álamos del Adaja, las ermitillas de la huerta del convento de San José, donde se retiraba como a un desierto: los rinconcitos suyos entre las piedras de Avila.

Sobre todo esa casa de San José, que, «aunque pobre y chica», tenía «lindas vistas y campo», donde gozó Teresa los cinco años «más descansados de su vida», en aquel «rinconcito de Dios y paraíso de su deleite.»

Y en todas sus fundaciones quiso poner esa sonrisa de las huertas y de las lindas vistas.

Así se fraguó el alma de la Madre Teresa, que fué siempre, como el natal paisaje, dulzura y fortaleza, iluminadas por el sol claro y ardiente de Castilla.

Ximena Blázquez combatió contra el moro; guardada de un adarve, daba el pecho a su hijo.

Teresa, desde la reja de su clausura, lanza un grito de guerra contra las huestes de Lutero, y tras el pobre tapial de sus conventos prodiga a «las sus hijas» la miel de sus ternuras.

Y sabe ser a un tiempo la más humilde de las monjas y la mujer más fuerte.

Y su dulzura florece, ayer y hoy, en almas protestantes, en un extraño rendimiento de altivos pensamientos ante los dichos galanos y hechizadores de la Madre Teresa. Pueden más que los Tercios y las galeras de Carlos V y Felipe II, porque siguen viviendo, batallando y venciendo corazones e inteligencias.

Zumo de rosas y azucenas, batidas y maceradas en almireces de granito, que perfuma los ámbitos de Avila, la extensión de los siglos y la redondez de la tierra.

Cuando los regidores, y el corregidor, y el cabildo y Avila entera quisieron derrocar el pobre convento de San José, no sospecharon que los siglos futuros llamarían, por causa de ese convento, a Avila la ciudad de Santa Teresa, y que el veloncillo de su celda alumbraría al orbe como una hoguera de amor glorioso.

Sin Teresa, sería quizá Avila una de esas ciudades muertas y polvorientas, en que sus propios habitantes se olvidan de sí mismos, labrando con los sillares de sus ruinas un Casino, un teatro y casas de tres pisos con balconcitos adornados por molduras de yeso, en que hidalgos blasones surmontan la puerta de una cuadra o de una tienda de vinos.

Cinco años bien cumplidos—de mayo de 1572 al 4 de diciembre de 1577—, al amparo de la ciudad roquera y al reflejo de sus paisajes morales y materiales, alquitaran en el ameno vallecico de la Encarnación, de Avila, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz la esencia divinal de la Mística.

No fué Fray Juan mero satélite: tuvo luz propia. Juntos, fueron dos astros inseparables de la constelación carmelitana.

No puede mirarse a un astro de esos sin ver al otro, y quien no acierte, en el fulgor maravilloso de esa constelación, a descomponer el espectro, pudiera errar en confusión de juicios.

Fray Juan tenía treinta años cuando, por confesor de las monjas, llegó al famoso convento de Nuestra Señora de la Encarnación: la edad de formación definitiva en la vida de un hombre.

Puso así en su alma la impronta definitiva la espiritualidad de Avila, centro entonces de intensa actividad piadosa; en que los Caballeros, como Francisco de Salcedo, iban todos los días a las aulas de estudios teológicos del convento de Santo Tomás, ciudad a la que las Religiones monásticas enviaban los más preclaros elementos; donde las damas de alta alcurnia tenían por directores de conciencia a Santos como Pedro de Alcántara, la gran figura representativa y simbólica del franciscanismo español.

En aquel tiempo albergaron sus muros, a más de ese gran Santo, a Fray Hernando de Talavera, Santo Tomás de Villanueva, San Francisco de Borja, San Juan de la Cruz, Santa Teresa...

Escribía ésta a su hermano Lorenzo: «No hay que salir de Avila para virtud y letras; en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes: mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.»

Como en Toledo y en Segovia, alcázares de la Raza española, desbordóse el corazón místico de Avila fuera del recinto murado en conventos e iglesias.

Uno de esos conventos es el de la Encarnación, aquella casa «grande y deleitosa, tan a su gusto», que albergó treinta años a la Madre Teresa en una celda «hecha tan a su propósito y con tantas amigas.»

¡Santas amigas, plantel de la Reforma!

Amaneciendo el día de Animas de 1536, bajaba Teresa de Ahumada, como nosotros hoy, por la ladera de la vega hacia esa plácida cañada, por donde corre mansamente el arroyuelo de las Vacas, entre arboledas y fecundas huertas, a buscar al Adaja.

Entre la tierra del camino asoman grandes cantos de granito: nuestros pasos siguen devotamente las huellas de la Madre y de Fray Juan de la Cruz: «¡tierra de santos y de cantos!» Quizá, por venir corriendo, ya que salió escapada de la casa solar, al pasar el puentecillo del arroyo se detuvo a beber en esa fuente que hoy ostenta su nombre.

Una leve pendiente llega a la arista de la llanura: allí descuella con sus fuertes machones, su alta espadaña, sus techos sobrepues-

fos a cuatro aguas, sus chapiteles de pizarra y su frondosa huerta, el monasterio.

Detrás se extiende la grandiosa llanura de Castilla, confundándose en lontananza, con el cielo, en una vagorosa sensación de infinito.

Tras de la tapia de la huerta, entre pomposas arboledas, se ve el tejado de la antigua hospedería, donde moró Fray Juan con Fray Germán de Santa María, hoy convertida en capilla del Santo.

En esa aurora de un día de Animas clareaba, en la lejanía de seis lustros, el alba virginal y radiante de la Reforma del Carmelo.

Sobre la cruz de la espadaña, un serafín abría sus alas de oro al sol naciente.

Hay un momento, quizá único, en los hombres y en las ciudades, en que su alma da su aroma más exquisito, perfume de flores y de frutos de muchas generaciones pasadas, que las futuras aspirarán con ansia.

Para Avila de los Santos hubo dos de esos inefables momentos: cuando llegó Pedro de Alcántara al convento de Teresa, y cuando, hablando del misterio de la Santísima Trinidad en el locutorio de la Encarnación, Fray Juan y la Madre cayeron los dos en éxtasis.

Ante la puerta del convento de la Encarnación sentimos una emoción extraña. Pisaron ese umbral San Francisco de Borja y San Pedro de Alcántara: ¡tantas veces lo cruzaron Santa Teresa de Jesús y Fray Juan!

En la capilla, edificada sobre el solar de la celda de la Madre, una lápida nos advierte: «La tierra que pisas es santa»; y andamos con veneración respetuosa.

El zaguán está solado con grandes losas de granito. El portón de la claustro, con su rudo marco de cantería, nos recuerda los dos desgarramientos del corazón de Teresa: la entrada, huyendo de la casa paterna, y la salida, después de treinta años de deleitosa estancia, para emprender sus andariegas aventuras.

Arranca del zaguán una escalera: de vieja encina son los balaustres: los escalones, de ladrillo rojo, y desgastadas molduras de madera.

Por la escalera se asciende al locutorio alto: recio envigado, ennegrecido por los siglos.

A través del oscuro locutorio interior se ve el claustro, ilumi-

nado por el sol: al fondo, la puerta del confesonario de Fray Juan.

En primer plano, junto a la puerta de la escalera conventual, dos esculturas: Teresa de Jesús y el Niño como si fueran a entrar en la portada. Dulce visión de ensueño que arrebola la luz del sol.

Platicaban, donde estamos nosotros, San Francisco y San Pedro: en los altos barrotes de madera torneada se apoyó el rostro de la Santa.

Las monjitas nos enseñan reliquias de la Madre: la jarrita de loza blanca del refectorio, la llave de su celda, una toca, el Santo Cristo que llevaba cuando las fundaciones en los carros, el leño que le sirvió de almohada, el relicario con el dibujo del Crucifijo pintado en un trocito de papel por Fray Juan en vigoroso escorzo...

Tres son los locutorios bajos: techo bajísimo con estrechos cuartos: gruesos muros de piedra con altos ventanucos de calabozo.

En el segundo nos recuerda un cuadro la aparición del Señor atado a la columna reprendiendo a la Santa por una conversación vana: el demonio, en forma de sabandija, se arrastra por el suelo.

El tercero es el del éxtasis de los dos grandes místicos: junto a la reja, el torno. A esos barrotes de madera de la reja se asió la Santa.

Quizá en este mismo sillón fraileró se elevó el Santo: besamos el cuero desgastado con respeto.

Como un destello de una luz interior se enciende en nuestra alma: del fondo oscuro de la reja surgen reflejos del alma de Teresa.

Y algo como un efluvio de un perfume desvaído de rosas y azucenas nos envuelve.



Celistias

Ja la nit es menos bruna;
tres estrelles, d' una a una,
dexen vores somrihent
llur celistia: es missatgera
de la llum qu' el mon espera;
ja la flor d' alba present.

J. VERDAGUER.



LARA noche de otoño: al azar vagabundeamos por callejas desiertas y dormidas.

Estuvimos bajo los soportales del Mercado grande: entre los grupos de muchachas, vestidas de tonos claros con abrigos oscuros, buscamos los ojos serios y reidores de Teresa: los hallamos.

De los labios de esas muchachas fluye la misma habla, limpia, cristalina y sonora.

Frases sueltas, recogidas al paso, se sazonan de discreción y de donaire.

Amiga de regocijos, debió Teresa pasear por los viejos soportales con sus primos y con jóvenes pajes en los días de fiesta.

A los pajes suplantaron ahora los alumnos de la Academia de Intendencia, como los flamantes soportales a los antiguos.

Hay en esas muchachas cierta nativa dignidad hidalga, que en la monotonía de ese paseo provinciano les da un sello de especial distinción.

Mañana las veremos en la *Santa*, la casa solariega de Teresa,

oyendo Misa, piadosas y recogidas como las doncellas de antaño; la Misa, que dirá un frailecillo joven, que nos recordará a Fray Juan, en ese convento, que lleva la titular de Duruelo, uniendo así los recuerdos de los dos fundadores.

Salimos a la ronda exterior de las murallas: nos envuelve la tenue vaguedad de la celistia.

«*Celistia*—nos dijo un día Victor Balaguer—, es, como *añoranza*, una voz catalana, española por ende, que no existe en castellano ni tiene otra con que sustituirse.»

Es la luz escasa que despiden las estrellas, luz celeste, melancólica claridad que se nota en las noches sin luna, despejadas y serenas; especie de blanca obscuridad, si así puede llamarse, con algo de penumbra luminosa en las sombras y algo de translucidez en las finieblas.

Los hombres de la ciudad hemos perdido la costumbre de mirar hacia el cielo: aunque lo hiciéramos, nos deslumbran focos voltaicos y mecheros *Auer*.

Y esa neblina de polvo y humo, vaho malsano del ciudadano ambiente, nos encapucha al cielo.

Descendemos hasta el arroyo de las Vacas: una estrellita baja del horizonte nos aparece como prendida en la huerta de la Encarnación, junto a la casica del Santo.

Pensamos en la candelera que alumbraría el libro de horas del Fundador de los Descalzos.

Quizá asomado a la ventana de su aposento, de esa casita que apenas adivinamos entre las sombras de la arboleda de la huerta, su alma extática iría penetrando al resplandor de esta *celistia* el misterio de amor y de fe de

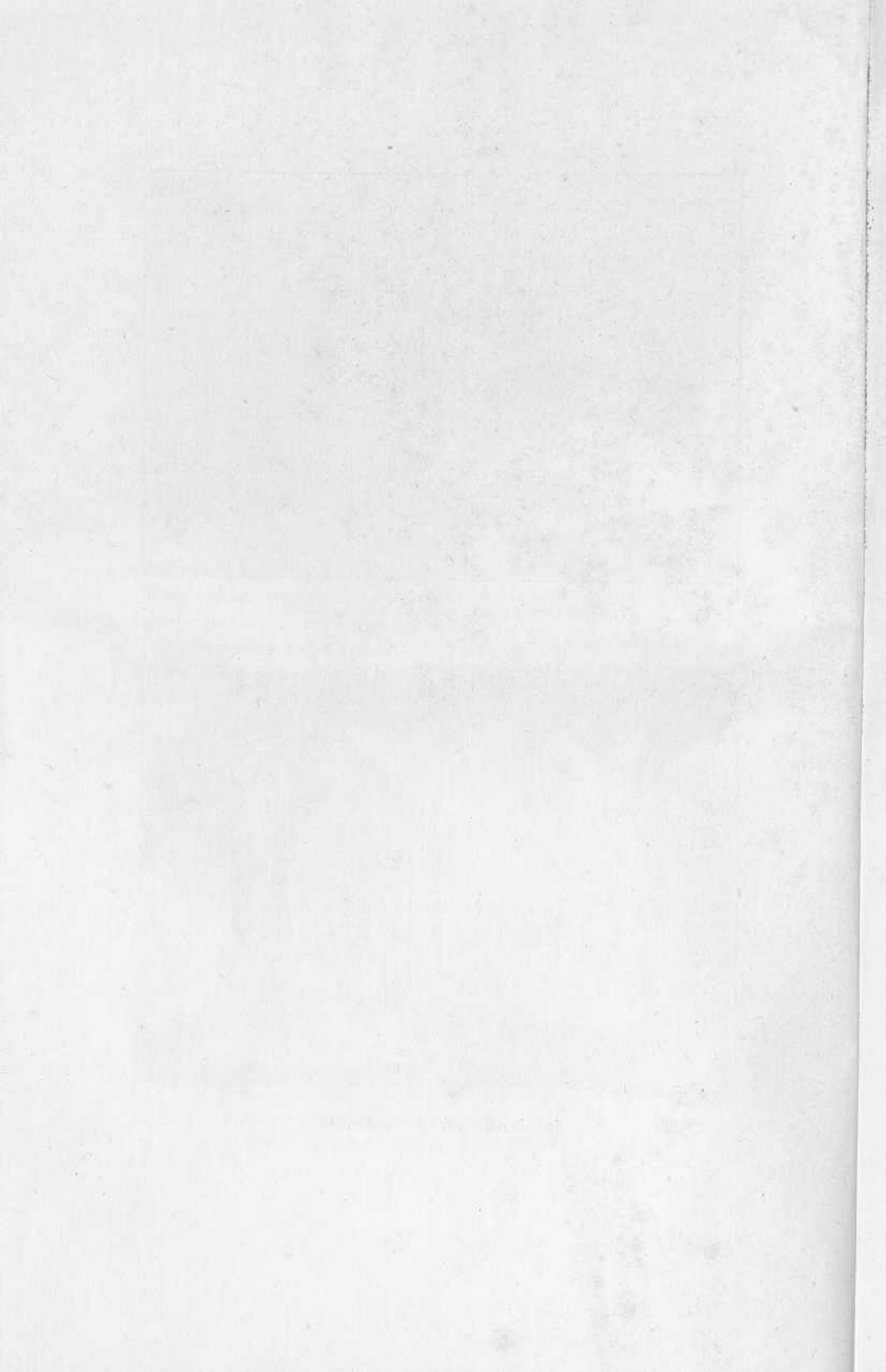
Aquella niebla oscura,
 que es una luz divina, fuerte, hermosa,
 inaccesible y pura,
 íntima y deleitosa,
 en ver a Dios sin vista de otra cosa.
 ¡Oh dulce noche oscura
 que no pones finiebla tenebrosa,
 mas antes tu espesura,
 cuan ciega, es deleitosa,
 y cuanto más oscura, más hermosa!



Capilla en el solar del Santo, en Fontiveros.



Iglesia parroquial de Fontiveros.



La luz en la tiniebla,
 la tiniebla en la luz sin apartarse
 la claridad en la niebla,
 la niebla en la luz mostrarse
 en este abismo ya sin estorbarse.

Y en lo más escondido
 de aquesta escuridad resplandeciente,
 habiendo esclarecido
 el sol que está presente,
 hace la noche día refulgente.

¡Dulces estrofas enamoradas, sentidas en la *celistia* del cielo oscuro de una noche de otoño en tierras abulenses y florecidas en la exaltación luminosa de una noche andaluza!

¡Porque la musa celestial y vibrante del Bardo insigne de la mística se amamantó en la gloria austera de estas llanuras para estallar en flores en el volcán de amores, de sentimientos y de brotes primaverales de Granada!

Por la ventana de su celda, que daba al llano, hacia los montes que le limitan a lo lejos, tras de los cuales oteaba la Madre al enemigo de la fe, contemplaría, arrobado de amor, esas mismas estrellas que titilan en la extensión del horizonte.

De cómo amaba Teresa las noches estrelladas, nos da fe el caso que relató el P. Gracián.

Erase en junio del año 1580: desde Madrid, camino de Segovia, cabalgaban el P. Jerónimo, la Madre y la fiel compañera de ésta, Ana de San Bartolomé.

Fué su ruta el actual itinerario de Madrid a Valladolid por Segovia: la cuesta de las Perdices, Las Rozas, Torrelodones y Cercedilla, descansando en una venta del puerto de la Fuenfría, en los alrededores del lugar de Navacerrada, dura jornada de doce leguas.

Parece que en el viaje desmandóse la mula que montaba la Madre, y que ésta, sin turbarse, la dominó con admirable maestría. ¡Alma de conquistadora que «unió a la fuerza del hierro—la limpidez del cristal», según canta José del Río, «que, con su pobre cayada—de viajera enamorada—, ensanchó al pueblo español!»

Era la venta una desmantelada casuca: de octubre a mayo la desamparaban por causa de las nieves.

Huyendo del calor y de las moscas, se sentaron junto a la fuente que da su nombre al puerto.

Servían a la Madre de gozo y de provecho «ver campo, y agua, y flores: hallaba en estas cosas memoria del Criador.»

Ante el cielo terso y purísimo de Castilla, recamado de estrellas; ante el inmenso panorama de sierras, valles y llanuras, en la gloria radiante de estas alturas exaltóse su corazón ardiente.

En sus labios brotó un salmo de alabanzas a Dios: loó su poderío y su grandeza; los bienes que su Providencia derrama sobre los cielos y la tierra; la pureza del alma, reflejo de las purezas del Cordero, las gracias que llueve el cielo, como la luz de las estrellas, como el rocío matutino.

Embebecidos, escuchaban la plática Ana de San Bartolomé y Gracián: decía éste que nunca pudo olvidar el fulgor de los ojos de la Madre y sus palabras arrebatadas de pasión divina.

La *celistia* se inflamaba en sus ojos reidores y dulces.

En la constelación del Carmelo, se ha encendido en pleno siglo XIX, el siglo de las luces, una estrellita entre los castaños de la huerta de un convento de Normandía.

«El mismo hábito, la misma aureola y el mismo nombre de la primera Teresa, la del siglo XVI, nos dice Lucía Delarue-Mardrus, Alpha y Omega: la gran Teresa de Avila y la pequeña Teresita de Lisieux.»

Entre la embriaguez de luz que enloquece a los pueblos, las miradas pías e impías se fijan en esa humilde estrellita, y «no pueden resistir al sortilegio de esa aparición lillial, contraste conmovedor con el tiempo presente, rojo con la sangre de la guerra y los reflejos de la bandera comunista.»

Oigamos cómo esa dulce monja, a quien aclaman por *Reinecita* los republicanos de Francia, nos cuenta su amor a las estrellas.

«A las ocho de la noche venía mi padre a buscarnos. Recuerdo que, por el camino, iba yo contemplando las estrellas con un arrobamiento indescriptible... Sobre todo, fijaba mi vista con delicia en un grupo de perlas de oro en el profundo firmamento (el tahalí de Orión). Observaba que tenía la forma de una T, y por el camino decía a mi amado padre: «Mira, papá, ¡mi nombre está escrito en el cielo!» Después, no queriendo ver nada de la tierra miserable, le rogaba que me guiara; y sin mirar dónde asentaba los pies, le

vantando muy alto mi cabecita, no me cansaba de contemplar la bóveda estrellada.

Esta *estrellita* que ha iluminado al mundo, nos dice («Historia de un alma», cap. 8).

«¡Ah, cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre San Juan de la Cruz! A la edad de diecisiete y dieciocho años fué éste mi único alimento.»

En la *celistia* misteriosa de esta noche de otoño en Avila, ¡cómo fulgura la luz de esas tres estrellas del Carmen en las tinieblas de nuestro pecho acongojado!

Cuando, al regreso, pasamos por la plazuela solitaria de las *Madres*, por la ventana de la fachada de la iglesia se escapaba un reflejo de las lucecitas del coro.

En el silencio de la noche, como un eco, vibrando en los tenues hilillos de plata de la luz de los astros, llegaba hasta nosotros el canto de Maitines.

En la plaza del Mercado grande el piano de un café atacaba furiosamente las notas de un *fox-trot*.

Ya no veíamos más que las bombillas eléctricas—anacronismo violento—en el portalón del alcázar.

Unos turistas preguntaban a un guardia urbano dónde había un teatro.

Quisieramos, como Teresita de Lisieux, haber vuelto a la fonda con la luz de las estrellas en los ojos.

Por guardarla en los ojos y en el alma, Fray Juan, que en Segovia «partía las oras de oración de noche (M. 8.568, f. 103), unas veces delante del Santísimo Sacramento y otras a la ventana de la celda mirando el cielo», nos dice Fray Francisco de San Hilarión (Ibíd. 167) que en la Peñuela «levantábase antes que fuese de día y se iba a la huerta, y entre unos mimbres y juncos, junto de una acequia de agua, se ponía de rodillas, y allí estaba en oración hasta que el calor le echava de allí y se venía al Convento a decir Misa.»

«Alegrábase mucho—escribe Fray José de Jesús María—de ver de noche el cielo cuando estaba sereno y estrellado, acordándose que era la patria de su descanso, y renovando la memoria de muchos secretos que el Señor le había descubierto. Contemplando la grandeza del Artífice de tan eminente obra, arrebatado algunas veces en espíritu adonde no podían llegar los ojos, le hallaban arrobado.

Decía que en los campos amenos, en los ríos y fuentes y en el cielo sereno y estrellado, se le descubría mucho de Dios.»

«El que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu, de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento, saca deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios», nos dice la Sentencia 262 del Santo.

De las estrellas, nos canta el Santo en una estrofa:

«es gran consuelo vellas
en aquel firmamento
con toda perfección, valor y aumento.»

En una noche luminosa de estrellas debió brotar en sus labios aquella hermosa oración del Alma enamorada que termina con el apóstrofe exaltado:

«Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes; los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía?»

Esas estrellas, que a nuestros ojos miopes aparecen tan pálidas, ante la extática mirada del que ardía en llama de amor viva, se encenderían cual lámparas de fuego en su supremo arrobamiento.



A Fontiveros

¡Sagrada tierra de Castilla! Madre de pueblos, campo de cruzadas, teatro de epopeyas, coro de bizarrías, foro y aula, templo y castillo, cofre y granero, mesa y altar, firme asiento de la Cruz y del blasón, crisol de oro, yunque de hierro, ¡salve!

RICARDO LEÓN.



OTA sobre las losas de granito una lluvia menuda: firitamos: anoche marcó el termómetro un grado y una décima. Hay momentos en que las gotas cuajan en copitos de nieve.

Tomamos el billete para Crespos: es el primer billete de primera que se expende para esa estación. La ruta del peregrino está desierta. Soledad de incomprensión e indife-

rencia. El gran Santo español está olvidado.

Sale el tren con tres horas y media de retraso. Tierras paniegas, donde las glebas se hinchan con la lluvia para mullir las sementeras. Páramos yermos con bolos de granito. Hermoso poliorama desde el viaducto del Adaja: en el fondo, los álamos del río, en lo alto muros y torres, y sobre ellas, la Catedral, como una ciudadela. Se hace adusto el paisaje: abruptas barrancadas: en las lomas, achaparrados encinares. Hondas trincheras labradas en granito: luego ondula el camino.

En un repliegue, Cardeñosa: allí nació aquella santa descalza, a quien el pueblo dió el perfumado y puro sobrenombre de *Azucena de Cardeñosa*.

Comienza la Moraña: tierras de pan llevar y mansos encinares.

Y luego la llanura: largos surcos como pliegues hieráticos de un inmenso sayal.

¡Crespos! Arrecian viento y lluvia. No está la camioneta que esperábamos.

Hay dos *Fords* de turismo, y los dos alquilados. Perplejidad y apuro. Los ocupantes de los autos nos brindan el pasaje con esa sobria cortesía castellana.

Aceptamos: están completos, y aún suben una niña y su madre.

Forman montón los bultos y personas: llevamos en brazos uno de esos blancos sacos cilíndricos, repleto de salvado. Nos zahuma el olor blando de las molindas candeales: el aroma de la tierra, parda y fecunda, que en nuestros brazos se duerme como un niño.

Tardamos en partir: el tío Rufino tiene que andar tres leguas largas en un carro después de Fontiveros, pero no tiene prisa.

Patina el auto en el fango de las calles de Crespos: casucas bajas de ladrillo y una pequeña iglesia, San Juan Bautista.

Inquirimos:—¿Está muy lejos Fontiveros?

—Legua y media— responde el tío Rufino.

—Quince minutos de auto—afirmamos con poca fe, mirando al barro.

Sonrió Feliciano, el del auto.

—Eso sería si estuviera pasable la carretera: mala está toda; pero después de Pascualgrande, no hay manera. Hemos de arrodear un poco.

Y señala hacia el Este: la carretera va hacia el Norte.

El *arrodeo* nos cuesta una hora y media de carrera loca por estrechas veredas, a campo traviesa muchas veces.

Los primeros y únicos peregrinos no tienen carretera utilizable.

Y van a ver la cuna de un gran Santo español, admiración del mundo, recién nombrado Doctor místico de la Iglesia.

Poco más de un mes falta para el Centenario de la Canonización de Fray Juan de la Cruz.

Lo confesamos: peregrinando, nos molestan un poco bazares y tenderetes, agencias de turismo: todo lo que se agrupa en torno de los santuarios venerandos.

Pero esto de Fontiveros...

Las veredas son cada vez más malas: nos recuerdan las del tiempo de la Madre Teresa: pensamos en sus carretas hundiéndose

en el fango de estos extraños andurriales, quizá en este mismo re-
pecho en que resuella el escape del auto y pican las bielas.

Una laguna: «la laguna mayor—nos dicen—; aquí pasó el primer milagro del Santo siendo muy niño.»

Sus historiógrafos varían el lugar y el tiempo de este suceso: varios afirman que acaeció en Medina.

Pero la tradición constante en Fontiveros lo emplaza en este sitio.

Oigamos en la villa cómo nos lo refiere D. Francisco Jiménez y Renedo:

«En el camino viejo de Collado existe aún la laguna grande, llamada así por ser la mayor de las cuatro que el término tiene, y junto a ella estuvo en tiempos el convento de monjas Carmelitas Calzadas, que hubieron de abandonarle por su estado ruinoso, trasladándose al que actualmente ocupan inmediato a la iglesia del Santo. En este sitio fué donde la Santísima Virgen empezó a favorecer a nuestro glorioso Santo.

Jugaba un día el niño Juan con otros niños junto a esta charca firando a lo hondo varillas y volviéndolas a coger cuando salían fuera, y queriendo una vez coger la suya, alargando el cuerpo más de lo conveniente, vencido de su mismo peso, cayó en la charca. Hundióse al punto, pero luego volvió a salir sobre el agua como si fuera la varilla que solía tirar, y sostenido sin hundirse estaba sin lesión ni turbación alguna. Mostróse allí presente quien le hacía aquel beneficio y libraba de peligro tan grande, que era la Reina de los cielos, resplandeciente de luz y hermosura, la cual, extendiendo la mano, pedía al niño la suya para sacarle fuera. Mas él, viéndola tan hermosa y limpia, rehusaba dársela para no ensuciarla con el cieno que en la hondura se le había pegado. Entretúvole y entretúvose un rato de esta suerte aquella soberana Reina con el niño, repitiendo Ella el mismo favor y él también la misma cortesía, hasta que llegó a la charca, dicen que un labrador, por ventura sería ángel, si no ya el glorioso San José (como lo mostraba la insignia de una vara que tenía en la mano), el cual, alargándosela, se la puso al niño en las suyas, y asido de ella le sacó a la orilla libre y se fué.

Este es el primer milagro que se obró en San Juan de la Cruz, según lo refieren sus historiadores y es tradición del pueblo.

¿No será hora de que, aunque sólo sea una tosca piedra, señale al caminante el sitio en que tal prodigio tuvo lugar?»

Nuestra Señora de la Capablanca, la Madre del Carmelo, extiende sobre el niño su manto protector.

Y en Juan de Yepes se dibujan, con rasgos vigorosos, su amor a la pureza, su heroica fortaleza, su serenidad admirable.

Acotemos que no fué un niño, como algunos le pintan, tímido y encogido: gustaba de jugar con los otros, y con ellos corría lejos del pueblo, como está la laguna.

Dejamos a la derecha a Collado de Contreras: entre el velo de lluvia nos aparece Fontiveros con sus tres torres: la de la iglesia y dos palacios, y el manso caserío recostado entre prados y huertas y sotos de arboleda.

Villa insigne dicen que fué los historiógrafos.

Un cronicón afirma que «Tiberio tuvo por cuna a Fontiveros.»

Achaques de etimologías casuísticas y del afán de entonces de aumentar las glorias del historiado, con pretéritas grandezas de su patria.

Así nos dice el Manuscrito 8.568 (f.º 61) «que allí nacieron don Alonso Suárez de Lugo y Fray Domingo de Salinas, obispos de Jaén y de *Benezuela*, en el Perú; D. Antonio de Zúñiga, Maese de Campo en Flandes y Capitán General de Portugal; D. Alonso Almirano, castellano en Pavia; los capitanes en Flandes e Italia, Jusepe Bázquez, Juan P. de Avila, Diego Méndez de Soto y Francisco de Paxares de Arce; D. Diego de Sandoval, Beedor General de Caballería y Guardas de Castilla; D. Diego de Sandoval, Virrey de la isla de Santo Domingo y Gobernador del Reino de Murcia y Principado de Oviedo; Jerónimo de Sandoval, General de la Armada y flota del Perú; D. Diego de Ariaga, Secretario de Felipe II; el licenciado D. Baltasar Gilemón de la Mota, del Consejo Real y Presidente del Consejo de Azienda, y su hijo D. Agustín, Alcaide de hijosdalgos en Valladolid, y alféreces y sargentos y otros muy señalados oficiales de guerra.»

Anocheecía casi cuando llegamos a Fontiveros, peregrinos humildes y fervorosos del gran Santo español.



La casa del Santo

Y el hogar apagado y obscuro
revivió con los fuegos sagrados.

GABRIEL Y GALÁN.



EN esta villa tan insigne, nos dice un testigo (M. 8.568) Carmelita, nació el santo Juan de Yepes, en la calle antigua que llaman de Cantiveros, de que me *huelgo mucho* por ser calle donde nacieron todos mis ascendientes de parte de mi madre, y trataron y comunicaron mucho con sus padres, y lo propio con el bendito Santo en lo que lo alcanzaron.»

Tierna efusión de un hijo amante de Fray Juan y de un fontiverense entusiasta.

¡Lástima que un testigo tan informado no nos dé más detalles sobre la infancia de Juan de Yepes!

Pero al decir que comunicaron con el Santo, nos confirma que éste no marchó a Arévalo y Medina tan niño, como la mayoría de sus historiógrafos supone.

Llegados a Fontiveros, corremos a visitar al señor cura, don Pedro López, Arcipreste, además, de la Moraña; es un sacerdote muy culto, muy celoso y entusiasta del Santo, a quien debemos grandes atenciones.

Ocupa la rectoral parte de la casona del Secretario de Felipe II, D. Diego de Ariaga. Una casona baja con portalada de granito y

un blasón entre dos medallones con bustos, en bajorrelieve, de D. Diego y su esposa D.^a Isabel de Villegas, Dama de la Emperatriz. Ancha reja de hierro forjado, techos de recias vigas, amplias estancias.

Los dos primeros peregrinos del Centenario (mi *doble* y yo) tenemos la más cordial acogida.

¡Vamos a la casa del Santo!

En Avila, es Teresa *la Santa*; aquí, Fray Juan *el Santo* meramente.

Venir quisiera con nosotros Fray Bonifacio de la Sagrada Familia; en Buenos Aires escribe sus nostalgias sobre la villa de Juan de Yepes.

Hace treinta y seis años que vino peregrinando, cual nosotros.

Apagado el hogar de Juan de Yepes, porque (M. 13.460) «murió su padre dexándolos a todos pequeños y a su madre moza, pobre y llena de trabajos, en los cuales se ubo con mucha virtud. por sterilidad y carestía destos años pasó el niño Joan con su madre y su hermano a la villa de Arévalo, adonde la sancta viuda, aiudada de su hijo maior, vivió algún tiempo a la sombra de un mercader de su oficio.»

Y quedó abandonada la casuca: «la casa del Santo» la llamaron las gentes cuando llegaron a Fontiveros las nuevas de la virtud y maravillas de Fray Juan de la Cruz.

Un dominico, muy devoto del mismo, que residía en el hospicio de su Orden en Fontiveros, «compró la casita natal del Santo, donde había un telar y además un solar contiguo, cercándolo todo con buenas tapias y una puerta con su llave. Todo—sigue diciendo ese buen Fray Francisco Martínez de Seijas—a fin de entregarlas a los Carmelitas y que no pereciese su memoria.»

Publicada la Bula de Beatificación a 25 de enero de 1675, la Provincia de Castilla la Vieja ordenó al Prior de Duruelo que se erigiese una capilla.

Llovieron las limosnas, hasta el punto de recogerse más de doce mil ducados. Una de las donantes fué la Duquesa del Infantado, D.^a María de Mendoza.

En 1679 se concluyó la obra de la capilla, «que era sumamente graciosa en su forma, belleza y proporción, igual en un todo a la capilla de Santa Teresa, en San Hermenegildo, de Madrid.

En la parte del Evangelio hay un pequeño aposento, donde

nació San Juan, según lo testifican personas de edad y crédito, entre los cuales hubo alguno que había visto en el nicho de una viga pequeños instrumentos y hebras de seda del telar en que trabajaba su padre.

En el pecho de la imagen del Santo se guardó una reliquia de su carne, guardada en un relicario, donado por D.^a María de Guadalupe, Duquesa de Abeiro.

Ansiaba la Orden del Carmelo levantar un convento junto a la capilla del Santo.

Pregonaba estas ansias una lápida con estos versos, a gusto de la época, grabados en letras de oro:

Este augustísimo solar que al cielo
de ver aspira más constante lumbre,
cuna gloriosa fué que dió al Carmelo
el Sol primero que ilustró su cumbre:
San Juan de la Cruz, digo, cuyo celo
restauró su inmensa pesadumbre:
Atlante en quien aplausos interesa
la descalza familia de Teresa.

Esa «más constante lumbre» de veneración que en forma tan gongorina expresaba las ansias, se encendió en el sugestivo convento, cuya primera piedra se puso en 30 de junio de 1721, y en el junio siguiente se celebró la solemne dedicación con gran pompa y concurso. Fué el arquitecto de esta «tacita de plata», como se llamaba en la Orden, Fray Manuel de la Virgen, ex Prior de Duero.

Cruzamos dos callejas: salimos a la plaza. Balcones con balaustrés de madera y típicos tejadillos, galerías voladas, rejas forjadas rematando en una cruz, soportales bajísimos, mudéjares ca-sucas, todo conserva el ambiente del tiempo de Juan de Yepes.

Nos detenemos frente al convento, hoy Escuelas, Cuartel de la Guardia civil, Telégrafo...

Una verja cierra el pequeño patio: el convento labrado de ladrillo rojo es muy bajo de techo con ventanas muy chicas.

Salen los niños de la escuela serios y graves, sin tumulto. Van casi todos destocados; pero todos hacen ademán cortesano de quitarse el sombrero.

Pensamos ver en muchos de ellos la evocación de Juan de Yepes niño.

En su fachada, la capilla ostenta dos escudos del Carmen: en su centro, un nichito con una estatuíta del Santo, pintada de bermellón...

Estilo Renacimiento, sobrio, con bóvedas molduradas a recuadros y una pequeña cúpula con linterna.

En el altar, una bella imagen de San Juan, quizá del gran imaginero Gregorio Hernández, y cuatro cuadros con escenas de la Virgen y el Santo. Sobre el nicho, como divisa de santidad hidalga, el *Patí et contemni*. Padecer y ser menospreciado.

¡No es extraño que le sigan tan pocos!

A los lados del crucero minúsculo, dos altarcitos churrigueros, cos con bellas imágenes de la Virgen del Carmen y de Santa Teresa, ricamente estofadas. En la nave, dos capillitas: en una de ellas, una *Dolorosa* magnífica, policromada con espléndidos corleados. En lo alto, un San Juan Bautista. ¿Se llamó así el Santo?

En una pilastra de la cúpula, un púlpito pequeño de hierro. ¿Fué, quizá, de Duruelo o de Mancera y predicara en él el Santo?

Acaban de restaurar la capilla.

El Arcipreste nos invita a tomar chocolate. Fabriciano, el sacristán, entra a solicitar órdenes.

—¿Toco al Avemaría?

—¿No se acuerda que hay ejercicio de Animas?

Comienza, a poco, el doble de campanas.

—Poco dormirán esta noche—nos dice el Arcipreste—. La cofradía de la Vera-Cruz hace mañana oficio en sufragio de los cofrades: toda la noche habrá clamor. Los mozos se relevan en la torre para manejar las campanas.

Es el clamor un doblar quejumbroso: cuatro campanas alternan lentamente sus notas graves y sonoras: repica una y suenan las otras en vibraciones pareadas.

Tiene la parroquial de San Cipriano una amplia nave, de alto techo con bellas alfargías mudéjares, y a los lados dos chicas con vigas taraceadas: las separan arcos, con ciertas reminiscencias de herradura, sobre macizas pilastras ochavadas, dadas de cal. El crucero y el presbiterio son de piedra, con góticas nervaduras: churriguresco el retablo mayor. Hay un San Juan en el retablo y otro

en un altarcico del crucero: éste lleva en la diestra la Cruz y en la siniestra un corazón.

Sus paisanos le sienten tal cual era: caminó siempre con el corazón en la mano.

Desde la puerta de la sacristía nos parece la iglesia un retablo de Animas: delante de las mujeres hay por toda la nave pequeños hacheros negros con velas de sufragios.

Las luces amarillentas temblotean iluminando los rostros contritos y humillados.

De lo alto de la nave descienden los lúgubres clamores de las viejas campanas.

En el centro, destaca el tumulillo de mármol blanco, que encierra los restos de D. Gonzalo de Yepes y de su hijo Luis.

La gloria de la humildad del Santo devolvió al padre el *Don* nobiliario, que perdió el tejedorcito toledano con una boda desigual para el mundo.

Pensamos en una noche oscura, quizá fría y ventosa como ésta, en que el féretro pobre de Gonzalo estaría donde hoy está el sepulcro, cercado de blandones: así se usaba entonces.

Esas mismas campanas sollozarían estos mismos clamores.

Y las vecinas de Catalina Alvarez, con hacheros, muchos los mismos de hoy, pasarían en esta nave la noche del velatorio.

En la capilla del Cristo, la viuda, con sus dos hijos, lloraría su amor perdido y el desamparo de la casa. Juan de Yepes, agarrado a sus haldas, grave el menudo rostro y brillantes los ojos, contemplaría ensimismado al Cristo, iluminado por los vagos reflejos de los cirios; su almita denodada y entera comenzaría a ver las nadas desnudas y abnegadas por las que se va al Todo.

Sigue lloviendo cuando salimos de la iglesia, mudos e impresionados: la torre lanza, a las negruras de la noche y de las almas enlutadas, sus dolientes clamores.

Hallamos a nuestro paso una cruz de humilladero labrada en tosco granito: hay muchas por la villa, y había aún más en tiempos antiguos, según nos dice el Arcipreste. Juan, niño, vió en torno suyo cruces de granito y cruces de dolor.

Como fantasmas, desfilan las mujeres con velos negros al retornar de la novena.

En la alta torre mudéjar de un palacioté abandonado suena estridente y bronco el croajar de un cuervo.

Por nuestro lado, con majestad patricia, pasa una moza que viene de la fuente: lleva su cantarillo pardo con la gracia con que una griega llevaría su ánfora.

Nos cruzamos con un rapaz que va por agua con un carretoncillo: sus rudas abarquillas chapotean, desdeñosas del barro negrozco y pegajoso. Va por el centro de la calleja con la tiesura de un hidalgo. Le seguimos por ver la fuente. En Fontiveros hay tres lagunas y cinco fuentes: fuente tres (por los chorros), fuente dos, los Chorrillos, las Arcas y Cardillejo.

En la llanada, adusta y seca, Fontiveros es una flor de agua; hay que acercarse a ella y beber en sus fuentes. Desde lejos parece uno de tantos pueblos castellanos que, al resol bermejo del mediodía, parece que agonizan de sed.

Lo propio acontece a muchos con Fray Juan de la Cruz.

Gravemente llena el rapaz sus cantarillos: lentamente retorna hacia la villa: tras él, nosotros.

Bajo del arco, los dos chorros cantan la belleza inmanente y honda de estas llanuras, cuya belleza se reviste del pardo sayal de penitencia.

Volvemos a la villa: deambulamos por la plaza desierta y por la calle vieja de Cantiveros.

Nos detenemos ante la capilla del Santo: quisiéramos oír cantar mañines a sus hijos y tañer las campanas del convento.

Los Descalzos comparten esas ansias, que debieran ser las ansias de España.

Tristemente, con el corazón oprimido, caminamos hacia el mesón de Dimas.



Al amor de la lumbre

El calor de la raza
flamea en el hogar.
L.



VENTEA y llueve fuera: en el *despacho* espantan los trajinantes al frío y al cansancio con el vinillo blanco de la Moraña Alta. Hablan pausados, con ese castellano recio, sonoro y sobrio, que semeja vivientes parlamentos de una página de las novelas clásicas: son sus frases breves, como sentencias.

Destémplanse las voces en alarmante greguería: chocan los vasos en el zinc del mostrador con estrépito mate.

—¡Siempre hay atajasolaces que cogen una porfía y alborotan, pero no pasa nada!—dice la mesonera, para que no me alarme.

Me siento en el escaño de roble ennegrecido: ¡cuántas fatigas de caminantes habrán reposado en él!

¿Quién sabe si la Madre Teresa, en alguno de sus viajes a Salamanca o a Medina, posó en este mesón y extendió, como yo hoy, sobre el lar de esta cocina, sus manos entumecidas por el frío?

Por la enorme abertura de la campana sale, no siempre, el humo y entran rachas del ábrego, salpicadas de gotitas de lluvia.

Las gotas crepitan en la lumbre o se deslizan en menudos surcos por el hollín de la campana.

La lumbre de muchas aldeas de la planicie castellana es una

lumbre triste: se alimenta con el pajuz de las eras o la paja del suelo del establo. ¡Están tan lejos pinos y encinares!

Es un montón negruzco, en cuyo seno se consume lentamente el rescoldo con un calor suave e invisible: algo inmanente, como el corazón de esta raza, en apariencia fría e inexpresiva.

No es el ardiente barroquismo de volutas contorsionadas del fuego de sarmientos de la *llar* levantina, tan deslumbrador como efímero.

El *abuelo*, padre de Albina la mesonera, escarba con un palo de cuando en cuando, las cenizas mugrientas.

—¡Vaya un tiempo empachoso!—suspira con un escalofrío del cuerpo reseca. Barrunta un invierno tan fiero como el otro. Fuéronlo bien invierno y primavera. Ogaño heló cuando las viñas estaban ya en arroje: quemó la flor en cierne, y de 180 cántaras que en casa se acostumbra, sólo logramos ocho.

—Vaya en contra, por el verano este—le replica un arriero; afo-gabámonos de calor y las moscas quemaban como lumbre.

Una ráfaga más violenta del ábrego tájame en la nuca, como el filo de la hoja de un cuchillo: hundo los pies en el pajuz que, al aventarlo el viento, humea y nos zahuma.

Todos a coro, arrieros y trajinantes, la moza y la mesonera me gritan alarmados:

—¡Van a quemar las suelas!

En la planicie de leguas largas, muy largas, esta gente estima sobre todo al calzado.

Es esta estima como un símbolo de esta raza andariega, que camina horas, también más largas que en las otras regiones, para llegar a los majuelos o a las tierras paniegas, y allí comienza a labrar la besana y sigue sin apresuramiento ni cansancio abriendo los larguísimos surcos entre las glebas endurecidas por los ardores y sequedades del estío.

La Madre Teresa escribía desde Avila a mediados de abril de 1578 a Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios:

«A lo que vuestra paternidad dice, de que si sería mejor ir por otra parte porque por aquí se rodea, digo que harto deseo ver a esas señoras: cosa recia sería, por *ocho leguas que se rodean*, dejar de hacerme esa merced.»

Ocho leguas en carreta por terribles veredas, no parecían nada a la insigne *Andariega*.



La capilla en el solar del Santo, en Fontiveros.

Volvamos a la cocina del mesón de Dimas en Fontiveros.

Un peón de Salmoral, que vino a pie cerca de siete leguas en busca de labranza, nos cuenta que trabajó en los Pirineos en las obras del Salto del río Cinca; que las nieves pararon las labores, y que un murciano cantinero fióle un par de abarquillas y hasta dióle más de una vez cuencos de sopa de regalo.

—¡Era un buen corazón, mejorando lo presente!

Durante toda la velada nos salmodió una y otra vez la misma historia en terco soliloquio.

¡Cuán ruda vida la de estos hombres que al topar, en apurada coyuntura, con un alma caritativa, les deja huella tan imborrable de admiración y gratitud!

Los tres carreros de Emiliano el de Arévalo ajustan cuentas y repasan encargos.

—¡Mal están los caminos!—les digo compasivo.

Se encogen de hombros y sonríen con extraño mohín. Uno de ellos acaba de transitar y, a oscuras, por el paraje, donde no osó el automóvil, y no halló novedad.

Antes de amanecer saldrán el uno para Arévalo, los otros para Avila y Peñaranda; así en verano, entre nubes de polvo y calores de agosto, y en invierno con hielos y aguaceros por los caminos cenagosos, y así todos los días por intransitables veredas.

Para estos hombres la distancia es nada, el tiempo nada, los fríos y los calores nada.

Antepasados suyos, curtidos por ásperas ventiscas, por el sol del verano, por los hielos de enero, con extremeños también asaz endurecidos por los rigores extremados del tiempo, fueron quizá de aquellos ciento cincuenta guerreros que en pos de Almagro cruzaron las heladas soledades del Desierto de Arica, forjando una de las epopeyas más fabulosas y gigantescas que conoció la Historia.

De estas casucas de ladrillo rojo o de adobes parduscos salieron los aventureros que recorrieron las Pampas y las selvas abrasadas del Trópico, moraron en las altas mesetas de Méjico y de Quito y escalaron las nieves de los Andes.

Ahora comprendo cómo Fray Juan de la Cruz pudo en Duruelo marchar descalzo sobre las escarchas del páramo o las glebas ardientes de los barbechos calcinados, y cómo caminaba leguas a pie por las abruptas serranías del Segura para confesar a las monjitas del convento de Beas, desde el Desierto del Calvario.

Entra la moza con dos grandes hogazas bajo el brazo; viene del horno, las hogazas humean y esparcen sabroso aroma de pan tierno, amasado de harinas candeales.

Las miradas convergen codiciosas en las hogazas; más codiciosas las del peón de Salmoral, que quizá no probó bocado desde antes de la aurora.

Para lograr un trozo de esa hogaza que les conforte del largo caminar, todos, trajinantes y arrieros, carreros y marchantes, andan el día entero mercando o vendiendo algo, porteando cargas o labrando las tierras.

Siguiendo el hilo de esos pensamientos inquiere un veredero.

—Y ustedes, ¿qué venden?

Esta misma pregunta nos la hicieron todos, o casi todos, desde que dejamos el tren en la estación de Crespos.

Para atajarles, la mesonera, que supo del señor Arcipreste el motivo de nuestras andanzas, díceles a media voz:

—Vinieron para escribir cosas de nuestro San Juan de Fontiveros.

Contéplannos asombrados: adivinamos una interrogación en las miradas. ¿Cuánto les valdrá a los hombres el garrapatear esas cosas?

Porque no pueden concebir la triste odisea de los míseros jornaleros de la pluma.

Trajina la mesonera arrimando menguados puchericos al montón de la lumbre: de tarde en tarde aviva el fuego, añadiendo briznas de ramitas de pino con avarienta parsimonia.

—¿De dónde traen la leña?—preguntamos.

—De la Piñolería, en los pinares de las tierras de Arévalo.

Uno tras otro van comiendo su fuentecilla de condumio. Condumios de vigilia alegados por hilachitas de pimienta.

Comen reposados, sin gula, con dignidad tranquila.

De estos condumios yantarón Gonzalo, el tejedor y su familia.

Sopas de pan y torreznos en las noches crudas de invierno: en las fiestas cocido castellano, acompañado de cecina o tasajo y *bola*, albóndiga de picadillo y huevo. De postre, esos hojaldres que aún amasan las madres en Fontiveros las vísperas de los días grandes.

¡Raza dura en el caminar y en el trabajo, sobria y austera en el yantar y en el descanso!

—¡Santas y buenas noches!—murmura el *abuelo*, y sale renqueando.

Harta de trajinar, Albina la mesonera se queda traspuesta en el escaño: cabecea la moza en la sillica baja, metida en un rincón.

Callan todos con los ojos fijos en la pira negruzca de la lumbre.

La avivamos con la contera del bastón, y por trabar plática preguntamos por los precios de los garbanzos y la lana.

Hasta la mesonera da un respingo, sacudiendo su fatigada soñolencia; ya somos compradores de algo.

Anímase el cotarro: se discute la *cochura* de la actual cosecha, quién los tuvo mejores.

Fabriciano envió dos fanegas escogidas a una Marquesa de Madrid a 16 pesos: no había tales en toda la Moraña, ni en el mismo Sauco.

La lana merina va de 32 a 43 pesetas la arroba.

Acabamos mercando garbanzos de Fontiveros a Dimas, el amo del mesón: cuéntamelos a doce y medio pesos, y a fe de su palabra, son tan orondos y tan *cocheros* cual los de Fabriciano o una *miaja* más.

En casa haremos el cocido con estos garbancicos, cuya semilla fué quizá del linaje de aquellos que en los días de fiesta cocieron al fuego lento del lar de Gonzalo de Yepes las manos amorosas de Catalina Alvarez.

Quizá en la vigilia de Nochebuena, con la receta que la dieron las Madres, hará el Ama de casa ese potaje sabroso de los conventos teresianos, al que aludía la Santa Madre cuando exclamaba con gentil donosura: «entre pucheros anda el Señor».

Aquel potaje que enviaba como humilde regalo en los ayunos de la Semana Mayor al Caballero Santo, a la Duquesa o a su hermano Lorenzo.

Como hacen aún sus santas hijas alguna vez con los amigos y bienhechores de los palomaricos del Carmelo.

Del mesón de Dimas en Fontiveros, por fortuna, no podemos decir lo que el bueno de Julián de Avila de los mesones y las ventas, en que posó en sus correrías de fundaciones con la Santa andariega: «lo que tenían de bueno estas posadas, que no víamos la hora de vernos fuera de ellas».

Dimas y Albina, a fuer de buenos castellanos, hablan poco: las palabras precisas, como si redactaran un telegrama contando las

palabras. No nos abruman con efusiones y retóricas, pero su hospitalidad es cordial y pródiga en cuidados.

En la salica de su alcoba, limpia y pulida, paran la mesa con nítidos manteles y platos de Talavera.

Pan candeal, de flor de harina; vino blanco de la Moraña de la propia cosecha, dos ollas bien sabrosas de bacalao y de carne y arrope hecho con mosto de la casa.

En la alcoba llora y jadea un niño: el primogénito. De cuando en cuando Dimas y Albina trasponen el cortinón de tul. Sus rostros guardan una serenidad inmutable: es cierto que impregnada de preocupación y tristeza, pero serenidad al cabo.

Recios y sufridos los cuerpos, sonlo también las almas. Ante una imagen pequeña arde una lamparilla de aceite, como una llamita de plegaria por el rapaz enfermo, como una candelica de la fe castellana.

Hay en el piso alto una amplia cámara y en ella dos menudas alcobas. Las camas tienen su buen rímero de colchones: gruesos colchones de mullida lana merina.

El viento azota, a ráfagas, los cristalucos del pequeño balcón que da a la plaza; cuando sosiega, el monorritmo del goteral crepita entre los cantos del empedrado de la entrada. Nos arropamos, tiritando, con las tres mantas que puso Albina: supo que somos de las tierras calientes de Levante.

Mas no dormimos: las campanas de San Cipriano siguen clamoreando.

Pensamos en Juan de Yepes oyendo el doblar trágico de esas mismas campanas, en su primera noche oscura, en que la muerte le desnudó la frente de los besos del padre.

En vano en el alero cantan los *dormideros* su onomatopeya estridente *dor-mid, dor-mid*: no conseguimos cerrar los ojos.



Y llamarás su nombre Juan

Ait: Ego vox clamantis in deserto. Dirigitte viam Domini.

S. JUAN, I-23.



RA delante de Él con el espíritu y la fortaleza de Elías.»

Todos los Evangelistas exultan en alabanzas de San Juan Bautista. Eso le imprime un carácter excepcional, según subraya Hello, ya que la Sagrada Escritura es, generalmente, muy sobria en palabras, y más sobria y severa en juicios. María y José son

vistos como a través de un velo.

Y es singular también cómo cuadran la mayor parte de esos elogios a San Juan de la Cruz, a su vida en los Desiertos Carmelitano, a su celeste itinerario por la Subida del Monte para llegar a la unión con Dios y al espíritu y fortaleza de Elías, el fundador del Carmelo, que animaron la vida entera del Padre de los Descalzos.

Ante la tosca y achatada pila de granito del Baptisterio de la parroquial de San Cipriano, evocábamos la íntima concordancia.

Nació en el año del Señor de 1542 Juan de Yepes.

Se ignoran el mes y el día y el Santo de su nombre.

Se inclinan algunos de sus historiadores al del Bautista, y fijan en su fiesta el natalicio: otros al del Evangelista, que fué el primer discípulo del Bautista y luego de Jesús.

Fray Jerónimo de San José, en su «Vida», dice que «parece ordenación divina se ignorase en cuál de los dos días nació nuestro Juan, o a honor de cuál de estos dos Santos le llamaron así, para que lo podamos referir a entrambos, pues a entrambos pareció en el nombre y en la gracia significada por él.»

En sus escritos, Santa Teresa habla siempre de sí con la más cándida y sincera humildad: es su mayor encanto.

Su alma entera vibra en su estilo llano e ingenuo.

San Juan de la Cruz quiere, al contrario, borrar hasta las huellas de su personalidad vigorosa. Sin embargo, involuntariamente, se transparenta algo en contados pasajes.

Y un algo de esos nos orienta hacia el Santo onomástico.

Muy sobrio en citar Santos, solamente en las glosas de dos estrofas (XIV y XV) del Cántico espiritual evoca cuatro veces el nombre del Discípulo Amado: sugestión bien notable de un especial amor al hijo de Salomé y del Zebedeo, tan especial, que nos induce a juzgar que túvole por patrono en su nombre.

Pero la evocación tiene un sentido más hondo y misterioso.

Vibra en la lira angélica del serafín-poeta la estrofa XV:

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la *cena* que recrea y enamora.

Y en el comentario de esos versos parece que escuchamos una contestación a la pregunta que hizo Santa Gertrudis cuando San Juan le apareció un día de su fiesta (el 27 de diciembre). «¿Qué sentíais en vuestra alma cuando reposasteis sobre el pecho de Jesús en la Cena?»

LA NOCHE SOSEGADA

Este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abisal obscura inteligencia divina, y por eso dice que su amado es para ella *La noche sosegada*.

EN PAR DE LOS LEVANTES DE LA AURORA

Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como obscura noche, sino como la noche junto ya a los levantes de la mañana; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo obscuro como la obscura noche, sino sosiego y quietud en la luz divina y en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a luz divina. Y llama aquí propiamente y bien a esta luz divina levantes de la aurora, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la obscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino como dicho es, obscuro, como noche en par de los levantes de la aurora. Porque así como la noche en par de los levantes ni del todo es noche, ni del todo es día, sino, como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz, bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos a la luz que no esperaba. Este conocimiento entiendo quiso dar a entender David cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir: «Recordé y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado». (Ps. CI, 8). Como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto, y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde viene el aire, y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto a sí, sino que, en posándose alguna junto, luego se va, y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí

otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es que canta muy suavemente, y lo mismo hace a Dios el espíritu a este tiempo; porque las alabanzas que hace a Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es que no es de algún determinado color, y así es el espíritu perfecto, que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

LA MÚSICA CALLADA

En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras, porque todas ellas y cada una tienen una correspondencia con Dios, con que cada una en su manera de voz muestra lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama a esta *Música callada*, porque, como hemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta sin ruido de voces, y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio.

Las palabras de San Juan de la Cruz tienen, aunque se esfuerce en darles tono doctrinal, dulces acentos de cordial confianza.

Sólo un festigo presencial puede alcanzar matices tan delicados de esa luz abisal, de esa armonía sobrehumana.

Como el Discípulo amado se reclinó en el pecho del Maestro y se adormió en la célica penumbra al arrullo de las cítaras de oro.

El símil del *Pájaro solitario* le hace trazar inconscientemente su autorretrato: repítelo en los «Avisos y Sentencias», y parece que en el Desierto de la Peñuela le dedicó un tratado, destruído, como tantos otros papeles y cuadernos, en los días siniestros de la persecución y las contiendas.

A través de la humildad de jerarquía, tan propia de Fray Juan, en este manso *Pájaro solitario* vemos batir las alas del Aguila de Pathmos.



El telar de Gonzalo

Desconfiad cuando el tejido de vuestras obras no esté bastante tramado: hay mucha separación entre los hilos y «se escapan los puntos».

BARBEY D' AURÉVILLE.



QUISIMOS vivir unos momentos el ambiente familiar de trabajo de los Yepes en la casuca de la calle de Cantiveros, y columbrar la huella que imprimiera en la formación de su espíritu.

Por la región buscamos vanamente un taller viejo con telares de época.

Le hallamos en Levante, correteando por las típicas barriadas del Hospital y del Mercado en la ciudad del Turia.

La gótica maravilla de la pasmosa Lonja de la Seda; la exaltación barroco-genovesa de la parroquia de los Santos Juanes, con la bóveda prodigiosa, pintada por Palomino, el ilustre grabador de las bellas estampas de Teresa y de Juan de la Cruz.

Tras ellas, dédalos de callejas con casas de fachadas estrechas y altos pisos, donde anidaron las labores de los famosos *velluters*, los tejedores de terciopelos y damascos.

Los Llanas, familia tradicional del bello y noble Arte, nos invitan a visitar su fábrica.

Gentil portada y escalera de airosa barandilla de hierro: aladas sugerencias del singular barroco valenciano.

Paredes blancas esgrafiadas de delicado azul.

Un gran salón pintado al fresco, y luego escalerillas angostas y empinadas, con azulejos de flores amarillas y azules.

Y allá en lo alto, dominando por sus ventanos a la ciudad de los campanarios y las torres y a los vergeles de la huerta, la *andana* clásica, con sus devanadores y rodinas, sus canilleras y dobladores, y sus telares de alto armazón de listones con sus aviaduras y lizos.

Cálido zahumerio de sedas crudas y aromáticos tintes.

Suave halago a los ojos, de los rasos joyantes; deslumbramiento de oros y argenterías en telas de casullas; suntuosos visos de flores y granadas en los crujientes damascos señoriales.

Rítmico són acompasado de premideras o de cárcolas: leve chasquido isócrono de lanzaderas al finar su carrera; susurros de rodinas. Todo es dulce y acariciante; pero los hilos se mantienen tensos y en simetría perfectísima.

Tensos en las cañitas del argadijo que devana las mórbidas madejas; en las canillas que hinchen las lanzaderas.

Tensos en el marco del urdidor, donde los hilos se extienden y reparten iguales; en el enjullo donde se arrollan las fibras de la urdimbre para llevarla a los telares.

Tensos entre las mallas de los lizos de viaderas y de peines, donde se separan los hilos para abrir paso a la lanzadera, que entreteje la trama, reciamente apretada y tensa también.

Un fallo de tensión o simetría, tararía la pieza: una mancha, la perdería.

Escuela de perfección es este Arte; en él abrió los ojos Juan de Yepes. Manejó quizás de pequeño la rodina de las canillas.

En la tensión heroica y constante de sus actos, chicos y grandes; en la limpieza virginal de su alma; en la paciente labor de cada hora se va tejiendo, suave y dulce, vigorosa y enérgica, recia la urdimbre y apretada la trama, sin una mácula, la seda luminosa de su vida.

Afirman los testigos en sus informaciones, «que sus virtudes no eran virtudes de a tiempo, como en otros, sino continuadas por toda la vida; porque siempre era humilde, siempre sufrido, siempre prudente, y así en todos los actos».

Tensión heroica de urdimbres y de tramas, ¡cómo asustas a nuestras muelles energías!

Maltejiendo vamos la tela de la vida: algodón y flojera en nuestra urdimbre, desviaciones de nuestros hilos conductores, fibras mal pegadas o rotas, puntos sueltos, faras de manchas y defectos.

De lejos nos semeja la vida de Juan de Yepes el tejido de acero de una cota de mallas, áspera trama de cilicio.

Y, sin embargo, al acercarnos a esa seda de púrpura, ¡cuán flexible y suave, mansa y blanda la encuentra nuestra alma! Cual la hallaron las almas santas que le buscaron como padre.

¡Euritmia de dulzura y fortaleza!

En los telares de buratos del tiempo de Gonzalo, la lanzadera se manejaba a mano y existían dos cárcolas.

Es la cárcola o premidera un listón de madera tendido en el suelo, bajo de los telares, y pendiente por un extremo de una cuerda que va a la viadera, en cuyos lizos se desliza la urdimbre; movida por el pie del tejedor, baja y sube, dando movimiento vertical a los hilos que mueven a la viadera; la lanzadera y las dos premideras exigían una atención absoluta, mecánica y rutinaria, pero atención al cabo.

Ello implicaba la necesidad de silencio y calma en torno del tejedor: tal fué el ambiente del taller de Gonzalo, donde aprendió el niño la fecundidad de la soledad y del silencio.

Fueron los tejedores grandes meditadores: mientras sus manos y sus pies trabajaban instintivamente, su pensamiento se engolfaba en largas reflexiones calladas.

Aún hemos conocido típicos ejemplares de *velluters* de antaño. Eran hombres meditabundos, filósofos naturales, pensadores sesudos, que ahondaban su raciocinio hasta en cosas menudas: enjuiciadores lentos, pero seguros y minuciosos, de asuntos y problemas.

Poned en el banquillo del tejedor a un hombre del siglo xvi, con la recia piedad y la religiosidad acendrada: con frecuencia surgía un místico o un gran contemplativo.

Lo fueron Catalina y Francisco; debiólo ser Gonzalo.

En ese nido de borrilla de seda se incubaban las alas del águila de Yepes.

En la pobreza de esos talleres se respiraba un ambiente de refinada estética: nobleza de primeras materias, floración de colores,

arte de los dibujos. Pañales de belleza envolvieron la infancia humilde de Juan de Yepes.

El no olvidó al telar.

Nos refiere Fray José de Jesús María:

«Un Provincial de cierta Orden, persona gravísima y pariente muy cercano de un grande de Castilla, preguntóle, en Granada, cómo se hallaba en el convento de los Mártires. Respondióle el Santo Padre que muy bien, por ser casa de soledad y de campo, y por ello muy a su propósito. Dijo a esto el Provincial con mucha gallardía y desenfado:—Vuestra Paternidad debe de ser hijo de labrador, que tan amigo es del campo. Respondió a esto el Santo con mucha mesura y rostro sereno:—No soy, Padre reverendísimo, sino hijo de un pobre tejedorcito de buratos».

Tejian, principalmente, Catalina y Gonzalo tocas de seda de brillantes colores y buratos negros; nos lo dicen algunos festigos en las Informaciones.

En la *Pragmatica de tassas* de 1680, leemos: «Cada vara de burato fino de toda seda de Granada, a diez y seis reales».

Era el burato un tejido áspero al tacto, muy liviano de grueso, que se usaba en verano para alivio de lutos.

Quizá en la noche en que finó Gonzalo de Yepes, habría en el telar una pieza, a medio tejer, de ese burato de seda.

Y a los ojos llorosos de su hijo Juan, semejaría el telar, con sus listones, el armazón de catafalco, con los paños funerales caídos que preparan los sacristanes para una misa de difuntos.

Quizá en las últimas varas de esa pieza adivinara un ojo avizor puntitos empañados en el tejido negro: leves huellas de lágrimas de los bellos y tristes ojos de la viuda.

En el chasquido de lanzaderas y de cárcolas, habría como un hipo de angustia y de dolor.



Camino de dolor

Papelitos azules mensejeros
de gozo o de dolor...



UNA blanca de niño, ¿qué escribirá el destino en tu blancura?

Blanca cuartilla impoluta, ¿te manchará la tinta de negruras, o te trocará en alas de exultación y de alegría?

La pluma pone el título: quiere narrar la vía dolorosa de Catalina Alvarez, de Francisco y de Juan de Yepes, desde Arévalo a

Medina del Campo...

Es día de San Pedro: jornada de reposo en que podremos trazar uno o dos de estos cuadros que, a la manera periodística, hilvanamos a vuelo de pluma para llevarlos a las cajas. En nuestra mesa apilamos los libros escogidos.

Ni gozaremos del sosiego viviendo unas horas plácidas en plena vida de Juan de Yepes niño.

Ni narraremos por ahora su peregrinación de menestrales en busca de trabajo, triste odisea de una viuda con dos hijos pequeños y el duro pan escaso.

Entretuvimos un buen espacio queriendo localizar la laguna donde un dragón infernal quiso tragarse a Juan de Yepes.

¿Será la que aún existe en el camino de Peñaranda a Medina, entre Cervillejo de la Cruz y Rubí de Bracamonte, poco antes de llegar a Medina?

Y cogimos la pluma...

Un rostro pálido se inclina ante nosotros: adivinamos una nueva siniestra.

—¡La verdad!—imploramos con un nudo de angustia en la garganta. La verdad, en claros tipos *Hughes*, nos aparece en un papel azul, que una mano familiar nos tiende trémula.

Envuelta en piadosas frases de admiración al heroísmo, dice la nueva que un hijo cayó herido en los montes rifeños, atravesado el pecho.

El pensamiento, como un dardo tembloroso de fuego, cruza la vía dolorosa desde el tranquilo despacho levantino hasta Sor de Medina (las murallas de la ciudad), donde sangre de nuestra sangre se vertió generosa por la Patria. Medina del Campo, Sor de Medina: ¡Extraña coincidencia de nombres!

El *pater* heroico de Fray Juan se clava en nuestro pecho y lo desgarrar. Dice Mossén Jacinto que, al recibir tales heridas, el bueno dice *amén*, y el santo canta un *jamén, alleluia!*

Nuestros labios de barro apenas pueden balbucear *amén*.

Juan de la Cruz, en la estampita que con una reliquia nos enviaron las Carmelitas de Toledo, nos sonríe con mansedumbre alentadora: quisimos penetrar en su vida y nos lleva por la senda del *Monte*.

Con él sepamos sacar mieles de las zarzas del sangriento camino.

Una jornada anhelante por las llanuras de la Mancha: en los trigales flamean amapolas, como manchas de sangre.

Negra es después la noche, sin estrellas; nubarrones sombríos anublan los horizontes del espíritu.

Pára el tren; una voz ceceante y cantarina clama en el silencio dormido un nombre de estación: es Baeza. Aquí estuvo Fray Juan: pensamos en Ubeda, en el Calvario, en Beas...

Hace meses quisimos seguir sus huellas por la alta Andalucía.

Nos fué imposible; hoy cruzamos estos parajes, envueltos en su espíritu, con el cilicio del amor paternal, hiriendo en carne viva.

Amanece con claridad lechosa; olivos y quejigas semejan los árboles retorcidos e ingenuos de los viejos retablos.

Andalucía se envuelve en velos de neblinas por no ofender a nuestra pena con su sol de alegría.

A la vera de los carriles, junto a un regato, una pastora morenucha canta con melancólica cadencia; quizás una saeta.

Asafado, como una Dolorosa, lleva el pecho nuestra fiel compañera; sus labios musitan una plegaria, larga, larga y honda, muy honda: plegaria de una madre.

Horas terribles en que «hácese al alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo, ni en la tierra, en que parecen el cielo cerrado y Dios escondido»... (Noche del Espíritu).

Desamparos y tinieblas de Gólgota en que el alma, entre sombras, muchas veces no se apercibe que está cerca, muy cerca del mismo Cristo, hecho dolor y desamparo.

Orillas del Estrecho: la mirada contempla ansiosa la silueta borrosa de los montes de Africa. Lloro en menudas gotas mansamente la lluvia.

¿Qué hallará el corazón en la otra orilla?

En la otra orilla halla la nueva de que el herido yace maltrecho en un hospital de sangre, tan lejos, que no se puede llegar junto a la cama en que la pobre llamita de su vida vacila y crece y mengua, como una lámpara a la que falta aceite.

Y comienza la tortura de horas que semejan jornadas, de días que parecen semanas, en espera de noticias, pendientes de un hilito de cobre, que rompe el viento o que siega una bala con frecuencia, de un timbre de teléfono que suena con su estridente tintineo como un grito de alarma.

Seis horas en camilla desde las peñas de Medina al Medek; cinco días de reposo forzado. Otra jornada igual al hospital de campaña, plantado en Kudia Segarra. Ensangrentado pide el herido unos sorbos de agua y que le dejen morir bajo de un árbol.

Un árbol solitario entre las gabas y las piedras desnudas.

Diez días de congoja, de alternativas inquietantes: el corazón se aprieta como un nudo cada vez que el teléfono comunica noticias.

Su Harka, la gloriosa Harka de Tetuán, en la extrema vanguardia de la columna Capaz, sigue su marcha victoriosa.

A la tienda llegan heridos, tres kaides, el teniente Barrientos; luego el cuerpo del heroico Fernando Pérez López. La víspera estuvo bromeando con el herido para alentar su ánimo.

En Bab-Tazza se unen las columnas: después del de Alhucemas, uno de los días más grandes de la actual jornada de Marruecos. ¡Si en España supieran los heroísmos derrochados!

Expedito el camino se acuerda la evacuación del herido: Kudía Segarra-Tazza-Xauen.

Dieciséis horas en camilla, parte de noche por terrenos recién conquistados. Horas terribles: de Xauen, de todos los campamentos del camino preguntan por el triste convoy. ¿Despistados, agredidos?

Los nervios crujen en tensión dolorosa; el corazón se asfixia.

A media noche, una voz jubilosa canta desde la enfermería de Xauen la feliz arribada.

Tetuán: la mirada ansiosa espía la cinta blanquecina de la frágica pista. Pasan las horas angustiosas y lentas.

Una nubecilla de polvo y un lejano resuello de motor: una ambulancia. Y otra y otra, y el herido no llega.

En la puerta de la verja del Hospital, un toque de corneta, por fin.

Y llegó: la camilla cubierta con el capote azul; las manos, exangües, se crispan en la gorra verde y roja de las Harkas indígenas.

El herido habla animoso para consolar a la madre.

Y luego semanas y semanas junto a una cama de hospital, entre alternativas terribles.

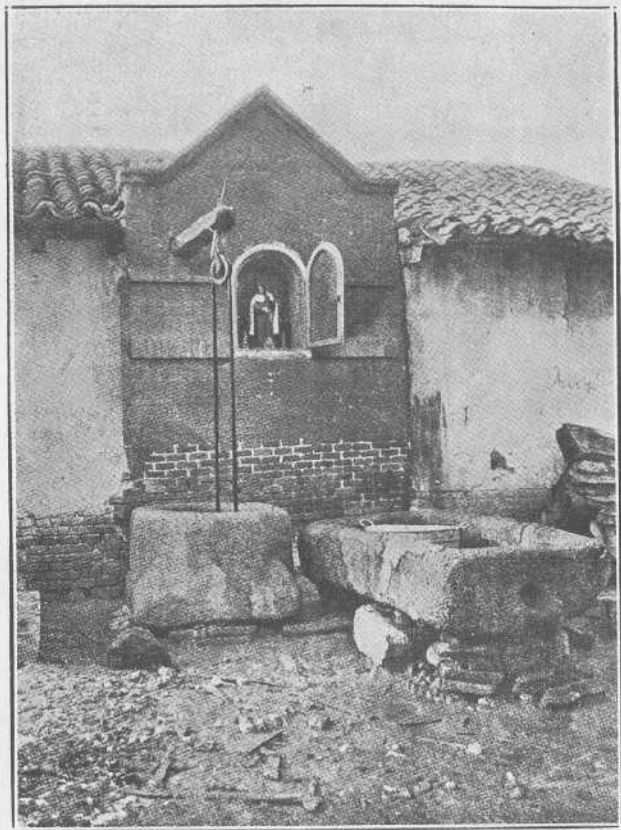
.
A poco de desembarcar en las playas africanas, el Angel de la Guarda nos llevó hasta el Comandante Clemente. Su nombre y el de su esposa serán siempre flor de gratitud en nuestras almas.

Logramos comunicación telefónica con el lejano hospital de sangre.

Después nos acompañan al santuario de Nuestra Señora de Africa, la Patrona de Ceuta.

Rezamos fervorosos; ¡cómo se acude en los dolores a las madres!

Giramos la mirada por los altares: en uno hay una espléndida efígie de la Madre Teresa. A su derecha, San José, el protector de sus fundaciones y empresas. A la izquierda, una bella imagen de San Juan de la Cruz: pequeñito, severo, sus ojos parecen contemplar dulcemente nuestra pena y alentarnos para subir la cuesta de dolor, la larga cuesta llena de zarzas y guijarros agudos, salpicados de lágrimas y sangre.



El pozo del Hospital de Medina del Campo.

El *santico* nos esperaba en estas playas, y a sus plantas todos los días pedíamos por el cuerpo y el alma del pobre herido.

Releemos la *Subida del Monte*; su dibujo parece retrazarnos las peñas de estos montes. Y subimos tropezando y cayendo.

De Segarra traen al cadáver de Pérez López: le seguimos, camino del cementerio, como si fuera un hijo. Sobre el armón de artillería pusieron una corona: ruda corona de flores agrias, sin aroma.

Los clarines suenan como alaridos de dolor; redoblan los tambores con acompasados sollozos.

En los rostros de los guerreros que forman la comitiva, hay entereza heroica.

Los mismos rostros y la misma grandeza de los nobles capitanes de Tercios. Los mismos ardimientos y hazañas. La raza conserva su fortaleza heroica.

Del herido nos llega un día un radiograma: «La herida insignificante; estén tranquilos; dentro de un par de días estaré en Ceuta».

¡La herida atraviesa diagonalmente su pecho; pasó junto al corazón y la médula: perforó los pulmones!...

.....

Volvamos a las puertas de Arévalo: una pobre carreta arrastra las piezas desmontadas de uno de los telares de Gonzalo de Yepes. Quedó el otro en Fontiveros, vendido para pagar viaje e instalación en la villa de Arévalo.

Siguen su marcha lenta y cansina Catalina y sus hijos.

Oigamos a Fray Alonso de la Madre de Dios (M. 13.460).

«Dexando a Arévalo, fuese la buena madre con sus dos hijos a vivir a Medina del Campo, por ser lugar más a propósito con la prosperidad que entonces estava, para ganar con qué pasar la vida. En esta jornada, caminando *bien solos* madre e hijos, al pasar cerca de un charco de agua, tomando el demonio figura de un horrible monstruo, salió del de través acometiendo como a querer tragar al niño Joan; turbados con tal vista madre e hijos, repitiendo con lágrimas en alta boz ¡*Jesús, Jesús!*, y haciendo el niño la señal de la Cruz, aquella vestía desapareció, pronosticando el demonio la oposición que le avía de hacer este niño en adelante. Fué esto por los años mil i quinientos i cincuenta».

En la laguna, cerca de Rubí de Bracamonte, se plantea ya un duelo trágico entre Juan de Yepes y el adversario.

¿Adivinó ya en la Laguna Grande de Fontiveros, por la protección de María y de San José, los altos destinos de aquel rapaz humilde?

¿Vió en su tierna frente la señal misteriosa de los Santos?

¿Columbró sus derrotas ante el *frailecillo* descalzo?

¿Quiso ahogar en la miseria, en la pobreza, en el fracaso, las energías del futuro enemigo?

Las manos infantiles y tiernas del futuro Juan de la Cruz, trazan el signo de Redención, y plantean, osadas, al adversario, la terrible batalla.

Un duelo a muerte en que agotará el Odiador de las almas todas sus seducciones, todas sus violencias, todas sus turbaciones.

Armará contra él al brazo de sus hermanos; le hará gustar la hiel del odio hasta en las mismas celdas de la Reforma, la soledad del desamparo; le arrastrará por los repechos de los montes; le sumergirá en las tinieblas.

El frailecillo, tan chico de estatura como un niño, seguirá trazando la señal de la Cruz y derrotando al Dragón infernal, como lo hizo en la laguna del camino de Arévalo a Medina.

.....
¡Pobres cuartillas! Cómo fulgían, nítidas e impolutas, en aquella mañanita radiante, mañanita del Apóstol San Pedro, cuando os pusimos el título, sin sospechar que os mancharían lágrimas y negruras al describir nuestro propio *camino de dolor*, en una austera celda franciscana, cuarto de hospital hoy, en tierras de África.

Allí, en las ramas floridas de los rosales trepadores, cantaban su alegría chillona una bandada de atolondrados gorriones; aquí, a la vera, suena el monorritmo torturante, angustioso del quejido de un corazón que lucha con la muerte...



En Medina del Campo

Ni el Rey oficio,
ni el Papa beneficio.
(Lema de su escudo).



EDINA en árabe significa ciudad; lo recordamos en nuestra calle de amargura, ante las peñas ingentes, parecidas a las ruinas de un castillo que los rifeños de Gomara llaman «murallas de la ciudad», Sor de Medina.

Ciudad por antonomasia, centro y foco de las actividades comerciales e industriales del Reino de Castilla, tuvo Medina una singular autonomía, a la que alude la divisa de su blasón: ni el Rey nombraba cargo alguno, ni el Pontífice designaba prebendas ni beneficios.

Gozó, además, de todas las franquicias.

«Tubo (M. 18.636) pasadas de 200 casas de caualleros, señores de vasallos; tenía 1.240 calles; catorce plazuelas, sin la plaza Mayor, y en la circunferencia de sus muros 14 puertas, sin los arrabales, que heran maiores que la villa; tenía cuatro Palacios reales. Tubo 22 parrochias, y oy (siglo XVIII) se conserban vibas sólo nueve; 18 conuentos de religiosos y religiosas y oy se conserban: con un insigne Collegial, dos luzidos cauidos y 9 ó 10 hospifales».

Esto eran las tan denigradas villas muertas de Castilla, como lo eran también Toledo, Salamanca y Segovia.

La «Rúa» unía con sus edificios a la grandiosa plaza Mayor

con el Castillo de la Mota. Y aún en las cuatro grandes ferias alzaban los mercaderes centenares de barracones y de tiendas.

Granada, Toledo y Valencia, traían a sus lonjas damascos y sederías; Segovia, Avila y Toro, sus renombrados paños; cueros labrados, Córdoba; Flandes, encajes y tapices; Holanda y Francia, sus tejidos de hilo; Portugal y Sevilla, las especias que porteaban los galeones de las Indias; Venecia, sus cristales; Florencia, libros y objetos de arte; «era una rueda viva (*Historia de Medina del Campo*, p. 314) que nunca se paraba; acudían a ella de todo el Reino, como a una aduana, porque hallaban cuanto querían. En las ferias de 1563 se traficaron y giraron en letras de cambio más de ciento cincuenta millones de escudos, y en los años anteriores había sido mayor el tráfico».

Allí tenían su sucursal más importante los famosos Fúcaros, Ulrico, Jorge y Jacobo Fugger, los banqueros de Carlos V.

Aún se conserva en Augsburgo, en el vestíbulo del Mesón de los tres Moros, *Gasthaus zu den drei Mohren*, la chimenea en que Jacobo quemó, al fuego de maderas perfumadas de Oriente, los pagarés e hipotecas del César, por anticipos para gastos de su elección al solio del Imperio. Cierzo que en monopolios, administración de Maestrazgos y otros tráficos privilegiados, se cobraron con creces, amasando una de las fortunas más colosales de ese siglo. Sus manos, codiciosas y hábiles, manejaron la Hacienda pública de España, de Alemania y de Italia.

Allí llegó la familia de los Yepes a principios de 1551; lo afirma Velasco en su «Vida de Francisco de Yepes», y lo confirma la fecha citada por Fray Alonso de la Madre de Dios.

Tenía entonces Juan de Yepes nueve años.

Habituado a la placidez campesina de Fontiveros y al sosiego feudal de Arévalo, debió sentirse deslumbrado ante el febril tráfico de las ferias, las maravillas de las mercaderías de sus lonjas y el derroche ostentoso de riquezas.

Veremos que en su ánimo, fraguado en la pobreza actual, rayana en la miseria, no hicieron mella esas grandezas; antes forjaron, por su desprecio altivo, su espíritu enamorado, como pocos, de la santa pobreza.

«La confianza en Dios es la mejor alforja», le oiremos decir.

Llegaron con un solo telar; quedóse el otro en Fontiveros, vendido o empeñado para pagar las deudas.

«Hicieron asiento—nos dice Fray Alonso—en Medina, por la maior comodidad que allí hallaron para su oficio y ministerio, en el cual, ocupados Catalina Alvarez y su hijo Francisco, texiendo tocas de seda y buratos, pasaban honestamente su vida».

«La madre (M. 12.738, f. 613), después de viuda pasó muchos trabaxos, probó a poner a su hijo menor oficio, y probando el de carpintero, sastre, entallador y pintor».

Es Francisco de Yepes quien nos habla.

La pobreza apremiaba; el telar apenas bastaba para alimentar al hogar.

Designio providencial fué, sin duda, que en todos ellos fracasara el dulce rapaz, a pesar de que debió poner en ello su voluntad decidida.

¡Cuántas vidas fecundas se ahogaron en una de esas encrucijadas de la vida, torciendo sus destinos!

Triste y doloroso retorno al mísero taller familiar tras cada nuevo y definitivo fracaso.

Duro y amargo pan el hurtado a la ración mezquina de la madre y hermano: la más fiera de todas las pobrezas para un alma de sensibilidad tan exquisita.

«Ordenándolo Dios así (nos dicen los papeles de Francisco de Yepes (MM. 12.738 y 8.568), le puso la madre en el Colegio de los niños de la Doctrina para que allí le enseñasen a leer y a escribir, lo cual en poco tiempo aprendió muy bien. Juan siendo niño era muy Abil, y en poco tiempo se dió tan buena maña, que aprendió mucho».

¡Cómo despertó la admiración del humilde Francisco por el talento de su hermano!

Esa mayúscula del Abil es de una ingenuidad elogiadora, de un amoroso encanto. Insiste en esa idea (M. 8.568) «y pedía para los niños de la doctrina, y las monjas le tenían mucho amor, por ser muy agudo y abil».

El mismo amor que las Descalzas y la Madre Teresa habíanle de tener años más tarde.

«De allí (M. 12.738, f. 613) le enviaron al monesterio de la Penitencia (las Magdalenas), para que sirviese la iglesia y ayudase a misa; después de a poco tiempo le llevó consigo un caballero que llamaban Alonso Alvarez de Toledo, el cual había dejado el mundo y recogídose a un hospital a servir a los pobres».

Aristocracia de sangre y de caridad, que habían de influir mucho en el espíritu selecto de Juan de Yepes.

Seis años pasa éste en el Hospital entre enfermos repugnantes y contagiosos.

Lección terrible y abnegada de misericordia y dolor que alterna con el estudio de las Humanidades en el Colegio de Medina.

El corazón adolescente de Juan de Yepes cuaja en ternuras de Buen Samaritano; el amor al enfermo ilumina su vida entera con resplandores de caridad ardiente.

Siempre decía que con enfermos no se había de alegar la pobreza.

Siendo Prior de Granada, estaba deshauciado un hermano lego, que padecía grandes bascas. Dijo al médico si había en la medicina algún remedio para el enfermo. Respondióle que para el reparo de la enfermedad no lo había; pero que para sosegar aquellas bascas, podía ser le hiciese provecho una bebida, mas que era costosa, que llevarían por ella setenta reales o seis ducados. Hizo que la recetase, y al punto envió por ella, y él mismo se la dió. Padecía a la sazón el convento de tal pobreza, que hubo días que hasta de pan se careció.

En una ausencia de Baeza cayó malo un hermano donado; el presidente, por la mayor comodidad del enfermo, le llevó al Hospital de la Concepción, donde se ejercitaba con gran regalo y limpieza la caridad con los enfermos.

Cuando volvió de la jornada y supo el caso, le dió notable pena; reprendió al presidente, acusándole de falta de caridad, envió por él y le asistió con tal largueza como si fuera el Prelado superior de la Orden, y lo mismo hacía con todos los enfermos.

¡Ese era «el hombre impasible», forjado en hierro, de pecho de granito!

Difieren las opiniones sobre cuál fué el Hospital de Medina donde ejercitó sus piadosas virtudes.

Francisco de Yepes (M. 8.568, f. 371) afirma que «en este tiempo le llevaron al Hospital de las bubas», que era el de San Antón.

Fray José de Jesús María dice en su *Vida* que fué el de la Concepción.

Lo confirma una declaración interesante (M. 8.568).

«Luisa de Quevedo, que sirvió veinte años a Alonso Alvarez de Toledo, administrador del Hospital de la Concepción, que aora

llaman el general, dice que en aquel tiempo oyó decir a los de casa que un niño de los del Colegio de la Doctrina, que después sirvió en dicho Hospital, avía caído a un pozo muy hondo del hospital, y que habiéndole querido sacar, pensando que estaba ahogado, les dixo que una Señora muy linda le sustentava para que no se ahogase, y le sacaron sano y salvo».

«Recién entrado en el Colegio de la Doctrina, refiere Fray José de Jesús María, andaba jugando con otros compañeros junto a un pozo sin brocal que allí había, y cayó dentro de él, que tenía harta agua, y al punto se hundió. Los muchachos, viendo el mal recaudo, fueron huyendo, unos de temor de ser tenidos por participantes del delito y de la pena de él, y otros a dar voces hacia la calle. Acudió gente con garfios, con que suelen sacar los calderos de los pozos, para sacar al niño, teniéndole ya por ahogado, y mirando al pozo le vieron estar sobre el agua. Y como venían diciendo los hombres: «ya al cabo de tanto tiempo estará ahogado», oyólo el niño, y viéndolos asomar les dijo: «No estoy ahogado, que una Señora me guardó y me sustenta para que no me hunda; échenme una sogá, que yo me ataré para que me saquen». Y echándole la sogá, se ató con ella por debajo de los brazos (que tan fijo estaba como esto, en los de quien le sustentaba), y le sacaron sin haber recibido daño alguno, más que haberse bien mojado, mostrando en esto que había estado debajo del agua y tenía el pozo algunos estados de ella. Esto contaba después su madre y algunos de los vecinos que acudieron, y lo recordaba el Santo Padre agradecido a personas muy familiares suyas como tierno favor de tan soberana Señora».

Nuestra Señora de la Capa Blanca vuelve a cobijarlo en sus pliegues.

Anotemos que Juan de Yepes no era el niño prodigio que alguno pinta, abstraído de todo; tuvo esa sana alegría infantil, que juega, salta y corre alborozada.

¡Fué, siempre, chico y grande, muy humano, aunque su alado espíritu se remontase a las altas y sublimes regiones de la gloriosa unión con Dios!

¡Terrible escuela de formación moral las salas de un Hospital entre ayes de dolor y estertores de agonía, terribles desamparos, desnudeces de lo humano, noches oscuras y días tenebrosos!

A través de los cuerpos lívidos y exangües, parece que traspa-

rentan los íntimos sentimientos y las angustias supremas de las almas.

Algo de ello aprendimos en estos meses dolorosos...

Juan de Yepes compartía, con la ruda misión del enfermero, la labor de estudiante.

Dícenos su venerable hermano Francisco (M. 8.568, f. 371): «Y tenía lugar que estudiase un poco por la mañana y otro rato por la tarde. Y tenía tanto cuidado, que en brebe tiempo supo mucho en la Compañía de Jesús. Y contaba la madre que, andándole a buscar a la media noche, le hallaban estudiando entre los manojos».

Con gavillas de sarmientos se había arreglado un lecho en un hueco de escalera.

¡Cómo se dibuja la cenestesia del futuro Juan de la Cruz mortificado y penitente, hurtando el descanso al cuerpo y ocupando al espíritu en la observancia de sus deberes de estudiante y en la oración contemplativa, formándose a sí mismo!

Seis años estuvo en el Hospital, de 1556 a 1563, en que tomó el hábito del Carmen.

Entró adolescente, de 14 años, y salió en plena juventud, a los 21.

En íntimo contacto con tantas almas enfermas sondeó los secretos de todas las miserias de la vida y los repliegues de la psicología de los hombres.

Quizás también acompañó al ilustre Dr. Gómez Pereira en sus visitas y aprendió de él su método de observación y de análisis de las experiencias clínicas.

Lo cierto es que salió del Hospital de Medina con una personalidad propia, decidida y heroica, que se mantendrá siempre en la orientación de su vida, que no retrocederá nunca en el camino simbólico del *Monte*.



El Palacio de Dueñas

Sin saber quién recoge sembrad,
serenos, sin prisas,
las buenas palabras, acciones, sonrisas...
Sin saber quién recoge, dejad
que se lleven la siembra las brisas,

CRISTINA DE ARTEAGA.



los que de Medina del Campo sólo guardamos el recuerdo de la bella visión fugaz del Castillo de la Mota, contemplada con ansia desde la ventanilla del vagón y de la bulliosa parada en la estación de enlace con las líneas de Salamanca y de Zamora, cáusanos grata emoción sugeridora la vieja calle de Santiago.

Parece que los siglos se durmieron en ella, y que a la luz ardiente de este mediodía del mes de agosto, se despiertan los tiempos que pasaron, y cruzan por la calle los esplendores imperiales, tímidas monjas capitaneadas por la Madre Teresa, soldados arrogantes, carretas de mercaderes, humildes frailecillos, Regidores soberbios, renteros y labrantes.

Se alzan en ella con sus ladrillos rojos, roídos por las aguas, la parroquial de San Facundo, el convento de Agustinas Descalzas y el segundo Palomarico de Teresa.

Sigue llamando a coro el mismo esquilón que tañía a Maitines en los años de la gloriosa fundadora; en el coro fluye aún, a través de las centurias, cristalino y mimoso, aquel dulce murmullo del canto teresiano, desgranando versículos y anfitonas.

Linda con el convento del Carmelo el Palacio de Dueñas.

Bello palacio renacentista, de sobrios muros de ladrillo, flanqueados por una torre.

En las columnas de piedra de la portada, dos figuras de niños parecen dar escolta a los blasones de los Dueñas, los Beltrán y los Castillas, cobijados por un frontón triangular y orlados de enrevesados lambrequines.

Amplio zaguán da paso a un grandioso patio con columnas de orden corintio y clásicas arcadas.

En las enjutas se incrustan medallones con bustos que quiere la tradición que sean retratos de los Reyes, desde Fernando I a Felipe el Hermoso.

Se atribuyó este patio a Berruguete; juzga Lampérez que lo trazara Andrés de Nájera.

Arbustos y follajes dan su nota romántica en el centro del claustro.

Amplia escalera de balaustres labrados y pedestales con gentiles grupos de niños, da acceso a una serie de cámaras y salas con techos de artesones. En la espaciosa estancia que sirviera de estrado, aún se advierte, medio tapiada, la tribuna donde los ministriles tañían música, mientras «se hacía sala» en honor de los huéspedes.

Rezamos unos momentos en la hermosa capilla.

Ante el portal ya no pasean los monteros de Espinosa que custodiaban la persona del Emperador Carlos, cuando en noviembre de 1556 se hospedara en la noble mansión del «cambiante» Rodrigo de Dueñas, por haberse destruído el Palacio Real en la quema de la villa. Ni en el zaguante de piedra se asientan los alguaciles del Santo Tribunal, establecido breve etapa en la ilustre morada.

Cuenta la historia de Medina, que Rodrigo de Dueñas recibió a Carlos V con fastuoso esplendor; que la cámara estuvo tendida de brocateles de hilo de oro y sedas; que en el estrado, sobre tapices flamencos, destacaban en los bufetes de roble viejo las bandejas de plata, los jarros de oro y piezas de maravillosa orfebrería.

Que en reporteros y doseles de rojos damascos de Toledo se bordaron las imperiales águilas.

Dícenme que los Marqueses de Argüeso compraron el Palacio; ellos desencantaron al castillo de Guadamur en tierras toledanas, casi a la vera del río Tajo. Ellos sabrán, quizás, hallar las palabras mágicas que romperán el sortilegio del Palacio de Dueñas.

Allí moraron D.^a Catalina Quadrado y su esposo D. Rodrigo de Dueñas, hombre opulento y poderoso, del Consejo de Hacienda de Carlos V y Regidor de Medina.

Fueron señores de las villas de Tórtoles, cerca de Piedrahita, y de Población de Cerrato, en la tierra de Campos.

Su hijo D. Francisco casó con D.^a María Beltrán y Castilla, hija o nieta del famoso Doctor Beltrán del Consejo de Indias.

En 1556, D. Rodrigo y su esposa labraron a sus costas la iglesia de góticas crujiás del convento de las Magdalenas, del que fueron insignes bienhechores.

En esa iglesia debieron, por precisión, conocer a aquel gentil monago, que ayudaba las Misas durante toda la mañana por aquel tiempo. Seguramente se prendaron de ese rapaz, hijo segundo de Catalina, la tejedora toledana, y comentaron en el locutorio de las monjas su candorosa reverencia, su piadoso recogimiento, su angelical atractivo. Mas no pudieron imaginar en modo alguno que el humilde tejedorcito Juan de Yepes, el monago de las monjitas Magdalenas, sería venerado en los altares, y que en los altos destinos del futuro Doctor místico de la Iglesia influiría, quizás decisiva y trascendentalmente, una iniciativa generosa de Rodrigo de Dueñas.

La iniciativa de una obra de cultura, de formación de la juventud: la más fecunda y provechosa de las obras benéfico-sociales. Como el grano de trigo, que en las feraces tierras paniegas se multiplica en las espigas.

En una de las estancias de la suntuosa casona hallábanse una tarde muchas personas principales de la villa.

Entre ellas estaban Pedro Quadrado, probablemente hermano de D.^a Catalina, y su esposa D.^a Francisca Manjón.

Comentaban los tertulianos el fruto de una misión dada en Medina por unos Padres de la Compañía de Jesús, venidos de Salamanca y de paso para las provincias del Norte, y encarecían algunos la necesidad de reformar las costumbres de la villa, tan estragada por el exceso de dinero y tan visitada en sus ferias por extranjeros luteranos.

—¿No les parece a Vuestras Mercedes que sería de harto provecho para la villa, que se asentara en ella un Colegio por los de la Compañía?

Asintieron todos, y muy especialmente Pedro Quadrado, que había sido gran amigo de Ignacio de Loyola.

Parece ser, según refiere D. José María Quadrado, que le había oído la profecía de que se fundaría en Medina ese Colegio.

Escribió D. Rodrigo al P. Torres, Rector de Salamanca, pidiéndole seis Padres, a los que él sustentaría.

En el verano de 1551 fueron el P. Bautista Sánchez y el Hermano Pedro Sevillano para concertar la fundación del Colegio.

Arrepintiéndose de su oferta D. Rodrigo, y, al cabo de muchos regateos, ofreció sólo ciento cincuenta ducados anuales.

Por la importancia de Medina no quisieron los PP. Torres y Araoz volverse atrás, y enviaron a los PP. Maximiliano Capella y Diego del Castillo.

Dedicóse a ministerios sagrados el P. Sánchez: daba clases de Catecismo y visitaba cárceles y hospitales.

El Hospital de «las bubas» de San Antón, donde sirvió Juan de Yepes adolescente, se hallaba situado entre el Colegio de la Compañía y el convento de Nuestra Señora de Gracia de los Padres Agustinos.

De presumir es, pues, que el P. Sánchez conociera y tratara íntimamente al joven Yepes.

Emprendió el P. Capella un curso de Filosofía, y en 1552 fué nombrado Rector del Colegio.

Llegaron hasta Medina las contradicciones de Melchor Cano contra la Compañía, y en 11 de noviembre de 1552, el abad mandó prender a los PP. Castillo y Sevillano, con ánimo de que el Colegio se cerrase. Sosegóse esta tormenta, y por fin Dueñas regaló un terreno para edificar el Colegio, el día de San Pedro de 1553.

Ignoraba el buen D. Rodrigo en sus veleidades y regateos, que había de dar a la Compañía algo que valía más que sus riquezas, la carne de su carne, la sangre de su sangre.

Aprovechando el paso de los PP. Francisco de Borja y Antonio de Córdoba, púsose la primera piedra en su presencia en 1.º de agosto de 1553.

¿Qué impresión causaría en Juan de Yepes, tan reflexivo de temperamento, el ver al brillante Duque de Gandía convertido en un humilde teatino de sotana raída?

¿Qué le diría aquel trágico y gallardo mote caballeresco: «No más servir a señor, que se me pueda morir?»

Los mismos Padres trabajaban en la obra del Colegio como peones en las horas de asueto.

«Ha edificado ello tanto—escribía el P. Sevillano—, que viniendo muchos hombres honrados y ricos a ver la obra, el ejemplo los ha constreñido a quitarse las capas y desceñirse las espadas doradas, y con sayos de seda y calzas de aguja andar con nosotros trayendo ladrillos y arena».

¡Así estimaban los hombres del Siglo de Oro a las instituciones de cultura!

Nuestros intelectuales se limitan a pedir subvenciones al Estado, a pronunciar algún enfático discurso, a escribir un artículo o meramente a vestirse de etiqueta para asistir a la ceremonia de la primera piedra, que muchas veces suele ser también la última.

¿Ayudaría también algún rato Juan de Yepes a llevar arena y ladrillos para el Colegio, donde se habían de construir los sólidos cimientos de su instrucción, y probablemente de su gloriosa estructura moral y religiosa?

Mientras tanto, en una casa alquilada funcionaba el Colegio, y en 1553 tenía ya veintidós profesores.

Con motivo de las Ferias, explicaban los Padres la Moral en los contratos, consiguiendo evitar muchos pecados de codicia, de malicia y de fraudes, según afirman Memorias de aquel tiempo.

«Criábase—dice el P. Rivadeneira—la juventud de Medina viciosamente, por las muchas riquezas que a la sazón había en ella, y por demasiado regalo.

Para reformarla deseó mucho la Villa se pusieran estudios de latinidad. Pusieronse (1555), y fué raro y maravilloso el fruto que se cogió en ellos, no solamente para la instrucción de los mozos en virtud y letras, sino para henchir las religiones de *excelentes sujetos* que de nuestras escuelas salieron».

¡Uno de ellos fué Juan de Yepes, el futuro Juan de la Cruz!

Entraron la mayor parte en la Compañía, ¡entre ellos cuatro hijos de Rodrigo de Dueñas!

Profesaron sólo en un año ocho estudiantes en otras religiones.

«Cuatro—escribe el P. Olea, en Santo Domingo, tres en el Carmen y uno en San Francisco, de los cuales están sus superiores tan satisfechos que, uno de ellos, viéndolos tan instruídos así en

letras como en virtud, dijo a sus frailes: «Padres, dejemos de leer Teología y démonos a leer Gramática, porque pienso haremos más provecho por esta vía, que es tomar la instrucción de las almas de fundamento, como hacen los Padres de la Compañía»; y el maestro de novicios dijo a uno de los nuestros, que le preguntó por ellos, que estaban tan bien impuestos en las cosas de virtud, «que no tenía que hacer con ellos más de procurar que no perdiesen lo que tenían ganado».

¿Se referiría al joven novicio Juan de Santo Mathía, como primero se llamó Juan de Yepes?

Las obras del edificio marchaban lentamente por falta de recursos, pero acudieron las liberalidades de Pedro Quadrado y Francisca Manjón, que les valieron el título de fundadores del Colegio.

Cuando murió Quadrado llevaba ya de gasto más de doce mil ducados, y dejaba labrada la iglesia, la sacristía, las clases de estudiantes y tres lienzos de corredores.

Su esposa terminó generosamente lo que del edificio faltaba.

Para asegurar la vida del Colegio le aplicaron una renta anual de doscientos mil maravedís y quince cargas de trigo para después de sus días.

Del Colegio sólo queda la hermosa iglesia, a la que se trasladó la parroquial de Santiago; en ella está enterrado el Marqués de la Ensenada, Ministro del Rey Fernando VI y gran favorecedor de Medina.

El Colegio ocupaba el solar de la huerta que circuye a la iglesia por dos lados; lo rayeron las tempestades de los tiempos, aventadas por la cultura volteriana del enciclopedismo infatuado.

Pero su gloria va unida inseparablemente, como *alma mater*, a la gloria mística y literaria de Fray Juan de la Cruz.



El Padre Bonifacio

Las espigas dobles romperán después,
Yo abriré la mano
para echar mi grano,
como una armoniosa promesa de mies,
en el surco humano.

CRISTINA DE ARTEAGA.



El académico francés Louis Bertrand, pone al frente de un hermoso libro sobre Santa Teresa, a guisa de leyenda, esta frase del gran historiador Hipólito Taine: «Hay un momento extraño y superior de la especie humana. De 1500 a 1700 es España acaso el país más curioso del mundo».

Conquistada Granada, se constituye y organiza una nacionalidad, y en el mismo *annus mirabilis* de 1492 tiene que proveer a la obra enorme de extender su dominación y su cultura al continente americano.

Lucha en Lepanto con los turcos y con la Reforma Protestante en toda Europa.

¿Cómo pudo hallar hombres para tantas empresas de titanes?

¿Aún hay quien en el decaimiento de Castilla no ve bien claro el agotamiento de una madre tan extraordinariamente fecunda?

Surgen sus gloriosas Universidades, y aún le sobran maestros, como Luis Vives, para enviarlos a los centros de cultura extranjeros.

Sugiérenos estas consideraciones la figura del P. Juan Bonifacio, el profesor de Humanidades de Juan de Yepes.

Y como muestra, en solo una Orden religiosa, de ese florecimiento pedagógico de España, veamos cómo en cosa de medio siglo (1547-1615) funda la Compañía de Jesús, recién creada, doce colegios en la provincia de Aragón, veinticuatro en la de Castilla, dieciséis en la de Toledo, veinte en Andalucía, diez en Méjico, ocho en el Perú, siete en la provincia del Paraguay, que comprendía Chile, Paraguay y Argentina; tres en el Nuevo Reino y tres en Filipinas. Y no contemos los creados en Portugal y sus Colonias.

Juan Bonifacio nació en 1538 en San Martín del Castañar, provincia de Salamanca.

Va a la Universidad Salmantina y oye un sermón del fervoroso misionero P. Antonio de Madrid; él y otros estudiantes, entre ellos el P. Alonso Rodríguez, siéntense movidos a pedir el ingreso en la Compañía (1557).

Antes de terminar el primer año de noviciado, por falta de maestros, envían al joven Bonifacio a enseñar primeras letras al Colegio de Medina del Campo.

En el catálogo de este Colegio de 14 de marzo de 1558, se lee: «H. Juan Bonifacio, natural de San Martín del Castañar, diócesis de Salamanca. Tres años de cánones, uno de artes, ocho meses de Compañía, veinte años de edad, lee la cuarta clase».

Nueve años permanece en Medina; va luego a Avila y Valladolid, donde llegan a tener setecientos alumnos él y el P. Gaspar Sánchez.

Propúsole San Francisco de Borja suspender temporalmente su magisterio para estudiar Teología.

Responde el P. Bonifacio en estos términos: «Pague Nuestro Señor a V. P. tan gran caridad como me hace, acordándose de un tan vil gusanillo como yo. No sé yo con qué poder agradecer y servir esto a V. P., mayormente que, con su bondad y nobleza acostumbrada, lo deja todo a mi querer. Y así haría yo mal en no escoger lo que siento, que es más fructuoso para mi alma y para el bien de los prójimos. Y, pues, V. P. se consuela de que yo descubra mi intención, aunque por ventura no inclinación, digo que la

profesión de latinidad es *requies mea in saeculum, saeculi. Hic habitabo quoniam elegi eam*. En este ministerio quiero morir, porque me deseo salvar y me ha hecho Dios grandes mercedes en él».

¡Extraños y curiosos hombres los de ese tiempo!

Siente otra inclinación: la misional, sin duda. Enseñando latín, se ha escrito que hasta mil doscientos de sus discípulos entraron religiosos. ¡Qué hubiera hecho dedicado a la predicación!

Año tras año sigue en la ruda labor de explicar la Gramática.

Quiérenle llevar los Padres de la provincia de Toledo a Madrid, para que luzcan más sus talentos y portentosas dotes pedagógicas.

Pero él escribe en 1572 al P. General estos párrafos, que acaban de dibujar su carácter: «Yo tengo gran aversión a estudios de Corte, y para mi condición han de ser muy pesados; porque yo no gusto sino de gente que estudie y que pueda servir a Dios sin melindre. Tengo muchos discípulos en la Compañía y en diversas religiones. Entiendo que pasa el número de doscientos. La Corte es Babilonia; no atienden a eso de ordinario padres e hijos, ni se sacará un buen estudiante en cien años. Deme V. P. estudios de veras, adonde todos hagan su deber y agradezcan la buena obra que la Compañía les hace, y entonces engordaré yo... Por amor de Dios, V. P. me ampare de la otra provincia y me deje vivir en paz en ésta».

Cuarenta años siguió en la de Castilla, dando clase de Humanidades; treinta y tres el P. Gaspar Sánchez; cincuenta el célebre humanista el P. Luis de la Cerda, y cuarenta y cinco explicó Teología el eximio Doctor Francisco Suárez.

No se limitó al magisterio el P. Bonifacio: escribió varias obras, algunas de importancia pedagógica.

Copiemos de la *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus*:

«Bibliographie par les Pères Augustin et Aloys de Backer. Nouvelle édition par Carlos Sommervogel, S. J.—Bruxelles, 1840», la lista de las mismas:

1. «Christiani pueri institutio, adolescentiaeque per fugium».—1575, Salamanca; 1578, Valladolid; 1607, Ingolstadt.—Colonia de Agripinae, 1628.

2. «Christiani per fugium».—1588, Burgos.

3. «De Sapiente fructuoso Epistolares libri quinque».—Burgos, 1589.—Ingolsbad, 1606.—Colonia Agripinae, 1626.

4. «Epistolae et Orationes variae».

5. «Historia Virginalis de Beatissimae Mariae perpetuae Virgini», etc.—París, 1605.—Colonia, 1610 y 1628.

A este insigne pedagogo cupo la suerte de formar en Humanidades al futuro Doctor de la Iglesia Juan de Yepes.

«Fué su preceptor el P. Bonifacio que oy vive», nos dicen los papeles de su hermano el venerable Francisco de Yepes; «dióse tan buena maña, que aprovechó mucho en poco tiempo» (12.738-613).

Con tal maestro y tal discípulo no es extraño, como escribe Fray José de Santa Teresa, que «corriera veloz en sus estudios, en los cuales, ayudado de su buen ingenio y principalmente de la luz del Señor, que le quería para farol luzido de su Iglesia, aprendió la Gramática y Retórica, y passando el curso de Artes, salió en él muy consumado». «Y tenía—dice también Francisco de Yepes—tanto cuidado, que en breve supo mucho en la Compañía de Jesús. Y contaba la madre que, andándole a buscar a la media noche, le hallaban estudiando entre los manojos de sarmientos».

La heroica fuerza de voluntad de Juan de Yepes iba surgiendo vigorosa: eran su lecho «unos sarmientos desiguales, que no le permitiesen el sueño sino interrumpido y tassado».

Porque entre clases y sus servicios en el hospital, «sólo tenía lugar que estudiase un poco por la mañana y otro rato por la tarde»: precisábale, pues, hurtar al sueño tiempo para estudiarse sus lecciones.

Como en los otros Colegios, diéronse en el de Medina solemnes actos públicos, en que lucían los alumnos su aprovechamiento y donaire. «Uno de sus maestros, dice el P. Astete, hizo para el día de San Pedro una tragedia de los hechos y conversión de San Pablo, representándose muy bien. Hubo gran número de gente. Todos dicen que no se ha representado cosa mejor ni con tanto concierto y ricos vestidos».

Al fin del curso de 1562, último año de los estudios de Juan de Yepes, «como dejase mandado el P. Provincial—dice el P. Bonifacio—que hubiese vacaciones todos los caniculares, ordenáronse unas conclusiones para el día en que se fenecían las lecciones, a las cuales se hallaron muchas personas de cualidad como el fundador, el prior de la iglesia Mayor y mercaderes muy ricos, hom-

bres también letrados, así religiosos como seculares, los cuales arguyeron en las conclusiones. Los estudiantes, después de ser fenecidos los argumentos que ellos y los de fuera propusieron, representaron la historia de Absalón contra su padre David, compuesta por ellos mismos en verso, y tuvimos mucho que hacer en persuadir a los oyentes que era obra de estudiantes aquella».

¿Fué ésta la primera obra pública de aquel aventajado «manco con media sotanilla y ferreruero, cuello o baloncilla pequeña», como lo describe un testigo?

¿No debió por su ingenio y despejo representar partes muy principales en esos actos y atraer las miradas y corazones?

En el Colegio de Baeza le veremos organizar con los novicios representaciones análogas.

Es, pues, la formación intelectual de Juan de Yepes obra gloriosa de los Hijos de Ignacio de Loyola.

Con ese insigne pedagogo, que explicando Humanidades santificaba los corazones juveniles, compartió la labor de formación moral de Juan de Yepes el famoso predicador P. Bautista Sánchez, fundador del Colegio. Ya dijimos que el P. Sánchez visitaba cárceles y hospitales.

Era su oratoria sugestionadora, vehemente y algún tanto terrible. Conmovía y arrastraba a los pueblos.

Refiere el P. Ribadeneira (Hist. de la Asist.) un caso peregrino ocurrido en Granada en 1560.

Vió el P. Sánchez en el Hospital de Juan a cierto enfermo muy mal asistido y con las ropas llenas de sangre. Subió luego al púlpito, y habiendo encarecido el mérito de la caridad cristiana, y demostrado lo que padecían los pobres de Jesucristo, amplificando esta idea de que Jesucristo está representado en los pobres, terminó con este grito: «Ea, hermanos: ¿quién viste a Jesucristo desnudo en sus pobres?» Al punto se levantó un clérigo y arrojó el manto de los hombros al púlpito, de limosna, y tras él echaron al púlpito las capas, los sayos, las gorras de seda y sombreros, y las mujeres sayas y tocas con puntas de oro, los anillos de las manos y los zarcillos de las orejas, y todos daban lo que más podían con mucha priesa y fervor, y con tantas lágrimas y suspiros, que herían el aire y el cielo. El día siguiente, otras muchas personas particulares enviaron mucha ropa blanca de lienzo, sábanas, camisas, colchones y frazadas, con otros regalos de enfermos.

En pleno vigor la raza, estos arranques no eran entonces una fugaz sensación emotiva.

Los días consecutivos al sermón iba la gente principal de Granada al Hospital de Juan.

Escribe el P. Navarro (Epist. Hisp. II, f. 47): «Era cosa mucho de ver—dice—la gente que al hospital va. Corregidor, veinticuatro jurados, caballeros, deán, canónigos, racioneros, colegiales de todos los colegios, doctores, teólogos, canonistas y legistas, escribanos, procuradores, mercaderes y ciudadanos, los cuales han ido y van y sirven a los pobres, y les dan ellos mismos la comida, puesta una tohalla al hombro, como maestresalas, sin bonetes, hincándose de rodillas al dar del plato, besando primero el plato que lo diesen al pobre, considerando a Jesucristo en el pobre. Y no sólo les hacen el servicio, pero proveen la comida y cena, el Sr. Arzobispo su comida, los canónigos la suya, los racioneros la suya, los colegiales la suya, y así, por los demás, daban sus comidas, y buenas, y barrian, y fregaban, y hacían camas, y vaciaban los servicios, y enterraban los muertos, tomando las azadas y abriendo las sepulturas con sus ropas de seda, que empleaban en servicio de los pobres». ¡Triunfo incomparable de la elocuencia sagrada!

Comenta el P. Astrain (Hist. de la Compañía de Jesús) estos memorables sucesos:

«Suponemos que el lector olvidará en este caso al P. Sánchez, para admirar únicamente la antigua piedad española, que tanto resplandece en este generosísimo arranque. Sólo queremos advertir nosotros, cuál era el resorte que así movía las entrañas de nuestros antepasados. No eran disertaciones doctas, ni tratados morales, ni teorías ingeniosas, ni siquiera citas oportunas de Santos Padres. Todo esto es bueno, y podía entonces, como ahora, producir buen efecto. Pero lo que pasaba de parte a parte el corazón español; lo que le hacía prorrumpir en actos heroicos y sublimes, era el nombre de Jesucristo. Este nombre sacrosanto, pronunciado por labios fervorosos, conseguía triunfos inauditos, en que ni soñar pudiera toda la elocuencia del mundo».

¡En íntimo contacto con esa alma ardiente, cómo se inflamaba en amor a Cristo Crucificado, el espíritu, tan vigorosamente racial, de Juan de Yepes, en el Hospital de las Bubas y en el Colegio de Medinal



San Juan y San Ignacio

Un coloquio a Nuestra Señora por que me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea rescibido debaxo de su bandera.

SAN IGNACIO.



o fué sólo enseñando Gramática cómo los Padres del Colegio lograron tan maravillosas mudanzas en la juventud de Medina.

Una anécdota de Rodrigo de Dueñas nos da un atisbo de los derroches suntuarios de la aristocracia medinense.

Cuando alojara al César en su palacio, se alimentaban los braseros con las cortezas de canela que traían los galeones de Nueva España: derroche que escandalizó a Carlos V, de manera que lo prohibió airado, y por castigo ordenó que se abonaran al de Dueñas los dispendios hechos en su hospedaje.

Rasgo de *nuevos ricos*, parejo de los de ahora.

De aquella vida esplendorosa pasaron varios hijos de D. Rodrigo y otros jóvenes de posición y alcurnia a las pobrezas de los claustros, después de hacer, con la hidalga decisión de ese momento de la raza, los *Exercicios* de Iñigo de Loyola.

De que los practicó Juan de Yepes, no hay duda: se hacen todos los años en los Colegios de la Compañía de Jesús. Por su mi-

nisterio los daba en Medina el P. Sánchez, aquel gran sugestionador de multitudes.

De que en ellos se formó su voluntad de hierro y recibió su vida entera la orientación definitiva, de que la *impronta* de Iñigo de Loyola perduró en su carácter y en todas sus decisiones, hay ya diversas opiniones.

¡Tan distintos parecen el método de meditación ignaciano y las vías místicas, despojadas de toda noción sensible de San Juan de la Cruz!

En muchas críticas de sus obras hay un doble error inicial: el olvidar que fueron elaboradas en plena madurez espiritual, y que fueron escritas para almas selectas, bien avanzadas en la senda de perfección.

Como le hay en la apreciación de la *indiferencia ignaciana* y de ciertas durezas aparentes de Fray Juan, cual la famosa *cautelita* que tanto ha acongojado a algunos corazones carmelitas, y que al profano semeja cruel estigma de un pecho de granito.

No son sólo un maravilloso libro de ascética los «Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» del gran conquistador de almas Iñigo de Loyola.

Son una forja de voluntades, aun en lo meramente humano, un portentoso documento del vigor psicológico de ese siglo tan grande y tan español.

Como la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempten vive y actúa a través de los siglos ese librejo tan pequeño, sin más enmiendas que la de la ortografía anticuada y alguna concordancia vizcaína.

Santa Teresa, en el famoso y donosísimo *Vejámen*, reprocha a Fray Juan que su contestación era más propia para los que hacen los Ejercicios; sin duda alguna la informaba su espíritu: quizá también su letra.

Juan de Yepes, adolescente, se nos presenta ya como el vigoroso tipo humano que hoy exaltan los americanos del Norte, un *selfmademan*: un hombre que quiere construirse a sí mismo en una cenestesia particular y heroica.

Gira en la órbita prodigiosa de la Madre Teresa, tiene sus mismos ideales, su mismo amor apasionado a la Orden del Carmelo, y, sin embargo, sigue su ruta propia, en contradicción muchas veces con la gloriosa Fundadora.

Los Ejercicios le ofrecieron un método para aquella construcción espiritual.

Hojeemos con Juan de Yepes, estudiante, algunas de sus páginas.

No vence solamente a las pasiones: las domeña, las depura y exalta.

«Parecía que no tenía pasiones», nos dicen varios festigos del proceso canónico. Sus escritos proclaman lo contrario.

Leed el trágico comentario del verso 5.º de la primera estrofa de la *Noche del sentido*, en que relata cómo azotan al sentido el Ángel de Satanás, que es espíritu de fornicación, el espíritu de blasfemia y el espíritu del vértigo, y sentiréis la impresión de algo fuerte y dolorosamente vivido.

Pero él ordena las afecciones de tal modo, «que aún las pasiones le ayudan a sentir amor apasionado de Dios». (*Noche del Espíritu*).

Que ni los Ejercicios de Loyola, ni Fray Juan, quieren atrofiar ni mutilar nada en el hombre; mas sublimarlo todo. No es un guiñapo amorfo flagelado por disciplinas y opreso en un cilicio: es una voluntad victoriosa.

«La fortaleza del alma consiste en sus potencias, pasiones y apetitos: todo lo cual es gobernado por la voluntad», nos afirma en la *Subida del Monte*. (L. III, cap. 15).

En las *Anotaciones* «para tomar alguna inteligencia en los Ejercicios», da San Ignacio la característica de su método: «como en todos los Ejercicios siguientes usamos de los actos del entendimiento discurriendo y de los de la voluntad afectando..., la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y racionando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la ración propia, quier sea en quanto el entendimiento es iluminado por la virtud divina, es de más gusto y fruto espiritual, porque no el mucho saber harta y satisfaze al alma, mas el sentir y gustar de las cosas internamente».

Juan de la Cruz, proclamando repetidamente «que un pensamiento sólo del hombre vale más que el mundo entero», y exaltando a la voluntad sigue la misma ruta del raciocinio intenso y del querer heroico. No es un pietismo rutinario y ñoño: el pensamiento, ante la interrogación misteriosa de la vida, busca el

principio y fin de las cosas con silogismos implacables: las consecuencias cuajan seguidamente en actos.

«Al que rescibe los Ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Magestad, así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad», nos dice la *Anotación* quinta.

Juan de Yepes entró siempre con mucho ánimo: nos lo afirma Santa Teresa en su carta al Caballero Santo. De su liberalidad es magnífico testimonio, cómo se despoja y desnuda hasta de las mercedes divinas.

Los temas ignacianos de las consolaciones y desolaciones espirituales; de las tentaciones del enemigo «dabaxo de especie de bien en la vida iluminativa; el de apartarse de amigos y conocidos y a sí mismo de muchos negocios no bien ordenados por servir y alabar a Dios»; el de que «quanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se haze más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor», ¡cuán magníficamente se desarrollan en la vida y escritos de San Juan de la Cruz!

Ante el problema esencial de la vida; ante el «principio y fundamento», la voluntad magnánima y apasionada de Juan de Yepes no se sosiega con la indiferencia ignaciana.

Al llamamiento del Rey eterno contesta sin vacilar su corazón ardiente, formando en las filas de «los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio, y no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún, haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor, carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y momento diciendo: Eterno Padre y Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda que yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Magestad elegir y recibir en tal vida y estado». ¡El *Patí et contemni!*

Su voluntad demanda lo que quiere: «aquí será, dice San Ignacio, lo que más a gloria sea de su Divina Magestad, de manera que el deseo de *mejor* poder servir a Dios le mueva a tomar las cosas o dexarlas».

Nada valen las virtudes y grandezas morales «si en ellas no pre-

tendieron la honra y gloria que es sólo de Dios, y su amor sobre todo», afirma Fray Juan en la *Subida del Monte*.

Juan de Yepes acaba sus estudios en el Colegio de Medina: su talento, su especial atractivo, sus virtudes atraen las miradas sobre el aventajado estudiante, a pesar de su pobreza.

Una familia noble y rica le considera un buen partido para una hija: es la restauración del honor de los Yepes, es la tranquilidad de la vejez de Catalina Alvarez, es un amor dulce y cristiano que ilumina los castos goces de un hogar.

Alonso Alvarez de Toledo le ofrece el beneficio de la capellanía del Hospital: sacerdote, puede consagrarse al servicio de Dios y continuar con sus enfermos.

El beneficio le permitirá asegurar el porvenir de la madre.

La prudencia humana le aconseja aceptar una de esas soluciones definitivas y favorables.

Mas Juan de Yepes medita según el «Preámbulo para hazer elección» de San Ignacio y el admirable método, propuesto por éste, para acertar en ella.

Ve «como no ordenando, ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin, acaesce que muchos eligen primero casarse (lo qual es medio) y secundario servir a Dios Nuestro Señor en el casamiento, el qual servir a Dios es fin; asimismo, hay otros que quieren tomar beneficios, y después servir a Dios en ellos».

Y resueltamente buscando *lo mejor* «por parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo, lleno dellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio y prudente en este mundo».

Interesante fuera estudiar detenidamente cómo se articula la vida de Juan de Yepes con los Ejercicios de Ignacio de Loyola; cómo sus alas se abrieron hacia lo alto en la «Meditación para alcanzar amor»; cómo en ella pudo mirar la manera cómo Dios habita en las criaturas, dejándolas a su paso vestidas de su hermosura; cómo las últimas palabras de Ignacio: «por estar en uno con el amor Divino», inflaman su celestial lirismo.

Juan de Yepes escoge el claustro carmelitano; dentro del claustro sigue la regla primitiva; trata, en busca de mayor perfección, de pasar a la Cartuja. Su voluntad, en todas las encrucijadas del

camino de la vida, escoge la senda más directa, por áspera que sea; su divisa es siempre: *per angusta ad angusta*.

Hasta en sus prácticas ascéticas hallaremos reminiscencias del libro de Ejercicios.

Los éxtasis puesto en cruz bajo los árboles, cara al cielo, en la Peñuela, de que nos habla Fray Juan Evangelista, y que pudieran tener algo de apariencia de naturalismo panteísta, tienen su explicación en la cuarta adición de los Ejercicios: «entrar en la contemplación quando de rodillas, quando postrado en tierra, quando supino rostro arriba, andando siempre a buscar lo que quiero».

En Juan de la Cruz, aunque sigue muy distintos caminos, aparece la misma voluntad tenaz y victoriosa de Iñigo de Loyola.

Viviente testimonio son ambos de las poderosas reservas espirituales y volitivas de nuestros hombres del xvi; siglo español que podrá ser juzgado en sus años de plenitud con uno u otro criterio, pero que nadie podrá tachar de vulgar.

Maestro de la acción Ignacio, «sus poderosas concepciones, según dice Gaetan Bernoville, desafían al tiempo. Son tan eficaces y oportunas en el siglo xx como en el xvi; cosa tanto más notable cuanto que están orientadas hacia la acción, cuyas formas son, sin embargo, tan mutables».

Maestro de la contemplación Juan de la Cruz, «su vida (Maurice Brillant) es aparentemente sin brillo; pero la luz interior y silenciosa que lleva en sí, tiene un tan gran poder, es tan dulcemente imperiosa que, después de tres siglos y medio, al pronto oculta, no ha cesado de engrandecerse a nuestros ojos y de radiarse con un movimiento continuado, hasta el verdadero triunfo de hoy. La Iglesia acaba de colocarle en el rango de sus Doctores. Gloria de que no es pródiga, ya que Juan de la Cruz entra en una Academia espiritual que no cuenta ni con veinticinco miembros en toda la Historia de la Iglesia».

Los *Ejercicios* y la *Subida del Monte*, como todas las obras geniales, son de actualidad palpitante, y la obra total de ambos insignes fundadores es, aún desde el punto de vista humano, gloria excelsa de la raza española.



¡Oh clementísima!

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos.



AORÁBAMOS unos días de paz carmelitana en el Desierto de las Palmas.

Queríamos empapar nuestra alma en el perfume espiritual de esos vergeles místicos. Nuestros libros y apuntes palparían en soledad y recogimiento, con algo viviente de la vida de Fray Juan de la Cruz, latiendo en sus Descalzos.

No quiso Dios que gozáramos de ese dulce sosiego, de ese ambiente propicio para meditar y escribir.

Nuestros libros duermen, abandonados, la modorra de los es-fios levantinos.

Sólo tres de ellos, metidos por favorable azar en la maleta, y un puñadito de papeles con notas, acompañaron nuestra impen-sada peregrinación de dolor.

Con ellos y con esfuerzos de memoria y mucho amor y admira-ción al Santo, se ha escrito buena parte de este pobre librejo.

Se ha escrito en celdas de dos viejos conventos.

Portada renaciente del Hospital Central, ¡cómo destacas la fú-nebre negrura de la piedra labrada del Sachal sobre el ocre de los

muros y el encalado de jambas y dinteles! ¡Arco triunfal de tantos paladines caídos!

Humilde claustro franciscano, con tus arcadas bajas y el jardincillo de árboles viejos y menudos arbustos, ¡cómo entrísteces a nuestro ánimo apocado y maltrecho!

En un rincón del jardincillo, un laurel centenario alza sus brotes sobre las tejas rojas, roidas por los levantes fieros del invierno, requemadas por el sol africano.

¡Sobre los héroes, que España desconoce u olvida, deshojaríamos sus ramas!

Sobre esos pobres guiñapitos de carne dolorida envuelta en gasas y algodones salpicados de púrpura; sobre los rostros que flaquean de fiebre; sobre las mantas pardas que temblotean con los escalofríos del paludismo traicionero, que en estas tierras secas se embosca entre las gabas, como el *arbaia* del rifeño, sobre los miembros mutilados, sobre las pobres vidas rotas.

Sobre las nobles frentes de los que abrieron camino a la victoria desde las alturas del mando y en la vanguardia de las fuerzas de choque.

Sobre la voluntad gloriosa, que rompió el sortilegio siniestro de Alhucemas, que floreció en las horas triunfales de Bab-Tazza.

Pesados paredones escomidos de humedad y salitre: el encalado, de burdas capas superpuestas, salta a trozos en anchas lacras o se hincha con gibas arrugadas.

Nos oprimen los techos bajos de vetustos cuarterones; tropezamos en las desgastadas losetas del rojizo solado.

Fosca y empinada escalera sube a las galerías altas, llenas de camas.

Blancas celdas, antaño nido de penitencia y aspereza, asilo hoy de dolor; largas *noches oscuras* de meditación congojosa sobre la desnudez de las almas y la purificación del dolor...

Pasa una sombra parda por la penumbra de los angostos corredores; no es un hábito de sayal: es la chilaba de un Kaid herido que deambula renqueando.

Cogemos las cuartillas, escribimos, nos interrumpe la labor un quejido...

Amanece: por los ventanos hondos entra una claridad lívida; luego se tiñe de rojo el mar allá a lo lejos, y surge entre las brumas la silueta de los montes de España.

En busca de unas horas de reposo en la fonda, vagamos por las calles.

Un rótulo nos llama la atención en una esquina: Camoens.

Por estas calles, desterrado, llorando amores infortunados, paseó sus nostalgias el poeta Luis Camoens, antes de marchar a la India. Por ellas pasaron la misericordiosa sombra de San Juan de Dios y el fúnebre cortejo del cuerpo rescatado del malogrado Rey Sebastián.

¡Hospital de cautivos! La alegría del rescate impresa quedó en tus muros soleados y claros; desde tus amplios ventanales se divisan las costas españolas.

Con cirios en las manos subieron los cautivos los altos escalones de la entrada.

La fresca sombra de los claustros vibró en gritos de júbilo.

Por las amplias arcadas, de rebajado medio punto, volcaban las flores del jardincillo policromos reflejos y perfumes.

Ya no pasan por esos claustros las vestes albas de los heroicos Mercedarios. Revuelan las tocas blancas de las monjas Paúles; el buen Samaritano revive en las alburas de las Damas de la Cruz Roja.

Roja la Cruz y rojos los corazones de caridad y amor.

Cautivos de enfermedades y de heridas pueblan las largas salas, las celdas blancas y luminosas.

.....
De nuevo corre sangre de nuestra sangre: ¡bien empapadas de ella quedan las tierras africanas!

No es la gumía del rifeño ni la bala del rebelde emboscado.

Hábiles manos rajan la carne enferma en tajos salvadores.

.....
Por las mañanas acudimos en demanda de protección y aliento al Santuario de la Virgen de Africa.

Tiene la Madre dolorosa en su regazo al cuerpo exangüe de su Divino Hijo: símbolo de las madres...

Traen las brisas marinas de la otra orilla del Estrecho como un lejano y tembloroso susurrar de plegarias: «¡Dios te salve, oh Reina de dolores, que has llorado nuestros mismos dolores. Somos tus hijas y ellos son tus hijos, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve!

A ti llamamos, nosotras, lejos de nuestro Gólgota, y ellos, los pobres desterrados...

A ti suspiramos, gimiendo y llorando, nosotras en el hogar vacío, ellos en los barrancos de lágrimas y sangre, en el cobijo piadoso de los hospitales de campaña.

Ea, pues, Señora de todas las amarguras, que comprendes la nuestra, abogada de nuestros desamparos, vuelve hacia nuestros hijos y hacia nosotras esos tus dulces y llorosos ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstrales a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce y dolorida, siempre Virgen, Nuestra Señora de Africa!

Vuelve esos tiernos ojos hacia las tierras ásperas que invocan tu protección y amor, y, como hiciste brotar en ellas el canto de Victoria, haz que florezca una paz perdurable y reina Tú en la paz».

Y tú, Juan de la Cruz, tierno *santico* enamorado del dolor y del desprecio, haz que de estas espinas sepamos sacar mieles de bienaventuranza; que estas pobres cuartillas, empapadas en lágrimas y manchadas de sangre, enseñen a algunas almas a amarte y conocerte.

En el altar vecino está tu Virgen del Carmelo, Nuestra Señora de la Capa blanca; en el Mayor, Nuestra Señora de la Capa negra, la Virgen de Africa: intercede con ella por nosotros.



Juan de Santo Mathía

Y sino es la vid, será
aquel girasol que está
viendo, cara a cara, al sol,
tras cuyo hermoso arrebol
siempre moviéndose va.

CALDERÓN.



EL fondo de su alma surge un anhelo heroico: es una llama que en la calma del viento asciende recta hacia lo alto, que en el pecho es hoguera y en el yunque de su voluntad fragua. Es sed de ciervo herido; ansia de luz de los capullos entreabiertos; arrobamiento de girasol extático; pasión de amor arrolladora. Todo su ser se crispa como los músculos del lanzador de discos, como un arco en tensión: la aljaba tiene de dardos bien repleta.

Juan de Yepes aspira a la perfección; como en todos los lances de su vida, escoge sin fitubeos el camino más recto: una Orden religiosa.

Lazos de gratitud le unen con la Compañía de Jesús: experimentó en sí propio los frutos de su celo; admiró sus empresas de predicación y enseñanza. Pero su vocación era la vida de soledad y recogimiento, la vida contemplativa, y fué fiel a su llamamiento.

Nuestra Señora de la Capa blanca, la Virgen del Carmelo, tuvo en brazos en el fondo del pozo, le atrajo a sí en el caso de la laguna.

Una voz interior le señalaba su camino; alguno de sus historiadores alude a algo sensible que trasciende a prodigio.

Juan de Yepes pide y obtiene en 1563 el hábito en el Monasterio de Santa Ana de la Orden del Carmen de Medina del Campo.

Tristes despojos quedan del Monasterio, hoy convertido en serrería. El arco toral, los muros del crucero y del ábside: todo labrado en ladrillo rojo, como el castillo de la Mota; algo como muñones sangrientos de un cuerpo brutalmente mutilado.

Sicaria hazaña del vandálico sectarismo, hijo legítimo de la desamortización regalista.

Víctimas de ambos fueron Conventos y Universidades españolas.

En torno de las ruinas devastadas de tantos monasterios se extienden hoy desiertos, donde hubo focos de cultura, de caridad y de progreso agrícola. Sólo restan piedras caídas, jaramagos y cardos.

Los ditirambos indignados contra los daños de la expulsión de hebreos y moriscos, han olvidado los perjuicios enormes e irremediables que causó a España la expulsión de los frailes.

Pastores analfabetos se sientan sobre los rotos capiteles, sostén antaño de las bóvedas que cobijaron a rudos campesinos para convertirlos en sabios y maestros.

Oigamos unas palabras vibrantes de Menéndez y Pelayo en el Parlamento español:

«Llegó el siglo XVIII, y cayó la Monarquía en manos de los jurisconsultos regalistas, y el primero que secularizó la enseñanza fué Carlos III, y principalmente su ministro Roda, que empezó a nombrar rectores y suprimió los Colegios mayores, que eran el núcleo y nervio de la Universidad, y entonces fué la primera vez que se exigió que las Universidades formasen sus proyectos de reforma para proceder al establecimiento de un plan de estudios uniforme e impuesto por la superioridad. Este impulso continuó hasta que Carlos IV, *auctoritate propria*, cerró en un día once Universidades y echó a la plaza los bienes de los Colegios mayores.

En fin, señores, para condenar la desamortización con frases todavía más duras que las de *inmenso latrocinio*, aplicadas por San Agustín a los Imperios donde no reina la justicia, me bastará recordar el despojo de los bienes de la Universidad. ¿De qué manera se hizo la desamortización de los bienes de la Universidad, y

de qué manera se hicieron las restantes? Bástenos recordar el hecho de que el magnífico edificio de la Universidad de Alcalá fué adquirido en 3.000 duros, pagados en papel, en aquel papel que creó Mendizábal».

El enciclopedismo volteriano cegó así las fuentes de cultura de la Universidad, los Colegios mayores y los Conventos.

Es una dolorosa verdad histórica, pese al morrión, a los tópicos y a los recortes de las bobinas de papel continuo.

Volvamos a las ruinas del Monasterio de Santa Ana.

Gracias a la munificencia de los Vizcondes de Castro Serna, se restauró y abrió al culto ha pocos años la capilla donde dijo la primera Misa Fray Juan de Santo Mathía.

Una lápida de época, lo único quizás que conserva carácter en la capilla, nos dice:

«En esta capilla, que fvé la iglesia antigua del Convento, celebró la Primera misa Sn. Juan de la \dagger y fvé en ella confirmado en gracia y después salió daquí a fundar la Descalcez con Sta. Teresa de Jesús».

Fray Alonso de la Madre de Dios nos dice (M. 13.460) que en el libro de las profesiones del convento de Medina, se leía:

«Ego frater Joannes a sancto Mathia, filius \mathcal{Q} , promito obedientiam, Castitatem et pauperitatem Deo et Beatæ Mariæ de Monte Carmelo et Reverendo patri Joanni Baptistæ Rubeo de Ravenna Priori generali ordinis Carmelitarum, *usque ad mortem*, testibus, \mathcal{Q} .—Frater Joannes de Sancto Mathia».

Firmaban como testigos Fr. Angel de Salazar, Provincial; Fr. Ildefonso Ruiz, Rector de aquella casa, y Alonso Alvarez de Toledo, que así le quiso honrar. No dice año ni día, mas sábese fué en el verano de 1564, porque en 20 de mayo de ese año fué elegido el P. Rubeo en el Capítulo General de Roma.

Poco después de profesado pasó a Salamanca, al Colegio de San Andrés, y en el registro de la matrícula del curso, que comenzó el día de San Martín de 1564, al folio 17, se ve a «Fr. Joan de Sancto Mathia de Medina del Campo».

Tuvo que ser, forzosamente, la profesión entre primeros de junio y últimos de octubre, quizás el día de San Juan o la fiesta de la Virgen del Carmen. No pudo ser el 24 de febrero, como afirma rotundamente D. Miguel Mir (Santa Teresa de Jesús), ya que el Padre Rubeo no era aún Prior General de la Orden, y, por tanto,

cae por su base la razón por él alegada de tomar el nombre del Apóstol, por profesar en su conmemoración. Hay que buscarla en una característica de Juan de Yepes: sus mayores inmolaciones no fueron para él cruentas oblaciones. Fueron favores celestiales, recibidos y agradecidos con fervoroso júbilo.

San Matías, el elegido para completar a los *Doce*, es para él un símbolo de predestinación amorosa.

«Caminando una vez—refiere Fray José de Jesús María—hacia Bujalance con el H. Martín de la Asunción, le dijo:

—Hagamos que somos soldados de Cristo y que caminamos entre infieles, determinados a morir por El. Si ahora saliesen algunos moros o herejes a matarnos por amor de Dios, y topando primero con él, le diesen muchos golpes y porrazos y le hiciesen otros malos tratamientos, ¿cómo los llevaría?

Respondió el compañero: Con el favor de Dios los llevaría en paciencia.

Parecióle al Santo que aquella tibieza con que lo decía, degeneraba del ánimo alentado y fervor antiguo, con que los hijos de Elías defendieron por tantos siglos la Iglesia de Cristo, padeciendo por ella *tan alegremente* y encolerizándose contra el compañero, le dijo:—¡Con esa tibieza lo dice y no con un *deseo muy encendido* que le hiciesen pedazos por Jesucristo!»

Alegremente, con un deseo muy encendido, buscaba las humillaciones y trabajos cual galardón celeste.

Huelga decir la perfección de vida y la fiel observancia de la Regla del glorioso novicio; pero sabedor de la alteza de perfección de los antiguos monjes solitarios, rigurosos observadores de la Regla primera, y desdeñándose de usar de la indulgencia de las mitigaciones que a su rigor se habían concedido, se propuso imitarlos en la vida, como los imitaba en el hábito.

Un religioso de aquel tiempo declaró en las informaciones: «En este tiempo guardó nuestra Regla primitiva en lo que es la oración y en el rigor y tratamiento de su persona, con muchas abstinencias, cilicios, grandes disciplinas, muchas vigiliias y larga oración, retirándose cuanto le era lícito de todos los demás y guardando mucho recogimiento».

¡Era Descalzo de corazón y de vida antes de conocer a la Madre Teresa y su Reforma!



A orillas del Tormes

Del monte en la ladera
por mí meno plantado tengo un huerto.

FR. LUIS DE LEÓN.



OSEGADO y purísimo era el día y muy fresca la hora. El Maestro Fr. Luis Ponce de León nos lo refiere en su libro de «Los nombres de Cristo».

«Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca empiezan a cesar los estudios, cuando Marcelo (el propio Fr. Luis) se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de «La Flecha», una granja que tenía su monasterio en la Ribera del Tormes. Y fuéronse con él, por hacerle compañía, dos amigos y de su Orden, los dos hombres de grandes letras e ingenio.

Por ciertos respetos que tenía quiso llamarlos en su libro con los nombres fingidos de Sabino y Juliano.

A donde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella. Era la huerta grande y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden, mas esto mismo hacía deleite en la vista y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella,

primero y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor y luego se sentaron juntos a la sombra menguada de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas y corriendo y tropezando parecía reirse. Tenían delante de los ojos una alta y hermosa alameda, y más allá y no muy lejos se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba forciendo el paso por aquella vega».

Sabino, entonces, sacando del seno un papel escrito, y no muy grande: aquí, dijo, está mi deseo y mi esperanza acerca de lo que podemos hablar.

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto a Sabino y riéndose: No os atormentará mucho el deseo, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza, ni aún deben ser ni lo uno, ni lo otro tan ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.

Luego Sabino, con clara y moderada voz, leyó así el escrito, despertador de la plática: *Los nombres que en la Escritura se dan a Cristo»...*

Y habiendo platicado asaz sabrosa y luengamente, quiso decir Sabino cosas que había puesto en verso Marcelo y que se hallaban en cierto cuadernillo que traía consigo.

«Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron que les parecía muy bien y que luego las dijese.

Y Sabino, que era mancebo así en el alma, como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciación agradable, alzando un poco los ojos al cielo y lleno el rostro de espíritu, con templada voz dijo aquel salmo que así comienza:

«Alaba, ¡oh alma! a Dios; Señor, tu alteza,
¿qué lengua hay quien la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente».

Juliano acordó a Sabino que les dijera aquella lira a Felipe Ruiz:

«¿Qué vale cuanto vée?

Y las estrofas dibujaban al varón fuerte y que más florece:

«...Como la ñudosa
carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada».

Y así reta al tirano airado:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh!, no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena;
ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo».

El sol, «que por mejor oírles parecía que se levantaba» ardoroso, iluminó dos figurillas pardas, que caminaban lentamente entre las frondas de los álamos en el fuerce del río.

—Estudiantes parecen, dijo Juliano, del Monasterio del Señor San Andrés del Carmen.

—Fray Juan de Santo Matía es—afirmó Marcelo—, el ordenando del día de San Juan. Buen religioso y estudiante.

Y con esto, puesto en pie Marcelo y con él los demás, cesó la plática por entonces.

Marcharon cuesta abajo en busca de la umbrosa alameda y de la frescura del río, porque el sol en el descampado ya ofendía.

En lo más alto de un ciprés de la huerta, un ruiseñor cantaba «con su cantar sabroso no aprendido».

Una fontana cristalina íbase apresurada vistiendo el suelo de flores y verdura.

La hiedra se enguirnaldaba en un bosque de laureles.

Crecía el día sin perder ni en pureza ni en sosiego.

Auras del Lacio que vienen de la granja sabina ungián la frente

de Marcelo; quizás llevaba en el seno la «Carta a los Pisonés» o las «Elegías» de Tibulo; quizás ayer, junto al bosque, deleitose diciendo églogas de Virgilio. Pero luego llevó a Nuestra Señora, en la ermitilla de la granja, lirios cogidos de cabe la fontana, y sus labios balbucearon los fragantes versículos del Libro del Rey Sabio.

Allá abajo, ensimismado y pensativo, contemplaba al cielo Juan de Santo Matía.

¿Será un acorde misterioso de esos que riman en las almas?

El Maestro, contemplando al mancebo, piensa en su bella semblanza del varón fuerte en la «Oda a Felipe Ruiz».

Sabrá algún día no lejano, cómo ha de vivir su semblanza en ese frailecillo, ruiñeñor entre espinas.

¿Topáronse al final de la alameda?

¿Platicaron de cosas del espíritu?

¿Y llegados al río «se pasaron al soto, que se hacía en medio dél, en una como isleta pequeña, que apegada a la presa de unas haceñas se descubría?» «Era el soto, aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja; y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua, que por entre las piedras de la presa se hurtaba al río, y corría casi toda junta».

Quizás «enfrados en él Marcelo, Fray Juan y sus compañeros, y metidos en lo más espeso dél, y más guardado de los rayos del sol, junto a un álamo alto, que estaba cuasi en el medio, teniéndole a las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde y cuasi junfando al agua los pies, se sentaron. A donde diciendo entre sí del sol de aquel día y de la frescura de aquel lugar, que era mucha», holgáronse los cinco de que de nuevo les dijera Sabino los versos del cuadernillo de Marcelo.

El ruiñeñor del ciprés de la huería cantaba agora en lo enhiesto del álamo.

Cuando Juan de la Cruz años más tarde rimó los versos:

El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena
el soto y su donaire...

¿Recordaría esa espesura, nidal, quizás, de los más dulces rui-señores de las canciones místicas?

De muchas cosas bellas no sabemos, que holgáramos de saber: ésta es una de ellas:

¿Fué Fray Juan discípulo del Maestro en aquella cátedra, en la que solía leer, en medio de los caniculares, tres liciones muchos días arreo, como recordaba Sabino en el soto, lugar mejor que la cátedra, y en el que lo tratado era muy más dulce que lo que allí leían?

Lo ignoramos también.

¡Lástima fuera que no se hubieran encontrado los dos poetas en el soto del Tormes el día de San Pedro del año del Señor de 1567!

Ocho años más tarde ocurrió en Avila el caso peregrino de aquella monja bachillera que hablaba todas las lenguas, sabía todas las artes, y en la Teología discurría con tanta sublimidad, que tenían su ciencia por infusa.

Entraron en cuidado los Prelados de la Religión de la monja, y llamaron a varios Maestros graves para que examinasen tan extraño prodigio.

De ello hablaremos más espaciosamente.

Uno de esos Maestros fué Fray Luis de León.

Fray Juan de Santo Matía, que ya había trocado el nombre del Apóstol por el del linaje de su alma, la Cruz de Cristo, hallábase a la sazón de confesor en el convento de la Encarnación de Avila.

Comunicáronse entonces los dos príncipes de la lírica, sin duda alguna, sobre el suceso de la monja. Pasearon quizás por las olmedas del Adaja. Sentáronse alguna tarde pasado el puente del río, en el humilladero de «Los cuatro postes», a donde dice la tradición se detuvieron Rodrigo de Cepeda y Teresa de Ahumada cuando concertaron irse a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios en el camino, para que los descabezasen allá.

Viéronse más tarde en la Corte a fines de septiembre de 1586.

Encontrábase Fray Luis por entonces en Madrid con motivo del famoso pleito de la Universidad de Salamanca.

Vino Fray Juan con Ana de Jesús para la fundación de las Descalzas y tomar parte en el «Definitorio», presidido por el famoso P. Doria, que acordó la impresión de las obras de la santa Madre Teresa.

La insigne Ana de Jesús, que recogió los manuscritos y tanto hizo por su edición, trató mucho de ello con el Maestro Luis de León, a quien el Consejo Supremo de Castilla encomendara la censura y corrección de los traslados.

Quedó el Maestro prendado de la virtud e ingenio de la gloriosa fundadora del Carmelo Descalzo en Francia y Flandes, y dedicó la dichas obras.

Forzosamente hubo de comunicar con Fray Juan, Definidor de la Orden a la sazón, y la Madre Ana dióle a conocer los cuadernillos del místico descalzo.

Escribe la misma Madre (M. 12.738, f. 813) el efecto de esta lectura: «Con ser su sabiduría (la de Fray Juan) tan grande que se admiraba el p. maestro fray Luys de León de ver sus escritos y no savia sto. a q. comparar la delicadeza dellos».

¡No es extraño! Veía en ellos «la escondida senda» donde el Buen Pastor

«Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se fraspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa».

Mejor aún que la música de Francisco de Salinas, pudo anegarle en un mar de dulzura la armonía de aquellas rimas en que sonaba un

«...son en sus oídos
por quien al bien divino
despiertan los sentidos
quedando a lo demás adormecidos».

Debió ser eso un día sosegado y purísimo, en la hora fresca de una mañana del otoño, entre las alamedas del río Manzanares, cuando Fray Luis, tan amigo de sotos, de umbrías y de ríos, solazaba deleitosamente su espíritu leyendo un cuadernillo de liras de Fray Juan, que le prestara la Madre Ana de Jesús.

Años más tarde fueron el humilde Descalzo y el insigne Agustino los más ardientes defensores del espíritu de la Madre Teresa

contra las innovaciones del P. Doria, y unieron sus esfuerzos en las tristes y enconadas contiendas que conturbaron de nuevo el Orden Reformada. Flagelados por persecuciones y enconos, ambos gustaron en sus labios la amargura de la trágica esponja.

Vibraron sus vidas y sus cantos con las enamoradas estrofas del Libro de los Cantares del Rey Sabio. Con dos meses de intervalo, reclinaron sus almas líricas en el Corazón del Esposo.

Quizás al llegar al Paraíso oyeron que los Angeles cantaban estrofas de sus *Liras*.

Por fin, después de varios meses de espera, nos llegan juntos dos ejemplares de la importante obra de Juan Baruzi «Saint Jean de la Croix et le problème de l' Experience mystique».

Al frente de la misma, después de un estudio crítico de los Textos, va una documentada biografía, muy unilateral, pero muy completa y sugestiva. Muchas cosas debemos a su lectura: entre ellas, algo que estuvo a mano de todos, el fijar los años de estudio en Salamanca de Juan de Santo Matía.

Copiemos, un tanto ruborizados, algunos datos tomados por Baruzi del Registro de Matrículas de la Universidad salmantina:

1.º 1564-1565. «Monasterio del Santandrés extramuros de Sal.^{ca} día de los rreys a seys de henero de 1565 años... estudiantes artistas religiosos de dho. monasterio... fray Juan de Sancto Matía, natural de Medina del Campo del Obpdo. de Salamanca».

2.º 1565-1566. «Monasterio de Señor Sant Andrés de Sal.^{ca}.. Religiosos artistas... fray Juan de Santo Matía, natural de Medina del Campo, diocesi Sal.^{ca}».

3.º 1566-1567. «Monest.º de S.ºr Sant Andrés... fr. In.º de Sto. Mathía Nl. de Ontiberos, diocesi de Abila artista».

4.º 1567-1568. «Monast.º y religiosos de Sant Andrés... fr. In.º de Santo Mathía, Nl. de Medina del Campo presbyt.º y theólogo».

En los «Procesos de Cátedras» figura dos veces el voto de «fr. lu.º Sto. Mathía, presbítero III», en 12 y 17 de enero de 1568.

El que en la mayoría de esas Matrículas figure como natural de Medina del Campo, tiene varias explicaciones bien claras.

Catorce años llevaba la familia Yepes en Medina con el taller abierto; la voz pública dióle carta de naturaleza en la misma.

De otra parte, hay que tener en cuenta la filiación monástica.

En los Libros de Gastos del Monasterio de Santa Ana de Medina del Campo, figura esta partida: «1.º de octubre de 1566.—Com-

pró este Monasterio paño para un hábito y escapulario, que costó 52 reales, para enbiar al H.º Fr. Juan de San Mathía, *hijo* de este convento, que está en Salamanca».

No es presumible que en el corto número de Carmelitas estudiantes del Colegio de San Andrés (doce el año que más), hubiera otro del mismo nombre.

Baruzi alega otra incontrovertible razón: para matricularse como teólogo, precisaban tres años previos de Artes.

Alguno de sus historiadores supone que, después de su encuentro con Santa Teresa, Fray Juan abandonó sus estudios.

La entrevista fué a fines de agosto o principios de septiembre de 1567: se inauguró el Convento de Medina el 15 de agosto de 1567, día de la Asunción.

«Poco después, nos dice la Santa (Fundaciones, Cap. III), acertó a venir allí un padre de poca edad que estaba estudiando en Salamanca y él fué con otro compañero, el cual me dijo *grandes cosas* de la vida que este padre hacía; llamábase Fray Juan de la Cruz... Aún se llamaba Juan de Santo Maña; la Madre lo ha olvidado al escribir las «Fundaciones».

La razón del viaje fué el que oyeran su Misa primera Catalina, su madre, y su hermano Francisco; quizás también por honrar a su Convento.

Pese a las interpretaciones literales y rigoristas de la famosa «Cautela», que tanto ha atormentado a sus hijos, fué Fray Juan siempre hijo amantísimo y hermano cariñoso.

Fué ello al terminar el curso de 1566-67; en la matrícula del nuevo curso ya figura como presbítero.

Pero sobre todos esos irrefutables datos hay algo de la Madre Teresa que hace absurdo aquel repentino abandono de los estudios: «Para la Orden de sus Descalzos quería buenos talentos», nos lo dice muy reiteradamente.

¡Cómo debió estimular al fundador de ellos para que aprovechase en sus estudios!

De que fué así, es testimonio el que fué designado para Prefecto de Estudios del Colegio de San Andrés, cargo para que siempre se nombraba al mejor estudiante.

Juan de la Cruz, en su alta formación cultural, es una de las glorias de las antiguas Universidades de España: es un timbre de honor para la Raza.



Lirio entre espinas

Tenía una inocencia sencillísima y trato sin género de doblez, tan sin malicia como si fuera un niño.

MADRE ANA MARÍA.



APILLA mística del Monasterio de Santa Ana; es el misacantano «un lindo frailecillo incandescente», como le llama José Ortega Gasset. Tal se inflama en fervores el rostro de Fray Juan de Santo Matía. Como esas figurillas de translúcida porcelana, que tienen dentro una luz encendida. Fulgor celeste es la luz interior del frailecillo.

En la capilla se agrupan, trémulos de emoción, Catalina Álvarez, Ana Izquierdo, Francisco de Yepes, Alonso Álvarez de Toledo, el P. Bonifacio...

A los pies de la Virgen del Carmelo se desmayan, en jarrones de Talavera, dos ramos de azucenas.

Si la atrofía de carne no pusiera sordina en los oídos, se sentirían batir de alas, vibrar de cítaras de oro, se oiría el latido inmenso y dulcísimo del Pecho del Amado.

Catalina, quizá espigó por los rasirojos de la llanada las rubias espigas candeales: llevólas a la aceña; cernió, en un cedazo nuevo, el puñadito de molienda, y amasó de rodillas la harina blanca y olorosa con agua de un aljibe: agua pura del cielo.

En un trozo de raso blanco, de una pieza que tejiera Gonzalo, llevó las hostias al Monasterio de Santa Ana.

En una de ellas, en el viril viviente del frailecillo extático, se consuma por vez primera el misterio de Amor.

Sus labios temblorosos exhalan, como un perfume de flor al mediodía, una súplica ardiente, que escucha enamorado el Corazón de Cristo-Eucaristía.

¿Cuál fué la súplica y cómo fué atendida?

Oigamos (*Vida*, por Fr. José de Jesús María) lo que nos dice la Madre Ana María, monja antigua del Monasterio de la Encarnación, muy ilustrada de Dios y de quien Santa Teresa y San Juan de la Cruz tuvieron muy alta estima, en su declaración jurada:

«Estando un día esperando al santo Padre que acabase de confesar a otra monja, para entrar yo a confesarme y comunicarle cosas de mi alma, recogíme entre tanto en oración, y en ella me manifestó Nuestro Señor la santidad del venerable Padre, y tuve una ilustración: que, cuando dijo la primera Misa, le había concedido Su Majestad tan feliz inocencia, que le había puesto en la de un niño de dos años, sin doblez ni malicia, confirmándole en gracia, como a los Apóstoles, para que nunca le ofendiese gravemente. Quedé con tan gran certeza en el alma de esta merced que Dios había hecho a aquella bendita alma, que no pude dudarle. Habiéndose ya desocupado nuestro santo Padre, entré en el confesonario, y antes de confesarme le pedí con encarecimiento que me dijese una cosa que deseaba preguntarle; y habiéndomelo ofrecido, le pregunté qué era lo que había suplicado a Nuestro Señor en la primera Misa que había dicho.

A lo cual me contestó el Santo:—Supliqué a Su Majestad me concediese, pues me había puesto en tan alto estado sin merecerlo, que nunca me dejase de su mano para cometer pecado mortal, con que le perdiese. Y que, si fuese servido de ello, me diese en esta vida la penitencia de todos los pecados de que me preservase, y en que yo había de caer si Su Majestad no me tuviera de su mano, porque de su ofensa, y no de la pena de ella, deseaba esta preservación.

Volvíle a preguntar si creía habérselo el Señor concedido. Y respondió afirmativamente:—Créolo, como creo que soy cristiano, y tengo por cierto que me lo ha de cumplir.

Callé lo que con Nuestro Señor me había sucedido, y tuve por

cierta la revelación, y me persuadí que también él la había tenido de esto mismo, y de que el Señor le había concedido esta merced y singular gracia de pureza e inocencia y perseverancia en ella, aunque no me lo declaró más, por ser muy recatado en decir las mercedes que Dios le hacía».

Prosigue su declaración diciendo que era un hombre que vivía más en el cielo que en la tierra, que está convencida que no cometió pecado mortal ni aun venial de advertencia, y que tenía la inocencia de un niño.

Confirmaron esta declaración, también en declaraciones juradas, Fray Alonso del Espíritu Santo y Fray Juan de Santa Ana, confesores del Santo en Segovia y Ubeda.

«Declararon también religiosas de gran crédito que oyeron decir a Santa Teresa que le había revelado Nuestro Señor la singular pureza de Fray Juan, y díjole: Este puede andar con vosotras. Y de que hubiese tenido esta revelación, bien lo mostraba en otras ocasiones, cuando tantas veces decía que «el santo Padre era una de las almas más puras que Dios tenía en su Iglesia».

Es lamentable que, en el pánico de las persecuciones contra Fray Juan, se quemaran o destruyeran la mayor parte de sus retratos.

Pero a la Madre Ana María de la Encarnación somos deudores de que perdure el mejor de ellos, en aquellas hermosas frases cinceladas del insigne Descalzo.

Domina en ellas el heroico tema primario del alma de Fray Juan: amor que anhela, sobre todo, no perder al Amado, amor a quien no aterran ni preocupan trabajos en la tierra y un más allá de penas y castigos. Amor que sólo teme la ofensa a Dios y el separarse de su lado, que en cada frase repite la súplica enamorada de que no le suelte de la mano.

Amor que pide algo espantable: la penitencia de pecados mortales imaginarios que hubiese podido cometer: penas de infierno en esta vida.

A la luz de esta súplica, ¡cuán claros vemos los tormentos que padeció en la tierra y el duelo trágico con las potencias infernales!

¿Supieron éstas el privilegio de la gracia y fueron sus ataques el rencor del despecho y la codicia de venganza? ¿Lo ignoraron y quisieron, en su furor terrible, tronchar esa azucena, que había de sembrar de azucenas los senderos abruptos de los siglos?

Dijimos que en la elección del nombre del Apóstol Matías había algo simbólico y muy característico.

Fray Juan nunca creyó en sus holocaustos hacer ofrenda a Dios de sacrificio. Siempre juzgó que recibía favor con ello; bien claramente nos lo dice en sus frases: «le había puesto Dios en tan alto estado sin merecerlo».

¡No habéis sentido, con nosotros, vibrar en sus palabras el argumento enamorado del famoso soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte?»

No pretendemos, como algunos, hacerle autor: señalamos tan sólo la singular coincidencia de argumento, quizá en forma más sobria, más honda, más ardiente. No le mueve el temor del infierno; pide sufrir aquí sus penas, como quizás pidiera en él sufrirlas, si en el infierno pudiese haber amor, con tal que se evitara una ofensa al Señor.

¡Pocas veces sonó una voz de inmolación como ésta!

Recordamos aquel grito arrebatado de Santa Angela de Foligno: «Señor, si soy condenada, haré penitencia de mis pecados y Te serviré».

¡Quería llevar hasta al infierno la alabanza de Dios y la glorificación de su justicia!

¡Quería expiar sin esperanza de perdón!

Al amor de ambos Santos sólo les mueve el pesar de la ofensa, no el castigo.

¡Qué errados andan los que, ante estos misterios de la gracia, juzgan abroquelados a los santos de tentaciones y miserias humanas!

Las sufrieron de manera espantable: el adversario quiso ahogar en el cieno al Lirio del Carmelo con tentaciones que estremecen.



La patente de los Descalzos

Lámpara ardiente, tea encendida, resplandeciente estrella.

P. RUBEO.



RA a la sazón General de la Orden Carmelitana Fray Juan Bautista Rossi, nacido en Rávena, hijo de los Condes de San Segundo.

Latinizado el *Rossi* se convirtió en Rubeo, y así figura en cartas y patentes, con el aditamento de Rávena.

Visitó en 1567 la provincia de Castilla, y hacia fines del mes de abril llegaba a Avila.

El Obispo D. Alvaro de Mendoza, el gran amigo y protector de la Madre Teresa y su Reforma, dijole, según refiere Julián de Avila, «que tenía un monesterio con trece monjas, que estaban debajo de su obediencia, y guardaban grandísima perfección, y que eran Carmelitas, que profesaban la primitiva regla, sin relajación, de los padres antiguos del Carmelo. El General mostró gran gana de verlas, y el Obispo le trujo a San José y le metió en el monesterio; que cuando el General vió unas monjas tan diferentes de las demás, vestidas de sayal, sin falda, ni autoridad y calzadas de alpargatas, y el calzado tan humilde e mortificado, dióle grandísima devoción».

Prendóse del Convento y de la Madre Teresa: ella misma lo dice: «Miró ser buena la obra. Alegróse de ver la manera de vivir y un retrato, aunque imperfecto, del principio de nuestra Orden. Y con la voluntad que tenía de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para que se hiciesen más monasterios. Háblele cobrado gran amor, y él me lo mostraba grandísimo y mucho favor, y las veces que se podía desocupar se iba allá a tratar cosas espirituales».

El mes que estuvo en Avila pasaba todos los ratos libres en el locutorio de San José para enterarse de las cosas de la Reforma teresiana.

El Obispo D. Alvaro y otras personas principales pidieron al General que dejase licencia para que en su obispado se hiciesen monasterios de frailes descalzos de la primera Regla.

«El lo quisiera hacer, escribe la Santa Madre en *Las Fundaciones*; mas halló contradicción en la Orden; y así, por no alterar la Provincia, lo dejó por entonces.

Pasados algunos días, considerando yo cuán necesario era, encomendándolo mucho a Nuestro Señor, escribí a nuestro P. General una carta suplicándole lo mejor que yo supe, dando las causas por donde sería gran servicio de Dios; y los inconvenientes que podía haber no eran bastantes para dejar tan buena obra, y poniéndole delante el servicio que haría a Nuestra Señora, de quien era muy devoto. Ella debía ser la que lo negoció»...

Era también la madre muy devota de Nuestra Señora de la Asunción. Cuéntanos las grandes mercedes que de Ella recibiera: las dos apariciones que tuvo el día de su fiesta; la promesa que en la primera le hizo de que se haría el Monasterio de San José de Avila.

Fué el 14 de agosto de 1567 como los dos precedentes, día de grandes congojas para la Madre Fundadora; «nunca la vi tan fatigada y temerosa», nos dice Julián de Avila.

Había emprendido, en contradicción, con todos, la aventura de la fundación de Medina. Se trataba del principio de la expansión de la Obra de la Reforma.

De malograrse, y todo se conjuraba para ello, se derrumbaba su generosa empresa.

Pero Nuestra Señora de la Asunción le negociaba y resolvía en ese día lo de Medina y la Reforma de los Descalzos.

Llegó su carta a manos del P. Rubeo cuando éste aún se hallaba en Valencia, de vuelta de Requena, hacia fines de mayo.

Persistían las graves razones que motivaron la negativa del General, y dejó dos meses y medio por contestar la carta.

¿Cómo negoció la Santísima Virgen el encargo de la Madre Teresa, que el 14 de agosto firmaba en Barcelona el P. Rubeo la Patente dando licencia para dos monasterios de Descalzos?

¿Fué movida su voluntad al rezar las Visperas de la Virgen?

Lo cierto es que el día de la Virgen de Agosto salía la carta para Avila y que, cuando ya desesperaba la Madre, tuvo el gozo de recibir la venturosa nueva. Hay mucho de profético en este trascendental documento. Parécenos que en él se traza la más viva semblanza de Fray Juan de la Cruz.

«Desearíamos, dice, que todos los religiosos, hijos de esta Orden, fueren claros espejos, ardientes lámparas, teas encendidas y estrellas resplandecientes para alumbrar y ayudar a los que peregrinan por el mundo. Para lo cual, lo que principalmente ansiamos es que se den del todo al trato continuo y familiar con Dios, y que, dedicados a la oración con santas meditaciones y contemplaciones, procuren *unirse a él* tan estrechamente, que su espíritu, aunque todavía impedido por la carne, viva ya en el cielo y solamente por pura necesidad sirva al cuerpo, proveyéndole de solas aquellas fuerzas que basten para llenarle de multitud de obras santas y no de bienes ficticios ni de abundancia y ostentación de manjares, vestidos y otras comodidades temporales, andando en espíritu y en verdad, con prudencia de serpientes y simplicidad de palomas; para que vivan libres de todo aquello que pueda destruir y arrancar de sus almas la santa belleza y pureza del amor y caridad de Dios, olvidados de sí mismos y absortos en frecuentes y altas elevaciones, que no pueden explicarse por ser extraordinarias, cuya luz pasa veloz, ya queda inherente en el alma, ya se deja ver que anda, vuela, sube y baja (frustrando los alcances del entendimiento más experto en el mundo), dejando lágrimas, sí, en los ojos, pero en el corazón el rocío más suave y provechoso».

Ordena que se llamen y sean casas y monasterios de Carmelitas Contemplativos, ayudando también a los prójimos, si se ofreciesen, y viviendo según las antiguas Constituciones para frailes que quieran vivir en toda reformatión y adelantar en la perfección de la vida regular con toda humildad.

Llama de amor viva, lámpara de fuego, estrella del Carmelo, tea encendida en el candelero de oro de los Doctores de la Iglesia, nadie como Juan de la Cruz supo alumbrar la noche oscura de los sentidos y del espíritu y guiar por los senderos místicos a las almas que peregrinan por el mundo acuciadas de ansias de perfección.

Pocos, cual él, se sumieron en el abismo de la contemplación y en las cavernas misteriosas; se enamoraron de la Santa Belleza y la cantaron en estrofas que debieron escuchar absortos los ángeles del cielo y que siguen cantando millares de almas angélicas en la casta blancura de las humildes celdas del Carmelo.

De centuria en centuria, desparramadas por el mundo en los palomaricos de Teresa y en los claustros de los Descalzos las voces santas, aleteando de amor sublime, se han encontrado, como en una cita misteriosa, en el místico ritmo de esas canciones sobre-humanas.

Y entre el estruendo de los presentes tiempos, de sus músicas diabólicas, de sus canciones obscenas, de su embriaguez de sensualismo, una de esas voces, voz pura, voz de oro, saliendo de una de esas celdas desnudas, la voz de Teresita de Jesús repite y glosa y vive esas canciones, y el mundo las escucha asombrado, y las miradas y los corazones convergen en el Convento de Lisieux.

En la noche de los tiempos, la *fonte*, que mana al mandato de la Patente del P. Rubeo de Rávena, sigue corriendo cristalina y *frida*. Cielos y tierra siguen bebiendo de ella, la *fonte* caudalosa y clara, la fuente viva que desean las almas escogidas, a cuyo cauce espíritus sedientos inclinan sus inquietudes ciegas de fe, sin saber dónde tiene su manida, porque es de noche, la más oscura de las noches, para sus ansias tormentosas.

Llorando de alegría lee la Madre Teresa la Patente del General del Carmen. Oigamos su animosa confidencia:

«Pues estando yo ya consolada con las licencias, creció más mi cuidado, por no haber fraile en la Provincia, que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacía sino suplicar a Nuestro Señor que siquiera una persona despertase. Tampoco tenía casa, ni como la tener. Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de Patentes y deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía, ni la esperanza, que, pues, el Señor había dado lo uno, daría lo otro; ya todo me pare-

cía muy posible, y así lo comencé a poner por obra. ¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes cosas los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mío, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas; ¿quién más amigo de dar, si tuviese a quién, ni de recibir servicios a su costa? Plega a Vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga más cuenta de dar de lo mucho que he recibido. Amén».

Bella lección ejemplar de fe, de confianza, de generosidad de aquella alma tan grande, tan varonil, tan decidida. Danos en ella la clave de su obra grandiosa, el secreto fecundo de tantas otras empresas de almas ardientes, cuyo acometimiento nos pareció locura temeraria de voluntades osadas o imprudentes.

Al par que reconviene nuestros desfallecimientos y nuestras cobardías, nuestros temores y prudencias, que frustraron quizás algo grande que de nosotros esperaba Dios, dispuesto y pronto a ayudarnos con maravillas y grandezas.

¡Proféticas palabras las del Padre Rubeo, espléndida exaltación generosa de la Madre Teresa!

Heraldos luminosos de la ruta gloriosa de San Juan de la Cruz.

La Virgen de la Asunción sigue marcando con piedras blancas de prodigio el día de su fiesta para la ardiente y tan combatida luchadora.

Todo un ambiente maravilloso envuelve la cuna de la naciente Descalcez.

Teresa se impacienta y hace sus confidencias a Fr. Antonio de Heredia, Prior del Monasterio de Santa Ana: con gran asombro se ofrece él en persona.

Nos lo cuenta la Madre en *Las Fundaciones*:

«Estando aquí yo, todavía tenía cuidado de los monesterios de los frailes, y como no tenía ninguno, como he dicho, no sabía qué hacer; y así me determiné muy en secreto a tratarlo con el Prior de allí, para ver qué me aconsejaba, y así lo hice. El se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que sería el primero. Yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque, aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería, ni

ternía espíritu ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado y no mostrado a ello. El me aseguraba mucho, y certificó que había muchos días que el Señor le llamaba para vida más estrecha; y así tenía ya determinado de irse a los Cartujos, y le tenían ya dicho le recibirían. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oírle, y roguéle que nos detuviésemos algún tiempo, y él se ejercitase en las cosas que había de prometer».

Pasa un año, y aunque se va formando Fr. Antonio, ella vacila y duda.

Y cuando menos lo esperaba, halla la piedra fundamental buscada, en los elogios de Fray Pedro de Orozco sobre un su compañero de estudios en Salamanca.

«El encuentro (dice Maurice Brillant) de los dos más ilustres místicos españoles y de dos de sus más bellos genios, la primera entrevista de esta mujer de cincuenta y dos años, rica en experiencias internas y que ha unificado completamente su doctrina, con el joven monge desconocido, de veinticinco años, pero que, maduro bien temprano, ha recogido él solo sus ideas directrices y sabe adónde va, el contrato moral pactado por esas dos grandes almas, diferentes en verdad, semejantes, sin embargo, si no siempre por el camino recorrido, al menos por la meta a que caminan y por la misma vida de unión profunda con su Dios, ese encuentro es evidentemente una de las fechas más conmovedoras en la historia espiritual de la Humanidad».



Un senderito

Luz del alma, luz divina,
faro, estrella, antorcha, sol...
un hombre a fientas camina:
lleva a la espalda un farol.

ANTONIO MACHADO.



ECIDOS por la blandura de los neumáticos *ballón* sobre la carretera asfaltada, por la flexibilidad de los muelles sobre los carriles de acero, caminamos trece, catorce leguas por hora; el doble o triple de una buena jornada de aquellos tiempos andariegos de la Madre Teresa, de Fray Juan y de los aventureros que, cargados de hierro, cruzaban a pie los Reinos de Aragón, Portugal y Castilla para embarcarse hacia las Indias, hacia Flandes o Italia.

Recostados con indolencia, resbala nuestra mirada indiferente sobre el polihorama del paisaje.

El túnel hurtó las cuestas de los puertos, el puente salvó los vados peligrosos e inciertos.

Desde el *sleeping* o el *wagón-restaurant* apenas nos fijamos en el ventorro destechado, en el mesón enorme que, poco a poco se desmorona solitario.

¿Sabemos mejor adónde vamos que aquellos hombres incansables y austeros?

Desde la ventanilla del vagón o del *auto* vemos unas rayitas ondulantes, blancas o pardas, que esgrafian todos los panoramas.

Son como surcos que abrieron en montes y llanuras los pasos de una y otra generación a través de los siglos.

En los repechos de la sierra y en las márgenes de las tierras paniegas, en las hoscas cañadas y en la amplitud del páramo, en la garganta abrupta y en la mansedumbre del prado, siempre hallaréis un senderito.

Hace cien años, cuatrocientos, hombres como nosotros pasearon por él sus afanes, sus esperanzas, sus alegrías y cansancios.

Un senderito, senderito milenario de fe, sube con lentas curvas procesionarias hacia la cumbre redondeada de un alcor; en la cumbre hay una ermita parda con una diminuta espadaña. Su campanita suena una vez al año: la oyen los corazones en treinta leguas a la redonda de la ermita y acuden fervorosos.

En la borrosa lejanía del descampado otro sendero camina recto hacia un cercado de tapias bajos: parece tener por hitos unos cipreses altos y negros. En el cercado, entre ásperos tojales y rebeldes matojos traza el amor sus senderitos hacia un montón de tierra removida: éstos se borran pronto, y el montoncito se endurece y en él crecen hierbajos.

A la vera del tren o del camino hay un arroyo y una olmeda; desde la aldea bajan hacia el arroyo uno, dos senderitos; el estrépito de las ruedas o el bronco ritmo del *escape libre* no nos dejan oír el chapoteo de los lienzos lavados contra las piedras del arroyo, el tic-tac seco de la cítola del humilde molino.

Aquel otro sendero va a la fuente: hoy, como ayer, el agua cantarina rima con las estrofas de rústicos idilios.

¡Cómo marchan mozos y mozas lentamente por él! Diríase que un misterioso instinto les impulsa a alargar esas horas dulces y ardientes: horas únicas en la vida.

El suelo de los senderos es de piedra: en sus grietas brotan romeros y tomillos. Es de blanda arena y menudos guijos en las ramblas, polvoriento en las tierras, áspero en las subidas. Según está el corazón, la peña es blanda y los ferreros duros.

Llegamos a una ciudad vieja: bajo los soportales de la plaza Mayor pasean, al caer de la tarde, las mozas y los mozos; en el

granito de las losas hay senderitos levemente marcados que trazó una ilusión, tarde tras tarde, año tras año.

Contémplanlos las madres pensativas: ¡ellas pasaron también sus ilusiones por esos soportales!

Haylos en las baldosas de la Catedral gótica hacia aquella capilla del trascoro en que arde una lámpara hace tres, cinco siglos, ante la Virgen del Amor Hermoso, la de los ojos grandes, o Nuestra Señora de Gracia: confidenta de amores y de duelos.

En nuestro pobre jardín unos pasos amados abrieron temblorosos un caminito, que poco a poco va borrándose.

Entre los macizos de flores, unos pasos impetuosos rajan otros senderos: pensamos con preocupada tristeza las curvas bruscas y las cuestas de esos senderos juveniles y atolondrados en la lontananza dudosa.

Tienen también las almas sus caminitos, blandos y duros, mansos o fieros, con rebeldes repechos.

Son nuestras vidas senderos misteriosos. Van cansadas o ardientes hacia un picacho de ideal o un mamelón mezquino, que a las veces tiene en su seno un montón de basura.

Volvemos nuestros ojos hacia algunas encrucijadas de la vida: pensamos en el sendero aquel que pudimos tomar y no tomamos.

Nos detuvimos por coger una flor: al poco rato se marchitó en las manos. Nos perdimos, nos sorprendió la noche, caímos, nos levantamos, volvimos a caer...

Había piedras en el suelo, espinas en las zarzas.

Pocas veces, desde la cumbre de un alcor, miramos reflexivos los meandros sinuosos del camino pasado: menos veces pensamos en saber dónde íbamos.

Miseros trashumantes, confundimos las ventas con las villas, y paramos en ellas cual si fuera de arraigo. Confundimos las villas con la ciudad ideal, la patria de las almas, y en aquéllas hacemos asiento, sin pensar que aún en ellas somos tan sólo transeuntes.

Fuimos y somos mendigos vagabundos, mendigos de doblas de oro, de amores, de ambiciones; mendigos siempre, cojos de euritmia inferior, mancos de acciones, ciegos o tuertos.

Niños que corren tras bagatelas sin mirar el sendero, a campo traviesa muchas veces de lo noble, lo bueno, lo fecundo.

¡Tristes y locos senderitos que se retuercen y se confunden!

¡Que en lugar de llevarnos a la cima nos alejan de ella!

Está el Desierto del Calvario en el corazón de las sierras: Sierra Morena, la de Úbeda, la Loma de Chiclana, la Sierra de Cazorla, de Azunaitín y de Mágina.

Ásperos senderitos entre la fragosidad de esas sierras. Por ellos caminan un frailecillo enteco y un donado. El frailecillo viste corto sayal de jerga, jerga raída y áspera. Calzan sus pies unas sandalias viejas: a menudo las zarzas del camino, al herirlos, se cubren de rosas de escarlata. Guarda en su pecho flores para las místicas abejas del convento de Beas. En su diestra lleva un cayado: sus pasos y su alma buscan siempre los atajos abruptos.

Jadea el pobre lego, pero le sigue embelesado pendiente de sus labios, que florecen en palabras de altos amores.

No siempre las entiende el donado; pero se siente penetrado de su dulce fragancia, de su frescura deliciosa.

Fué la vida del frailecillo un sendero fragoso por el que caminó siempre recto entre las peñas del Monte solitario. A través de los siglos, los pasos menuditos y firmes del humilde y oscuro frailecillo retumban en el místico sendero. Las tormentas y convulsiones de los pueblos no osan borrar sus huellas. Por el sendero, su blanca capita de estameña ondea como bandera guiladora, cuando tantos gloriosos estandartes se humillaron en el olvido de las gentes. Legiones de alma, de una generación a otra, besan esas humildes huellas y marchan tras el airón de su capucha, como siguen los escuadrones la rufa de un caudillo.

Habla de este sendero a las monjas de Beas, en la penumbra del locutorio, a través de la doble reja, erizada de pinchos; sus palabras fueron de ese humilde y lejano ayer; son de hoy, y serán siempre, del más remoto mañana de los siglos. Pídenle que les trace esa senda de perfección: sonrío el frailecillo. Fué, en años mozos, aprendiz de entallador de madera, y diéronle lecciones del arte del dibujo. Y en la soledad del Calvario, en los ratos de asueto, traza el dibujo del «Monte de perfección».

Dícenos en su «Subida del Carmelo» (lib. I-XIII): «En conclusión de estos avisos, conviene poner aquí aquellos versos que se escriben en la figura del Monte, que está figurado al principio de este libro, los cuales son doctrina para subir a él, que es lo alto de la unión». Fray Juan habla siempre en impersonal.

Fué el dibujo para la Madre Magdalena del Espiritu Santo: ufana de tales preferencias, escribió en él: «Primer monte que nuestro V. P. Fray Juan de la Cruz hizo de su mano para sus libros, estando en el Calvario».

Quejéronse las otras monjas, y aquel Santo, «tan insensible y áspero», hizo una copia de su mano para cada una de ellas.

Admira la perfección, firmeza y claridad de la letra que ilustra al sugestivo dibujo. Todo ello demandaba largas horas de cuidadosa labor; y su ternura para las almas santas, no vacila en trabajo tan minucioso y tan pesado. En cada celda hubo, pues, un celestial itinerario para sublr al Monte del Carmelo: como hubo una estrofa de amor divino de sus sublimes cantos, como premio, según «traían la oración» y adelantaban en amor.

Declara Francisca de la Madre de Dios (M. 17.738, f. 1.461):

«Me preguntó en qué traía la oración, y díglele que en mirar la hermosura i grandeza de Dios i holgarme de que la tuviese, y él se alegró tanto con mi oracion, que otra vez que bino me trajo las coplas «de gocémonos amado—y vámonos a ber en tu hermosura—, al monte y al collado—, do mana el agua pura—entrémonos adentro en la hermosura»; y como era tan santo de cada palabra que le decíamos, parecía que le abríamos una puerta para que nosotras gozáramos de los tesoros y riquezas que Dios ha puesto en su alma y corazón. Ntro. P. Provincial nos llevó un Cancionero que teníamos de todas sus coplas y de oraciones».

¡Senderitos de San Juan de la Cruz por la aspereza de la sierra, por la desolación del páramo, por la noche oscura de los sentidos y del espíritu, por la fragosidad de la Subida del Carmelo!

Como nos espantan a nosotros, caminantes muelles y pusilánimes, a quienes una *panne* del auto o unos minutos de retraso en el *expres* de lujo, nos causan una contrariedad tan grande. A nosotros, que casi siempre llegamos sobrado pronto, ya que al término del viaje sólo buscamos naderías, banalidades, bagatelas...

Que recorriendo miles de kilómetros, sin sentir el alma de los paisajes, nos pasamos el camino en un espacio de centímetros, desde el compartimiento al pasillo, desde el volante al carburador, como al decir del Licenciado Vidriera, a pesar de recorrer miles de leguas, «el carretero passa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más deve de aver del yugo de las mulas a la boca del carro».

El lego que acompañaba a Fray Juan por aquellos senderitos, nos refiere (M. 12.738, f. 1.431) que en los más ásperos «iba siempre cantando». Cantando le siguen muchedumbres de almas puras y santas por la cuesta del Monte.

Refiere el venerable José de Jesús María que el procurador del convento de Valladolid, Fray Juan Bautista, se hallaba un día conjurando a un hombre endemoniado. Forzó al espíritu maligno a que le dijese qué Santos le hacían más cruda guerra.

Respondió que, entre otros, un frailecillo de su Orden, llamado Fray Juan de la Cruz, al par que le injuriaba con voces despectivas.

Y urgiéndole sobre en qué le hacía mayor daño, «bramaba el demonio porque le tocaban esta tecla, y fué grande la resistencia que hizo a esta pregunta; pero al final, después de larga batería, que le dió el Padre sobre esto, dijo con gran regaño que había hallado un *caminito* (?). En lo cual, significó que el Santo había descubierto en nuestro siglo el camino real y breve de acercarse las almas a Dios en la oración y huir los engaños que el demonio suele hacer en ella, transfigurándose en ángel de luz».

¡El gran turbador de los caminos de las almas, aún de las más perfectas, maldice de este sendero de Fr. Juan de la Cruz! ¡Es su mayor elogio! Porque elpreciado bofín de su soberbia es embaucar a una de esas almas selectas con espejismos tenebrosos y despistarla del camino. Las demás solemos ir solas, sin gran esfuerzo del Enemigo, por las anchas y cómodas veredas de la sensualidad, de la soberbia y de la codicia mundanas. No todas las demás: por el *Monte* trazaron muchas almas senderitos tras de las huellas de Fray Juan de la Cruz, esa alma grande entre las almas grandes. Tras ellas, al cabo de cerca de cuatro siglos, Sor Teresita del Niño Jesús labra su *caminito* para las dulces y santas almas pequeñas, y es el propio camino del austero Padre de la Reforma y sube a la excelsa cima de la más alta perfección.

Para nuestro automóvil, modelo de perfección humano, tenemos la guía de *Michelin*; para los trenes, toda clase de itinerarios.

Precisan aún más las almas de itinerarios y de guías para no errar su ruta; Juan de Yepes nos la trazó segura, y como ocurre con estas cosas de los santos, aún en la parte humana del camino, ayuda esencialmente a hallar la paz, el don precioso que ofrecían los ángeles a los pastores en los senderos de Bethleem.



El encuentro

Dos figuras de Serafines en el Propiciatorio del Templo: una tenía rostro de mujer, otra de hombre.



QUIEN, en una mañana dorada de septiembre, viera llegar al segundo Convento de Teresa a un frailecillo recogido y humilde, no sospechara que se acercaba una hora de luz para las almas que aspiran a perfección.

Luz de aurora radiante que, iluminando las cumbres del Carmelo, atraería miles de corazones puros a la mística soledad de sus Claustros y desiertos extendidos por la redondez de la tierra.

La víspera apremió mucho la Madre Teresa a Fray Pedro de Orozco para que le enviase presto a aquel compañero de tan rara virtud y aventajado espíritu.

Pasó la noche en oración pidiendo a Jesús de Teresa que le otorgara a Fray Juan de Santo Matía para primer Descalzo.

Años más tarde, refiere Fray José de Jesús María, que a algunas de sus monjas más familiares dijo que había tenido, en la vigilia de esa noche, revelación de que aquel fraile sería el primero que se descalzase y la piedra fundamental del edificio, y que de ello quedó muy consolada.

Importunó mucho Fray Pedro a su compañero para que fuera presto, como se lo recomendó la Madre. Parece que Fray Juan, ig-

norante de los planes de aquélla, se resistió algún tanto; pero fué al cabo.

El genio vivo de la Madre se consumiría en la espera.

Por fin sonó la campanilla del torno y entró Juan de Santo María en el locutorio improvisado.

Luego hablaremos de la primera impresión de desencanto que, a juzgar por la burla del «medio fraile», sintió la Madre.

Presto se convenció que andaba errada buscando en él a un sujeto, propio para primer Descalzo.

Fray Juan lo era ya en el espíritu y en la observancia de las Constituciones primitivas, en lo que una prudente discreción y la Regla de la mitigación lo consentían en la conducta externa.

El «medio fraile» era un Descalzo en cuerpo entero.

¡Tierna escena de emotividad sugestiva! La Madre, tan decidida y aguda en el decir, buscaba premiosa las palabras y «deseaba que en la plática se ofreciese ocasión para persuadirle de su intento».

Dióselo presto al darle cuenta en breves y sentenciosas frases (por ellas le llamó después la Madre *mi Senequita*) de la prisa que Dios le daba para abrazar vida más áspera y retirada, y cómo, por ello, tenía determinado pasarse a la Cartuja del Paular.

Copian todos los historiógrafos las palabras con que le confesó vivamente la Madre; pero suprimen algunas, cuya omisión, a nuestro juicio, mutila algo el sugestivo llamamiento.

Tuvimos la fortuna de hallar (M. 8.568, f. 68) una declaración preciosa: la de María de San Francisco, monja, a la sazón, en el Convento de Medina del Campo.

Recién celebrada la entrevista, recogió de labios de la Madre la conversación con Fray Juan en toda su maravillosa frescura.

«Dice que cuando vió la primera vez a nuestra santa Madre y le dió cuenta de sus deseos de pasarse a la Cartuxa, le dijo:—Mi hijo, tenga paciencia y no se me vaya a la cartuxa, que aora tratamos de hacer una reformación de descalzos de nuestra misma orden, y sé yo que se consolará con el aparejo, que en ella tendrá, para cumplir todos sus deseos de recogimiento y retiro de las cosas de acá y de oración y penitencia y demás que echamos de menos y hará un gran servicio a Dios y a su Madre».

Esas palabras subrayadas son las que añade la declaración de María de San Francisco a la versión vulgar: pocas, en apariencia, bien vigorosas, sin embargo, en matices y hondo sentido.

El *me* es un grito de madre que alega su propiedad de afecto y el temor de perder a tal hijo, y con él la esperanza del triunfo de su empresa.

El *demás que echamos de menos*, es solidaridad anhelosa de los mismos afanes e ideales de perfección de vida.

Es intersección de caminos en una misma ruta hacia la cumbre del Monte. Son dos voluntades heroicas que alzan sobre el pavés glorioso la flámula blanca y parda de la Reforma del Carmelo.

Sintonización prodigiosa de los acordes de dos almas tan grandes, tan idénticas en esencia y tan distintas en carácter y en psicología.

Hora de luz de aurora que debió, por inesperada, deslumbrar a los ojos ardientes del frailecillo y de la Madre.

Fray Juan debió sentir el efluvio de hechizo que emanaba de la Madre Teresa. No es extraño.

Decía Fray Diego Murillo predicando en 1615: «Era la piedra imán del mundo, que todo se lo llevaba tras sí con una violencia amorosa; jamás la trató persona, de cualquier género o calidad que fuese, que no se perdiese por ella... ¿Quién hay que se acuerde de ella que no dé mil bendiciones a Dios? Pues los que esto hacemos ahora, no vimos su hermosura, no oímos su discreción, no gozamos de su buena gracia, de su donaire y su trato, y con todo eso vemos que se lleva los corazones de todos».

«El mundo entero, afirma Julio Cejador, habló aquí por labios de Fray Diego Murillo».

Tal es el triunfo de la sinceridad en el estilo y de la popularidad en el lenguaje.

«Sonóle bien esto», las palabras de la Madre, nos dice Fray Alonso; pero Fray Juan de Santo Matía, hombre interior que ha construido su propia vida, no cede al atractivo más que en cuanto se acomoda, en esencia y en tiempo, a sus decididos propósitos.

Veremos cómo, girando en la órbita de Teresa, conserva siempre su luz propia, su trayectoria y su cenestesia específica.

Su réplica nos la refiere la propia Madre (*Fundaciones*, cap. III): «le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monesterio, y el gran bien que sería si avía de mejorarse en su propia Orden y quanto más serbiría al Señor: él me dió la palabra de azerlo, *con que no se tardase mucho*».

¡Tuvo que rogarle mucho y darle razones graves para que se

decidiese a aceptar! Y al hacerlo lo condicionó con la decisión perentoria y definitiva de las resoluciones de los Yepes. En esas seis palabras: «con que no se tardase mucho», se condensa su heroica personalidad.

Hay algo misterioso y singular, quizá único, que lleva extraños resplandores al locutorio de Medina.

Junto a la cuna de la Reforma del Carmelo se reúnen casi todas las Ordenes Religiosas, como las Hadas buenas de los cuentos que llevan sus dones prodigiosos a un príncipe recién nacido.

Parecen estar presentes los veinticinco confesores de la Madre Teresa, que hicieron exclamar a Felipe II: «Mujer que con tales trata, no puede errar». Asisten espiritualmente los profesores de San Juan de la Cruz en el Colegio de Medina del Campo. Vibra el espíritu de San Pedro de Alcántara, la gran figura del franciscanismo español: quizá en el marco de la reja descansa el *Tercer Abecedario* del franciscano andaluz Francisco de Osuna, junto a los *Cartujanos* de Ludolfo de Sajonia y los libros del dominico Fray Luis de Granada. El Maestro Fray Domingo Bañez, el P. Pedro Ibáñez, Fray Diego de Yangües y Fray Bartolomé de Medina, llevaron su doctrina y consejo. San Francisco de Borja, el P. Baltasar Alvarez y tantos otros, asisten por las huestes de Loyola. Por las de San Jerónimo, el Obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes. Por la jerarquía eclesiástica, el Obispo D. Alvaro de Mendoza; por el clero, el Maestro Beato Juan de Avila, el Maestro Daza, Gonzalo de Aranda, Julián de Avila... Por los fieles, Francisco de Salcedo.

¡Y, como dice el P. Silverio de Santa Teresa: con haber contribuido casi todas las Ordenes a formar el espíritu místico de Santa Teresa y su Reforma, todavía tiene éste la suficiente independencia para campar solo, sin ser absorbido por las demás o confundido con ellas!

En las futuras luchas fulgirá en su defensa la pluma del insigne agustino Fray Luis de León.

¡El místico tesoro es guardado y amado por las almas selectas de esas falanges de la Iglesia! Y en el perfume espiritual de la azucena del Carmelo, pusieron sus aromas.



El medio fraile

Del pot petit se frau la bona confitura.

Refrán catalán.



UANDO en aquella mañana de septiembre vió la Madre Teresa, a través de la reja, improvisada con gruesos barrotos de madera, la diminuta figura de un frailecillo joven, fijos los ojos en las tablas oscuras del tillado, sintió seguramente en su ardorosa imaginación unos momentos de decepción y de congoja.

¿Era ese frailecillo la columna en que se había de asentar la obra de la Reforma?

Menguado capitán para las luchas temerosas, presentidas en empresa de tanta contradicción, ya sufridas en la Reforma de las monjas.

Su humor festivo, tan dado a los motes gráficos y expresivos, le sugirió en seguida una dulce y un tanto desengañada ironía.

—¡Si es sólo medio fraile!

Hallábanse las monjas en hora de recreación cuando terminó la entrevista.

Llegóse a ellas la Fundadora y clamó alborozada:

—¡Ayúdenme, mis hijas, a dar gracias a Dios Nuestro Señor, que ya tenemos *fraile y medio* para comenzar la reforma de los Religiosos de la Orden!

Es cierto, sin embargo, según nos refiere Fray Alonso de la Madre de Dios (M. 12.738, f. 717), que luego, «hablando a sus monjas, *no caviendo de gozo* les dixo estas palabras: «He hallado un varón según el Corazón de Dios y mío».

¡La más bella alabanza que de un hombre se puede hacer!

Virilidad que es esfuerzo, valor y fortaleza, que es madurez completa y fecunda de corazón e inteligencia, que es tenacidad inquebrantable y arrojo denodado y heroico.

Santa Teresa, en la carta de recomendación a Francisco de Salcedo, dice que Fray Juan «lleva ánimo en la empresa».

Un varón y con ánimo; el consejo supremo de David a Salomón en su lecho de agonía: *Confortare et esto vir*. Ten ánimo y sé varón.

¡Y varón según el corazón de Dios y el de Teresa!

Algunos cronistas de Santa Teresa y de San Juan temen que la tierna ironía del *medio fraile* desdore un tanto la grandeza del insigne Descalzo.

Fray Manuel de Santa María y el P. Gerardo de San Juan de la Cruz achacan el mote al P. Antonio de Heredia, ya por su flaqueza de salud, ya por la inseguridad que tenía la Fundadora de que tuviera perseverancia y fuerzas para tanto rigor como en la Descalcez se profesa.

Es de advertir que el P. Antonio era de edad avanzada, sesenta años, de elevada estatura y gentil continente.

El P. Gracián (Manuscrito «Adiciones y scholios a la Vida del P. Ribera»), dice: «y por qué el P. Fray Juan de la Cruz es pequeño de cuerpo, solía decir la Madre con mucha gracia: «¡Bendito sea Dios, que ya tengo para la fundación de mis Descalzos fraile y medio!»

Testimonio el más fidedigno, puesto que Gracián y Ribera tuvieron tanto trato con la Madre.

El Cronista General de la Reforma, Fray Joseph de Santa Teresa (*Resunta*, p. 18) relata: «Viéndose la Santa con dos frailes, o como ella con gracia solía dezir, con Fraile y medio, aludiendo a la buena presencia del P. Fr. Antonio y *pequeña* del Beato Fray



Procesión en Segovia, en las fiestas del Centenario.
(Foto. L. Felipe de Peñalosa y de Contreras.)

Juan, grandemente se alegró, y aviéndolos careado y confirmado en su propósito, los entretenía esperando el hallar casa en que fundar el Convento».

Hay un detalle interesante que corrobora esta versión.

Las monjas de Medina le cosieron el hábito de descalzo; las de Valladolid disputanles la gloria.

¡Las carmelitas de Medina confeccionando, en horas de recreación, el hábito para el primer Descalzo!

Hay algo de tiernamente maternal en esa escena: una feminidad emotiva.

Como una madre y unas hermanas preparan para el Benjamín de la casa traje para una fiesta, así Teresa y sus heroicas compañeras hilvanan para el medio fraile el hábito de sayal.

Algo como un vestido de muñeca, como la tuniquilla de raso blanco, con puntillas doradas, que hicieron para el Niño del Convento.

Reía de gozo la Fundadora y, al reflejo de sus negros ojos reidores, reían las madres y las novicias; y las risas graves unas, alborotadas y argentinas otras, florecían en la paz de la sala.

Al cortarlo, con la impresión de su pequeñez, lo hicieron casi como si fuera para un niño. Nos lo dice Fray Alonso de la Madre de Dios (M. 13.460) al reseñar la visita del Maestro Fray Alonso González, Provincial de los Calzados, a Duruelo, en 27 de noviembre nos cuenta cómo se edificó «el maestro, que era un santo viejo, cuando vió a Fray Juan con un hábito *estrecho y corto*, de saial áspero, con su capa de la mesma materia, las capillas y mangas de hábito *estrechas*, rosario y correa pobres y el pañuelo de narices de lana y descalzos los pies por el suelo, sin alpergatas, con una cruz pequeña en el pecho».

La impresión del primer momento se refleja en varias cartas de la Santa. En la aludida, ya, al Caballero Santo, en cuanto habla de Fray Juan le previene recelosa: «unque es chico, entiendo es grande a los ojos de Dios».

En 15 de abril de 1578, desde Avila, escribe al P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, «que el P. Mariano, que habla con el Rey, podía traerle a la memoria lo que ha que está preso aquel *santico* de Fray Juan».

En 19 de agosto del mismo año, y también desde Avila, le decía al P. Gracián: «No sé qué ventura es que nadie se acuerde de

este *santito*». Por cierto que en alguna edición del Epistolario quitan el diminutivo, dejándole en santo.

A fines de agosto, al relatar al propio Padre, desde Toledo, informada por las monjas de allá, los trabajos sufridos en la prisión por Fray Juan, le dice: «nueve meses estuvo en una carcelilla, que no cabía bien *con cuán chico es*».

En cartas y conversaciones repite con frecuencia el mote, a un tiempo diminutivo y admirativo, de *Senequita*.

«Todas las cosas que me dicen los letrados las hallo juntas en mi *Senequita*». (Memorias historiales, 196).

Y, sin embargo, ese *santico* la infundía tanto respeto, que María de San Francisco nos afirma (M. 8.568, f. 68) «que la Santa Madre le veneraba de manera que cuando él reprendía algo, por la estimación que tenía de su santidad, que se prosternaba».

Esta monja, coetánea de ambos santos, refiere que la Madre «decía que le avía hallado tan a propósito para esta reformatión, que podía decir lo que dixo Dios de David: que avía allado un varón conforme a su voluntad y *hecho* a su voluntad». Es decir, ya completamente formado.

«Volaba, dice Fray Alonso de la Madre de Dios (M. 13.460) la fama de santidad de nuestro Padre; y así este año de 1580, en el mes de febrero, hallándose nuestra Madre Santa Teresa en el convento de religiosos de la Roda, caminando con algunas de sus monjas a la fundación que hacía de ellas en Villanueva de la Jara, estando la Santa con sus monjas en la iglesia hablando con aquellos santos religiosos de cosas santas, vinieron los religiosos a tratar del varón del Señor Fray Juan de la Cruz, de sus cosas y santidad; y mostraron a la Santa Madre unos papeles que él había escrito de espirituales cosas, de que la Santa gustó y alabó mucho; y regocijada dijo de él: «Los huesos de aquel *cuerpecito* han de hacer milagros». Esto le oyeron a la Santa los religiosos y religiosas que estaban presentes».

¡Siempre el diminutivo y siempre en tono de tierna admiración.

En una maletilla encierra los restos incorruptos el Alguacil de Corte Juan de Medina, para llevarle de Ubeda a Segovia.

Chico de continente debió también ser su padre, Gonzalo de Yepes: siempre que el Santo habla de él le llama *tejedorcito*.

A sí propio se designaba donosa y humildemente la *bestiezue-*

la. Los demonios coincidían con la Madre Teresa en emplear diminutivos al hablar de Fray Juan.

Refiere varios casos Fray José de Jesús María.

En Granada estaba endemoniada una persona principal, y por ruegos de personas graves le obligaron que fuese a conjurarla. Mientras hacía brevemente el Santo oración en un rincón de la pieza, oyó su compañero Fray Juan Evangelista, que estaba hablando entre sí la endemoniada, y llegándose a ella oyó que estaba diciendo el enemigo: «Que no pueda vencer a este *frailecillo*, ni hallar por donde entrarle, para hacerle caer, habiendo tantos años que me persigue en tal ciudad y tal villa (nombrándolas), y aquí tampoco quiere dejarme».

Estando, otra vez, en el monasterio de Descalzas de la misma ciudad, le trajeron una mujer endemoniada, y cuando la llevaban hacia donde él estaba, le iba el demonio maldiciendo con rabia, y, entre otras cosas, decía entre sí: «Ya viene, ya viene el *Senequita* a perseguirme».

Apremiados por varios Padres en diferentes sitios los demonios con exorcismos, hiciéronles confesar que un *frailecillo* descalzo llamado Fray Juan de la Cruz, era al que más temían.

Ello ocurrió en Salamanca, en Valladolid y en Segovia.

En Ubeda, muerto ya el Santo, llevaron un hueso suyo a casa de doña Catalina Ortega de Sotomayor, para conjurar a una criada, posesa ya dos años.

Al entrar en la pieza los religiosos, comenzó de repente a dar grandes voces la criada diciendo: «¿Para qué traen ese zancarrón de *frailecillo*, mi enemigo? Echenlo ahí, que me atormenta y me abrasa».

Menuda orza vidriada, donde el ama de casa guarda la mejor confitura; redomilla que encierra la esencia más preciada; capullito de rosa, que alquitara en color y perfume la savia de un rosal; alma de palomica, corazón de agullucho; medio fraile y Doctor de la Iglesia.

Tu vocecita de calandria llega al cielo y suena por la tierra de centuria en centuria, despertando en las almas amores místicos y ansias de perfección.

.....

Al Marqués de Lozoya y a los Vizcondes de Altamira debemos otra noche de luna llena y una bella y emotiva jornada en la románica Segovia.

Saben de nuestra devoción fervorosa a San Juan de la Cruz; saben—almas selectas y sensibles—de nuestros largos meses de hospital y de angustias.

El ambiente de Juan de Yepes en años de adolescencia.

Nos arrancan suavemente de aquella larga galería, poblada de gemidos sordos y tercos, de gritos de dolor estridente, del seco renquear de muletas, del chirrido siniestro de los carretones-camillas, de caras pálidas contraídas de angustia, de los blusones blancos salpicados de rojo... en que las noches son tan oscuras...

Siente el corazón el aroma de los rastros de Castilla; el aire sutil del Guadarrama, empapado en resinas, orea los pulmones que aún conservan olor a drogas, acres vahos de cloroformo y éter, tufillo de condumios de enfermo.

Trepa silencioso y potente el *Codillac* por cuevas y revueltas. En el alto del León contemplamos el horama señorial y magnífico.

Anochece: evocamos aquella noche maravillosa de la Madre Teresa extasiándose ante este mismo paisaje, cabe la venta de la Fuenfría, en estas mismas sierras.

Cuántas veces visitamos Segovia, nos ofrendó el hechizo de un plenilunio. El de esta noche queremos sea el plenilunio segoviano, tal cual lo viera Juan de la Cruz desde el ventano de su celda.

Desde el Alcázar contemplamos primero el Convento carmelitano, la huerta misteriosa, las ermitas, el ciprés centenario.

Luego nos extasiamos ante la magia del alma de Segovia fundida en plata; plata bruñida en las altas torres, plata oxidada en las pizarras del Alcázar, en las frondas de sus jardines, en las alamedas del río, en los muros y las casonas viejas.

Amanece: gloria del sol de Castilla en el azul purísimo; despierta la ciudad dormida del sueño centenario; se enciende como una luminaria de fiestas.

Se abre una rosa roja en la huerta del Carmen; se abren los corazones en plegarias de amor al frailecico.

No tuvimos la dicha de ver sus santos restos: vemos la arquilla, donde «los huesos de *aquel cuerpecito*», según dice la Madre, son paseados triunfalmente por la vieja ciudad.

Tras de él caminan reverentes un Infante de España, un Arzobispo, catorce Obispos, un Ministro, Doctores y Maestros de las Universidades de España, las Ordenes religiosas todas...

Y es la arquilla diminuta y liviana: por agrandarla a la vista, la cubrieron de brocateles y espolines.

Proporcionada al *cuerpecito* menudo y macerado del *medio fraile*, cuya grandeza aterra a todos: que hoy se sienta en las cumbres excelsas y geniales de los Doctores de la Iglesia.

Para ese *cuerpecito*, Félix Granda labró la joya de arte de un mausoleo esplendoroso.

Quizás sintamos un poco de nostalgia del sencillo perfume carmelitano de la capilla vieja, como en Azpeitia la sentimos de los viejos muros, de los oscuros techos y de las saeteras estrechas del bastión de Loyola.

¡Rancios sentimentalismos los nuestros!

Pues si el mundo derrocha oros y arte para sus hombres y sus antros, ¿no lo merecen más estos genios de santidad y ciencias tan subidas?

Recordemos, además, las palabras de Jesús en la comida de casa de Simón el leproso, cuando María de Magdala ungió el cabello del Maestro con esencia de nardo. Anotemos cómo encomienda a los siglos y al universo entero la admiración del hecho.

Nuestro joven amigo Luis Felipe de Peñalosa y de Contreras, nos obsequia con una bella fotografía de la Procesión de San Juan.

La arquilla—un bello baulillo vestido de terciopelo rojo, claveado con tachuelas doradas—fué mandada labrar por doña Ana de Mercado Peñalosa para traer los restos desde Madrid a Segovia.

Luis Felipe es el último circulito del árbol genealógico de Peñalosa. Hace 334 años, en este mismo sitio, donde el tierno vástago de esa familia enfoca el *Kodak*, doña Ana acompañaba conmovida al mismo baulillo con el cuerpo del Santo.

Días antes, en las Descalzas de Madrid, el P. Doria, la Madre Ana de Jesús y doña Ana, le encerraron en esa arquilla, envuelto en flores y hojas de laurel.

Allá en la entrada del Convento, prenda del Patronato del mismo, se ostenta el escudo policromado de Peñalosa: un águila pasmada, con un escusón con tres plumas y bordura de peces. Tienen los Peñalosas el sugestivo lema: «Más vale un buen nombre que las muchas riquezas». Luis Felipe promete honrar al nombre.

En este mismo sitio, al marchar a Andalucía—nos lo refiere una criada de la noble señora (M. 8.568)—dijola el Padre:

—«Mi hija quede con Dios, que me voy luego.

Mi señora empezó a llorar. Dijo Fray Juan:

—Hija, no llore, que ella inviará por mí».

¡Profecía empapada de ternura y afecto!

.....
Cae la tarde; nos refugiamos unos momentos en la huerta del Convento del Carmen.

Pedimos al Santo que nos lleve de la mano, como llevó a su hermano Francisco, por ese senderico de la huerta, por la ruda senda de nuestros duelos. Parécenos oír el eco dulce de su voz contando sublimes maravillas en tierna confidencia.

Le suplicamos la sublime osadía de ambicionar desprecios y dolores; por lo menos la aceptación de nuestras penas.

Bebemos en la fuente del Santo; beber quisiéramos el agua viva de la eterna «fonte escondida».

Entramos en la cueva de los pastores; quizá encontró en ella la sugerencia del madrigal del Pastorcico que «solo, está penado—el pecho del amor muy lastimado».

Subimos por la calle de los cipreses; nos envuelven en agrestes perfumes hinojos y romeros. Zumban en torno de los panales las abejas. Cual le miramos en el encanto de la luna, tornamos a otear el panorama nimbado por las glorias del crepúsculo.

Fundida en oro viejo nos aparece la magia rediviva del alma de Segovia.

Lentejuelas doradas brillan entre las frondas del jardín del Alcázar y de las alamedas de la Fuencisla y del Eresma.

Arden las torres del Alcázar; arde en lo alto de la peña el ciprés de San Juan. El viejo ciprés, negruzco y mutilado, es ahora cual una llama viva, que parece alumbrar a la llanura, que comienza allá cerca; la llanura infinita, que se esfuma entre las sombras nacientes de la noche. Como una antorcha que ilumina la tiniebla siniestra de las almas.

¿Quién pudiera en la noche oscura, «con ansias en amores inflamada», cantar la dulce estrofa del medio fraile:

Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado?



El hábito de sayal

Quien desdeñe del hábito humilde y grosero, tan estimado de nuestros mayores, no merece estar en la Reformation.

SAN JUAN DE LA CRUZ.



PASARON lentamente los meses, casi un año.

Terminado el curso de Teología, regresa Juan de Santo Matía a Medina.

Nos dicen los historiadores que la Madre Teresa, que temerosa recordaba el «con que no se tardase mucho» del frailecillo, fué entreteniéndole, hasta que, habida casa, ya le anunció que era llegada la hora de fundarse el primer Convento.

Volvamos de nuevo al locutorio del Convento descalzo de San José de Medina.

Es una tarde ardorosa del mes de julio de 1568; parece que fué el día del Apóstol San Pedro.

Tras de la reja, la Madre con sus monjas; a la parte de afuera, Fray Juan, su madre, su hermana, su cuñado y Fray Antonio de Heredia.

Vistióse el hábito de sayal de jerga, descalzóse los pies, y así, descalzo, dió principio a la Reformation.

En la sencillez de esta escena se alzaba sin estrépito, sin ningún aparato, la bandera tan combatida luego, tan amada y seguida por millares de almas.

Seguramente fué Catalina Alvarez quien le ayudó a vestirse el habitillo pardo y la blanca capilla. A afirmarlo nos lleva lo que ocurrió en Duruelo: los testimonios varios nos autorizan a juzgar del amor de Fray Juan para los suyos.

Dice el P. Van Tricht: «Vienen a nuestros locutorios. ¡Oh, y con qué impaciencia se aguarda esa hora! ¡Cómo palpita el corazón!... Y cuando al fin nos encontramos allí, y sus manos estrechan nuestras manos y nuestros ojos las contemplan... ¡Ah, vosotros no sabéis, no, cuán dulce es, aún a través de las rejas, cuán dulce y consoladora es la vista de una madre!»

Por boca de Van Tricht hablan tantos religiosos y religiosas, porque una cosa es renunciar a la familia y quitar el corazón de los cuidados continuos de ella, y otra quitar el amor del corazón.

La Madre Teresa nos refiere, a este propósito, la contestación del Señor a sus escrúpulos del gran afecto que tenía a los suyos.

«Como vinieron mis hermanos y yo debo al uno tanto, no dejo de estar con él y tratar lo que conviene a su alma y asiento, todo me daba cansancio y pena; y estando ofreciéndolo al Señor, y pareciéndome lo hacía por estar obligada, acordóseme que está en las Constituciones nuestras, que nos dicen que nos desviemos de deudos, y estando pensando si estaba obligada, me dijo el Señor: *No, hija, que vuestros Institutos no son de ir sino conforme a mi Ley*».

Los hechos de Fray Juan nos descubren bien claramente sus sentimientos íntimos.

Andando los años le zumbaba Fray Antonio de Heredia de que le había dado el hábito una mujer.

Es cierto que era la Mujer, que decía a sus monjas: «Es muy de mujeres eso, y no querría yo, hijas mías, que lo fuéssedes en nada, ni lo pareciéssedes, sino varones fuertes».

Mientras tanto, hacía diligencias la Madre para alcanzar del Provincial el P. Alonso González y del P. Gaspar de Salazar, que lo era cuando llegó la Patente, la licencia necesaria para el primer Convento de Descalzos.

«Yo esperaba, dice Santa Teresa, en Nuestro Señor de alcanzarla; y así dije al P. Fray Antonio que tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa, y yo me fuí con Fray Juan de la Cruz a Valladolid».

El intento de la Madre, nos lo manifiesta ella misma, era «in-

formar a Fray Juan de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas».

«No sólo platicaba largos ratos, nos dice Fray José de Jesús María, con él las cosas que ella y sus monjas habían abrazado de rigor y de perfección; mas también lo que había entendido de Dios, del fin que Su Majestad tenía en esta Reformation, que era resucitar en nuestro siglo la vida primitiva retirada y fervorosa, que nuestros mayores habían hecho en los siglos antiguos, con tan gran hermosura y utilidad de toda la Iglesia, imitando desde la tierra la vida y contemplación de los ángeles».

¡Bella síntesis del espíritu de la Reforma descalza!

Un espléndido cuadro de Rubens, representando la salida del Purgatorio del alma de D. Bernardino de Mendoza, nos recuerda el motivo del apremio que sentía la Madre por llevar a cabo la fundación de Valladolid.

D. Bernardino, hermano del Obispo D. Alvaro y de doña María, había donado a Santa Teresa la huerta de Río de Olmos, a un cuarto de legua de la capital castellana, para la fundación de un Convento.

Tuvo la Madre en Medina una revelación sobre la suerte del alma del donante.

Un día, cuando estaba rezando por él, díjole el Señor que había estado su salvación en harta aventura, y que había habido misericordia de él por el servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer Monasterio de su Orden, y que no saldría del Purgatorio hasta la primera Misa que se dijese allí.

Oigamos a la Madre:

«Yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque aunque se me dijo a la primera Misa, pensé que había de ser a la que se pudiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote a donde habíamos de comulgar con el Santísimo en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del Purgatorio y fuese al Cielo.

Gran cosa es lo que agrada a Nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre, y grande es su misericordia.

Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida

y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes siendo de pequeño valor».

¡Bello prodigio y hermoso comentario!

Algunos testigos en las Informaciones afirman que el hábito de Fray Juan lo cosieron las monjas de Valladolid.

¡Pugilato emotivo con las de Medina del Campo, sobre la confección del habítallo!

¿No cabe suponer que el primero lo dejara en Medina, para viajar aún con el de calzado, y las de Valladolid quisieran ver al Primer Descalzo con hábito de la Reforma?

De cómo apreciaba al hábito Fray Juan, nos habla el Dictamen sexto:

Reprendiendo a un religioso que llevaba una capilla más delgada que los demás, y dió por excusa que la esencia de la santidad no consistía en el hábito, entre otras cosas, dijo estas admirables sentencias: «Quien no estima el hábito humilde y grosero, no lo merecía; que mostraba no haber limpiado su ánimo de los afectos seculares, y que era vana la religión de aquel que, siendo religioso por obligación de conciencia, imitaba en lo exterior a los seculares».

La Madre puso en el hábito la pobreza de la jerga de sayal, pero ¡con qué elegancia recortó la capilla y la capa largas de los Calzados, para buscar el bello contraste del blanco y de lo pardo, y hacer airosa la silueta!

¡Sugestivo figurín de Teresa para sus hijos bien amados!



Fray Juan, presentado por la Madre Teresa

Dentro del pecho un roble
tuvo sin duda, y corazón de acero
tres y más veces doble.

PÍNDARO. O. III.



UANDO la Madre tuvo las dos voluntades de los Rdos. Maestros frailes Alonso González, Provincial de Castilla, y Angel de Salazar, Prior del Convento del Carmen de Avila, parecióle que nada le faltaba.

Partióse Fray Juan a Avila acompañado de un peón de albañil.

Pero delante de él, la solicitud de la Madre envió al «Caballero Santo» una carta de presentación, de las más bellas y sugestivas que en lengua castellana se escribieron:

A Francisco de Salcedo, caballero de Avila.— Valladolid a fines de setiembre de 1568.

JESUS

Sea con vuestra merced. Gloria á Dios, que despues de siete, ú ocho cartas, que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellas en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda, que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, á condición, que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera

alguna seguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, por no estar alla sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.

Hable vuestra merced a este padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierito él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro modo, y ansí creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque há poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la mesma ocasion, que me he enojado con él a ratos, jamas le hemos visto una imperfeccion. Animo lleva; mas como es solo há menester, lo que nuestro Señor le da, para que lo tome tan á pechos. Él dirá á vuestra merced cómo acá nos va.

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas hartó mas pudiera yo alargarme en dar, por ver á vuestra merced. Verdad es que merece mas precio, que ¿una monjilla pobre quién la ha de apreciar? Vuesa merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechuga, que tiene un huerto, y se es él el mozo para fraer manzanas, algo mas es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo á Francisco de Salcedo, no sabemos á qué sabe, ni lleva arte de saberlo. A Antonia digo escriba á V. M., pues yo no puedo mas largo; quedese con Dios. A mi señora D.^a Mencía beso las manos de su merced y a la Sra. Ospedal. Plega al Señor vaya adelante la mijoría de ese caballero desposado. No esté vuestra merced tan incrédulo, que todo lo puede la oracion; y la sangre que tiene con vuestra merced podrá mucho. Acá ayudaremos con nuestro cornadillo. Hágalo el Señor, como puede.

Cierito que tengo por más incurable la enfermedad de la desposada. Todo lo puede remediar el Señor. A Maridiaz, a la flamenca, a Doña María de Avila (que la quisiera hartó escribir, que a buen siguro que no la olvido), suplico a vuestra merced diga, de que las vea, me encomienden a Dios, y eso del monesterio. Su Majestad me guarde a vuestra merced muchos años, amén; que, a usadas sea dicho, si pasa éste sin que yo torne a ver a vuestra merced, sigún da la priesa la Princesa de Ebulli.

Indina sierva, y verdadera de vuestra merced,
TERESA DE JESÚS, CARMELITA».

Escrita la carta, parécele a la Madre poco su encarecimiento en negocio de tanta monta para ella y su loa de Fray Juan, y añade una Post-data: «Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable a este Padre, y aconseje lo que le pareciere, para su modo de vivir. Mucho me ha animado el espíritu que el Señor le ha dado, y la virtud, entre hartas ocasiones para pensar llevamos buen principio. Tiene harta oración y buen entendimiento: llévelo el Señor adelante».

¡Y tan adelante como le llevó el Señor, hasta hacerle guía glorioso de las almas por los senderos divinos de la Mistical!

Francisco de Salcedo, que mereció repetidas veces de Santa Teresa el mote de «caballero santo», fué el gran amigo y valedor de la Madre y de su Reforma. Llamábanle también «el estudiante perpetuo de Teología», porque durante más de veinte años oyó lecciones de esa Ciencia subida en las aulas del Colegio dominicano de Santo Tomás de Avila. Estuvo casado con D.^a Mencía del Aguila, prima de D.^a Catalina del Aguila, mujer del tío de la Santa don Pedro de Cepeda. Muerta D.^a Mencía, se ordenó de sacerdote. Fué hombre de gran virtud, celo y oración, y muy de consejo. Con él, con el Maestro Fray Domingo Bañez, el Maestro Daza, Gonzalo de Aranda y Julián de Avila, consultó la Madre sus Constituciones.

El carácter alegre de Teresa holgaba de bromear con «el buen Francisco de Salcedo».

En el famoso *Vejámen*, al contestar a la disquisición de Salcedo, arremete contra él con la siguiente pulla:

«Y lo peor es que, si no se desdice, habré de denunciar de él a la Inquisición, que está cerca. Porque después de venir todo el papel diciendo: esto es dicho de San Pablo y del Espíritu Santo, dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda: si no, verá lo que pasa».

Está enterrado en la capilla de San Pablo del Convento de San José.

La señora Ospedal era una antigua ama de llaves de Salcedo, muy respetada por sus virtudes en Avila. Por eso la llama *señora* la Madre, trato que entonces nunca se daba a las de su categoría social.

La venerable María Díaz del Vivar, tan popular en la ciudad de los Caballeros con el nombre contraído de Maridíaz, fué famosa por su vida ejemplar; la Santa siempre habló de ella con singular

encarecimiento. Fué hija espiritual de San Pedro de Alcántara, a quien se atribuye el dicho de que Avila encerraba dentro de sus muros tres santas a la vez: la Madre Teresa, María Díaz y Catalina Dávila, de tan noble linaje la postrera. De ella hablan también con encomio el P. Luis de la Puente y Gil González de Avila.

Santa Teresa llama la flamenca a D.^a Ana Wasteels, natural de Flandes, donde casó con el caballero avilés, D. Matías de Guzmán y Dávila. Quedando viuda muy joven todavía, tomó el hábito en las Descalzas de San José de Avila, y profesó el 15 de agosto de 1571 con el nombre de Ana de San Pedro; su hija María de Avila se hizo carmelita descalza en San José, como su madre, y profesó el 28 de noviembre de 1581, tomando el nombre de Ana de los Angeles.

La *aloja* era un refresco, compuesto de agua, miel y algunas especias. Hasta principios del XIX se hacía mucho consumo, como lo prueba el gran número de *Alojerías* que había en toda villa importante.

Conocidas esas interesantes siluetas, que nos retrazan el ambiente de la aristocracia abulense, releamos la deliciosa epístola.

Admiremos la agradecida ternura que respira hacia ese fiel y abnegado amigo de la Reforma.

Esa ternura, quizás no tan expresiva de forma, pero tan honda, veremos en las pocas cartas que se conservan en el Epistolario de Fray Juan de la Cruz.

La Madre conserva la impresión de la primera entrevista en el locutorio de Medina del Campo: la pequeñez del *medio fraile*. En ésta y otras cartas manifiesta bien a las claras el temor de que su pequeña estatura le quite aspecto de respetabilidad. «Anque es tan chico, entiendo es grande en los ojos de Dios». ¡Y había de serlo también en los ojos de los hombres!

Le declara «propio para su modo»; juzga que Dios le ha llamado para la gran empresa de la Reforma, y elogia el ánimo que lleva.

El ánimo heroico que tanto había de sufrir por mantener el espíritu del Carmelo y el de la propia Madre.

Advirtamos que no dice que fraile alguno hable mal de él, sino lo que es más raro en las contradicciones humanas: «que no hay fraile que no diga bien de él».

Confiesa «que se ha enojado con él a ratos en algunas ocasio-

nes de negocios». Aquel fraile tan chico, tan humilde, tan obediente, tenía alma de acero en sus convicciones y criterios.

La Madre, que moldeaba voluntades y corazones con su dulce y fascinadora dominación, no hallaba tan maleable al frailecillo; quizás ello explica, aparte de sus diferencias de apreciación en los caminos de la Mística, alguna divergencia de matices que se mantuvo, más o menos, siempre entre ambos fundadores, a pesar del ternísimo afecto y de la mutua admiración que se profesaban.

Y, sin embargo, nadie como Juan de la Cruz supo guardar en su corazón de rosas la fragancia espiritual de la Madre Teresa, nadie la prestó una fidelidad tan heroica, nadie como él conservó y mantuvo el espíritu de la obra grandiosa.

Notemos que desde esta carta ya generalmente no consigna su nombre; muchas veces sólo le llama «un fraile descalzo».

Juan de la Cruz quiso ser y fué, por antonomasia, sólo eso: un fraile descalzo. ¡El fraile descalzo por antonomasia!

En esa omisión del nombre hay algo muy hondo, muy simbólico y muy trascendental.

El secreto de una vida magnánima y fecunda plasmada en una empresa; el temple de un alma que quiere realizar sus destinos y que los ejecuta a pesar de todos y de todo, siempre por el atajo.

¡Una lección sublime de energía mansa, callada, humilde, pero arrolladora y triunfante!

Sus pobres cuadernillos van a las celdas blancas y humildes para consuelo de místicas mujercillas; nunca pensó salieran de esas celdas y de los claustros de sus hijos, y que los santos y los sabios, asombrados e inquietos, excrutaran la alteza y la sublimidad de su ciencia.

Fué el más humilde de los frailes de su siglo, y al propio tiempo el más ambicioso de los conquistadores españoles.

Quiso vencerse totalmente a sí propio, la más difícil victoria, y apoderarse del camino que lleva a las almas hasta la unión con Dios. Domeñó heroicamente sus pasiones y llegó a la cumbre mística del Carmelo.

La Madre Teresa y él hicieron, del camino que lleva a la perfección, una vereda castellana.

Si en la carta a Francisco de Salcedo constan los primeros elogios, por escrito, de la Madre sobre la santidad de San Juan, oigamos uno póstumo.

Refiere Fr. José de Jesús María, que entre las revelaciones de Santa Teresa que tuvo la insigne fundadora del Convento de Veas, Catalina de Jesús, hay la siguiente:

«A primero de Marzo, me dijo esta presencia de nuestra Madre, juntamente con la de Nuestro Señor:—Dile al Provincial que digo yo que mande al Padre Fray Juan de la Cruz que vaya a Granada a tratar del aprovechamiento de las monjas; porque hará más provecho en un día, que en otras ocupaciones en un año; porque más agrada a Dios un alma que le sirve con perfección, que millares de imperfectas, aunque sean buenas.

Parecíame veía los interiores de todas las de aquella casa, y entre ellas algunas almas dispuestas para mayor perfección de la que tenían, y a Nuestro Señor con gran gana de comunicárseles, y los confesores de otra Orden, que allí las confiesan, no las ayudan a caminar por espíritu a unión, porque pocos van por aquí, y quisiera nuestra Santa Madre ponerle (a Fray Juan) en cada una de sus casas. Ámale muchísimo y dícame que le diga mi alma y cuanto ella me dijese».

¡Cómo vibran la psicología de Teresa y su carácter en esas comunicaciones a Catalina de Jesús!

La dulce impetuosidad dominadora del *dile que digo yo*; la exigencia de *que mande el Provincial*; el abandono que exige *de otras ocupaciones*, alegando el mayor provecho, ¡cómo retratan a la Madre!

¡Cómo sintetiza el espíritu de la Reforma y el del mismo San Juan en el camino de la Unión con Dios!

¡Cómo define que el apostolado carmelitano no es de multitudes, sino apostolado de almas selectas!

Bastara un estudio crítico de esas palabras, en lo humano, para autentificar la prodigiosa confianza.

Proclama que *le ama muchísimo*—siempre el apasionamiento de la Madre—, y lo consagra como maestro y director de las almas en el camino de perfección.

Por fin—tierna y agradecida memoria del vicariato de Fray Juan en la Encarnación—, ¡quisiera ponerle de capellán en cada una de sus casas!



Duruelo pintado por Teresa



QUIÉN mejor que la Madre Fundadora con su bello estilo sugestivo puede describir a Duruelo?

Leamos el capítulo XIII, en que trata cómo se comenzó la primera casa de la Regla primitiva, y por quién, de los Descalzos carmelitas. Año de MDLXVIII (1568):

«Antes que yo fuese a esta fundación de Valladolid, como ya tenía concertado con el Padre Fray Antonio de Jesús, que era entonces prior en Medina, en Santa Ana, que es de la Orden del Carmen, y con Fray Juan de la Cruz, como ya tengo dicho, de que serían los primeros que entrasen, si se hiciese monesterio de la primera Regla de Descalzos, y como yo no fuese remedio para tener casa, no hacía sino encomendarlo a Nuestro Señor; porque, como he dicho, ya estaba satisfecha de estos Padres. Porque al Padre Fray Antonio de Jesús había el Señor bien ejercitado, un año que había que yo lo había tratado con él, en trabajos, y llevádolo con mucha perfección; del Padre Fray Juan de la Cruz ninguna prueba había menester, porque aunque estaba entre los del Paño (1) Calzados, siempre había hecho vida de mucha perfección y religión.

1 Llama así a los Carmelitas Calzados por usar de esta clase de tela, a diferencia de los Descalzos, que se vestían de jerga o sayal.

Fué Nuestro Señor servido, que como me dió lo principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo de demás. Un caballero de Avila, llamado D. Rafael (1), con quien yo jamás había tratado, no sé cómo, que no me acuerdo, vino a entender que se quería hacer un monesterio de Descalzos, y vínome a ofrecer que me daría una casa que tenía en un lugarcillo de hartos pocos vecinos, que me parece no serían veinte, que no me acuerdo ahora, que la tenía allí para un rentero, que recogía el pan de renta que tenía allí. Yo, aunque vi cuál debía ser, alabé a Nuestro Señor, y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir a la fundación de Valladolid, que es camino derecho, y que la vería. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Avila por Junio, con una compañera y con el Padre Julián Dávila, que era el sacerdote que he dicho, que me ayudaba a estos caminos, capellán de San Josef de Avila.

Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él. Así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacía muy recio sol; cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino. Así llegamos poco antes de la noche. Como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del Agosto. Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla: este edificio todo tenía nuestro monesterio. Yo consideré que en el portal se podía hacer ilesia, y en el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara. Mi compañera (2), aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podía sufrir que yo pensase hacer allí monesterio, y así me dijo: «Cierto, madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir; vos no tratéis de esto».

El Padre que iba conmigo (3), aunque le pareció lo que a mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuímo-

1 D. Rafael Mejía y Velázquez, era un caballero muy calificado y cristiano.

2 Antonia del Espíritu Santo, una de las cuatro primeras que profesaron en San José de Avila.

3 Julián de Avila.

nos a tener la noche en la ilesia, que para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela. Lle(ga)dos (1) a Medina, hablé luego con el Padre Fray Antonio y díjele lo que pasaba, y que si ternía corazón para estar allí algún tiempo, que fuese cierto que Dios lo remediaría presto, que todo era comenzar. Pareceme tenía tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto, a manera de decir, como ahora que lo veo, y aun mucho más de lo que hasta ahora he visto; que al tiempo que ésta escribo, hay diez monesterios de Descalzos (2), por la bondad de Dios; y que creyese que no nos daría la licencia el Provincial pasado, ni el presente (que había de ser con su consentimiento, según dije a el principio), si nos viesen en casa muy medrada, dejado que no tínemos remedio de ella, y que en aquel lugarcillo y casa, que no harían caso de ellos.

A él le había puesto Dios más ánimo que a mí; y así dijo, que no sólo allí, mas que estaría en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mesmo. Ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos Padres que tengo dichos (3), porque con esa condición había dado la licencia nuestro Padre General. Yo esperaba en Nuestro Señor de alcanzarla, y así dejé a el Padre Fray Antonio, que fuese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa; yo me fuí con Fray Juan de la Cruz a la fundación que queda escrita de Valladolid; y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al Padre Fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación, como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla. El era tan bueno, que al menos yo podía mucho más deprender de él que él de mí; mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder las hermanas.

Fué Dios servido que estaba allí el Provincial de nuestra Orden, de quien yo había de tomar el beneplácito, llamado Fray Alonso

1 Por error material escribí la Santa *lledos*.

2 Los de Duruelo, Mancera, Pastrana, Alcalá de Henares, Altomira, La Rода, Granada, La Peñuela, Sevilla y Almodóvar del Campo. Este último se fundó en 1575.

3 El provincial Alonso González, y el ex provincial, P. Angel de Salazar.

González. Era viejo y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daría a Dios si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y Su Majestad que le dispuso, como quería que se hiciese, que se ablandó mucho. Venida la señora Doña María de Mendoza y el Obispo de Avila, su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido y amparado, lo acabaron con él y con el Padre Fray Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temía toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad que tuvo menester el favor de la señora Doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que, aunque no hubiera esta ocasión, se lo pusiera Nuestro Señor en corazón, como al Padre General, que estaba bien fuera de ello.

¡Oh, váleme Dios, qué de cosas he visto en estos negocios que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a Su Majestad allanarlas! Y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo voy escribiendo, me estoy espantando y deseando que Nuestro Señor dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. Todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos (1), que sólo Su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito. Amén».

Sigamos leyendo en la autobiografía de la Madre Teresa.

En el capítulo XIV en que prosigue en la fundación de la primera casa de los descalzos carmelitas, y dice algo de la vida que allí hacían, y del provecho que comenzó a hacer Nuestro Señor en aquellos lugares, a honra y gloria de Dios.

«Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecía no me faltaba nada. Ordenamos que el Padre Fray Juan de la Cruz fuese a la casa (2) y lo acomodase de manera, que comoquiera pudiesen entrar en ella, que toda mi priesa era hasta que comenzasen, porque tenía gran temor no nos viniese algún estorbo; y así se hizo. El Padre Fray Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester; ayudábasele lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí a Valladolid a hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome, que para tener

1 Entiéndase en su acepción de *desvalidos, humildes*.

2 Partió para Duruelo a fines de septiembre de 1568.

las horas concertadas, que no quería ir desapercibido; creo aun no tenía en qué dormir.

Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el Padre Fray Antonio renunció su priorazgo, con harta voluntad, y prometió la primera Regla; que aunque le decían lo probase primero, no quiso. Ibase a su casita con el mayor contento del mundo; ya Fray Juan estaba allá.

Dicho me ha el Padre Fray Antonio, que cuando llegó a vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se les hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites.

¡Oh, váleme Dios!, ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas; tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos Padres de donde descendimos; que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos tray? Pues sólo de una celda es lo que gozamos confino, que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerado que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que mientras menos fuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la Regla de la Virgen su Madre y Señora y Patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni a nuestros santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; ya que por nuestra flaqueza en todo no podamos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como le tenían estos dos padres; y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito a el principio.

Primero u segundo domingo de Aviento de este año de MDLXVIII (que no me acuerdo cuál de estos domingos fué), se dijo la primera misa en aquel portalito de Belén, que no me parece era mejor (1). La Cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí. Llegué una mañana; estaba el Padre Fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la ilesia con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije: «¿qué es esto, mi padre? ¿qué se ha hecho la honra?» Dijome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: «Yo maldigo el tiempo que la tuve». Como entré en la ilesita, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacian otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces! ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas adonde no podían estar sino echados u sentados, llenas de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines hasta Prima, no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando iban a Prima, y no lo haber sentido. Decían sus Horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí (2).

Iban a predicar a muchos lugares que están por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por esto también me holgué se hiciese allí la casa; que me dijeron, que ni había cerca monesterio,

1 La primera dominica de Adviento, 28 de noviembre de 1568, se inauguró en Duruelo el primer convento de Carmelitas Descalzas.

2 Estos dos religiosos, acompañaron de Medina a Duruelo al P. Antonio. El más joven llegó a profesar en a Reforma, donde tomó el nombre de José de Cristo.

de dónde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que a mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban, como digo, a predicar legua y media (y) dos leguas, descalzos, que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner, y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa: con el contento, todo se les hacía poco.

De esto de comer tenían muy bastante, porque de los lugares comarcanos los proveían más de lo que habían menester; y venían allí a confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, adonde los ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre éstos fué uno Don Luis, Señor de las Cinco Villas (1). Este caballero había hecho una ilesia para una imagen de Nuestra Señora, cierto bien dina de poner en veneración. Su padre la envió desde Flandes a su agüela, u madre (que no me acuerdo cuál), con un mercader. El se aficionó tanto a ella, que la tuvo muchos años, y después, a la hora de la muerte, mandó se la llevasen. Es un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mismo), cosa mejor. El Padre Fray Antonio de Jesús, como fué a aquel lugar a petición de este caballero, y vió la imagen, aficionóse tanto a ella, y con mucha razón, que acetó de pasar allí el monesterio. Llámase este lugar Mancera (2).

Pues como yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que a cada parte, me parece, que miraba, hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivían y con la mortificación y oración y el buen ejemplo, que daban, porque allí me vino a ver un caballero y su mujer, que yo conocía, que estaba en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad y el gran bien que hacían en aquellos pueblos, no me hartaba de dar gracias a Nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que vía comenzado un principio para gran aprovechamiento de nuestra Orden y servicio de Nuestro Señor.

Plega a su Majestad que lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habían

1 D. Luis de Toledo, Señor de Mancera y de las Cinco Villas (Salmora, Najarros, S. Miguel, Montalvo y Gallegos), fué hijo de D. Enrique, Presidente del Consejo de Ordenes, y estuvo casado con Doña Isabel Leyva. Sus hijos Enrique de Toledo e Isabel Leyva, abrazaron la Reforma de Santa Teresa.

2 Efectuóse el traslado con gran solemnidad y concurrencia de los pueblos comarcanos, el 11 de junio de 1570.

ido conmigo me decían, que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma.

Después que tratamos aquellos Padres y yo algunas cosas, en especial, como soy flaca y ruin, les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande; y como me había costado tanto de deseo y oración, que me diese el Señor quien lo comenzase, y vía tan buen principio, temía no buscase el demonio cómo los acabar antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y Su Majestad la había de llevar adelante. Ellos, como tenían estas cosas que a mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba a Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega a Su Majestad por su bondad, sea yo dina de servir en algo lo muy mucho que le debo, amén; que bien entendía era ésta muy mayor merced que la que me hacía en fundar casas de monjas».



Las tres estrellas

Lumen in coelo.



EN las noches claras del invierno de 1568 refulgen, sobre el portalico de Duruelo, las tres estrellas del escudo del Carmen.

Dice el P. Gracián, en su doliente «Peregrinación de Anastasio», que esos luceros, según unos, significan Pureza, Luz y Amor, y según otros, simbolizan a Elías, a Bautista y a Bertholdo, el primer general de los Carme-

litas latinos, figuras representativas de las tres etapas legendarias de la Orden del Carmelo.

Pureza, luz y amor, inundan de claridades al pobre cortijuelo.

El espíritu del Monte Santo y el del desierto del Precursor soplan, tan humildes como poderosos, en las almas de aquellos imitadores de los solitarios del Yermo.

Dice Hello que «San Juan de la Cruz, Santa Teresa y San Pedro de Alcántara, inseparables en la historia, brillan como tres estrellas de primera magnitud en el ciclo invisible que, sin duda, como el otro, tiene sus constelaciones. Santa Teresa, San Pedro de Alcántara y San Juan de la Cruz, forman una constelación.

San Pedro de Alcántara partió en dos la vida de Teresa: antes de él, las tinieblas; después, la luz. Él fué quien llevó la antorcha al abismo».

En la capilla de San Pablo del Convento de San José de Ávila, hay en un altar lateral un cuadro de San Pedro de Alcántara, bendiciendo a la Madre. En un ángulo, dice una cartela:

«Por maestro, luz y guía de la extática doctora Santa Teresa de Jesús, escogió a San Pedro de Alcántara el cielo y, desde el punto que entra en Ávila para dirigirla, se vió día y noche sobre la misma ciudad un astro de mui refulgente luz, que duró los días que estuvo en la ciudad el Santo y desapareció así que salió de ella».

Pureza, luz y amor: Elías, el Bautista y Bertholdo; las tres estrellas de la nueva constelación de la Reforma del Carmelo.

Una de esas constelaciones, yo creo que las tres juntas, brillaban sobre el místico portálico de la naciente Descalcez.

Dentro, en las estrechas celdillas a teja vana, ni el cierzo, ni el agua, ni la nieve, lograban entibiar la brasa divina que ardía en tres corazones penitentes.

Hace notar en su *Resunta* el P. Joseph de Santa Teresa, que el corista Hermano José tomó el nombre de Cristo, Fr. Antonio el de Jesús y Fr. Juan el de la Cruz, «haziendo entre los tres un *Cristo Jesús Crucificado*».

Tierna constelación emotiva de la Pasión de Cristo: tres luceros de amor de la mañana de la Reforma del Carmelo, prendidos en las espinas de la corona del Crucificado del Gólgota.

Natural era que las dos madres de Fr. Juan, Catalina y Teresa y su hermano el venerable Francisco visitaran el conventillo de Duruelo.

Pero también los fieles amigos de la esforzada Fundadora ansiaban contemplarle y conocer a los tres primeros hijos espirituales de la gloriosa Fundadora.

Entre ellos destacan su personalidad de inquebrantable adhesión y abnegada fidelidad a la Santa Madre dos virtuosos clérigos: Julián de Ávila y Gonzalo de Aranda.

Fueron ambos, con Francisco de Salcedo, el Caballero santo, y Juan de Ovalle, cuñado de la Santa, los testigos, el día de San Bartolomé de 1562, de la primera Misa celebrada en el Monasterio de San José de Ávila por el Maestro Gaspar Daza y de la profesión de las cuatro primeras monjas descalzas. Una de éstas, María de San José, era hermana de Julián de Ávila.

Este celoso sacerdote, primer y perpetuo capellán de aquel Convento, fué el compañero y pintoresco cronista de la insigne

Andariega en todas sus fundaciones, hasta la de Sevilla, inclusive. Después ya acompañaron a la Santa Carmelitas Descalzos.

De él, dicen «Las Fundaciones»: «Fué un clérigo, muy siervo de Dios y bien desasido de las cosas del mundo y de mucha oración, al cual le daba el Señor los mismos deseos que a mí, y así me ha ayudado mucho, como se verá en adelante».

Los «mismos deseos» de la Madre Teresa: ¿Cabe mayor elogio? Y el mismo desasimiento e igual carácter alegre y decididor, como se desprende de sus sugestivos relatos.

En uno de ellos resume, en una frase espartana, sus correrías con la Madre. «Se trabajó, así en caminos como en pleitos».

Del buen humor de aquellas extrañas comitivas dice, después de referir una desagradable aventura: «no bastó mi trabajo, sino que iban riéndose de mí y con razón».

En la estela luminosa de la Madre, su alma se encendía de gozo entre las mayores fatigas.

Pero si se eclipsaba la estrella, él, humilde y fervoroso satélite, se hundía en la desolación y el desamparo.

«A la otra noche fué mayor nuestra pérdida que no la del jumento, aunque descían llevaba quinientos ducados. Fué que, como hacía calor, íbamos también de noche y con harta escuridad. Habíase dividido la gente en dos partes: el que se iba con la Santa Madre, que por su honra no quiero decir quién es, dejóla y a la Señora Doña Quiteria, que agora es priora de la Encarnación, en una calle de un lugarito, a que allí aguardase la demás gente, para que todos se juntasen e no fuesen divididos. De manera que por ir a buscar a los demás, ya que parecieron, volvió el que las dejó a buscarlas e nunca pudo afinar adónde las había dejado, e como hacía tan oscuro, desatinó de manera que por más vueltas que dió no las halló; y con descir: adelante deben de ir con los que van más adelante, anduvimos buen rato hasta que estuvimos todos juntos.

Descíamos los unos a los otros:

—¿Viene ahí la Madre?

Descían—¡No!

—¿No viene con vosotros?

—Sí, que con nosotros venía, ¿qué se ha hecho?

De manera que nos hallamos todos con escuridades: la de la noche, que era harta, y la de *hallarnos sin nuestra Madre, que era mayor*».

Cuando la hallaron, después de muchas congojas, comentando la suerte de un labrador, a quien la Madre dió cuatro reales, para que las encaminase, sigue diciendo jubiloso «el cual fué el mejor librado, porque se volvió muy contento a su casa con ellos y nosotros mucho más con *todo nuestro caudal* vuelto a hallar y con harto regocijo de ir contando de nuestras aventuras».

Gonzalo de Aranda era, según la Santa, «un muy siervo de Dios, sacerdote que siempre le había ayudado, amigo de toda perfección».

¡Bellas semblanzas y gloriosas ejecutorias de estos abnegados coadjutores de la Madre Teresa!

Un solo rasgo pinta el carácter de Gonzalo de Aranda.

Recurrió el Concejo de Ávila ante el Consejo Real contra la fundación del Convento de San José, alegando la pobreza de la ciudad y el daño que, al no tener rentas, causaría a los otros Conventos. Como en el pleito tomaba parte la ciudad entera, no hubo letrado ni procurador que quisiera u osara defender a la Madre.

«Ni había dineros—dice ésta—ni yo sabía qué hacer».

Gonzalo de Aranda, oscuro y pobrísimo clérigo, se ofreció por procurador a su costa, pagando los gastos todos.

«Fué a la corte y trabajó mucho».

¡Corazón generoso! ¡Recio ejemplo para nuestras tacañerías mezquinas! ¡Tacañerías de dinero, mezquindades de acción!

«Convidaba—dice Julián de Ávila en el Proceso de la Santa—tanto a devoción está primer casa, con los demás frailes que comenzaron a tomar hábito, que a mí y a un clérigo muy religioso, que se llamaba Gonzalo de Aranda, nos dió devoción de ir *desde Ávila a pie* en romería allá y nos estuvimos no sé qué días, que parecía estábamos en el paraíso».

Téngase en cuenta que de Ávila a Duruelo hay diez leguas, y que las veredas eran entonces tan malas y enrevesadas, que la vez primera que estuvo en Duruelo el buen Julián con la Madre Teresa, se extraviaron, costándoles toda una jornada a caballo.

Lo que ahora le parecía un paraíso, disgustóle en aquella ocasión «por su mal aliño e la pobreza de la casa e la humildad del lugar que era de gran pobreza a manera de alcairía (alquería)».

Recibió con alegría Fr. Juan de la Cruz a tan buenos amigos y protectores de la Madre, y durante su estancia en Duruelo hicieron vida de comunidad como frailes.

«Era maravilla de ver, dice en la Vida de la Santa, el provecho que se hacía en el lugar y alrededor de él de los lugares comarcanos, en confesiones e devoción que la gente tomaba en ver la vida que hacían. Aquel menosprecio del mundo, aquella mortificación profunda, aquel darse a la oración todos, imprimiéronse en estos siervos de Dios tan de veras, que ciertamente representan en la vista y en las obras la misma santidad que tenían los Padres del Yermo. El Fr. Juan de la Cruz es, en extremo, humilde y amigo de mortificaciones y pobreza, y *deseoso de la salvación de las almas*. Y esto ha mostrado grandemente en todo aquello que le han puesto. Si de sus virtudes hubiera yo de hablar aquí, tuviera mucho que decir».

De otra visita memorable hace mención el P. Alonso de la Madre de Dios (M. 13.460). Pidió la Madre, desde Salamanca, tres Monjas de Medina y tres novicias de Avila. Fueron éstas Ana de Jesús, Joana de Jesús y María de San Francisco. Quisieron ver Duruelo «y se partieron llenos sus corazones de gozo».

Allí se conocieron la venerable Ana y Fray Juan: allí la comunicó éste su espíritu superior y «se leyeron los corazones para lo restante de la vida, siéndole maestro por veintidós años».

A ella dedicó, más tarde, la «Declaración» del «Cántico Espiritual», y la ilustre fundadora de la Reforma en Francia y Flandes murió santamente en Bruselas el día 4 de marzo de 1621, recitando sus vibrantes estrofas. ¿Comprenderéis ahora cómo en los palomarcitos teresianos de Francia y Bélgica se plasmó de tal modo el espíritu de Juan de la Cruz? En aquella «tierra fría, a juicio de Fr. Jerónimo de San José, sin regalo ni comodidad alguna, sitio al fin (como lo dice el nombre) Duruelo», frente a ese encuentro providencial debió aletear en el pensamiento del Niño de Teresa el perfume de las rosas de Sor Teresita de Lisieux.

¡Con qué emoción leemos en el manuscrito núm. 12.738 (folio 813) la hermosa carta de Ana de Jesús, con su letra vigorosa de firmes trazos, en que declara sus impresiones sobre Fray Juan de la Cruz en las *Informaciones!*

Ihs. M.^o

«Ntro. santo p. Fray Juan de la Cruz era un serafín en la tierra, y como a tal le mirávamos y nos componía solo el verle. Vi muchas veces el resplandor que salía de su rostro, en especial cuando acababa de decir misa y nos hacía alguna plática espiritual. Parece

había alcanzado el estado de la inocencia con ser su saviduría tan grande que se admiraba el p.^e maestro Fray Luys de León de ver sus escritos y no savía sto. a qué comparar la delicadeza dellos.

Tenía don de profecía, de conocer espíritus aun sin palabras, sino con sola su presencia. Desacía los ardidés que urdía el adVer-sario en Muchas religiosas y algunas Señoras seglares; se veían cosas muy sobrenaturales de oración, mortificación y virtudes: en esto podría alargarme mucho. De conversiones, fervores y lágrimas, todos decían les hacía Dios estas mercedes por las oraciones y fratos del Santo. Decíanos cosas interiores: a mí me hizo confesar un pecado que hize cuando muchacha, y me previno para otros travajuelos que avía de pasar. Estando muchas horas ausente de algunas personas, les escribía dándoles avisos en las necesidades que dellos tenían sin avérselo dicho sino solo Dios. Esto vi yo una vez que hizo con una religiosa viniendo de Granada a la fundación de Madrid, y otra vez en el mismo camino, en un montecillo antes de llegar a Malagón, nos dava priesa que aguijásemos: y era que le avía Dios mostrado el alma de la M.^e Jerónima del Espíritu Sto. que estava en una necesidad muy grande. En los mayores travajos se le vía mayor alegría y paz; poco antes que muriese, que fueron muy crudos, espantava a todos los que lo savían. Yo le vi en Madrid en esta sazón, y por gozar de Dios más a solas, se quiso salir del tumulto de la corte adonde murió. Un hermano me dió unas vendas que le avían puesto a la pierna, y me socorrieron hartas veces en enfermedad y necesidad de alma.

Toda su vida fué un milagro, y sus virtudes más para admirar y para saverlas decir mejor que yo, con harta confusión mía por tan ruín. Estimo en mucho la misericordia que Dios me hizo en confesarme muchas veces con tan gran Santo. Trátéle mucho en el Convento de Granada, y no me alargo más para ver lo hecho en un papel que di estando en el Convento de Alcalá».

Ana de Jesús.



Se puebla el portalico

Stellæ vocatæ sunt et dixerunt: adsumus.

Baruch, III.

Laudate cum omnes stellæ et lumen.

Psal. 148.



como en torno del primer lucero, en la penumbra de la tarde, lentamente brotan nuevas estrellas, así, en el portalico de Duruelo, junto al primer lucero de la Reforma del Carmelo, va surgiendo la constelación de Descalzos.

Consignemos sus nombres: Fr. Antonio de Jesús; el Hermano José de Xto. y otro que no se descalzó; Fr. Baltasar Nieto, primer prior de Pastrana; Fray Pedro de los Apóstoles, prior de Nuestra Señora del Socorro de la Roda; Fr. Pedro de los Angeles, primer prior de la Peñuela; Fray Francisco Espinel de la Concepción, prior de Mancera; Fr. D.º de Santa María (dicho Renjifo de Granada), fundador de San Juan del Puerto; Fr. Francisco del Carmelo (Capela), primer prior de Granada; Fr. Fernando de Medina, predicador de nombre, que volvió a los Calzados, y por volverse lo hicieron Provincial; Fr. Lucas Celis, singular predicador, y Fr. Pedro Triviño, hijos ambos del Convento calzado de Toledo, y Fr. Pedro Muriel.

La entrada de los dos de Toledo explica en parte la animadversión de aquel Convento contra Fr. Juan.

Fr. Jerónimo de la Cruz, que trató veintidós años al Santo, nos refiere su primera jornada (M. 8.598, f. 117): «Le contó el santo que el día que llegó a Duruelo él y otro hombre, que venía a tomar el ávito de lego, travaxaron con oficio de peón hasta casi la noche en ayunas. Y a esta ora enbió al hombre a pedir algo por amor de Dios».

Después, nos dicen los «Papeles, traídos de Medina, que escribió Francisco de Yepes» (M. 8.568, f. 371): «fué allí un hermano suyo con su mujer y madre por servir los frailes y traer lo que fuere menester: su mujer para lavar los paños; la madre para guisar la comida».

A la pobre iglesiuca iban acudiendo los fieles; nos dice un testimonio «que en ella se contaron más de sesenta mujeres con mantos colorados».

Los curas de las aldeas vecinas le arrancaban a su amada soledad para que predicase en sus iglesias.

Francisco de Yepes nos refiere en sus dos relaciones que él le acompañaba en esas correrías apostólicas, y cómo en seguida de predicar huía de agasajos y de agradecimientos.

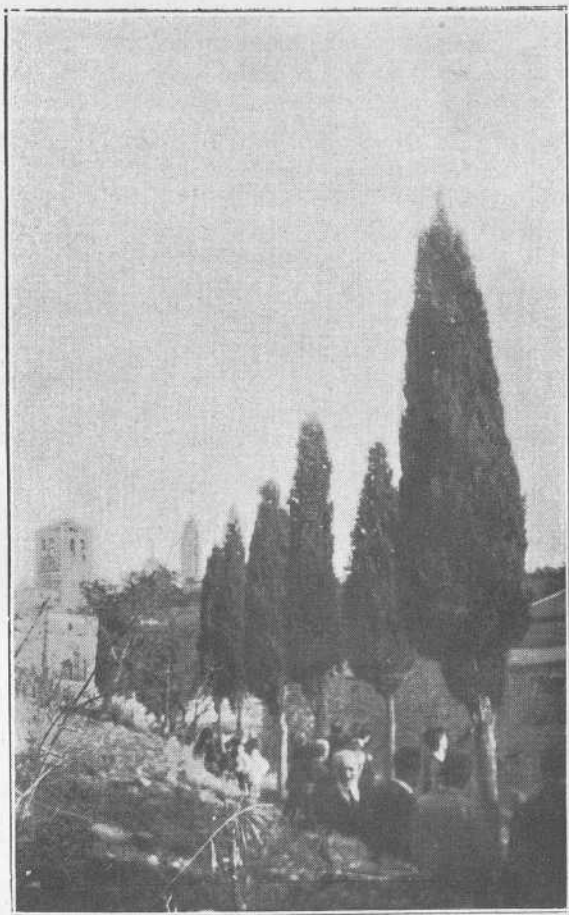
Nos dice cómo un día, sentándose en una fuente, sacó un poco de pan y queso que había traído del Convento, y lo partió con su hermano. Llegó entonces un labrador de parte del cura, que les tenía aparejada la comida, y el Padre se excusó agradecido.

«El hermano, cuenta el P. José de Jesús María, que quisiera más comer en casa del cura, que condenarse con tan arrebatada vuelta a comer el pan duro y las yerbas mal guisadas del convento, le dijo por qué no había aceptado el convite; que el cura quedaría sentido. A lo cual respondió que, de lo que hacía por Dios, no quería paga de hombres.

Había en el camino una fuente, y como venía cansado de predicar y confesar, sentóse junto a ella, y tomando de su claridad ocasión de alabar a Dios, que la había criado, sacó un poco de pan, y partiendo con su hermano, le convidó a su comida; pero el otro, aunque era gran siervo de Dios, quisiera más la olla del cura que el mendrugo».

¡Qué humano es este comentario, que se trasparenta en las dos relaciones de Francisco de Yepes! Para pobres trabajadores como él, un buen yantar es grande fiesta.

Dos riachuelos riegan el vallecito de Duruelo: el Zampión y el Almar, ambos tributarios del Tormes.



El senderico de los cipreses en la huerta del convento de Segovia.
(Foto. L. Felipe de Peñalosa y de Contreras).

Junto al Zampión se agrupan, algo distantes, los caseríos de Mancera de Abajo y Mancera de Arriba.

Nace el Almar al pie del cerro de Gorria, junto a los Riscos de Montefrío, en las estribaciones de la sierra de Avila.

Vallecito plácido y solitario, sugestivo rincón en la monotonía de la meseta desolada, fué este primer *Desierto* carmelitano, bien propicio al ideal del Santo, si pudiera excusar las salidas.

Muy cerca del Almar está el solar de los Descalzos, que ¡ay!, también pasó a manos extrañas.

Una dehesa castellana con encinares y fértiles tierras paniegas. En el centro se eleva una alquería con los restos del Conventillo: algunas celdas y una cruzía del claustro procesional.

¡Honda tristeza nos invade en el dulce y melancólico valle!

Pasamos el puentecillo de madera, bebemos en la fuente, recorreremos senderos y veredas; en Mancera buscamos en la iglesia el eco lejano de los sermones de Fray Juan.

¡Cuánto quisiéramos sentir en ese confesonario en nuestras conciencias la luz del Santo, y escuchar arrobados su vocecita de calandria, encendiendo la tibieza de nuestro pecho en hoguera de amor divino!

Evocamos la vigilia que pasó en esta iglesia la Madre fundadora con Antonia del Espíritu Santo y el buen Julián de Ávila, cuando visitaron la casa de renteros de Duruelo, y «por causa de la poca limpieza y mucha gente del Agosto, fuímonos (nos relata) a tener la noche en la ilesia, que para el cansancio grande que llevá-bamos no quisiéramos tenerla en vela».

Ello fué la noche del 30 de junio de 1568.

¿Fué jueves ese día? Holgáramos de saberlo; quizá el corazón de fuego de Teresa hiciera ante el Sagrario la «Hora Santa», consolando a Jesús en su agonía bajo los olivos del Huerto y ofreciéndole el consuelo de la virtud de los Descalzos. ¡Qué misterio de amor el de esa noche de Teresa en la parroquial de Mancera!

Mostráronle quizá los ángeles, durante el sueño, pasada la media noche, las flores maravillosas de ese nuevo convento que había de llamarse de Nuestra Señora del Monte Carmelo y en que, como dice donosamente el P. Evaristo de la Virgen del Carmen en su bella vida del Santo, comenzó aquella tarde a tirar planes como el arquitecto más ducho con la rapidez de su acción, siempre vibrante y pronta.

Gustáramos de oír las palabras gozosas de Teresa, cuando en la Cuaresma de 1569 «fué regalada allí a modo del hiermo, con más refección espiritual que corporal, y decía: «no nos hartábamos de dar gracias al Señor».

Camino de Peñaranda retornamos, mohinos y pensativos, ante esa humildad del Santo impresa en sus recuerdos materiales.

Fontiveros, Duruelo...

Pero, en el fondo del alma, quedamos un sedimento de mística frescura, un leve poso del mosto de las celestiales *bodegas*.

Nuestra mirada se pierde vaga en la dilatada llanura, en los rastros húmedos, en los largos surcos labrados, donde germinan los granitos de candeal, en las encinas grises y achaparradas de las suaves ondulaciones del terreno.

Y sentimos un poco la fecundidad de la desolación y de la nada.

El crepúsculo enciende en llamas allá a lo lejos a las torres de Madrigal y Peñaranda, y el viento de la tarde empuja por las veredas azules del cenit opalino la silueta alargada y fugitiva de una nube escarlata.

Pensamos involuntariamente en el carro de Elías, pasando por el nuevo desierto, en que el sucesor de su estirpe haría caer sobre la sequedad de las almas el agua de la «fonte escondida».

Dice Ernesto Hello «que la Orden del Carmelo se fundó sobre una piedra puesta por Elías, y en la lontananza de los siglos San Juan y Santa Teresa se preparaban; y cuando el fuego del cielo cayó sobre el sacrificio del profeta, una mirada, más profunda que la nuestra, hubiera visto resplandecer aquella predestinación eterna, llena de coronas y reflejos, de relámpagos y truenos».

Volvemos la cabeza para contemplar estos parajes santificados por los pasos de Teresa y de Juan.

Sobre el vallecico de Duruelo, en lo alto de los cielos, flota una nubecilla blanca, como antaño sobre el monte Carmelo: la nubecilla, figura de la Virgen.

Y en torno de ella se enguirnaldan grupos de nubes, como un revuelo de capas blancas.



Le llevó de su mano

Es la prenda del mundo que más esímo.

S. JUAN.



OR concertar hechos indubitables y la interpretación literal de la *Cautela*, con que se ha marcado con hierro candente al corazón de Fray Juan, llegan algunos de sus biógrafos a afirmar algo que nos parece monstruoso.

Oigamos al P. Jesús de José María:

«A este mismo afecto de humildad tocan las ganancias que hacía de esta virtud con un hermano que tenía en Medina del Campo, llamado Francisco de Yepes, muy rico de virtud, pero tan pobre de bienes temporales, que le sustentaban de limosna. A este hermano enviaba a llamar nuestro Santo de cuando en cuando a las casas donde era prelado, particularmente en las que él recibía mucha honra de seglares, como en la de Segovia y Granada. Y cuando le veía llegar con su capa raída y deslucida persona, como de hombre que no tenía juro ni rentas, y que trataba más de ser virtuoso que bien compuesto, se alegraba tanto de verle, como otro se alegrara de ver un hermano con gran ostentación de galas y criados.

Esta alegría que con la venida del hermano mostraba, le nacía, no tanto del vínculo de la carne y de la sangre, porque tenía el corazón muy libre de todas las aficiones humanas, sino de la oca-

sión que tenía para hacer con él muchos actos de humildad de los que más rehusa el desvanecimiento humano, aún después de haberse vestido una mortaja para morir al mundo.

Y así, en viniendo al monasterio algún caballero u oidor a visitar al Santo, luego le ponía delante a su hermano con su hábito pobre, sin consentir que se le mudase, aunque estuviese muchos días en el Convento.

Y templando con esto la mucha honra que todos le hacían, decía al que le visitaba: «Conozca vuestra merced a mi hermano, que es la prenda del mundo que más estimo».

Si había alguna obra en el convento, le ocupaba en ella o en la huerta con los demás peones, particularmente en el tiempo que presidió en el convento de Pastrana; y cuando el Duque le iba a visitar, sacaba a su hermano de donde andaba trabajando, para que el Duque le conociese, diciéndole quién era y que trabajaba de peón para sustentarse. Por esta ocasión que tenía en su hermano para humillarse, holgaba mucho tenerle consigo, y cuando se iba lo sentía notablemente, como codicioso mercader de las ganancias del cielo, porque le faltaba ocasión tan propia de hacerse rico de estos bienes».

¡Cuán falsa y reforcida es la labor comentadora del escritor Descalzo, bajo la sugestión de la *Cautela!*

Y, sin embargo, a pesar suyo, los hechos y palabras narrados desbordan de ternura hacia el hermano, a pesar de ser pobre, no por ser instrumento de ejercer la humildad.

No es cierto que Francisco viviera de limosna: hasta el final de su vida trabajó en el telar de sus padres tejiendo tocas y buratos. Nos lo dicen él mismo y los testigos en las *Informaciones*.

El alma heroica de Fray Juan supo desnudarse de todo: supo quitar el corazón de todo lo que significan intereses de tierra; pero amó intensa y efusivamente a su Madre y Hermano.

Ya le vimos llevándoles a Duruelo y asociándoles a los primeros días de la Reforma, con una cooperación moral y material.

No obedecieron las llamadas de Francisco de Yepes a aquellos motivos penitenciales para una ostentación humillante, bien poco digna del noble carácter de Fray Juan.

De una de ellas, la de Segovia, podemos afirmar el motivo: habían muerto Catalina y los hijos todos de Francisco, y quiso consolarle.

Quizá otra de las llamadas fué al perder a su esposa Ana Izquierdo.

Dos veces nos relatan esa estancia en Segovia los *Papeles* de Francisco de Yepes, quien siempre habla de sí en tercera persona. (M. 8.568, f. 371 al 379).

Hay tal emotividad en ambas narraciones, que no podemos resistir a copiarlas:

«Fué elegido prior de Segovia y envió a llamar a su hermano por una pasqua: después de aver estado allí algunos días, dijo el hermano que se quería ir. Entonces respondió él que no tuviese tanta priesa, que no sabía cuándo se bolverían a ver, y así se quedó allí otro poco de tiempo.

Una vez, acabando de cenar, tomó el Padre a su Hermano *por la mano*, porque comía y cenaba con él y le daba una celda dél solo, y así le llevó, como tengo dicho, *de la mano*, a la güerta, y se sentaron en un senderico, y allí le contó muy grandes maravillas».

«Estando en Segovia le invió llamar, y el hermano fué allá y estuvo algunos días, en los cuales le hacían mucha caridad los frailes por amor de Dios y de su hermano, y siempre comía con ellos y cenaba y se sentaba junto a su hermano y le regalaban mucho y tenían mucha quenta con él; después de algunos días, que estuvo allá, dijo al prior que se quería venir y respondióle:—No tengáis tanta priesa, que no sabéis cuándo nos veremos», y él dijo: «Pues hermano, tengo costa de pagar la cabalgadura»; y respondióle: «No la tengáis». Y así se hubo de pasar otros pocos días, y después se despidió de él y le dió dineros para el viaje».

«Le llevó de su mano, en acabando de cenar, a la huerta, y se sentaron en un senderico, y allí le fué contando maravillas».

Testigo de mayor excepción, Francisco de Yepes, ¡cómo desvanece la leyenda negra de la dureza de corazón de su hermano! ¡Cómo le rodea éste de las mayores honras y cuidados! ¡Cómo le prodiga ternuras!

Recuerda, sin duda, cuando, camino de Arévalo y de Medina, llevóle de la mano Francisco por las largas veredas desoladas.

Quien haya dormido alguna noche, como nosotros, en la hospedería de un Desierto del Carmen, sentirá la sugestión del relato de la primera noche que reposara Francisco en el Convento:

«Quando se acostava, oya el hermano a un fraile, que andaba

tañendo con una esquilica y decía unas palabras: —Hermanos, quidemos nosotros de Dios, que él quidará de nos. Y así pasaba todas las celdas diciendo a cada uno estas palabras. Y otra noche oya de otra manera y decían:—Hermanos, velemos por que no nos coja la muerte. Y iba de la misma manera por todas las celdas diciendo esto mismo, y otra noche decían: —Hermanos, el iugo de Dios es suave; ¿por qué se nos hace pesado?»

Lleguémonos, en la noche, al senderico que sube de la huerta a las Peñas Grajeras; sentémonos, como ellos, en la dulce paz de una noche de estrellas segoviana, y oigamos las dulces fraternas confidencias.

Fray Juan rompe el silencio heroico de su vida, para referir a su hermano «muy grandes maravillas».

Es la primera la aparición de Catalina Alvarez y de una hija de Francisco (gloriosos), que llena de celestial consuelo el pecho del virtuoso tejedorcito de Medina.

Leamos en la «Vida y virtudes del Venerable Varón Francisco de Yepes», de Joseph de Velasco (Lib. I, cap. 8), el sugestivo relato de este prodigio.

Hay una dulce emotividad en esa Madre acompañada, como en vida, por la nieta mayor, y en ese diálogo encantador entre Catalina y su hijo sobre Gonzalo de Yepes y el idilio de amor de los esposos, coronado por frutos tan hermosos.

¡Cómo loa Fray Juan a Catalina y se regocija de aquella boda que tanto enojó a los Yepes de Toledo!

«Estando aquí en Segovia el venerable Francisco de Yepes ocupado con su hermano en las celestiales pláticas, en que acostumbraban pasar el tiempo, un día se les apareció su dichosa madre que avía muerto el año de 1588 en Medina: *venía acompañada de una Nieta* suya, hija de Francisco de Yepes, que de edad de cinco años avía pasado desta vida: ambas venían vestidas de la mucha gloria que en el cielo poseían. Dióles su madre a los dos cuenta de la mucha gloria que tenían. Después, volviendo la plática a su marido, añadió: Vuestro padre, por ser de gente principal i rica, pudiera vivir en este mundo en riquezas y estima, i por casar conmigo, pobre, vivió pobre, mas estúvole esto mejor para su salvación.

Entonces dixo el sto. p. Fray Joan a su madre: —Dichoso fué mi padre en escoger por muger a persona por quien le vino tanto

bien a él, y alegría y gozo al cielo por sus hijos; pues el uno tiene allá siete hijos, y el otro tiene i tendrá allá hijos espirituales, sin número, que en muchos monasterios en diversos reinos, sirvieron, sirven i servirán para siempre a Dios, que importa más que los tesoros i nobleza del mundo. Rematóse la visión con oír los dos una concertada música, tan alta y suave, que dexó sus almas llenas de gozo con que volvieron de sus raptos. Entiéndase, por lo que de aquí adelante se vió en nro. sto. padre, que su madre i sobrina le anunciaron su muerte».

Es la segunda maravilla el éxtasis dulcísimo en que floreció el lirismo, enamorado de aquella poesía que comienza:

«Entréme donde no supe...»

Es, finalmente, aquella maravilla, en que al agua fuerte se dibuja esa tonalidad fundamental de Fray Juan, que formula en bello latín epigráfico la hoja biográfica del Santo (M. 12.738, f. 1.193):

«Pati et contemni vir sanctus exposcit, impetrat, sustinet. Aperuit ad mysticæ sapientiæ praxim Crucisque mortificationem modum ac viam».

«Sucedióle (Vida del P. José de Jesús María) en este tiempo que, estando una noche en la iglesia, a la hora que todos los religiosos reposaban, se fué a un altar donde estaba un Cristo con la cruz a cuestras, imagen con quien él tenía particular devoción. Y estando allí oyó una voz de hacia el Cristo que le dijo: «Fray Juan, ¿qué premio quieres por lo que me has servido?»

Era poco llevado su espíritu de visiones y revelaciones sensibles, en que sabía que podía haber muchos engaños, y así no se dió por entendido a la primera vez, antes volvió a mirar si había alguno por allí, cuya pudiese ser aquella voz.

Volvióla a oír otras dos veces, sintiendo en el alma los efectos que las operaciones divinas suelen hacer en ella, y entonces respondió a la Majestad infinita: «No otro premio, Señor, sino trabajos y menosprecios que padecer por Vos».

Escogiendo, no como Santo Tomás, el objeto de la bienaventuranza, que es el mismo Dios, sino las afrentas y trabajos con que Cristo nos la ganó.

O padecer o morir, dice Santa Teresa; sólo padecer pide San Juan de la Cruz.

En la «Subida del Monte» (Lib. I, Cap. XIII) traza Fray Juan las reglas de su vida:

«Procurar siempre inclinarse, no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto; no inclinarse a lo que es descanso, sino a lo más trabajoso; no a lo que es consuelo, sino a lo que no es consuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a lo que no es querer nada; no andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y fraer desnudez y vacío y pobreza por Jesucristo de cuanto hay en el mundo».

¡Dulce halago a sus ansias de unión con Dios la oferta prodigiosa!

Fray Juan, llevado de ellas, pudo pedir la muerte; pero su heroica voluntad no vacila. Su amor prefiere el padecer por el Amado, a gozarle sin velos para siempre, con galardón eterno. Con audaz gallardía afronta su serena energía la calle de Amargura.

En este instante compartimos el general temor que inspira el Santo ante tal holocausto.

Pero hay algo más espantable y más sublime.

Fray Juan recela que no ha sido atendida su generosa ofrenda.

En la narración de Francisco cuaja el recelo en una frase trágica, que revela el substratum del alma de Fray Juan.

Relata la aparición y la divina oferta, y dice (M. 8.568, f. 379):

«Respondí: Pues, Señor, lo que yo os pido es que todos me desonren y no hagan caso de mí, y *el Señor, por su bondad, volvió la hoja, porque todos me hacen mucha onra*».

Pronto había de coronarle Jesucristo de cruentas espinas.



Mancera, Pastrana y Alcalá

Del lejano horizonte lentamente surgen
nuevas estrellas.

L.



SOLO dos frailes tenía para su Reforma de Descalzos la Madre Fundadora.

Ya no es el *fraile y medio*; el *medio fraile* le aparecía muchos codos más alto que su menuda figurilla.

Adivinaba el aguilucho bajo las alas pardas de la calandria.

Hallábase la Madre en Madrid en el Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles con D.^a Leonor Mascareñas.

Oigamos a la Santa:

«Esta Señora me dijo que se holgaba viniese a tal tiempo, porque estaba allí un ermitaño que me deseaba conocer, y que le parecía que la vida que hacían él y sus compañeros conformaba mucho con nuestra regla.

Yo, como tenía sólo dos frailes, vínome el pensamiento que si pudiese que éste lo fuese que sería gran cosa, y así le supliqué que procurase que nos hablásemos.

Posaba en un aposento, que esta señora le tenía dado, con otro hermano mancebo, llamado Fr. Juan de la Misericordia, gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo.

Pues comunicándonos entrambos, me vino a decir que quería ir a Roma».

¡Pleito bien peregrino el que el tal ermitaño pretendía negociar con el Papa!

Llamábase Mariano de Azzaro; era italiano, y su vida una novela de aventuras.

Estudió en Roma Humanidades, Jurisprudencia y Matemáticas; en todo ello sobresalió notablemente.

Fué poeta, ingeniero y diplomático. Los Padres del Concilio de Trento le enviaron con importante misión a Polonia, donde fué consejero de Catalina de Austria, esposa de Segismundo II.

Luchó en la batalla de San Quintín al lado de las huestes de Felipe II.

Una acusación calumniosa de asesinato le hizo sufrir años de dura cárcel.

Vino a España con el joven Príncipe de Sulmona; estuvo unos días en la Corte y se refugió en el desierto de Tardón, haciendo vida de ermitaño con Mateo de la Fuente durante ocho años.

Tuvo gran fama de ingeniero: por orden del Rey Felipe hizo estudios sobre la navegación del Guadalquivir y sobre la canalización del Tajo en Aranjuez. En las cartas de la Madre Teresa, más de una vez se habla de que se le solicitaba para obras hidráulicas en Conventos de varias Ordenes.

Juan Narducci, nacido en Casarciprán de los Abruzzos, tuvo también vida de azares y aventuras. Fué lego franciscano: dejó el hábito y marchó en peregrinación a Santiago de Compostela; a la vuelta se detuvo en Palencia como aprendiz de imaginero: de allí marchó a Jaén y se hizo ermitaño.

Supo de Mariano de Azzaro, a quien sirvió en Italia, y se pasó al Tardón, fugándose luego al ermitorio de Jaén.

Fué a buscarle Mariano y le llevó consigo a Madrid y Aranjuez.

D.^a Leonor Mascareñas, que les dió hospedaje en la Corte, al saber las aficiones al arte del Narducci, logró que entrase en el taller del pintor de S. M. Alonso Sánchez Coello.

Este es el famoso Fray Juan de la Miseria, que pintó en Sevilla aquel retrato de la Madre que hizo exclamar a ésta: «Dios te lo perdone, Fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa».

Por decisión del Concilio mandóse reducir a los ermitaños a

que entrasen en Ordenes religiosas; Azzaro pretendía que se excluyera a su amado refiro de Tardón, a cuya ermita de San Onofre acudían muchas personas graves en demanda de consejo y ejemplos.

Entre ellas destacaremos una vigorosa y saliente personalidad: la de Nicolás Doria, noble y opulento genovés, que por Azzaro vino a los Descalzos y en sus destinos tuvo singular influencia.

Examinó la Madre en esencia y detalles la vida eremítica de Tardón: «parecióme, nos dice, cuando le vi, el retrato de nuestros Santos padres».

Repitese en el locutorio de los Ángeles la escena del locutorio de Medina; persuádele que en su Orden hallará el ideal de vida para servir a Dios.

«Me dijo que pensaría en ello aquella noche».

Y lo pensó y lo hizo; a poco, él y su compañero tomaron el hábito de sayal con los nombres de Ambrosio de San Benito y Juan de la Miseria; la Madre sigue llamándole muchas veces el Padre Mariano.

Estos fueron los fundadores de Pastrana en una ermita, que con un palomar y unas cuevas donó Ruy Gómez, el esposo de la célebre Princesa de Eboli.

Los dos primeros frailes salieron de los vergeles del Carmelo; los dos segundos, extranjeros de origen, ensanchaban la esfera de influencia.

Por una extraña maravilla, aquellos aventureros traían a los Descalzos el austero perfume espiritual de la vida eremitaña y solitaria para fundirse con las azucenas del Carmen.

Fray Juan, Maestro de Novicios en Mancera, parece que lo fué también algún tiempo en el convento pintoresco de Pastrana.

Lo cierto es que, años después, con el carácter de Vicario, por estar ausente el Prior, envióle la Madre a enderezar el exceso de mortificaciones y otros santos desmanes de los Descalzos de Pastrana, debidos al celo exagerado del Maestro de Novicios Fray Angel de San Gabriel. Creyóse éste obligado a introducir en el convento los mayores rigores que leía de los monjes de la Tebaida y antiguos solitarios.

Alabando su celo, puso coto a esas deformaciones de la Regla e impuso las Constituciones redactadas por él y Fr. Antonio de Heredia en los primeros tiempos de Duruelo.

Recurrió Fray Angel a la Madre, y ésta pidió consejo al Maestro Fr. Domingo Bañez, catedrático de Prima de Teología en Salamanca.

El insigne Dominico, tan amante de la Reforma, en una carta admirable aprueba la orientación de Fr. Juan y condensa el espíritu y la ascésis de la Reforma.

Juan de la Cruz es bien distinto, visto de cerca y siguiendo sus pasos, del fraile que vió Huysmans «en la meta del camino, terrible y ensangrentado y con los ojos secos».

Ábrese entonces el Colegio carmelitano de San Cirilo en la Universidad de Alcalá de Henares.

La obediencia le manda que vaya a presidirlo. Hubo en ello intuitiva comprensión de la alta misión del primer Descalzo: el fijar, sostener, depurar, fomentar y robustecer el espíritu de la Reforma.

A esa misión dedica su vida entera de religioso, y por ella en las contiendas de extraños y propios pudo quedar incólume y fecundo el ideal de la Orden.

De este período es su famoso y profundo refrán: «Religioso y estudiante, el religioso delante».

Del vivero glorioso de San Cirilo surgieron los talentos que tanto ambicionaba Teresa.

«Era mi intento que entrasen buenos talentos, que con mucha aspereza se habían de espantar...», escribe a Fr. Ambrosio de San Benito (Mariano Azzaro) en 12 de diciembre de 1576.



La Encarnación

La más alta, inefable y gloriosa joya de luz fundida,
como España, en el crisol ardiente de Castilla.

MANUEL MACHADO.



UN misterio de luz interior planea sobre esos cinco años (1572-1577) en que Fr. Juan fué confesor de las Monjas de la Encarnación.

Diez años hacía que la Madre Teresa salió de aquel Convento, cuando la obediencia le impuso que retornara por priora. De derecho seguía perteneciendo a él, aunque el P. Rubeo y el Nuncio Crivelli la habían autorizado a morar en cualquiera de los Conventos que fundara.

¿Fué un destierro forzoso y un expediente para atajarla en su camino? Lo presintió la Madre, y al arribar a Avila refugióse primero en el Convento de San José, y en 13 de julio de 1571 renunció a la Mitigación y profesó la Regla primitiva. Aseguró con ello su condición canónica y la continuación de su empresa.

Asistieron al acto el P. Mariano, Fr. Juan de la Miseria, Francisco de Salcedo, Gonzalo de Aranda y Julián de Avila.

Sobrado conocida es la hostilidad con que la Madre fué recibida por sus antiguas compañeras. Sus cartas rebosan amargura; hasta el país natal, tan añorado «con los soles de Andalucía», la deseada «tierra de promisión», le sienta en forma que le hace escribir a D.^a María de Mendoza (7 de marzo de 1572): «a mí me ha

probado la tierra de manera que no parece nació en ella». La acongoja la soledad espiritual: «y déjame sin confesor, y tan a solas, que no hay con quién tratar cosa para algún alivio, sino con todo miramiento». Y con estas congojas y amarguras comienza una lucha de seis meses para restablecer la disciplina, un tanto relajada, y la disipación de los espíritus por la excesiva comunicación con las gentes del siglo. Téngase en cuenta que había unas ciento ochenta monjas, muchas de ellas ancianas, y por tanto difícilmente reducibles a un nuevo orden de cosas. Añádase a todo ello que una extraordinaria penuria agobiaba al convento.

«Apretarlas en lo exterior y no tener quién en lo interior las ayude, es gran trabajo», escribía la Madre.

«Como ya tenía abundancia de frailes Descalzos, refiere Julián de Avila, parecióle que en un Monasterio como el de la Encarnación, a donde había tantas almas que, si las pusieran por confesores Descalzos que las animasen a guardar mayor perfección, sería de gran servicio de Dios». Negoció el asunto el buen Julián con el visitador Fr. Pedro Fernández, dominico de gran prudencia y santidad, y «aunque el Padre entendió la dificultad que había de parte de las monjas, como de los Padres del Carmen, que lo habían de tomar pesadamente, con todo esto me dió la licencia, y yo la traje, y vi a la santa Madre, y en muy poco tiempo dió traza que viniesen dos frailes descalzos: Fr. Juan de la Cruz y Fray Germán de Santo Matía».

«Tráigoles por confesor un Padre que es santo», decía (Memorias historiales, I-46) jubilosa a sus monjas.

Florecieron en la huerta de la Encarnación las primeras rosas del mes de mayo de 1572, cuando los pasos menuditos y firmes de Fr. Juan resonaron en las losas del zaguán, y la campana del toro, en son de fiesta, hacía saltar de gozo al corazón de la Madre.

Reía el sol por los ventanos del locutorio grande y reían los ojos de Teresa. Llegaba «el hombre celestial y divino», de quien decía: «que no había hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto afervore en el camino del cielo».

Dándose la mano, escribe D.^a María de Pinel, la Madre Teresa, en el gobierno, y Fr. Juan de la Cruz, en el confesonario, criaron espíritus admirables y mujeres insignes, las cuales, consagradas a la virtud, pasaban su pobreza con suma alegría».

Si tuvo la ilusión de reformar el convento en su Regla, no la

realizó; pero sí en la vida espiritual: «está la Encarnación que es para alabar a Dios», escribía al P. Gracián en diciembre de 1576. «Gran provecho hace este Descalzo», le decía a su hermana.

Pero hubo algo grande, a lo que cuadran bien los versos sonoros que Machado dirigiera a Zorrilla.

En esos cinco años de interacción de aquellas dos almas excel-sas, en el crisol ardiente de Castilla, se fundió la más alta, inefable y gloriosa joya de luz: la Mística de Teresa y de Juan de la Cruz.

Cuanto más avanzamos por las sendas del *santico*, nos convencemos más que no cabe estudiar, en nuestro humilde juicio, sus vidas aisladas, si se quiere penetrar en su esencia, por distintas que sean sus rufas en la Mística.

¿Quién ejerció en el otro su predominante influencia?

Lo dijimos: un misterio de luz interior, de reverberación y de reflejos, planea durante estos cinco años en el confesonario y en el locutorio del Convento de la Encarnación.

Recordemos la irradiación del espíritu de Francisco de Asís en Santa Clara; ésta era trece años más joven.

Santa Teresa tenía veintisiete más que Fr. Juan; era la Fundadora; la rodeaban todos los prestigios de santidad y humanos.

Y, sin embargo, el *medio fraile*, en los primeros días de convivencia en Río de Olmos con la Madre, ya la resiste y sostiene discusiones con ella. «Aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos...», escribe la Santa desde Valladolid.

Como los grandes caracteres, el carácter de Fr. Juan no consistía en un conjunto de cualidades y energías, sino en la unidad absoluta del principio interno de la conducta y de la orientación de los actos. Era también como esos prodigiosos pasionales unificados que parece que no tienen pasiones; pero que son una pasión viviente siempre en tensión y siempre insatisfecha.

Humilde como el más humilde de los donados, se yergue lanza en ristre el famoso *Venturero* (aventurero) del «Desafío espiritual», en cuanto afecta a su misión gloriosa; el conservar el espíritu de la Reforma del Carmelo.

Entonces es, como dice Baruzi, «el maestro que trasmite una doctrina»; cuádrale bien aquella invocación del Dante: *¡Tu duca, tu signore, tu maestro!* ¡Tú guía, tú señor y tú maestro!

Santa Teresa en el «Vejámen» aprovecha la ocasión para con-

tradecirle; donosamente, sí, pero con un sincero acento de rebeldía.

Fray Juan, sin duda, quiere desnudar al alma de la Madre de lo sensible en la vía espiritual. Llega a nosotros la ardiente queja de Teresa: «estando en la Encarnación el segundo año que tenía el priorato, estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz, que me daba el santísimo Sacramento, para otra hermana. Yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar el Señor entero, aunque fuese muy pequeño pedacico».

En este lamento enamorado de Jesús-Hostia, se formulan los caracteres místicos de ambos santos.

Temblando de emoción nos postramos junto al Comulgatorio: leemos en un cuadro: «Comulgando en este sitio Santa Teresa en la Octava de San Martín de 1572, le dijo el Señor: «Mira este clavo en señal que serás mi esposa desde hoy. Mi onra es la tuia y la tuia la mía». Fué este maravilloso desposorio espiritual momentos después de partir la Forma y darle la Comunión Fr. Juan.

Pero aún en esta austera formación con que Fr. Juan modelaba a la Madre, surge frecuentemente el alegre donaire de ambos santos. Refería la Madre que, confesándose con él, le dijo que con el amor que le tenía no le trataba con el respeto debido, y que él, fingiéndose grave, le respondió: «Enmiédese en eso, hija». Contaba esto con mucha gracia, añadiendo que sentía que en tal razón la tuviese por hija y la llamase así, como tenía y llamaba a otras monjas». En el Proceso de Avila declara la Madre Isabel Bautista, que «estando un día con ella, Fr. Juan de la Cruz la dijo en presencia desta declarante, por mortificalla: «Cuando se confiesa, Madre, se disculpa sutilísimamente», lo cual recibió la Santa con tan gran alegría, que mostró bien el contento que le daba cualquier persona que le dijese sus defectos».

Dado el temperamento espiritual de ambos, eran lógicas las diferencias de criterio sobre el camino de la Mística. Y, sin embargo, hablando un día sobre el Misterio de la Santísima Trinidad, cayeron los dos en éxtasis. Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa, entró en el locutorio para pedir una licencia. Estaba de rodillas, asida a reja, y el Santo con silla y todo junto al techo. «No se puede hablar de Dios con mi Padre Fr. Juan, porque luego se traspone o hace trasponer», decía con frecuencia la Madre.



Retrato de San Juan de la Cruz.
(Pintura del siglo xvi, en el convento de Segovia).



El Paño y el Sayal

Tradidit mundum disputationibus eorum.
(Eclesiástico).



LINOCENTE sangre de hermano fué la primera sangre vertida sobre la tierra desolada.

El segundo pecado de los hombres fué un odio fratricida: triste semilla que a través de los siglos germina y brota y grana en discordias y guerras. Como germina y brota y grana la rebeldía del primero con la mentira milenaria que el Enemigo susurra a todo

hombre en los oídos: si desobedeces a Dios, serás grande, sabio, feliz y poderoso. Antaño fué manzana; hoy son otros frutos, brillantes y sugestionadores de apariencia, con la pulpa y el corazón podridos.

Santa Teresa, apasionada por su temperamento y enardecida por la brava contienda, llamaba *los del Paño* a los Calzados.

El paño y el sayal fueron un símbolo de la enconada lucha. Llegóse en ella a un encarnizamiento formidable. Negarlo es falsear la historia, como lo es el juzgar a los Calzados sin profundizar las razones que alimentaron con sus brasas la hoguera.

De la Patente, dada por el P. Rubeo, arranca la génesis de la lucha. En su primera parte autoriza la fundación de dos conventos; en la segunda conmina con las mayores amenazas y penas a los que dieran más extensión a la Reforma.

Fundados los conventos de Duruelo y Pastrana, logró Ruy Gómez de Silva del propio Generalísimo diera licencia para el Colegio de Alcalá. Era la autoridad legítima de Calzados y Descalzos, y los Calzados acataron sus órdenes, ya con algún recelo; pero es lo cierto que los dieron por bien fundados.

Imprudencias terribles, que no aprobó la Madre, acumularon las nubes de tormenta.

La comisión dada al P. Gracián, joven aún, de visitar la provincia calzada de Andalucía, fué la primera de ellas; notoria temeridad que, ajando la dignidad y el amor propio, había de acarrear bien graves males. El Rey, el Nuncio Ormaneta y el Cardenal Quiroga, tan afectos a los Descalzos, obligaron a Gracián a poner en obra la peligrosa comisión.

«Rehusaba mi flaqueza, dice el P. Gracián, temiendo la muerte, que infamias y afrentas ya las tenía tragadas».

La violencia del lenguaje da fe del apasionamiento de ambas partes.

En los Calzados predominaban los hombres graves, de gran virtud y doctrina. A todas horas y en todas formas se hablaba de que la Reforma aspiraba a mayor perfección; era una acusación palmaria contra los que profesaron la Regla mitigada y en ella vivían espiritualmente satisfechos. Tea terrible de discordia entre los que de derecho eran hermanos.

Un error geográfico de la Madre Teresa la malquistó con el General de la Orden. Tenía prohibido fundar en Andalucía y lo hizo en Beas, juzgando que la villa aún pertenecía a Castilla.

Exacerbados los ánimos por todo ello, que juzgaban notoria desobediencia al General, se reunió en Plasencia de Italia el Capítulo General en 21 de mayo de 1570.

A él no asistió ningún Calzado español: los temporales retrasaron la llegada del P. Martín García.

«Probablemente, escribe el P. Benito María de la Cruz Zimmerman, si Martín García hubiese llegado a tiempo al Capítulo, habríase cambiado toda la historia de la Reforma, porque no puede haber duda de que él era portador de cartas del P. Angel de Salazar sobre este asunto, y nosotros sabemos que el P. Salazar estaba en el fondo conforme con la Reforma, y que era, además, protector de Santa Teresa. De pequeños accidentes pueden seguirse consecuencias trascendentales».

Decretó el Capítulo que se declarara a los Descalzos apóstatas y descomulgados, dice María de San José, y mandaron se deshicieran todas las casas fundadas, después de las tres creadas con licencia, y que se obligara a los antiguos profesos a volver a la Orden de la Observancia y a la Santa Madre a encerrarse en el convento que eligiese, retirándole las patentes y comisiones que tenía para fundar.

Se ordenaba que Descalzos y Descalzas se calzasen y cantasen «por punto» y otros detalles parecidos.

Por la exaltación de la Madre puede juzgarse de la exasperación de apasionamientos que se encendiera en todos.

En todos menos en Fr. Juan; víctima principal de las persecuciones, padeció recia cárcel y terribles vejámenes materiales.

Permaneció impasible: ni una lamentación, ni una queja. Antes bien, excusó la conducta de los Descalzos y calló cuanto pudo sus torturas.

El Capítulo de la Moraleda de los Calzados, para dar cuenta de los Decretos de Plasencia, fué una declaración de guerra contra los Descalzos, previamente excluidos del mismo.

Los Descalzos se reúnen a su vez, por defenderse, en Almodóvar del Campo, a 8 de agosto de 1576.

Después de tratarse de las terribles circunstancias y de resolver afrontarlas con resignación y fortaleza, se planteó un problema trascendental, que había de provocar más tarde muy enconadas diferencias en el seno mismo de los Descalzos: Si en la Orden había de prevalecer la vida contemplativa o combinarla con la activa de predicación y confesiones.

Gracián era de esta opinión; «hay espíritus, dijo, que les parece que toda la perfección carmelitana consiste en no salir de una celda, ni faltar un punto al coro, aunque todo el mundo se abra».

Fray Juan, tratándose del espíritu de la Obra, se alzó resueltamente, sosteniendo la preferencia de la vida contemplativa. «Habló, dice la Crónica del Carmen, tan fervorosamente en el caso, que los presentes echaron de ver que algún impulso superior le movía».

Mientras tanto, el P. General enviaba al P. Jerónimo Tostado a ejecutar los decretos de Plasencia.

Y en la noche del 3 al 4 de diciembre de 1577, un tropel de gente armada asaltaba la casita del Convento de la Encarnación y prendía a Fr. Juan y a su compañero Fr. Germán.

Recordaba el suceso, dicen algunos testigos en las *Informaciones*, la prisión de Nuestro Señor en el Huerto.

Y después de azotarle, le vistieron hábito de calzado. ¡Era el Maestro!

Si él flaqueaba, fácilmente se derrumbaría la obra de la Reforma.

En esos momentos de pasión, al quitarle a la fuerza el hábito de sayal, mostraban claramente el propósito de asolar la más firme columna de la combatida Descalcez.

No pensaron que era preciso calzarle el corazón: y éste era de acero en sus propósitos.

Las dos banderas del Paño y el Sayal, aún en su parte material, enardecieron tanto los ánimos, que el primer cuidado de Fray Juan y de las Monjas de Toledo, al escapar aquél de la prisión, fué quitarle el hábito de calzado, vistiéndole de clérigo, mientras las monjas, a toda prisa, le cosían el hábito de descalzo.

El bello hábito que, en su humildad y en su pobreza, tiene la atávica elegancia aristocrática del espíritu de la Madre Teresa.

¿No os fijasteis en los graciosos pliegues hieráticos de la caída de la capa, en las liliales transparencias de su blancura, que recuerdan las nobles tintas de Zurbarán al pintar sus maravillosos frailes extáticos?

Algo como un reflejo de azucenas sobre las pardas tierras pa-niegas.

Las cartas de Teresa vibran de indignación en la lucha: aun cuando escribe al Rey, no escapan los contrarios de los más duros dicterios.

Cuando Gracián, atemorizado, vacila, la Madre, que dijo de él que parecía poseer siete almas, le increpa y le acusa de tener menos ánimo que una mosca; y el Conde de Tendilla, su pariente, le amenaza con clavarle su daga si abandona su hábito de descalzo. ¡Tal se exasperan los ánimos entre los amigos de la Reforma Teresiana!

Sólo camina imperturbable la figurilla escuálida y maltrecha de Fr. Juan de la Cruz.



Alaridos de madre

Ex foto corde.



ERÍA la del alba cuando la mandadera del Convento de la Encarnación subió anhelante por el repecho de la cuesta de la puerta del Mariscal para llevar a la Madre la nueva de la prisión de Fr. Juan. Pasado el arco, santiguóse devotamente ante la Cruz del Humilladero, tomó la calle de Bracamonte y alborotó al Mercado chico, contando a gritos los temerosos lances de la noche pasada. Siguió por junto a la parroquial de San Juan, donde la Santa fué bautizada, y al Mesón de la Fruta y se internó corriendo por las callejas y el Mercado grande, hasta llegar a la plazuela solitaria del Convento de San José.

Tocó a rebato la campana del torno; vibró inquietante la alarma por las celdas y el claustro, y sobresaltada la Madre acudió al locutorio.

En la ciudad, medio dormida aún, corrió la noticia como un reguero de pólvora inflamada, como una racha súbita y violenta del ábrego otoñal.

Presto acudieron al locutorio Julián de Ávila, Gonzalo de Aranda, Francisco de Salcedo, Gaspar Daza, los leales amigos de la Madre Teresa. La mandadera, con voz entrecortada, relataba llorando

los atropellos de Fr. Juan y de Fr. Germán de Santo Maffia. Los que acudieron luego, referían que el escándalo en la ciudad era grande.

Las manos de la Madre, agarrotadas a la reja, se crispaban con temblores de indignación y de dolor.

—¿Nadie osaba libertar a los presos y atajar el desmán de los del Paño?

Un silencio humillado contestó con una negación afligida: las frentes se abatían.

—Quizá el corregidor, insinuó a media voz la Madre, espiondo con ansia las miradas de los que en el locutorio se agolpaban mudos y consternados.

Una sonrisa equívoca y amarga de Gonzalo de Aranda la recordó que los regidores la eran hostiles.

Llegó un testigo presencial, y dijo que Fr. Germán iba sangrando. Bien sabía la Madre que no tendrían piedad de ellos. La figurilla del *medio fraile*, «tan flaco agora de lo que había padecido», se le representó en sus angustias y temió por su vida. Los latidos del corazón de Teresa llenaban el locutorio de acongojados estertores.

Todos callaban conmovidos; en los ánimos se agigantaba ese pánico que siembran en las multitudes la vista del primer soldado enemigo, el estallido del primer disparo, el espanto del primero que cae herido.

Tras de la Madre, en el fondo oscuro de la reja, se agolpaban aterradas las monjas, con los velos negros echados sobre las caras pálidas. Se agitaban los velos blancos de las novicias azoradas.

Por la ventana alta, la luz lechosa y lívida de la mañana luchaba débilmente con la penumbra del locutorio, envolviendo los rostros con halos trágicos y acentuando las cárdenas ojeras.

Algunos, con ese extraño desasosiego de los que velan una agonía, entraban y salían por el estrecho y húmedo pasillo que comunica con el patio. En el muro encalado del pasillo había y aún hay un cuadro bien macabro: junto a un cadáver, un esqueleto, envuelto en un sudario, leía y sigue leyendo un libro. Un ventanuco, a ras del techo, aviva sus ocre violentos y sus sombras.

Desalada llegóse D.^a Guiomar de Ulloa, confesada de Fr. Pedro de Alcántara y a la sazón de Fr. Juan: «la mi compañera» de la Madre.

Francisco de Salcedo, anonadado en un frailer, apoyaba los

codos en los brazos del sillón y la frente en las manos enlazadas. Ni hizo ademán de levantarse al llegar la de Ulloa el buen hidalgo de tan extrema cortesía.

El ánimo varonil de la Madre Teresa venció a su abatimiento. Con voz un tanto velada, pero serena y firme, dijo a los circunstantes:

—Encomendemos el negocio al Señor.

Fuése a la reja del coro bajo y se hincó de rodillas. Del coro alto bajaban gemidos y runruneos de plegarias.

No lloraban sólo la suerte de los Descalzos presos; presentían que comenzaba una batalla en contra de la Reforma de Teresa. Todas temían caer en la contienda.

Alzóse presto la Madre con decidido arranque. Pidió a la Superiora, Sor Ana de los Ángeles, que le diera papel y plumas. Encerróse en la celda, la humilde celda casta y blanca. Abrió el ventano que daba hacia la huerta, ya soleada y brillante de escarcha. El aire sutil y vivo refrescó su frente ardorosa, mientras buscaba un poco de sosiego contemplando las ermitillas de la huerta, posando una oración ferviente en cada advocación de ellas. Probó las plumas una a una; las buenas plumas de Ávila de que tanto gustaba y que el sobrino la enviaba.

«Mande vuestra merced a Francisco que me envíe unas buenas plumas cortadas, que acá no las hay buenas», escribía desde Toledo a su hermano Lorenzo en 27 de febrero de 1577.

Quizá escogió la misma pluma gloriosa con que cuatro días antes, el 30 de noviembre, después de pedir a sus monjas alabasen mucho a Su Majestad y le pidieran el aumento de su Iglesia y luz para los luteranos (su gran preocupación fervorosa), terminaba el epilogo del «Castillo interior» saliendo de la Morada Séfima con esta frase: «Acabóse esto de escribir en el monesterio de San Josef de Avila, año MDLXXVII, víspera de San Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amén».

Escogió unos pliegos en folio de aquel recio papel de hilo *verjurado*, y con pulso firme, sin hacer borrador, escribió de un tirón a su amigo el Rey Felipe II:

«Ihs.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra majestad, amén.

Yo tengo muy creído que ha querido nuestra Señora valerse de vuestra majestad y tomarle por amparo para el remedio de su Orden; y así no puedo dejar de acudir a vuestra majestad con las cosas de ella.

Por amor de nuestro Señor suplico a vuestra majestad perdone tantos atrevimientos.

Bien creo tiene vuestra majestad noticia de cómo estas monjas de la Encarnacion han procurado llevarme allá, pensando habrá algun remedio para librarse de los frailes, que cierto les son gran estorbo para el recogimiento y religion, que pretenden. Y de la falta de ella que ha habido allí en aquella casa, tienen toda la culpa. Ellos están en esto muy engañados, porque miéntras estuviesen sujetas á que ellos las confiesen y visiten no es de ningun provecho mi ida allí; al ménos que dure, y así lo dije siempre al visitador dominico, y él lo tenia bien entendido. Para algún remedio, miéntras esto Dios hacia, puse allí en una casa un fraile Descalzo, tan gran siervo de nuestro Señor, que las tiene bien edificadas, con otro compañero, y espantada esta ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho, y así le tienen por un santo, y en mi opinion lo es y ha sido toda su vida. Informado de esto el Nuncio pasado, y del daño que hacian los del por larga informacion que se le llevó de los de la ciudad, envió un mandamiento con descomunión, para que los tornasen allí; que los Calzados los habian echado con hartos denuestos y escándalo de la ciudad, y que, so pena de descomunión, no fuese allá ninguno del paño á negociar, ni á decir misa, ni á confesar, sino los Descalzos y clérigos. Con esto ha estado bien la casa, hasta que murió el nuncio, que han tornado los Calzados; y así torna la inquietud, sin haber mostrado por donde lo pueden hacer.

Y ahora un fraile que vino á asolver á las monjas las ha hecho tantas molestias, y tan sin órden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas, que ántes tenían, segun me han dicho. Y sobre todo hales quitado éste los confesores, que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque él tiene mas partes para hacer mártires, que otros, y tiénelos presos en su monesterio, y descerrajaron las celdas, y tomáronles en lo que tenían los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, cómo no siendo perlado, ni mostrando por donde hace esto (que ellos están sujetos al comisario apostólico) se atreven tanto, estando este lugar tan

cerca de donde está vuestra majestad, que ni parece temen que hay justicia ni á Dios. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que há días que lo desean, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran mas piedad. Y este fraile tan siervo de Dios, está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo su vida.

Por amor de nuestro Señor suplico a vuestra majestad mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden como no padezcan tanto con los del paño estos pobres Descalzos todos; que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos, que este mesmo que está aquí, tuvo este verano preso en Toledo a fray Antonio de Jesús, que es un bendito viejo, el primero de todos, sin ninguna causa, y ansí andan diciendo los han de perder, porque lo tiene mandado el Tostado. Sea Dios bendito, que los que habian de ser medio para quitar que fuese ofendido, le sean para tantos pecados y cada día lo harán peor.

Si vuestra majestad no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra. Plega á nuestro Señor nos dure muchos años. Yo espero en Él, que nos hará esta merced, pues se ve tan solo de quien mire por su honra. Continuamente se lo suplicamos todas estas siervas de vuestra majestad y yo. Fecha en San José de Avila á IV de Diciembre de MDLXXVII.

Indina sierva y súdita de vuestra majestad,

TERESA DE JESÚS, CARMELITA».

Esta carta de la Madre Teresa debiera haber figurado como el primer documento probatorio en el Proceso de Canonización de San Juan de la Cruz.

Ante la Majestad Católica del Rey Felipe II declara la insigne Santa, testigo de la mayor excepción, que aquel Fraile Descalzo (el más honroso título de Fr. Juan), «era tan gran siervo de Dios, que tenía bien edificadas a las monjas y espantada a Ávila del grandísimo provecho que allí hizo; que ansí le tenían por un santo, y que en su opinión lo era y lo había sido toda su vida».

¡Qué inquietud amorosa por la flaqueza corporal del fraile (vuelve a repetirlo) «tan gran siervo de Dios!»

Pasmáronse los leales amigos de Teresa, cuando llamados al locutorio leyeron esta preciosa epístola que era una maravillosa

apelación ante la justicia suprema; ¿cómo pudo escribir tales cosas en medio de tamañas turbaciones y ruido?

La genial psicología de aquella gran conocedora de corazones, constituía al Rey en paladín de la Religión, en valedor de Nuestra Señora y en amparador de su Orden. Para que mejor cumpliera con esa alta misión, tenía el deber Teresa de acudir a él para las cosas de la Reforma.

Toda la carta respira un santo atrevimiento, una libertad gentilísima. Pero entre esos atrevimientos se deslizan habilidosamente los conceptos jurídicos, las probanzas del Visitador Dominicó, de las Monjas, del Nuncio, de la ciudad de Ávila.

¡Tenía razón el buen Julián de Ávila cuando decía que el hallarse sin la Madre era la mayor de las «escuridades»! El locutorio se inundaba ahora de luz y de esperanza; por la ventana entraba a raudales el sol de un día claro de diciembre; por la reja, apaisada y baja, resplandecían, retadores y luminosos, los ojos negros de aquella a quien todos los presentes llamaban «nuestra Madre»; los ojos, al decir del P. Ribera, «un poco papujados y vivos y graciosos que, en riyéndose, se reían todos y mostraban alegría». Y ahora reían de confianza en su amigo el Rey que compondría el negocio segura y prestamente. Y todos mostraban alegría.

Cerró la Madre la carta con una firilla de papel larga y estrecha, sellóla con el sello de «*Ihs.*» y llamó a Pedro el mensajero. Háblele tomado por criado en Toledo; tuvo la dicha de ser el veredero de la gloriosa Fundadora. De que fué gran andarín, ella nos dice en algunas cartas que tornaba más presto de lo que se esperaba. Cogió el zurrón el veredero y emprendió su camino. Camino de El Escorial lleva el recaudo de la Madre Teresa.

Alguien vino a contarla que habían apretado a Fray Juan y Fray Germán por que volvieran a la Observancia; que por dos veces habianles azotado para obligarles más, que les habían quitado el hábito de Descalzo.

¿Tuvo la intuición de que la vida de la Reforma dependía en lo humano, y más aún en lo divino, de la fortaleza del flaco frailecillo?

Refugió Teresa sus congojas en la ermitilla del «Señor atado a la columna» de la huerta, y oró profundamente.

La ventisca gemía entre los árboles desnudos de la huerta; tiritaban los cuerpos y las almas sentían frío.



Extraño encantamiento

Espantada estoy de este encantamiento de Fray Juan.
STA. TERESA.



Después de Pedro el mensajero iban las esperanzas de la Madre y de los fieles amigos de la Reforma teresiana. Presto el Rey libraría de manos de los del Paño a los Descalzos presos. Otros eran los designios de Dios.

Seguramente, Pedro iría encaminado a Antonio o a Tomás Gracián Dantisco, hermanos del P. Gracián, y secretarios ambos de

Felipe II, para que en propias manos entregara la carta.

Sobre Fr. Juan había caído una losa de tumba; muchas veces la Madre le juzgó muerto. Sólo una noticia, y dolorosa, llega a sus oídos, estremeciendo a su corazón de amargura.

En 10 del mismo diciembre escribe a la Priora de Sevilla, María de San José, tan celebrada y tan querida de la Fundadora:

«Sepa vuestra reverencia, que á las monjas de la Encarnacion las han asuelto despues de haber estado casi dos meses descomulgadas, como ya vuesa reverencia sabrá, y tenídlas muy apretadas: mandó el Rey que el nuncio las mandase asolver. Enviaron el Tostado y los demas que le aconsejan, un prior de Toledo a ello y asolviólas con tantas molestias, que seria largo de contar, y dejólas más apretadas que de ántes y más desconsoladas, y todo porque no quieren por priora á la que ellos quieren, sino á mí, y quitá-

ronles los dos Descalzos, que tenían allí puestos por el comisario apostólico, y por el nuncio pasado, y hanlos llevado presos, como á malhechores, que me tienen con harta pena, hasta verlos fuera del poder de esta gente, que mas los quisiera verlos en tierra de moros. El día que los prendieron dicen que los azotaron dos veces, y que les hacen todo el mal tratamiento que pueden. Al padre fray Juan de la Cruz llevó el Maldonado, que es el prior de Toledo, á presentar al Tostado, y al fray German llevó el prior de aquí á san Pablo de la Moraleda, y cuando vino dijo á las monjas, que son de su parte, que á buen recaudo le dejaba aquel traidor, y dicen que iba echando sangre por la boca. Las monjas lo han sentido y sienten mas que todos sus trabajos, aunque son hartos: por caridad que las encomiende á Dios, y á estos santos presos, que há ya ocho días mañana, que están presos: dicen las monjas que son unos Santos, y que en cuantos años há que están allí, que nunca los han visto cosa que no sea de unos apóstoles. No sé en qué han de parar los disbarates desta gente: Dios por su misericordia lo remedie, como ve la necesidad».

¡Qué amargura en lo de «las monjas que son de su parte»!

Preso Fr. Juan de la Cruz en ignorado paradero; excomulgados Fr. Antonio de Jesús, el P. Mariano y el propio P. Gracián y detenidos los tres en varios conventos de Madrid; furioso el nuevo Nuncio Felipe Segá contra los Descalzos, y en especial contra la Madre Teresa, de quien decía era «fémina inquieta, andariega, desobediente y confumaz, andando fuera de la clausura, contra el orden del Concilio Tridentino y Prelados, enseñando como Maestra, contra lo que San Pablo enseñó mandando que las mujeres no enseñasen»; revueltos los Conventos de la Reforma; flaqueando los más; traicionando la causa algunos, veía la Madre Fundadora que zozobraba su obra y perecían sus amigos. Su secretaria y fiel compañera Ana de San Bartolomé, refiere el caso: «Pues volviendo á la Santa Madre, que tenía aflicciones de todo y de todos tan grandes, y tan continua guerra, no solo los nueve meses, sino muchos mas, que no había acabado de leer una mala nueva, cuando venía otra y otras muchas, que parece que el demonio se hacía cartero, y que por el aire traía las malas nuevas sin cesar para mortificarla; porque cada nueva mala le era género de martirio».

No es extraño que escribiera (28 de marzo de 1578) á María de San José: «Traigo el corazón hartó malo algunos días; envíeme un

poco de agua de azahar, y sea de manera que no se quiebre en lo que viniere, que por esto no se lo he pedido antes. Estotro de ángeles era tan lindo que se me hizo escrúpulo gastallo, y así lo di para la ilesia, que me honró la fiesta del glorioso San Joseph».

¡Trágicas Navidades para la Santa las de ese año!

Vispera de Nochebuena subía a rezar completas por la escalera que daba al Coro primitivo del Convento de San José, con una candileja en la mano. Cuando pisaba los postreros peldaños, acometióle una congoja y cayó desmayada, quebrándose el brazo izquierdo, que le quedó imposibilitado hasta la muerte.

Isabel de San Pablo, su prima hermana y la primera profesora de San José, hizole en este tiempo de amanuense, aunque la Madre escribía alguna linea y firmaba.

La Madre Teresa no sosiega; sabe que D. Teutonio de Braganza, Arzobispo electo de Eborá, va a tener la visita del famoso Padre Tostado, y le manda (16 de enero de 1578) una larguísima carta en que hace el panegírico de sus Descalzas y relata todas sus cuitas.

«He sentido muy mucho ver por mí tanto desasosiego y escándalo de la ciudad, y tantas almas inquietas, que las monjas descomulgadas eran mas de cincuenta y cuatro. Sólo me ha consolado, que hice todo lo que pude, porque no me eligiesen; y certifico á V. S., que es uno de los grandes trabajos que me pueden venir en la tierra, verme allí; y así el tiempo que estuve, no fuve hora de salud. Mas, anque mucho me lastiman aquellas almas, que las hay de muy mucha perfeccion, y hase parecido en cómo han llevado los trabajos; lo que he sentido muy mucho, es, que por mandado del padre Tostado há mas de un mes que prendieron los dos Descalzos, que las confesaban, los del paño, con ser grandes religiosos, y tener edificado á todo el lugar, cinco años que ha que están allí, que es lo que ha sustentado la casa en lo que yo la dejé. Al ménos el uno, que llaman fray Juan de la Cruz, todos le tienen por santo, y todas, y creo que no se lo levantan: en mi opinion es una gran pieza, y puestos allí por el visitador apostólico dominico y por el nuncio pasado, y estando sujetos al visitador Gracian es es un desatino que ha espantado. No sé en qué parará. Mi pena es que los llevaron, y no sabemos á dónde: mas témesese que los tienen apretados, y temo algun desman: allá anda en Consejo tambien esta queja. Dios lo remedie».

«Al muy magnífico señor Roque de Huertas, guarda mayor de los montes» y fiel valedor de la Descalcez, escribe en 9 de marzo, entre otras cosas: «Acá ha dicho el Madaleno que el Tostado tiene ya poderes para Calzados y Descalzos, y que al Padre Fray Juan de la Cruz, que ya le ha enviado a Roma. Dios le saque de su poder, por quien él es y a vuestra merced dé su santa gracia».

Apremia sobre todo a Gracián: en 10 de marzo y en carta que comienza así: «Jesús sea con mi padre y le libre de esta gente de Egipto, que yo le digo me tienen espantada las cosas que han hecho», le dice: «De Fray Juan tengo harta pena, no lleven alguna culpa más contra él. Terriblemente frata Dios a sus amigos; a la verdad no les hace agravio, pues se hubo así con su Hijo».

En 15 de abril le recomienda acudan al Rey. «Yo veo, mi padre, que cuando vuestra paternidad está en Madrid, hace mucho en un día; y que, hablando con unos y otros, y de los que vuesa paternidad tiene en palacio, y el padre fray Antonio con la duquesa, se podría hacer mucho, para que con el Rey se hiciese esto, pues él desea que se conserven; y el padre Mariano, pues habla con él, se lo podía dar a entender, y suplicárselo, y traerle a la memoria lo que há que está preso aquel santico de fray Juan. En fin, el Rey a todos oye: no sé por qué ha de dejar de decírselo y pedírselo el padre Mariano en especial». Trátase del P. Ambrosio Mariano de San Benito, que tuvo siempre mucha cabida con Felipe II.

En esta carta hay una *post-data* que nos confirma cuán amado era Fr. Juan. «Doña Guiomar se está aquí y mejor; con harto deseo de ver a vuestra paternidad. Lloro a su Fray Juan de la Cruz, y todas las monjas. Cosa recia ha sido esta».

¡El santico! En la imaginación de Teresa flota siempre la imagen menudita del *medio fraile*.

Han pasado cerca de cinco meses: nada se sabe de Fr. Juan de la Cruz. Extraño caso con tanto ruido como se había hecho en torno del suceso. Sospéchase que se hallase en Toledo. Se confía a las Monjas de allá que inquieran con discreción y reserva. Visítanlas los Calzados: las Descalzas extreman las más sutiles astucias de mujer para arrancarles un indicio siquiera. Todo en vano.

La Madre escribe desde Ávila al P. Gracián en 22 de mayo: «Espantada estoy de este encantamiento de Fray Juan de la Cruz y de lo que se tardan estos negocios. Dios lo remedie. De Toledo me escriben es ya ido el Tostado, aunque no lo creo».

El brazo «se está ruín» a la Madre: díceselo ésta al ilustre dominico y gran amigo Fr. Domingo Bañez, al par que le manifiesta cuánto pesa la cruz de la tribulación sobre sus hombros.

«Crea, mi padre, que tengo entendido que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y mas cruz, y lo que peor es, que a todos los que me la desean dar les cabe parte, que veo me quiere dar el tormento por esta vía; sea por todo bendito».

Siguen el encantamiento de Fr. Juan y las zozobras de la Madre. Llega el 14 de agosto, fecha siempre de grandes trabajos y consuelos para la Santa, y torna a apremiar a Gracián: «Y a vueltas no se olvide, si se puede hacer algo de fray Juan de la Cruz y de avisarme si es bien que enviemos al Nuncio». Al final de la carta recuerda las mercedes recibidas el día de la Asunción, y dice: «Es vispera de nuestra Señora de Agosto. En fin, en sus días vienen los trabajos y los descansos, como cosa propia».

No fué fallida esta esperanza de sosiego: mientras la Madre dictaba estas palabras, Nuestra Señora preparaba la liberación de Fr. Juan. Acorde misterioso de un sentimiento de fe viva con un prodigio vivo. Fr. Juan estaba libre; pero la dificultad de correos y la necesidad de la reserva, hasta que estuviese en seguro, mantienen a la Madre en ignorancia del venturoso sucedido.

En 19 de agosto se lamenta a Gracián: «Yo le digo que tengo por cierto, que si alguna persona grave pidiese á Fray Juan al nuncio que luego le mandaría ir a sus casas con decirle que se informe de lo que es ese padre y cuan sin justicia le tienen. No sé qué ventura es que nunca hay quien se acuerde de este santito. A la princesa de Ebuli que lo dijese Mariano lo haría».

Pudiéramos, después de cuatro siglos, repetir con Teresa: No sabemos qué ventura es que no haya apenas quién se acuerde de este Santo tan grande.

Llega por fin a Ávila la fausta nueva: Fr. Juan salió de la prisión y está amparado entre sus hijos los Descalzos. ¡Quién hubiera presenciado la escena jubilosa en el locutorio del Convento de San José! Por el ventano alto entraba el sol de agosto, con llamaradas de alegría. Tras de la reja reían los ojos de la Madre, se encendían de júbilo los rostros de las monjas, sus reflejos trasparenteaban los velos negros de las madres y hacían brotar rosas tras de los velos blancos de las novicias. Todos reían: Francisco de Salcedo, Julián de Ávila, Gonzalo de Aranda, el Maestro Daza, doña Guiomar...

La mandadera de San José marchó corriendo a llevar la nueva a la Encarnación; por las callejas y plazas de la ciudad sembró a gritos la gran ventura, bajó anhelante y sudorosa la cuesta del Mariscal. Las de la Encarnación, de gozo se alborotaron y urgían por menores hablando todas juntas.

A una carta «llena de cerro y melancolía» del P. Gracián, contesta la Madre: «Si con tan buena vida tiene ese cerro, ¿qué hubiera hecho con la que ha tenido Fr. Juan?»

A fines de agosto escribe al mismo P. Jerónimo:

«Yo le digo que trayo delante lo que han hecho con fray Juan de la Cruz, que no sé cómo sufre Dios cosas semejantes; que a vuestra paternidad no lo sabe todo. Todos nueve meses estuvo en una carcelilla, que no cabía bien, con cuan chico es, y en todos ellos no se mudó la túnica, con haber estado á la muerte. Tres días ántes que saliese, le dió el suprior una camisa suya y unas diciplinas muy recias, y sin verle nadie. Tengo una envidia grandísima. Á osadas que halló nuestro Señor caudal para tal martirio, y que es bien que se sepa, para que se guarden más de esta gente. Dios les perdone, amén.

Informacion se habia de hacer para mostrar al nuncio lo que esos han hecho con ese santo de fray Juan, sin culpa, que es cosa lastimosa. Dígase á fray German, que él lo hará, que está en esto muy bravo. Harta pena me ha dado la vida, que ha pasado fray Juan, y que le dejasen, estando tan malo, ir luégo por ahí. Plega á Dios que no se nos muera. Procure vuestra paternidad que lo regalen en Almodóvar y no pase de allí por hacerme á mí merced, y no se descuide de avisarlo: mire no se olvide. Yo le digo, que quedan pocos á vuestra paternidad como él, si se muere».

En todas esas cartas, Santa Teresa nos descubre lo que pensaba sobre Fr. Juan de la Cruz, y lo consigna para que lo sepan los siglos. Mientras haya en el mundo almas ansiosas de piedad y de pureza, de perfección y de belleza, se leerán las cartas de la Madre Teresa, y en ellas la loa fervorosa del heroico *Santico*.



Fray Juan y la Emperatriz

Le estimaba como a Santo.

MARÍA DE LA ENCARNACIÓN.



El fraile austero e insociable, el Santo de madera de encina, se ha empeñado en darnos sorpresas. Bastó nuestro afán de acercarnos a él, pisando sus paisajes morales y materiales, buscándole entre libros y papeles, para apreciar cómo se ha falseado su carácter.

En la discreta penumbra de la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional hojeábamos, una tarde brumosa y fría, el núm. 12.738. Al folio 827 hallamos una carta de la Madre María de la Encarnación, y en ella un párrafo que nos hace dar un grito de asombro.

Dice el párrafo: «Que su Majestad de la Emperatriz, que tenga Dios en su gloria, le tuvo gran devoción y le honraba y estimaba como a Santo y leía sus tratados y cuadernos». Y añade, a guisa de explicación: «tenía tanta gracia en el decir, que se imprimía en las almas y pegaba fuego de amor de Dios con sus palabras».

La Emperatriz María, hermana de Felipe II, al morir su esposo, Maximiliano II de Austria, se había retirado con su hija, la infanta Margarita, a las Descalzas Franciscanas de Madrid. A la sazón estaba a su servicio, como dama, la noble doncella que en noviembre de 1586 tomó el hábito con el nombre de María de la Encarnación.

La Madre murió sin lograr la tan ansiada fundación de Madrid.

Oigamos a Fr. Joseph de Santa Teresa: «Se dispuso la fundación de Monjas en Madrid, y como en Convento, que había de estar a vista de la Corte, donde ay tan ilustres Santuarios, se determinó concurriese en él lo mejor de la Reforma. Por parte de las Monjas lo era la venerable Madre Ana de Jesús; por la de los Religiosos, nuestro bienaventurado Padre; y así se dispuso que la Madre fuese por fundadora y el Santo Padre por compañero y custodio de la mucha santidad que se avía de fundar en aquel ilustre y siempre religiosísimo Convento. Salió de Granada con la Madre y otras dos Religiosas, y tomando de los Conventos de Malagón y Toledo las demás, llegaron siete a Madrid consoladísimas, porque las pláticas del Santo Padre, no sólo las tenía recogidas, sino endiosadas. En el camino sucedieron dos singulares maravillas. Passando por vado el río Guadiana, se vieron las Monjas en gran peligro, por llevar grande corriente; mas el Padre, siguiéndolas en su jumentillo, la pasó sin él, que vieron algunas Monjas, que sirviéndole el río de escabel, iba sentado sobre sus aguas: en lo cual se confirmaron después quando le vieron salir enjuto.

Por entrar en la Corte sin registro, salieron de Getafe a puestas de sol, con que les cogió la noche en medio de la jornada. Mas, ¡o providencia dulce!, desde que les faltó el Sol, cercó el carro y acompañamiento un resplandor celestial, que dexando el campo en obscuridad, les clarificó el carro hasta entrarlos en la Villa.

Tomaron la posesión a los 17 de septiembre de este año (1586) y hasta un mozo que el santo Provincial les previno para sacristán, y la venerable Priora mandó que se llamase Juan de la Cruz (en veneración del Santo Padre), por tener su nombre, parece que participó su virtud, pues obró el Señor con él un gran milagro, como la Historia refiere en la Fundación de esta gran Casa».

De otra maravilla nos habla en el predicho Manuscrito (folio 813) Ana de Jesús. Maravilla de inquieta ternura de aquel corazón de carne, que ante su imagen en la iglesita barroca del *Portal Nou* de Valencia, quisimos buscar escarbando la madera.

«Viniendo desde Granada a la fundación de Madrid, en un montecillo, antes de llegar a Malagón, nos dava priesa que aguijásemos, y era que le avía Dios mostrado el alma de Madre Gerónima del Espíritu Santo, que estava en una necesidad muy grande, y en llegando la dijo lo que tenía y avía de hacer:

—¿Cómo lo sabía?—le preguntó atónita la Madre Gerónima.

—Hija, en ese montecillo me lo mostró el Señor».

¡Dulce conjunción de inquietudes, del Corazón de Cristo con el corazón de Fr. Juan, por un alma turbada!

¿Es ese el *Dios sin modo* anegado en su *nirvana* panteísta?
¿Es aquel el hombre de acero, que corre como un dardo, hacia aquella *nirvana*, ciego a las miserias humanas, que gimen al borde de su trayectoria impasible?

¡Quién hubiera gozado de los altísimos coloquios de Fr. Juan con la Madre Ana de Jesús, la priora, que fué de Beas!

Cuéntanos Inés de Jesús (M. 12.738, f. 799): «Cuando íbamos a la fundación de Madrid no se le oía decir palabra que no fuese de Dios, tanto, que le decíamos *jilguero suyo*. Era muy afable en su trato. Escribió heroicamente, y en todo se echaba de ver el espíritu que en él ardía, como fueron unas coplas de la esposa y un libro de su declaración y un montecito, que, visto de personas espirituales, dician era la suma de la perfección, y todo lo que él aconsejaba era desasimiento, que aun en las cosas de gusto espiritual aun no quería que lo hubiese».

Al pie del cerro de Nuestra Señora de los Angeles hubo en aquellos tiempos una venta, después casa de postas. Quizá en ella posaron nuestros angelicales viajeros: quizá en el Santuario oraron y se abismaron en alta contemplación.

Cuando la gloria del sol poniente doró la otra cumbre del cerro, ¿vislumbraron que allí alzaría España un monumento al Corazón de Cristo? ¿Vieron que, cual pebetero de místicos aromas, anidaría en el collado uno de los palomarcitos teresianos?

Refiere una ilustre dama la impresión emotiva de su visita al Convento carmelitano de Lovaina, fundado por Ana de Jesús. Un Convento completamente español, con sus tapias de ladrillo y el patio castellano, donde las monjas cumplen, a través de los siglos, el legado de la venerable fundadora de rezar por España. ¡Cómo rogarán por la Patria las Carmelitas del Cerro de los Ángeles!

Fué Toledo la parada anterior. Allí enfermó Fr. Juan, y paró tres días; pero ahora fué amorosamente recibido y cuidado en el Convento del Espíritu Santo de Descalzos, recientemente fundado (1586) por Fr. Elías de San Martín, que después fué General de la Orden e hizo la restauración del Portalico de Duruelo.

¿Le enviarían las monjitas aquellas «peras asadas con canela», lo único que le apeteció al escaparse antaño de la cárcel?

¡Qué emoción la de la entrevista en el locutorio del Convento de San José! En el corazón ternísimo de Fr. Juan, aquel Convento, que fué su dulce refugio en las apretadas circunstancias de su evasión, y aquellas sus santas moradoras, que le acogieron con tan filial caridad, debían estar grabados con indelebles caracteres.

Era a la sazón Maestra de Novicias aquella gran sierva de Dios, la tan gloriosamente virtuosa como aguda y discreta Madre María de Jesús, a quien Santa Teresa llamaba *su letradillo*.

Acababa de ocurrirle un milagroso lance. Deshauciada por los médicos vibraba en gozo, batiendo sus alas hacia el cielo. Aparecieronle San José, Santa Teresa y otra porción de Santos, y le comunicaron que aún debía posar en el destierro. Agradecida a la visión, pero sentida de quedarse en la tierra, pronunció aquella saladísima frase: «Dios nos libre de tantos Santos».

¿Comentariáse todo ello en la entrevista con Fr. Juan?

Llegó la comitiva a Madrid el 15 de agosto, ¡una nueva efeméride del día de Nuestra Señora de la Asunción, la gran protectora de Teresa y de su Orden! No pudo ser el día 7 de septiembre, como generalmente se señala, por dos incontrovertibles razones. Está plenamente probado que el Santo Padre acompañó a Ana de Jesús desde Granada, pasando por Malagón y Toledo: Crónicas y Manuscritos lo confirman. Por otra parte, el *Definitorio* de Madrid comenzó el 13 de agosto, recibíendose aviso de Fr. Juan, desde Toledo, hallarse enfermo y pidiendo le tuviesen por excusado. La enfermedad no fué ni grave, ni larga: en el acta de la sesión del 16 de agosto consta ya como presente el Santo, y siguió concurriendo hasta el 4 de septiembre, final de la Asamblea. Debíó, pues, llegar necesariamente con las Monjas el día de la Asunción.

Hospedáronse las viajeras en el palacio de García de Alvarado, Mayordomo de la Emperatriz doña María. Favoreció mucho ésta la fundación, y la Madre Ana y sus compañeras fueron a besarle la mano antes de tomar posesión. «Quedó doña María muy aficionada a ellas, singularmente a la Madre Ana de Jesús».

Estuvo allí Fr. Juan hasta octubre, en que regresó a Granada.

Para la fundación precisó de ver muchas veces a la Emperatriz, y por la declaración de María de la Encarnación se ve cómo buscó su dirección espiritual en conversaciones y escritos.

¿Es este el Santo áspero e insociable?



Tirso de azucenas

Y otra Iglesia más en este lugar de mi Padre glorioso San José, que no la había.

STA. TERESA.



DESDE nuestra ventana, a través de jazmines y murcianas en flor, vemos el ábside gótico de la *Trinidad* de Valencia.

Al mediodía y al poniente, la piedra de los muros está dorada por el sol: por el levante la ennegrecieron los vientos de tormenta.

Cegaron con ladrillos la ojiva de sus ventanales rasgados, para disfrazar de barroco la iglesia del Convento.

Sobre la humilde sacristía asoman dos cipreses sus copas centenarias.

Por el atajo de una línea recta, cien leguas separan al Real *Monestir de la Trinitat*, del humilde Convento de San José de Ávila.

Cien años separan las vidas luminosas de Teresa de Ahumada y de la *Reverent Abbadesa*, como llaman las dos primeras ediciones de sus obras a la insigne monja Clarisa, que en el mundo fué la muy Noble Señora D.^a Elionor de Villena, y en ese claustro, vecino romántico y piadoso mío, Sor Isabel de Villena, a la que algunos llaman la Santa Teresa levantina.

La Madre Teresa, tan compendiosa y aguda en sus semblanzas, traza la suya literaria en aquella carta a la Priora de Sevilla María de San José, que era culta en humanidades y hablaba varias lenguas, en que dice: «como no soy tan letrera como ella, no sé qué son los Asirios».

Sor Isabel fué hija del famoso Marqués de Villena, literato, poeta, filósofo, historiador y matemático: y al decir de las gentes un tanto nigromántico.

Huérfana a los cinco años, crióla su tía y prima la reina doña María de Aragón, gran aficionada a las letras, y en cuya biblioteca escogida estudió la egregia sobrina los mejores Maestros antiguos y cristianos.

No es raro que en los vibrantes parlamentos de los personajes alegóricos de su *Vita Christi* se deslicen las sentencias de Séneca y versos de Horacio, de Juvenal y Ovidio, entre las citas de San Agustín, San Anselmo, San Isidoro y San Gregorio, y, muy en especial, de San Bernardo, cuyas obras casi de memoria sabía.

Es cierto que en ella no hay alarde de erudición: las citas fluyen, como en San Juan de la Cruz, tan naturalmente identificadas, que «caen, al decir de Mossen Barrera, como perlas de su pluma abacial, y huyendo el tono doctoral, hila sin énfasis el hilo de oro de su mística prosa».

Su misticismo es también diferente.

Hay en Sor Isabel un estrecho enlace de forma retórica y de entraña con el misticismo alegórico de Raimundo Lulio.

Sus personajes, como las doncellas Na Dolçor de contemplación, D.^a Dulzura de contemplación, Na Altesa de fervor, D.^a Alteza de fervor y tantos otros, son consanguíneos de Madona Lausor del *Llibre de Santa Maria*, de Lulio.

Lejos están Sor Isabel y la Madre Teresa.

Y, sin embargo, sus voces y sus plumas excelsas se encuentran en una misma y fervorosa alabanza del gran contemplativo, del hombre del místico silencio, del gran y humilde José, de la tribu de Judá, el de la vara florida.

Un silencio, vez y media milenario, envuelve al Patriarca; sobre su vida, continuo Propiciatorio misterioso con el Hijo de Dios en los brazos, callan los Evangelios.

San Mateo sólo nos dice incidentalmente que era justo, aunque detalla su genealogía gloriosa.

Es cierto que María, en el Templo, ante los Doctores, le gloria al decir a Jesús: «Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu Padre y yo te hemos buscado con dolor».

Traduzcamos dos escenas de la admirable *Vita Christi*, siquiera en ello pierde la bella prosa valenciana de la Santa Abadesa.

«La Señora, queriendo comunicar a José el gran gozo que tenía de cómo el señor Hijo comenzaba a hablar, *gritó* diciendo: *Venite et audite quia Dominus locutus est*. Queriendo decir: «Venid, José, y tendréis alegría, porque oiréis al Señor hijo mio que ya habla».

Y él, viniendo con gozo inestimable, se acerca a la Señora y toma al Rey del Cielo de brazos de su señoría, y con gran fervor de amor le eleva en alto, comenzando a hacerle bailar y diciendo: *Loquere, Domine, et audiat servus tuus: sonet vox tua in auribus meis*. Queriendo decir: «Hablad, Señor mío, y escuche el servidor vuestro: suene la dulzura de vuestra voz en mis oídos y descansaré de todos mis trabajos».

Y el Señor, mirándole en el rostro y con una sonrisita, decíale balbuceando: *Pare* (Padre).

«¡Oh, quién puede estimar cuánta es la dulcedumbre que siente el ánima de José oyendo una tal palabra; cuánto reposo y descanso experimenta en todos sus trabajos!»

Cristo resucitado baja al Limbo y glorifica a los Santos Padres con su presencia.

Siéntase en un trono para recibir su homenaje.

«Y después vino a hacer reverencia al Señor aquel gran patriarca San José. Y antes que se acercase, el Señor púsose de pie, levantándose de la silla, porque por padre le había confesado en la tierra y ahora quería hacerle, sobre todos, un especial honor.

Y acercándose el glorioso padre a aquel tan excelente Hijo, *transformado todo en amor*, se echó a sus pies diciendo: «Oh, Señor, y cómo habéis convertido todos mis dolores y llantos en un gran gozo de alegría. Porque vos sabéis con cuántas lágrimas y compasión yo os miraba, pensando ser vos pasible y mortal, y ahora, Señor, es infinito el gozo mío, como os veo glorificado».

Y dicho esto, se levantó y besó las manos del Señor.

Y su clemencia, con mucho amor, le besa en la boca, diciéndole: «¡Oh padre muy amado! Yo sé cuáles han sido vuestras obras y cuán a mí placenteras y la paciencia vuestra invencible, y sé bien

cierto los grandes trabajos que por mí soportasteis, y no hallaréis nada fallido en el servicio mío y de la Madre mía.

Ahora quiero dar el galardón que merecéis por el mucho amor que habeisme vos tenido: porque los servicios a mí hechos con fervor de amor son para mí tan estimados, que no los dejo nunca sin mucha remuneración. Ya sabéis, padre, con cuántos trabajos y pobreza me criasteis y muchas veces sufristeis hambre para guardarme a mí el pan, por conservar mi tierna infancia. Ahora quiero seáis saciado abundantemente de inapreciables dulzuras.

Y por aquella peregrinación de Egipto, en que conmigo huisteis, dejando la tierra propia para salvar mi vida y todos los trabajos que pasasteis os parecían nada, pues me teníais en seguro: por ello quiero seáis aposentado al frente del Orden de los Serafines, que serán en el Paraíso los más próximos a mí y que no tratan sino de mis amores.

Y por aquellas muchas veces que en vuestros brazos yo he reposado y dormido, quiero que ahora vos, contemplándome y mirándome a mí, tengáis delicias infinitas sin cesar nunca.

Y por aquellas vuestras lágrimas viendo las persecuciones y dolores que en mi niñez pasé y por el gran deseo que teníais de morir para no ver mi Pasión y muerte, quiero que tengáis este singular privilegio: que a los que a vos tengan en gran devoción, conozcan que por intercesión vuestra yo les otorgaré todo lo que justamente demanden, especialmente les daré singulares sentimientos y dulzuras del amor mío, les haré aborrecer al mundo y llegar antes, antes de su muerte, a gran perfección y finar sus días en gracia y amor mío».

En seis años se agotó la primera edición (1497) de la *Vita Christi*: en 1513 y en 1527 hubieron de imprimirse otras dos.

La tradicional devoción de San José en Valencia, su protectorado gremial, sus fiestas populares, ¿no recibieron el impulso del gran corazón místico de Sor Isabel de Villena?

Pasan cien años; cuéntanos en su *Autobiografía* la Madre Teresa los favores que debió al Patriarca.

En cinco frases establece su protección universal:

«A otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas».

«No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la

haya dejado de hacer. Esto han visto también por experiencia otras personas, a quien yo decía se encomendasen a Él; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad».

«Cada año, en su día, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si va algo forcida la petición, Él la endereza para más bien mío».

«Pues quiere el Señor darnos a entender que, así como le fué sujeto en la tierra, que, como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide».

«Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción».

Álzale en su convento de Ávila la primera iglesia que se le dedica en el mundo, y luego otras y otras; veintiocho conventos suyos tenían por titular a San José, sólo en España, en el siglo XVIII.

Su imagen la acompaña en las fundaciones. Y al eco de sus palabras, la piedad de las gentes se enciende en fervores por todo el mundo en reverencia suya. Sus hijos, los Descalzos, son los primeros.

Cuéntanos una tradición granadina, que una tarde subían hacia el Convento de los Mártires dos jóvenes novicios.

Al comenzar la cuesta trabó conversación con ellos un venerable anciano de lengua barba. Preguntóles si en el Convento tenían mucha devoción al Santo Patriarca. Sus palabras eran de singular dulzura: mansas y humildes. Mas si se nombraba a Jesús, su voz se apasionaba, sus ojos brillaban de contento y sus brazos se arqueaban con ese gesto acariciador y mimoso con que se mece a un niño.

Antes de llegar al Convento les desapareció el anciano junto a unos árboles con las ramas en flor.

Por sus almas pasó un aroma de azucenas.

Al referirle, trémulos de emoción, los dos novicios el peregrino encuentro, dijo Fr. Juan: —Juzgo, mis hijos, que San José sería, por excitarnos más a imitarle en la unión con Jesús, y, a más, honrarle como a Padre de Cristo.

Fué Fr. Juan muy sobrio en las *devociones* a los Santos, mas no en la devoción.

En su celda sólo tenía un *Flos Sanctorum*, a más de su Breviario y la Biblia. Y consta que todos los días le leía.

¡Tenía que prevenir a las almas de esos excesos de sensibilidad que, a las veces, deforman la piedad! «Porque muchos daños se le

siguen, así acerca de lo interior, como de lo exterior al espiritual, por quererse andar al sabor sensitivo».

Pero en el misterioso abismo interior de San José, en su admirable silencio, en su castidad, en su pobreza, en su obediencia, en su vida desnuda y contemplativa, en su unión con Jesús, Fr. Juan hallaba el modelo más perfecto de su ideal de vida, de vida del cuerpo y del espíritu.

Cuentan sus crónicas aquellas representaciones de la Virgen y del «Señor San José» en el Colegio de Baeza, por fiestas de Navidad, en que el propio Fr. Juan pedía posada para la Virgen.

Hay en su epistolario la carta a una doncella, residente en Madrid, que deseaba ser descalza, y que, por su respeto, se llamó Ana de la Cruz en el claustro, en que le dice: «Encomiéndolo mucho a Dios y tome por abogada a Nuestra Señora y a San José en ello».

Tratábase de su vocación, con lo que le declaraba protector y abogado de vocaciones religiosas.

Isabel de Villena, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, parecennos aquellas tres estrellas precursoras del cantar de Verdaguer:

Ja la nit es menos bruna,
tres estrelles d' una a una
dexen vores sonrihent:
llur celèstia es missatjera
de la llum qu' el mon espera,
ja la flor l' alba present.

La noche era la noche de las rebeldías sociales, la luz el lar humilde de José carpintero y la flor el firso de azucenas en que su vara floreciera. Aquella vara que en la Laguna Grande de Fontiveros salvó la vida al tierno infante Juan de Yepes.

Los parias del trabajo vieron en la hora providencial al compañero glorioso, y la Iglesia se confió a su Patronato como en la aurora del Evangelio se confiaron María y el Niño Dios.

Y como dice Hello, en el siglo XIX, que es el siglo de la palabra y del estrépito, el Hombre del silencio sublime es venerado como nunca, y los hombres le piden su secreto de amor, humildad y paz.



El arroz de Fr. Juan

Quería el Santo regalar a los religiosos.



ENGUADAMENTE te conocen, ¡oh dulce frailecillo!, tan tierno con el prójimo cuanto contigo duro, y tendrán por chocante y un tanto irreverente al título de este esbozo de cuadro.

Declara (M. 8.598, f. 116 v.) Fr. Jorge de San José, del Convento de Alcaudete:

«Procurava alegrar a los religiosos en las recreaciones, y ordenarlas a sacar peleas que

fueran de algún provecho.

Decía con mucha afabilidad: —Vengan acá, hijos; vistamos ávito de virtudes, y cada uno le dé alguna conquista agradable a Nuestro Señor.

Dice que siendo él cocinero y novicio, quería el Santo regalar a los religiosos y avía guisado una olla de arroz, y estando la Comunidad a la puerta del Refectorio, al apartar la olla de la lumbre, se le cayó y se perdió el arroz.

Entró en este tiempo el Santo en la cocina a solicitar su fiesta, y halló el malogro del convite y al cocinero turbado y afligido.

Y como si no hubiera sucedido nada, le dixo: —Hijo, no se le dé nada, que no quiere Nuestro Señor que comamos arroz».

Domó tanto sus gustos, que, muchas veces, por bromearle, le

preguntaban las Carmelitas de Segovia qué les dieron al mediodía para comer, y nunca supo decirlo.

A fuer de buenos valencianos nos lisonjea que considerara al arroz como un plato de los días de fiesta.

Otras declaraciones nos permiten completar la *minuta* de una comida con platos escogidos por Fr. Juan en casos de grave inapetencia: la tortilla de espárragos frigueros, y las peras asadas con canela.

«Envióle el prior de la Peñuela—dice Fr. José de Jesús María— con un donado para curarle en Úbeda, e hizo esta jornada con notable fatiga, por haber ya días que estaba enfermo, y así muy flaco y tan desganado de comer, que había muchos días que no podía atravesar bocado; y así iba tan débil, que no podía tenerse en el jumento. Fueron tratando cosas de Dios por el camino, para aliviar con esto los dolores y engañar el cansancio, y llegando cerca de la puente del río Guadalimar, le dijo el hermano donado: —A la sombra de la puente descansará V. R. un poco, y con la alegría de ver el río podrá comer un bocado. Respondióle nuestro santo Padre: —De muy buena gana descansaré, que llevo necesidad de ello; pero tratar de comer, es excusado; porque de cuantas cosas tiene Dios criadas, no apetezco nada, sino es una de que ahora no es tiempo, que son unos espárragos.

Llegados al río, apeóle el donado del jumentillo, y sentándose a la sombra de la puente, junto al agua, continuaron sus pláticas de Dios, a que les dabá nueva ocasión la claridad del agua y la frescura de la ribera, y estando en esto vieron junto a sí, sobre una peñuela, un manojo de espárragos atados con su mimbre.

Espantóse tanto de esto el Hermano donado (por ser a los primeros de septiembre, en cuyo tiempo no se sabe qué cosa es ver espárragos en aquella tierra), que el santo Padre, por quitarle la admiración, y para que no lo tuviese por cosa misteriosa, como lo parecía, le dijo: —alguno lo debió dejar por olvido o habrá ido a buscar más; mire por ahí si parece el dueño, porque no los llevemos sin licencia.

Dió vuelta el donado por aquellos cerros, y no viendo nada se volvió donde el santo Padre estaba. El cual le dijo: —Pues no hallamos al dueño, ponga sobre la misma piedra donde estaban los espárragos un cuarto, que es lo que parece que valen, para que el dueño halle allí el precio de su trabajo cuando venga.

Con esto se partieron, llevando sus espárragos, que no causó poca novedad en el convento verlos en aquel tiempo».

¡Delicioso encanto bucólico el de esa narración de un prodigio!

Cuando llegara al Convento de las Descalzas, en Toledo, la mañana de su evasión, iba tan desfallecido de cansancio y de hambre, que la enfermera le trajo variados manjares: sólo pudo pasar su inapetencia unas peras asadas con canela.

¡Cuán humano nos aparece visto de cerca, al par que nos asustan sus mortificaciones sobrehumanas!

Fraile ejemplar, se ejercitó en los más humildes oficios. Hablándose una vez de cierto convento, díjole alguien: —Allí fué vuestra paternidad Prior. —¡También en él fuí cocinero!—replicó el Santo con donaire—. Quizá aprendió tal arte en el Hospital de Medina.

Con los religiosos enfermos practicó a menudo.

Refiere Fr. Andrés de Jesús María: «Había perdido uno de los que había en el Convento de Granada la gana de comer, y asistiéndole el Beato Padre, le estaba explorando el gusto, y refiriéndole varios manjares, por ver si apetecería alguno, y aunque mandó traer los que le parecían más a propósito, no lo pudo arrostrar.

Compadecido entonces de su enfermo, díjole:

—Pues, hijo, yo quiero disponerle la comida y dársela de mi mano: yo le haré una salsilla con que le sepa bien.

Mandó asar una pechuga de ave, y, traída, tomó un poco de sal y la echó en un plato, deshaciéndola con una poca de agua, y mojando la pechuga en esta salsilla, se la dió él mismo por su mano a comer, diciendo: Esto le ha de saber muy bien. Y fué así que la comió con gusto y le supo muy bien.

Que no hay tal salsilla ni medicina para un enfermo súbdito, como el cuidado y caricia de su Prelado».

«En el Convento de los Mártires—habla Fr. Alonso de la Madre de Dios—, un religioso enfermo, de mal humor, no quiso tomar un torreznillo y unas guindas que le llevó el donado.

Quejóse al Santo de que no le atendían: y luego de que esperaba le rogasen mucho para tomarlo.

—¿Qué hizo, mi hermano, del torreznillo y de las guindas?—preguntó al donado, con ánimo de dárselas él mismo al enfermo.

—Yo me lo almorcé sin que me lo rogase nadie.

Cayóle en gracia al Beato Padre, y dijo:

—Con tal medicina, sanarán tales enfermos.

Sanó de su mal humor el Religioso, y tomó en adelante todo sin más rogarle».

¡Qué donosa ironía!

«Tenía mucha gracia en el decir», nos afirman varias declaraciones.

Siendo Vicario Provincial de Andalucía, y estando en el monasterio de Córdoba, por la Pascua de Navidad, enviaron algunos bienhechores unas cajas de conservas de dulce.

Diólas al H. Fr. Martín de la Asunción, que las guardase, para regalar a los religiosos alguna de aquellas noches, y él las puso en una alacena que tenía un cerrojo sin llave.

Una noche mandó al Hermano que las trajese para alegrar la fiesta, y habiendo ido a buscarlas donde él las dejara, no las halló; que con la mayor licencia de aquellos días habíanlas escondido por broma. Volvió el Hermano y díjole en secreto el suceso, y él se concentró un poco, como quien considera, y luego dijo al Hermano, igualmente en voz baja: —Vaya a la celda del Padre..., y allí, en un tejadillo que está fuera de la ventana de ella, hallará las cajas: tráigalas.

Fué el Hermano y halló sus cajas y trájolas.

Pasadas las pascuas, llamó aparte al religioso y le reprendió de aquella culpa, y como él negase, le dijo: —Para que sepa que no hablo a poco más o menos, acuérdesese que para llevar las cajas hizo esta y aquella diligencia, y las llevó de esta manera; con lo cual, convencido el religioso, confesó, al fin, su culpa».

Eso era el corazón de Fr. Juan: por dar un gusto a sus frailes, no vaciló en lo que más costaba a su humildad: hacer un prodigio y publicarlo al Donado y al Padre.

¡Dulce reminiscencia de aquella tierna maravilla del primer milagro del Corazón de Cristo en las Bodas de Canaán!



La hora de Toledo

¡O cor de sortilegio o encantamento
o teu pintor de Sombras macilento
foi o pintor apenas de que via!

A. SARDINHA.



GLORIOSA hora en los hombres y en las villas, es la hora misteriosa en que todos sus perfumes más íntimos y sus savias más hondas florecen en una flor, que alquitara plena la esencia de su vida, íntegro el dulce secreto de su alma. Ya lo vimos en Ávila.

Para Toledo sonó esta hora tres veces, rosas ardientes del rosal de su espíritu en el año de Gracia de 1577.

Annus mirabilis para la admirable ciudad.

Fué la primera, cuando la Madre Teresa, «en su linda celda», comenzó las *Moradas*.

En una tarde cruda de diciembre del mismo año, cruzaron lentamente el puente de San Martín el P. Fernando de Maldonado y Fr. Juan de la Cruz, camino del Convento que había de servirle de cárcel.

El alma de poeta del frailecillo olvidóse de sus tribulaciones para extasiarse ante ese panorama glorioso de Toledo, ardiendo en púrpuras de crepúsculo, que siglos después «hacia bajar todas las tardes por el Arrabal a Barrés, atravesar la puerta del Cambrón y pasar el puente de San Martín».

Nueve meses habían de transcurrir sin que Fr. Juan tornara a ver del sol más que un rayo, cansado y triste, a través de una estrecha saetera.

Pero en la oscuridad de su cárcel había de brotar la flor maravillosa del «Cántico espiritual», como el más alto canto del amor místico.

Por aquellos días, aquella misma tarde quizás, se arrobaba ante la visión dorada de la imperial ciudad un hidalgo aventurero en el puente de Alcántara.

Detuvo largo rato su brioso bridón, y sus ojos se encendieron en llamas de entusiasmo.

Preso debía quedar también entre los muros y torres de Toledo, preso del misterioso sortilegio de aquella sede de la espiritualidad de Castilla, donde al par se tejían las suaves sedas y las cotas de malla, se labraban orfebrerías y cilicios y se forjaban espadas de combate y almas gloriosamente místicas.

Llamábase el hidalgo Dominico Theotokopulos; los toledanos y los siglos futuros le apodaron *El Greco*.

Las Moradas, El Cántico espiritual y los cuadros místicos del *Greco* condensaron el alma de Toledo.

Esos cuadros se arrinconaron en sacristías y desvanes y se empolvieron en los retablos durante cuatro siglos, y los versos sublimes y las maravillosas glosas de Juan de la Cruz, apenas resonaron fuera de los *palomaricos* de Teresa y de las celdas y *desiertos* de los Carmelitas Descalzos.

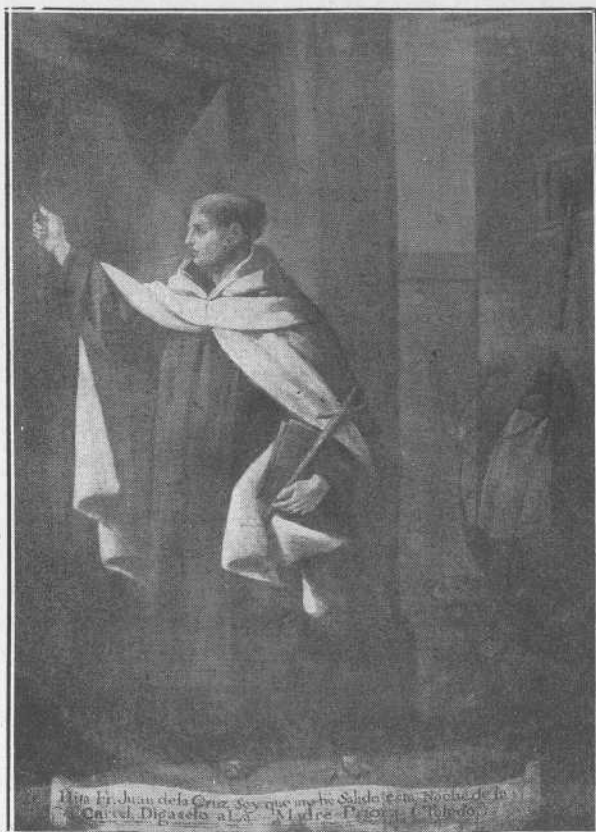
¡Tan mal han comprendido las generaciones pasadas al *Greco* y a Fr. Juan! ¿Serán con éste más comprensivas las futuras?

Volvamos a la tarde de diciembre.

Para que anocheciese, y por que no supiese del lugar de su encierro, hicieronle dar vueltas por estrechas y lejanas callejas antes de llegar al Convento.

Oigamos a Fr. Alonso (M. 13.460):

«Llegó el padre Prior a su convento de Toledo con su santo preso, el cual no fué bien recibido del P. Tostado a su llegada, acudiendo como a cosa nueva algunos religiosos; no dejaban de tirarle algunas barillas culpándole como a autor de una gran revuelta en su orden. Metieronle en una pequeña y oscura cárcel, quitándole la capilla y el escapulario como a persona indigna de él.



San Juan llamando a la puerta del convento de Carmelitas de Toledo.
(Cuadro existente en el mismo).

Otro día de como llegó, leyéronle las actas del Capitulo General de Placenza en Italia, en que mandaba se extinguiesen los descalzos i que se calzasen y se pusiesen el mismo hábito que traían los PP. Descalzos.

Le persuadieron que dexase aquella nueva vida en que avía de vivir siempre inquieto y perseguido, y volviese a la antigua en que se avía criado. Que ellos le honrarián, y otros, que entre ellos podían, le ofrecieron dádivas de precio; pero él, con ánimo constante, les repuso:

—Quien busca a Xto. desnudo, no ha menester oficios, librería, compuesta celda, ni oro ni plata (tales cosas le ofrecían), y añadió, que el intento de mi familia de descalzos ha sido resucitar, no sólo la perfección de vida, sino el rigor del hábito de nuestros primitivos antiguos.

Yo tengo de pasar en ello el que me resta de vida con el divino favor, cumpliéndolo aunque por ello padezca hasta la muerte.

Pensaron los Padres mitigados que, reducido el beato Padre, primer descalzo, tendrían hecho mucho para su intento».

Cuenta el P. José de Jesús María:

«Los viernes le llevaban a refectorio y le daban de comer pan y agua, y después, por plato de postre, una disciplina que llaman de rueda, en que todos tienen parte, castigo propio de graves delitos en las Religiones, y por tal se tenía este de no obedecer las actas del Capitulo. La piedad con que se daba esta disciplina, se echaba de ver en las tristes espaldas del paciente, pues muchos años después de salido de la prisión, duraban en ellas los azotes.

Una de las baterías con que el demonio le hizo mayor guerra, fué en los juicios que le ofrecía, de que le deseaban la muerte».

Fray Inocencio de San Andrés (M. 8.568, f. 543), nos cuenta: «La comida que le daban era tal, según él me dixo, que cada vez que comía, entendía que comía la muerte. En este tiempo padeció grandes aflicciones interiores».

No fué la menor la de inquietarse cuando oía (M. 13.460) «que por aver dado en estos disparates de descalzarse y vestirse de sayal, e inventado otra nueva vida de la que se usava en la orden, la traía revuelta y alborotada, añadiendo por desdén, mas quién? sino un frailecillo como él, y otras palabras a este modo, y eran tales algunas veces que, juntadas a lo que pasaba, los religiosos mozos, visto su silencio del santo, en medio de su presencal sere-

nidad, vertían lágrimas de compasión i, hablando entre sí, decían: éste es hombre santo».

Añade Fr. Alonso, que «tratando el beato padre deste ejercicio (las disciplinas en rueda), solía por gracia decir con alegría le avían azotado más veces que a San Pablo».

Tengamos en cuenta el ambiente de la época en cuanto a penas corporales, y la convicción de los Padres Calzados de que se trataba de un fraile rebelde, contumaz y perturbador de la Orden.

Agrias espinas de la tercera rosa del místico rosal de la *Corte da Saudade*, como la llamba Sardinha.

¡La gran *saudade* de unión divina de Fr. Juan de la Cruz! ¡Su nostalgia gloriosa!



Balada de amor

Muérome de amores,
Carillo, ¿qué haré?
Que te mueras, ¡alahé!

Canción popular.



NUNCA en labios humanos vibró tan dulce, tan ardiente, tan tierna, una balada de pasión amorosa. No fué en reja florida, ni en carmen oloroso. No alumbraban los resoles bermejos del mediodía, ni glorias de crepúsculo, ni guirnaldas de estrellas, ni opalinos sortilegios de luna. Era el galán un frailecillo desmedrado y enteco: y sus arreos, jirones de mugriento sayal. ¡Triste amador y peregrinas y extrañas galas!

No fué en estrado señorial vestido de reposteros y tapices. Era en una mísera carcelilla del Convento del Carmen de Toledo. Píadosamente, con ternuras de amor filial, nos la recuerdan Fray Alonso y Fray Jesús de José María: «La cual yo puedo describir por haberla visto, no sin harta veneración, por lo que sabía que había sucedido en ella con tantas visitas de Dios y de su soberana Madre, hechas a un siervo de los más fieles de su siglo, para consolarle en las aflicciones que por su servicio estaba padeciendo con amor tan fino. Era esta cárcel una celdilla puesta al lado de una sala; tenía de ancho seis pies y hasta diez de largo, sin otra luz, ni respiradero, sino un agujero en lo alto, de hasta tres dedos de ancho, que daba tan poca luz, que para rezar su breviario o leer algún libro de devoción que tenía, subía sobre un banquillo, para poder al-

canzar a ver, y aún esto había de ser cuando el sol daba en el corredor, que estaba delante de la sala, hacia donde este agujero caía».

De noche, largas noches de invierno, sin velón ni candela. Sombras de calabozo; sombras de muerte en el espíritu; noche oscura. Tras la puerta rugen acusaciones y amenazas terribles. Si a la celdilla sólo llega un triste y cansado rayo de sol, unos instantes, el sol de julio que, al decir de Urubayen, dora al fuego, todos los años, los monumentos de Toledo, caldea la carcelilla, como un horno, en que hierven vahos nauseabundos del aire enrarecido y angustias congojosas. Crisol que consumía las escorias del hombre viejo; un hombre que ya era purezas de oro fino.

Roto y quemado el capullo de la crisálida, la palomica batiría sus alas en un vuelo magnífico. Un vuelo hacia lo alto, que causa asombro y temor a las gentes. Juzgan de acero las alas luminosas, y a la paloma sin corazón ni sentimiento.

En la celdilla oscura suena de pronto la balada de amor. Sugestión misteriosa de un acorde lejano; piedrecilla que resbala en la cima de una montaña y conglomerera la masa arrolladora de un alud; palabra indiferente de un pasajero, que despierta en el alma dormida un aleteo de palpitanes sentimientos; banalidades que hacen surgir un ritmo súbito y persistente en las fibras del corazón; sintonizaciones extrañas de ondas desconocidas e invisibles; guijarro que al apartarse suelta el chorro de la fuente escondida. En el hechizo portentoso de muchas cosas grandes, ¡son tan nimias las voces del conjuro, tan absurda la fuerza evocadora!

Fray Alonso de la Madre de Dios, el de Triana, al que en la Orden, por distinguirlo de los otros dos llaman *el Viejo*, declara en las Informaciones (M. 12.738, f. 693): «Hallándose en la cárcel de Toledo, oyó cantar a unos muchachos que pasaban por la calle, esta letra:

Muérome de amores,
Carillo, ¿qué haré?
Que te mueras, ¡alahé!

Comenzando el beato Padre Fray Juan a dar buelta a su pensamiento, que le tenía en aquella cárcel tan rodeado de trabajos y cerradas las puertas a todo alivio temporal y como, y a la sombra de la muerte, vió que no otra cosa sino el amor de Dios y así, barrido el apretamiento, juzgando esto por dicha suya, lleno de gozo repetía: «que te mueras, ¡alahé!»

Y sintiendo apretársele el natural, buelto a Dios, comenzó a cantar aquella canción: *¿Adónde te escondiste, amado, y me dejaste?* Entonces, llenándose la cárcel de claridad y de gloria, oyó una voz della, que le dijo: «Aquí estoy yo contigo». La qual voz llenó tanto su alma y le dijo tal, que en adelante jamás sintió ya pena semejante».

Así estallaron las primeras estrofas del «Cántico Espiritual» de Fray Juan. Si los rapaces no tomaran la calleja que da la vuelta al río; si en sus labios no retozara la amorosa copla, quizás en el acervo glorioso de la poesía del mundo hubiera faltado la más ardiente canción de amor, con que una voz humana enamoró al Señor. Quizás nunca manara la fuente escondida y pura, en que legiones de almas bebieron y beberán la frescura mística de la inspiración de Fray Juan y sus glosas permanecieran eternamente inéditas. Fué en su espíritu tan profunda la huella de la copla infantil, que en sus lirás reaparece el *Carillo*, mimoso diminutivo de *caro*, querido, como tierna personificación del Amado.

¡Extraña maravilla la del arco de la energía heroica de San Juan de la Cruz! Cuando la tensión de su cuerda sobrepasa al límite extremo de ruptura, basta el acorde de una voz de muchacho para que vibre, cual las arpas eólicas. Vibra en un son apasionado y dulce: los querubines se asoman por la estrecha saetera para escuchar, absortos, la canción de Fray Juan.

Perdiéronse para el Greco los dos mejores de sus cuadros: Teresa de Jesús escribiendo en «su celda, de lindas vistas», las *Moradas*, y Fray Juan forjando en fuegos místicos y en crisol de dolor las sublimes estrofas del *Cántico Espiritual*.

Durante varios meses no dispuso ni de luz ni de recado de escribir: componía sus trovas y las repelía a menudo por conservarlas en la memoria. Nos lo refiere la Madre Ana de San Alberto (M. 12.736, f. 1.003): «Dixome q. con estas canciones se entretenía y las guardaba en la memoria para escribirlas».

En los últimos tiempos le cambiaron el carcelero; consignemos con agradecimiento su nombre: Fray Juan de Santa María. En seis meses no se había mudado de túnica; dióle otra y suavizó cuanto pudo los rigores. Mucho se lo agradeció el Santo; nos lo recuerda el bondadoso carcelero: «Unos de los postreros días, me dijo que le perdonara lo que me había dado de trabajo, y que en agradecimiento de las buenas obras, que de mí había recibido, tomase

aquella cruz y Cristo, que me ofrecía, que se la había dado una persona tan santa, que, demás de la estima que se le debía, por lo que era, la merecía también por haber sido de tal persona. Era la cruz de una madera exquisita, y relevados en ella los instrumentos de la pasión de Cristo Nuestro Salvador; en la cual estaba clavado un Cristo crucificado, de bronce, y el Santo la solía traer debajo del Escapulario, prendida al lado del corazón».

Fray José de Jesús María, que copia esta declaración, dice que se deja entender que la había recibido de la Madre Teresa. «Un día (M. 13.482, f. 44), le pidió que le hiciese charidad de un poco de papel y tinta, porque quería hacer algunas cosas de devoción para entretenerse, y se le trajo». Al compasivo fraile Calzado debe la humanidad, quizás, que se conserven tan maravillosas poesías.

La Madre Magdalena del Espíritu Santo (M. 12.944, f. 2), declara: «Sacó el Santo Padre quando salió de la cárcel un quaderno, que estando en ella abía escrito de unos Romances sobre el Evangelio: in principio *eran verbum*, y unas coplas que dicen: que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche—y las canciones o liras que dicen: adónde te escondiste, hasta lo que dice: O ninfas de Judea». Declaración preciosa que nos permite saber que escribió en la cárcel las treinta primeras estrofas del «Cántico Espiritual» y las liras de la «Noche Oscura».

«Vemos aquí, dice Baruzi (p. 189) brotar, en su significación moral, así como en su figura plástica, el símbolo que dominara todo su pensamiento (la *Noche*). Descendamos con Juan de la Cruz a las criptas de íntima tortura. He aquí que no solamente se elabora una noche espiritual, sino que surge un lirismo». «Si las estrofas de la «Noche Oscura» han sido igualmente concebidas durante estos meses de reclusión, encontraríamos casi el texto autobiográfico que deplorábamos tan fuertemente no entrever nunca».

¡Tema primario de la mística inspiración de San Juan, repetido en el *ritornello* final de cada estrofa, «Aunque es de noche» y más repetido, como paisaje moral y ambiente de su obra grandiosa! Bendita noche de desnudez y de dolor, cuyas finieblas transparentan la Luz, al manso y fresco arrullo de la fuente «que mana y corre».

¡Busquemos en nuestras noches lóbregas claridad y frescura! Nada hay más cerca de la alborada que la noche, ni de Cristo que el total desamparo.



Batió las alas

Batió las alas y elevó su vuelo.



OLGARA bien Fr. Juan de decir Misa en un día tan grande: día de maravillas para Teresa de Jesús.

Al caer de la tarde, víspera de la Asunción de la Virgen, solicitó licencia del Prior. «No en mis días», contestó desabrido.

En la noche de la celdilla, el frailecillo se asomó a la noche de su espíritu: noche oscura en la noche. Y parecióle su alma un jironcillo de los harapos de su hábito, sumido en un rincón de las finieblas.

En sus labios sedientos se desgarró un lamento de agitación ansiosa, de mortal rendimiento de todo su ser físico.

«Aquella noche tenebrosa oscura» esperó sus negruras de laxitud y desamparo.

De pronto, en el mugriento jironcillo, latió el amor rasgando la obnubilación de las sombras.

Y en el latido vibró de nuevo la estrofa enamorada:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?

.....
En pleno corazón de Castilla, en la celdita blanca del Convento

de San José, de Ávila, el corazón ardiente de Teresa se consumía en oraciones por el *santico*, como una llama temblorosa.

Todo su ser subía hacia la llama, como el óleo sube a la forcida de una lámpara de Sagrario. Como ascienden a flor de labio todas las ansias de la vida en desesperada plegaria.

Y esperaba el prodigio...

La Madre había escrito a Anna de los Angeles, Priora de Toledo, que averiguase algo de donde le tenían, que ella pensaba que era en Toledo.

Nada pudo averiguar la Priora, aunque la visitaban frecuentemente los Calzados, y ella agotó todas las femeniles argucias.

Así, Santa Teresa decía: «Muy a su cargo le tiene Dios, pues tanto lo zelaba a sus amigos».

Y decíalo porque, angustiada «por si penava con los presos o descansava con los muertos, nunca en la oración o por otro camino tuvo luz qué se hiciese dél».

.
Dardo de luz de plenilunio, que asaetea desde la estrecha saetera la fosquedad de la celdilla, reflejo de aguas claras y de olorosas azucenas, luz de prodigio, halo glorioso de pureza, dulce faz amorosa, tiernos ojos clementes y misericordiosos: Nuestra Señora de la Capa Blanca tiende su mano salvadora al frailecillo, como se la tendiera en la Laguna Grande de Fonfiveros y en el pozo de Medina del Campo.

Sobre la frente del que «estava finando con accidentes de calentura y los calores de Toledo», posó la suave frescura de una mano de Madre.

Ordenóle que se saliese de la cárcel, que ella le ayudaría; hízole ver en espíritu el camino y trazas para la fuga; tiernas delicadezas maternas.

Desvaneciósse la claridad purísima; quedó el alma empapada de luminosidad interior. Mas resistióse Fr. Juan a la visión dulcísima y a la aliviadora esperanza.

Nuevamente se encendieron en la celdilla las tinieblas en moléculas de oro incandescente, y la voz del Amado, respondiendo a la estrofa congojosa y ardiente con el gozo inefable de su dulce presencia, le confirmó la nueva venturosa.

No era el romper los hierros de la prisión, ni el escapar a las torturas lo que regocijó a su alma.

Una llama en la frente, un afán en el pecho, quizás también la Voz amada, le dijeron que en sus débiles manos estaba depositado el tesoro de la doctrina mística, para prodigarlo a las almas, el espíritu de la Orden del Carmelo, para transmitirlo a sus hijos.

Sólo su voluntad heroica y su fe incommovible pudieron afrontar los riesgos y angustias de la huída.

Con jirones de manta trenzó una cuerda: resultó corta; bajo rugían las aguas bullidoras del Tajo. Soltó la cuerda, tuvo sensación de vacío y vértigo de abismo. Cayó sobre unas peñas, saltó unas tapias y se halló en una huerta. Era la huerta de la Concepción, el famoso convento de Franciscas fundado por Beatriz de Silva; lo recordó Fr. Juan acongojado, por haber dicho su último carcelero que lindaba con la huerta del Carmen.

¡En clausura de monjas, y separado de la calle por alto muro!

Aniquilado el cuerpo y agotadas las energías del espíritu, fracasó en el asalto: mas vió cerca de sí una luz muy hermosa, rodeada de una nubecica, que daba de sí gran resplandor, y le dijo: sígueme. Con lo cual, confortado, la siguió hasta la pared que estaba sobre el vallado, y allí, sin ver quién, le tomaron y subieron sobre la pared, que salía a la portería de las monjas, y a la calle que va a la plaza de Zocodever, y allí desapareció la luz, dejándole tan deslumbrado, que decía él, después, que por dos o tres días le habían quedado los ojos tan temerosos y deslumbrados, como cuando han mirado al sol en su rueda y los apartan de sus rayos». (P. José de Jesús María).

La celdilla servía de destrastadero a una sala; en ésta (peregrina coincidencia) durmieron aquella noche Fr. Jerónimo Tostado, el gran perseguidor de los descalzos, y el Provincial, Maestro Fray Juan Gutiérrez de la Magdalena.

Despertaron al ruido de la puerta; mas se tornaron a dormir. Quería Dios tener testigos irrecusables de la milagrosa evasión.

A más del P. Alonso (M. 13.460), nos relata detalles de la fuga una declaración preciosa (M. 12.738, f. 817). Firmanla Mariana de Jesús, Teresa de Ihs., Francisca de la Concepción, Francisca de San Eliseo, Mariana de G. Angel, Inés e Isabel de Jesús, Mariana de San Alberto y *m^a de Ihs.*, el famoso *Letradillo* de la Madre Teresa. Dulce emoción la que sentimos ante su firma auténtica.

Rehagamos con ambas narraciones y las mismas palabras el relato.

Vino a dar a la calle, que estaba cerca del Convento; allí existían unos bodegones y un mesón (¿la posada de la Sangre?)

Había en ellos luz: viéronle pasar y, entendiendo que en el Convento no le querían abrir, dijéronle: Padre, véngase acá, que aquí se podrá estar hasta mañana, que como es tarde no le abrirán.

Él les respondió que se lo agradecía mucho y que Nuestro Señor se lo pagase, y yendo adelante buen trecho, al tiempo que llegaba a la puerta de la casa de un caballero, que estaba la puerta abierta y el señor de la casa en el zaguán, con una espada desnuda en la mano y un criado con una hacha encendida, que le pareció al P. Fr. Juan que andaban registrando la casa.

Llegóse a él Fr. Juan y le dijo: —Suplico a vuestra merced que se sirva hacerme la caridad que esta noche me quede en este zaguán, porque en mi convento no me querrán abrir, por ser tarde.

—Quédese enhorabuena, le respondió, y no le dieron ropa alguna, y cerraron la puerta de la calle y otra que había al subir de la escalera. Y durmió sobre un poyo de piedra del zaguán.

Amanecido, e inquiriendo de los vendedores que iban a Zocodover, llegó al Convento de las Descalzas. Todos miraban extrañados al frailecillo maltrecho y derrotado.

Al tiempo que llegaba a la portería de las monjas, la fornera Leonor de Jesús llamaba a la demandadera para que le fuese a buscar al padre confesor, porque una monja estaba dando gran prieta en la trajesen quien la confesase, que le había dado un recio accidente.

Llegóse al torno y dijo a la portera: —Hija, no envíe por confesor; vaya y avise a la Madre Priora; Fr. Juan de la Cruz soy, que me he salido esta noche de la cárcel; que se llegue acá luego.

La portera, medio turbada, depriosa y alegre, entró con el recaudo a la Madre Priora, que era Anna de los Angeles, que con el accidente de la monja estava allí con otras religiosas.

«Todas admiradas no lo creían, porque pensaban que fuese muerto, que no que viviese, por no aver habido memoria dél en mucho tiempo, venir ella a afirmar que era él y que se avía salido de la cárcel. Comenzaron ellas entre sí a decir: pues, ¿qué haremos?, ¿que él se viene a valer de nosotras? El Señor, sin duda, nos lo enbía, para que confiese a esa religiosa, i con eso se oculte a nuestros PP. Calzados. Abriéronle, y él entró con esta ocasión

de confesar la religiosa en el convento, donde pudo reposarse un rato y guarecerse de los PP. Calzados. Acudió a confesar a la doliente, llamada Anna de la Madre de Dios. Entretanto, acabadas las Horas en el choro, enbió la Priora a llamar las religiosas para que tomasen la bendición del que no conocían más que por su nombre y fama de santo.

Vinieron todas y tomaron su bendición, no sin muchas lágrimas que muchas dellas vertían de compasión por ver un varón tal tan roto, tan flaco, que parecía se acabava (según estava gastado).

Rogáronle que comiese algo; no quiso comer otra cosa dentro del monasterio que unas peras asadas con canela que delante de todo el convento le trajo la enfermera, por nombre Theresa de la Concepción.

La Priora, temiendo las diligencias de los descalzos, quitó la portera y puso otra de más experiencia, la hermana de San Gerónimo, de velo blanco.

El Prior, Fr. Fernando Maldonado, luego que supo el caso enbió religiosos en su busca. Dos dellos llegaron al convento de sus Descalzas (estávanles sujetas); pidieron las llaves de la iglesia y locutorio sin decir para qué; diéronselas, y aviéndolo visto, bueltas las llaves a la portera, se fueron.

El Varón del Señor estuvo dentro del Convento hasta las diez, que se acabaron de decir las misas i se cerró la iglesia; entonces se salió a ella. Aquí comió, y después de aver comido la Comunidad, juntas todas las monjas en el choro y el santo solo en la iglesia, a la reja del choro, pasaron la hora de la recreación de la lei, tratando cosas de Dios.

Quando salió del convento a la iglesia, diéronle las monjas un hábito de un clérigo que se pusiese sobre su hábito roto, y así las monjas, por entretenerse, le decían: —¡Qué lindo abad hace Vuestra Paternidad! Y el Sto. con sal, *espiritualizando* sus dichos, las encendió en deseos de ser muy virtuosas. Después de se aver las monjas recogido, y a su tiempo dichas las visperas, se volvieron allí con sus labores y pasaron con él toda la tarde, que les pareció corta, por lo que este serafín les dijo de Dios y por el consuelo que sentían en sus almas. Y pidiéndoselo les contó su prisión, cárcel y salida, mostrándose muy agradecido a Nuestro Señor y a su Ssma. Madre por los muchos favores que allí le havían hecho. Díxoles que en toda su vida su alma no avía tenido mayor con-

tento ni gozado de la suavidad y luz de Nuestro Señor con mayor abundancia que a tiempos en lo que allí estuvo de sus hermanos los PP. calzados, hablando como de personas de que hubiera recibido grandes beneficios; con tal serenidad y gozo contó su comida, azotes y preturas, mostrando tanto olgarse de lo aver padecido, que las monjas veían lágrimas de devoción, estando ellas a este tiempo haciéndole capa y hábito (la misma escena de Medina), porque todo cuanto tenía a cuestras estava roto.

Este día, en la tarde, la priora escribió un villete a D. Pedro González de Mendoza, Canónigo y Tesorero de la Santa Iglesia Catedral, gran protector de la Reforma, como se avía ofrecido un caso grave que le suplicava que, cerca de la noche, se llegase al convento con dos criados de confianza y su coche.

Vino el caballero, bien lleno de inquietudes sobre qué sería el negocio, y como, llegado, le dijese lo que era, dixo a la Priora: —Oh, malhaya ella no me lo hubiera escripto, que me ha tenido lleno de cuidados».

¡Tanto era el amor que a la Reforma tenían sus partidarios! Como vió allí al Santo en hábito de clérigo, se holgó y alegró con él, y puestos sus hábitos nuevos, y entrándole en su coche, le llevó a su casa, que entonces era el Hospital de Santa Cruz, donde era administrador y donde había Santísimo Sacramento y toda comodidad para estar el santo Padre recogido y regalado. Era D. Pedro tío del Conde de los Arcos.

Cuando estuvo para ponerse en camino (porque según nos dice (M. 12.738, f. 819) Isabel de San Jerónimo: «Yo misma le hablé al torno cuando llegó, que parecía que estava para morir), le envió con dos criados al Convento de Ios Descalzos de Almodóvar del Campo, ordenándolo así, dice el P. José de Jesús María, para que, como había instruído con su doctrina y ejemplo en la vida primitiva las dos Castillas, instruyese también las dos Andalucías».

Volvieron los criados voceando su asombro de la santidad y afabilidad de Fr. Juan, y contaron a las monjas que despedía un olor snavisimo. Nos lo refiere la Madre Isabel de San Jerónimo.

Y, en plena luminosidad andaluza, el Águila batió sus alas y se elevó a la cumbre.

¿Tendremos fuerzas y ánimo y sosiego para seguir, a ras de tierra, la ruta de su vuelo?



Invocación

Vivi fra noi, accanto á noi.

PAPINI.



VUELVE, pobre y humilde frailecillo,—y vive con nosotros—en esta oscura y turbadora noche,—por que vamos vagando temblorosos.

Vuelve con tu capita de estameña,—con tu sayal raído;—nuestras almas se asfixian en blanduras—de muelle sensualismo.

Canta tu dulce estrofa enamorada,—que los labios humanos—signa con acres ritmos alocados—la obscenidad del fango.

Tú eres la castidad: en torno nuestro—hogueras de lujuria.—Tú eres la paz: agitación ansiosa—nuestros pechos conturba.

Eres tú la obediencia: rebeldías—crispan al pensamiento—y fruncen nuestros labios y sacuden—a los brazos enhiestos.

Nuestras ávidas manos no rechazan—las monedas de Judas:—vendemos nuestras almas, negociamos—con hambre de las turbas.

Tú eres el frailecillo enamorado—de la santa pobreza;—sosiega esa codicia, que las ansias—del placer espolean.

Odiamos al dolor, y tú lo impetras—cual galardón supremo.—Buscaste en lo Alto amor y lo buscamos—nosotros en el cieno.

Entra en la agitación de nuestras mentes—y calma sus tormentas:—haznos castos y mansos y sufridos,—disipa las tinieblas.

Haznos pobres de espíritu y de afanes,—corazones de niño—con voluntad de acero abroquelada—por tus recios cilicios.

En tu blanca capita de estameña—envuelve a nuestras almas,—como envuelven las madres con sus mantos—en horas de borrasca.

Desnuda al hombre viejo de sus lacras—y de sus vanos gozos:—llévanos, en el Monte desolado,—por las nadas al Todo.

Trueca los corazones a los malos,—afervora a los fibios,—y enciédenos a todos en las llamas—de ese tu amor divino.

Que tu exorcismo poderoso libre—a las almas posesas—y ahuyente al tentador, que nos arrastra—de tiniebla en tiniebla.

Ven a las celdas blancas donde cantan—tus hijos tus estrofas,—a los claustros donde aún brotan ardientes—junto al ciprés, tus rosas.

Manojo perfumado de ternuras;—inquieto enamorado de las almas; ¿quién te juzgó labrado en el granito—que eriza a la llanura castellana?

Bastó que te siguiera por tus sendas,—tropezando y de lejos,—para hallar la ternura de un amigo—bajo el sayal austero.

Sé el buen Samaritano por las cuestas—del áspero camino,—y hazme aceptar y amar la cruz, la mía,—con todos sus martirios.

No te apartes de mí cuando me acechen—oprobios y dolores;—cuando se hinquen en mi alma esas espinas—que sólo tú conoces.

Y cuando enturbien mis febriles ojos—sudores de agonía,—pon en mis labios secos una brasa—de tu hoguera divina.

Quiero morir cantando tus canciones;—quiero expirar besando—tu tosca, tu desnuda, tu bendita—crucecilla de palo.

L.



**De D. Juan Contreras, Marqués de Lozoya,
al autor de este libro**

PORQUE había en tu espíritu cristiano
de Amor y de Belleza un recio anhelo,
en busca de las fuentes del Carmelo
vagaste por el yermo castellano.

DEL místico Doctor osó tu mano
rasgar, temblando, el misterioso velo,
y descubriste, entre fulgor de cielo,
un palpitante corazón humano.

Y de este corazón, latente y vivo
bajo el sayal austero del asceta,
tu bello libro nos trazó la historia.

NACIÓ pobre, amó mucho, fué poeta
y supo remontarse tan altivo,
que se encendió en las lumbres de la gloria.

ÍNDICE



	<u>Páginas.</u>
A Juan de Contreras.....	5
Mañanita de otoño.....	7
Un santo de madera.....	11
Gonzalo de Yepes.....	15
Fray Alonso.....	21
El blasón de los Yepes.....	27
Damascos y buratos.....	33
Catalina Alvarez.....	39
Camino de Ávila.....	45
A las infantas mis hijas.....	51
Ávila de los Santos.....	57
Celistias.....	63
A Fontiveros.....	69
La casa del Santo.....	73
Al amor de la lumbre.....	79
Y llamarás su nombre Juan.....	85
El telar de Gonzalo.....	89
Camino de dolor.....	93
En Medina del Campo.....	99
El Palacio de Dueñas.....	105
El Padre Bonifacio.....	111
San Juan y San Ignacio.....	117
¡Oh clementísima!.....	123
Juan de Santo Matía.....	127
A orillas del Tormes.....	131
Lirio entre espinas.....	139
La patente de los Descalzos.....	143

Un senderito.....	149
El encuentro.....	155
El medio fraile.....	159
El hábito de sayal.....	167
Fr. Juan presentado por Teresa.....	171
Duruelo pintado por Teresa.....	177
Las tres estrellas.....	185
Se puebla el portalico.....	191
Le llevó de su mano.....	195
Mancera, Pastrana y Alcalá.....	201
La Encarnación.....	205
El paño y el sayal.....	209
Alaridos de madre.....	213
Extraño encantamiento.....	219
Fr. Juan y la Emperatriz.....	225
Tirso de azucenas.....	229
El arroz de Fr. Juan.....	235
La hora de Toledo.....	239
Balada de amor.....	243
Bañó las alas.....	247
Invocación.....	253
Soneto.....	255

Informe del M. I. Sr. Dr. D. Juan Benavent, Canónigo de la Colegiata de San Bartolomé

EXCMO. Y RDMO. SR.:

En cumplimiento del decreto que antecede, he leído con todo detenimiento la obra «JUAN DE YEPES, MEDIO FRAILE Y DOCTOR DE LA IGLESIA», I Por tierras castellanas, escrita por el benemérito D. Leopoldo Trenor y Palavicino. Antes que encontrar en ella cosa alguna no conforme con el Dogma y la Moral, he gozado en el ambiente de piedad y pureza de doctrina que la llena; explorando con amorosa diligencia el alma de los paisajes sanjuanistas, la expertísima pluma del autor hace brotar y brinda al mundo una figura viva y palpitante de San Juan de la Cruz, no despojada ni aún aminorada en la sublime elevación de su espíritu y el arrebatador vuelo de su doctrina, pero sí de aquel aspecto de hieratismo, austeridad inasequible y reciedumbre extra humana con que muchos le han querido representar; de tal suerte que, con no poca sorpresa, desde luego agradabilísima, el Reformador del Carmelo se nos revela en la obra del Sr. Trenor rezumando humanidad y ternura, compasión y llaneza, suavidad y asequibilidad atrayentes y exquisitas. Y esto con tal abundancia de erudición selecta, con tal finura y destreza, con tan gentil donosura en la expresión, que hacen esperar y augurar fundadamente a la nueva obra un éxito lisonjero, y, con él, un gran provecho para las almas; acercándose sin temor ni recelos a la figura amable del nuevo Doctor de la Iglesia, podrán los espíritus escogidos adentrarse con más facilidad en el mundo de sus doctrinas y recibir de lleno la fecunda eficacia que ellas encierran para la vida espiritual.

Es cuanto tengo el honor de someter a la alta consideración de V. E. Rdma., cuya vida guarde Dios muchos años.

IMPRIMATUR:

† Prudencio, Arzobispo de Valencia.

Por mandado de S. E. R.:

Joaquín Belda,

CAN. SCRIO.

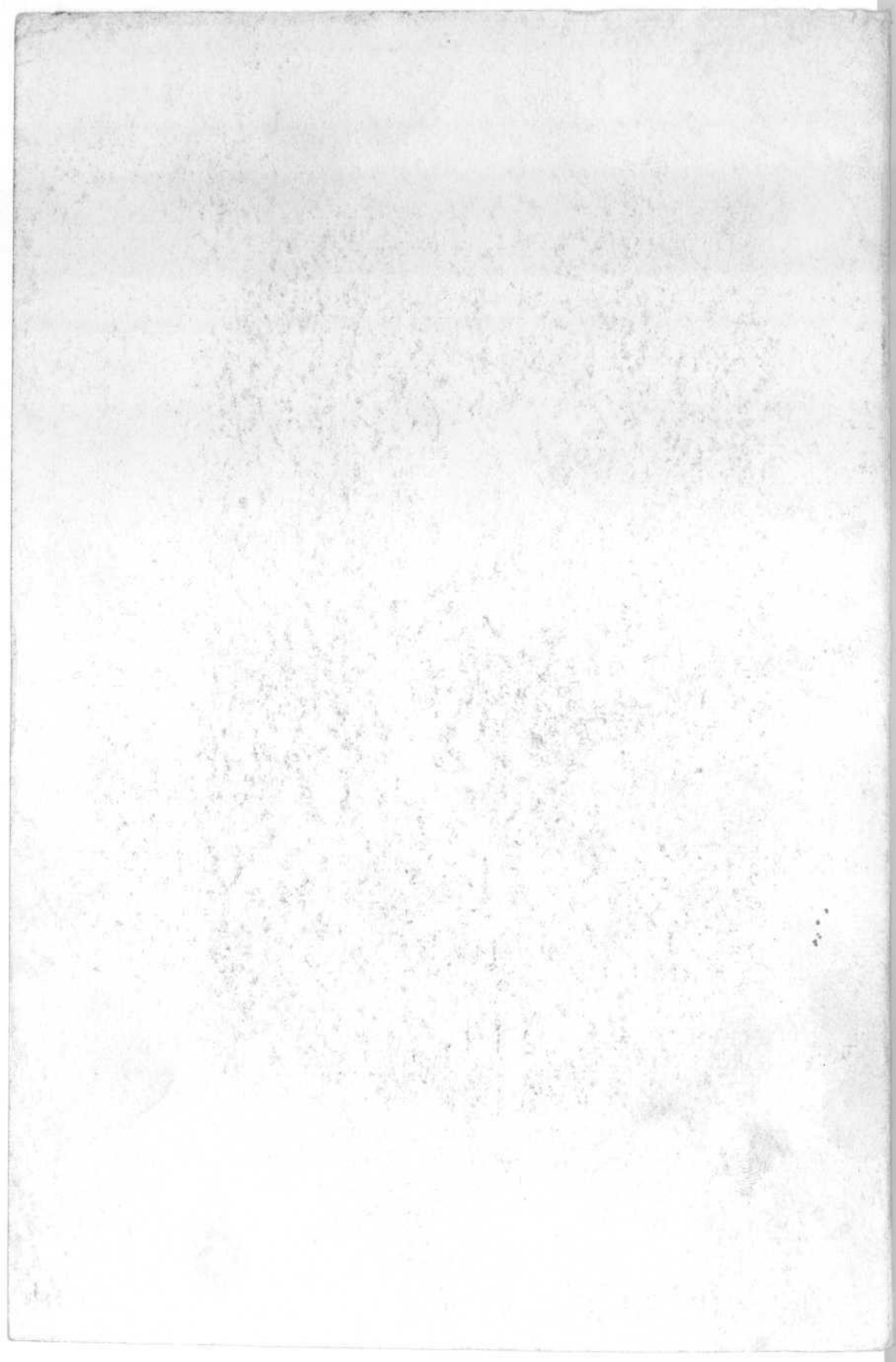
Securin X

95-8-3156



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA
TIPOGRAFÍA MODERNA, DE VALENCIA, A LOS CATORCE
DÍAS DEL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO DEL SEÑOR
DE MIL NOVECIENTOS VEINTISIETE, DÍA
ANIVERSARIO DE LA GLORIOSA
MUERTE DE SAN
JUAN DE LA
CRUZ.

•



L. Trenor

**Juan
de
Yepes**

I

Por tierras

castellanas

3156.

Precio:

6 pesetas